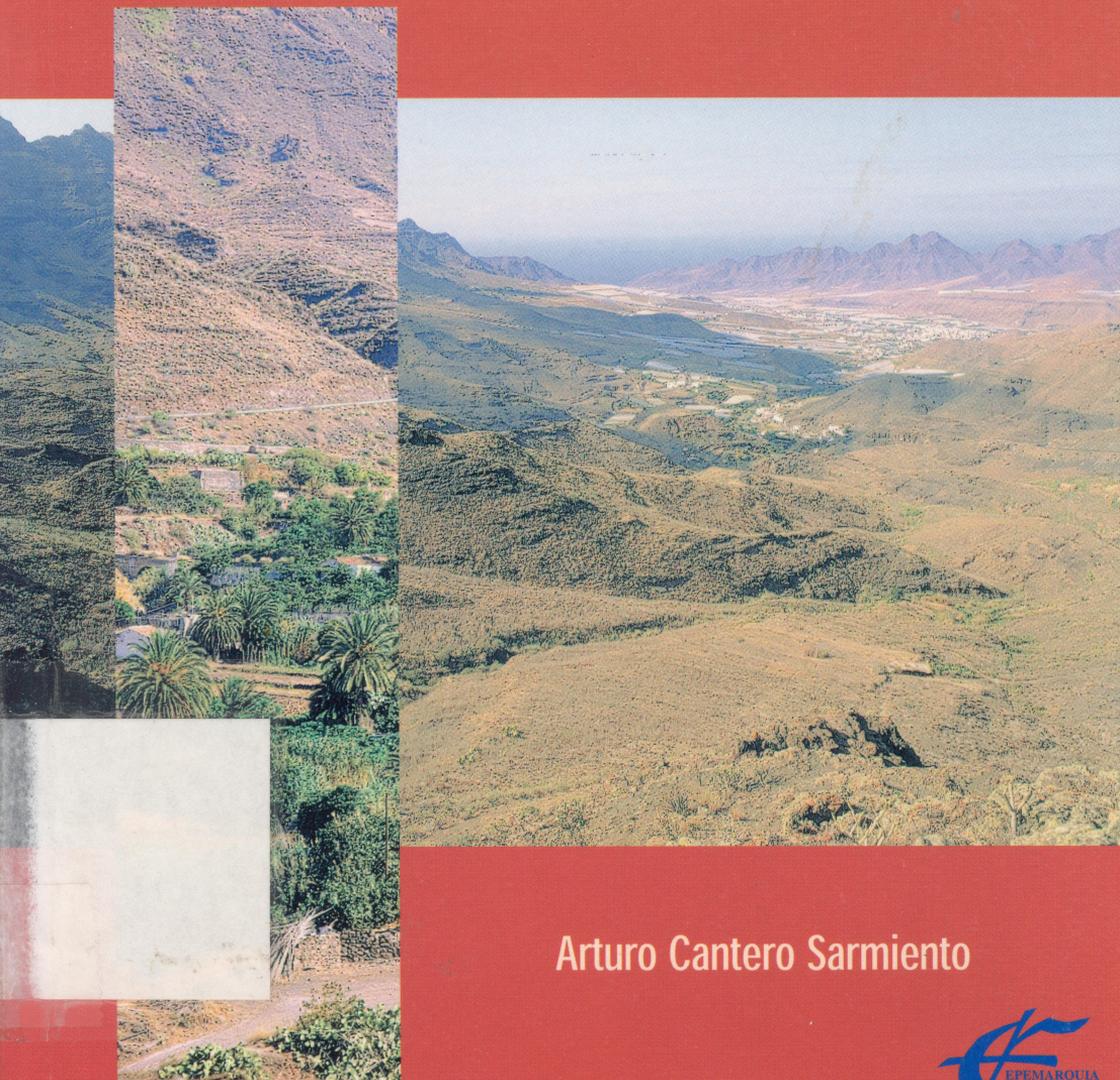


TIERRA ABRASADA



Arturo Cantero Sarmiento



TIERRA ABRASADA

Arturo Cantero Sarmiento

Donación de la tertulia "P. Marcelino Quintana" a la Biblioteca Grad. de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

Aruca, 27 de octubre de 2000

TERTULIA
"P. MARCELINO QUINTANA"
ARUCAS (GRAN CANARIA)

Foto portada: Angel Luis Alday López

© Arturo Cantero Sarmiento
© Tertulia "P. Marcelino Quintana"

Edita: TEPEMARQUIA
C/. Calvo Sotelo, 1
35401 Arucas - Gran Canaria

I.S.B.N.: 84-931436-2-6
Depósito legal: G.C. 1377-2000

Impresión: Gráficas Guinguada, S.L.
Avda. Pedro Morales Déniz, 151
35411 Arucas - Gran Canaria

Patrocinan:
Clínica Dental 3 Points Implant - Las Palmas de Gran Canaria
Romelpe, S.L. - Muebles Romero - Telde - Gran Canaria
El Mesón de la Montaña - Arucas - Gran Canaria

DEDICATORIA

Con admiración a Don Francisco Suárez Moreno, escritor e investigador, autor de ese libro extraordinario que es parte de nuestra historia viva, que tituló: «El pleito de La Aldea: 300 años de lucha por la propiedad de la tierra»

TIERRA ABRASADA PRIMER EPISODIO

I

Ya bien entrada la madrugada, un sordo trueno estalló encima del valle de La Aldea. El gruñido, rebotado repetidamente en sus paredes, se repitió fantásticamente varias veces, cada vez con menor intensidad, hasta perderse allá abajo en La Marciega, donde las olas baten contra la costa. El valle de La Aldea de San Nicolás en el oeste grancanario es como una inmensa cazuela aislada del resto del mundo: al norte los riscos de Tamadaba y del Andén Verde, al sur un intrincado laberinto de montañas bajo el pinar de Inagua, al naciente la enorme desgarradura del barranco que baja desde la cumbre, y al poniente el mar. Una isla dentro de otra isla.

El joven vástago de la familia Jiménez aún dormía perezosamente, aunque en la vivienda se oía desde hacía rato, el ajeteo del padre preparando el ordeño de las cabras, mientras la madre refunfuñaba en la cocina quejándose sin duda, de su habitual dolor en la espalda. Removiéndose dio una vuelta abriendo los ojos y después de algunos segundos, volviendo la cabeza, contempló un momento a sus dos hermanos pequeños que aún dormían profundamente. Alzó la mano sin ganas, descorriendo un trapo que hacía las veces de visillo en la pequeña ventana, justo junto a su almohada. Seguía lloviendo, pero con escasa intensidad. Miró las ramas inmóviles del peral, en el huerto, comprobando que no soplaban el viento. Aquel invierno era propicio para los aldeanos, desde hacía tres días el cielo empapaba la tierra con una llovizna menuda y terca, el agua serena sin ventoleras que desean los agricultores. Por las ranuras del ventanillo se colaba el agradable olor inconfundible de la tierra húmeda.

El cielo seguía gris y oscuro, no se veían en el huerto los pájaros que en primavera alegran los amaneceres. En aquel momento, un cuervo solitario graznando con descaro aleteaba ingrávido en dirección a la cumbre. El primogénito José Jiménez observaba fijamente las gruesas vigas del techo, mientras sonreía levemente.

Meditaba el enorme contraste entre aquella mañana fría y oscura, con la fiesta, con la inmensa alegría que le bullía en el pecho. El día anterior se había apalabrado con Fidelia, de la que se sentía locamente enamorado. Todas las dudas y vacilaciones que lo habían torturado días pasados se habían desvanecido para siempre.

Eran amigos y vecinos además. Las dos casas eran simétricas, apoyadas una contra otra. Ambas tenían dos puertas, la principal que daba al camino y otra más pequeña por la que se entraba a la cocina. La de sus padres miraba hacia el mar, la de su novia hacia la cumbre, hacia el naciente. Lo único que rompía la simetría de aquellas viviendas era que sus padres habían plantado unos perales junto a la casa, mientras que en el huerto de la muchacha crecían los naranjeros.

Habían crecido viéndose a diario. No sabía porqué, recordaba ahora que su madre le había dicho que cuando él aún no contaba con tres años, tomaba a Fidelia de la mano enseñándola a caminar. Luego jugaron juntos, fueron a la Doctrina donde aprendieron las primeras letras. Pero un buen día, de pronto sus relaciones se hicieron serias, desconfiadas, como si ambos se hubieran percatado que el sexo era un muro hostil que los separaba. A él le galleaba la voz y una pelusilla apuntaba bajo la nariz; ella se miraba más al espejo, comprobando el trazo de sus cejas y labios, al tiempo que se le ensanchaban pechos y caderas. Sus relaciones tuvieron una etapa de incertidumbre, una especie de dualidad, pues aunque seguían siendo camaradas, cada uno de ellos alternaba además con su grupo de amigos de su mismo sexo. Sólo desde el año pasado, vigilando cautelosamente sus sentimientos, empezaron a hablarse medio a escondidas, pues la gruñona madre de Fidelia la consideraba -y con razón- una niña.

Una mañana, José tomó la navaja barbera de su padre y se ocultó en la pileta para darse la primera afeitada. Mirándose al espejo se dijo a sí mismo: «te la estás echando haciéndote el fuerte, pero lo que te pasa José Jiménez, es que estás asado y hasta frito por ella». ¿Con quién hablabas? -le sorprendió la madre- Con na-

die. Pensaba cosas en voz alta, eso es todo, respondió poniéndose colorado como la grana. Notaba que Fidelia -que era ya una atractiva muchacha- lo aceptaba de buen grado, pero con cierta turbación, sin la espontaneidad de antaño.

Pero la tarde anterior la vio fuera de su casa. Estaba en el huerto colindante, recogiendo en un cesto algunos agrios desprendidos de las ramas. Impulsado por un repentino deseo, dio un ágil salto por encima de la tapia, se le acercó por detrás y bromeando, le tapó los ojos con las manos. La joven lanzó un leve grito sobresaltada volviéndose rápidamente: -¡Tonto, me has asustado!-, dijo con voz cantarina. ¿Qué haces ahí mojándote? Ya terminaba y me iba para adentro. Espérate que tengo que decirte una cosa, murmuró el joven poniéndose lívido, al tiempo que inspeccionaba furtivamente los alrededores, cerciorándose de que nadie los veía. ¿Qué es? musitó Fidelia sin aliento, tensa por la sospecha. Arrímate aquí, junto al tablón del gallinero, de lo contrario nos vamos a helar. Ambos quedaron mirándose sin decir nada, contemplándose extrañamente como si se vieran por vez primera, percatándose que sobraban más preámbulos. Como un imán, sus rostros fueron acercándose hasta que sus labios se unieron sin premeditación. Primero se besaron con ternura como pidiéndose perdón, de pronto, con la furia desatada de un volcán de pasión. José Jiménez nunca había besado a una muchacha y le pareció que los labios de Fidelia sabían a manzana silvestre. Apretó con todas sus fuerzas el cuerpo exánime de Fidelia contra el suyo y se sintió desfallecer: las mejillas, los pechos erectos, el vientre, los muslos. En los minutos siguientes, tanteándose el alma y el rostro, se apalabraron para siempre, temblorosos, balbuceantes.

¿Es la primera vez, verdad? ¿La primera vez qué? preguntó ella azorada. Quiero decir si es la primera vez que besas a un chico, inquirió. Claro, bobo. El primero y no habrá otro, lo juro; de lo contrario desearía primero morir. Muchas veces había soñado con éste momento, al fin te has decidido.

De pronto ella se sobresaltó: ¡Cuidado, mi madre me llama! Efectivamente, la puerta que daba al huerto rechinaba, asomándose la madre. ¡Vuélvete ya adentro! ¿Tanto tiempo para recoger las naranjas?, protestó, mientras miraba aviesamente a su vecino y antiguo conocido. Cuando se separaban, un relámpago encendió toda la comarca de La Aldea, un rayo en zig-zag se hundió en el mar, mientras el estampido del trueno se extendió por el valle.

Un jilguero cantaba desafiante en la rama del manzano, pregando que fue así como José Jiménez de 18 años y su vecina Fidelia Ramos se prometieron para siempre, con una pasión larvada tiempo atrás, que sufriría el embate de adversidades y problemas. Atardecía cuando se separaron ambos sonriendo: él saltando el linde de la propiedad de su padre se dirigió a su casa; ella abriendo el portón que da a la tibia cocina se encaró con su madre: ¿De qué te ríes? De nada madre, sólo sonrío por lo bonito que es vivir, porque pronto vendrá la primavera y porque sólo tengo 16 años...

II

Aquel domingo de Febrero y casi al filo del mediodía, terminó la misa. Tal y como era habitual, se reunieron en tertulia muchos vecinos en La Plaza, frente a la ermita, antes de dispersarse cada cual en dirección a su casa. Como siempre, los hombres estaban a un lado, las mujeres a otro, y los muchachos y niños aparte. En aquella ocasión se hablaba con mayor sigilo y más largamente que de ordinario.

Juan Jiménez, el cabeza de familia, tiraba obstinadamente de su cigarro con la testa cubierta con su bien enterrada cachorra y gesto umbrío. Él y otros varios hacían coro alrededor de Jacinto, un lúcido anciano que decían que era el más viejo de La Aldea, oyendo atentamente lo que explicaba. Señá María Ventura, su mujer, cotorreaba con varias vecinas, abrigada con un grueso pañolón que le cubría los hombros y la espalda, cuidando de no enfriarse, pues cada invierno que pasaba los dolores eran más fuertes. El primogénito José se había acercado despacio a un grupo

de muchachitas donde se encontraba su novia Fidelia, siendo recibido con guiños y sonrisas cómplices, mientras los pequeños Alejandro y Manolín correteaban con otros niños de su edad, jugando a saltar sobre los charcos de lluvia, haciendo caso omiso a las reiteradas llamadas al orden de sus abstraídas madres.

Al fin se dispersaron lentamente. La familia Jiménez regresaba a su hogar cuando el padre, con el rostro muy serio, se dirigió a su hijo mayor: hoy, después del almuerzo tenemos que hablar, estoy preocupado. Dicho esto, se enterró un poco más el sombrero quedando en silencio.

Terminado el almuerzo, Juan Jiménez se retorció hacia arriba las guías de su bigote, mientras empezaba a hablar con voz solemne y profunda: mira José, he estado pensando -anunció dirigiéndose a su hijo- que lo mejor es que dejes de trabajar en la Casa Nueva para el marqués y esos cuatro chupasangres. El pueblo está soliviantado y todos están contra esa camarilla, esto va a terminar mal. Sé -afirmó parando imperante con la palma de la mano la intervención de señá María- que un empleo es un empleo y aunque el ser sirviente de la Casa Nueva supone un salario fijo, es mejor que lo dejes. Un sueldo -trató de rebatir la madre- es dinero fijo, no es como la labranza, que depende del cielo y de otras cosas más. No -se plantó Juan autoritario- lo habrá de dejar. Bueno, murmuró condescendiente con su mujer, en el mejor de los casos esperaremos unos meses a ver lo que conviene y luego lo dejarás. ¿Oíste?

Se hizo un espeso silencio mientras la madre hacía señas a Alejandro y Manolín para que salieran a jugar. Siguió solemne el padre: hoy después de la misa he estado hablando con varios aldeanos. Desde que murió Don Tomás el antiguo marqués, las cosas han ido a peor. Ahora quien manda es Don Alonso de Nava, que es quien ha enviado de Tenerife a Marcial para que nos gobierne. Como saben, ha conseguido colocar a Marcial Melián de alcalde y al mismo tiempo de administrador de la maldita Casa Nueva, así que tiene todo el poder en sus manos. Y para colmo, y para

tenerlo todo más seguro, también se ha traído de Tenerife al Diego Remón ese, al que ha puesto de secretario del ayuntamiento y del juzgado. Ahora va a empezar a apretarnos el dogal más y más a todos los medianeros ...

Hizo una larga pausa, apurando el medio ron que le restaba en la copa y continuó con su monólogo. También hablé con Jacinto, que creo que es el más viejo de La Aldea, aparte que es medio sabio, según dicen. Nos recordó que el abuelo del actual marqués de Villanueva del Prado, tiraba de mala manera el dinero que nos sacaba a nosotros los aldeanos. Durante un viaje a París -que así se llama la capital de Francia- aclaró a su mujer, se compró unas joyas que le costaron 6.000 pesos, que era entonces lo mismo que toda la renta de La Aldea durante un año. A costa de nuestras rentas, sudores y agonías, construyó en un lugar que se llama La Orotava, un Jardín Botánico que es famoso. Nos recordó hoy el viejo Jacinto, que hasta el administrador de entonces, un tal Fulgencio Melo, se hizo rico aquí en La Aldea.

¿Y que decir de su hijo? interrumpió José. He oído decir en la propia Casa Nueva, que despilfarró un dineral en juegos de cartas en La Laguna, banquetes y jaranas con guitarras, vino y mujeres. Cierto, afirmó el viejo cada vez más crispado, y ahora viene el heredero Don Alonso y su hijo, el niñato de Don Fernando, a apretarnos más el cuello, colocando al mierda de Marcial de alcalde y al alcahuete ése de Diego Remón de secretario, hijos de puta. Te digo que esto puede terminar con sangre y que no quiero que parezca que tú estás con ellos.

¡Jesús! se asustó señá María, ¿tan mal están las cosas? Juan Jiménez volvió a atusarse los bigotes y a servirse otra copa de ron que se tragó de golpe, gesto que en él denotaba gran irritación. No contestó al interrogante de señá María, dándole al hijo la impresión de que el viejo sabía más de lo que decía.

A poco de nacer tú, siguió el padre más calmado, se crearon eso que llaman registros de propiedad, porque los ricachones querían tener mejores garantías sobre lo que consideraban sus tie-

rras. A los pocos años empezó a funcionar el registro de Guía -que como sabes es la cabecera judicial de la comarca- y enseguida, los marqueses de Nava inscribieron las tierras de La Aldea a su nombre. El ayuntamiento de aquí poco después anotó mas de 4.000 fanegadas como parte del municipio, del pueblo hacia el sur.

Precisamente, nos recordó hoy el viejo Jacinto que la anotación del marqués a su favor fue una trampa, pues no tenía derecho. Asegura que la Casa de Nava se apropió de terrenos que eran antiguamente de los Reyes. Y que ahora son nuestros carajo, porque durante siglos nos hemos dejado el pellejo, y encima pagando por cultivarlos. ¡La Aldea es de los aldeanos!, afirmó mientras daba un violento puñetazo sobre la mesa.

Recuerdo que cuando yo era niño, terció el hijo, durante la revolución hubo incendios, destrozos, desobediencias. Pero ahora, con la restauración ésa han vuelto los palos contra el pueblo...

Sí, dijo Juan alterándose de nuevo, pero que sí se anden con mucho ojo. Hace dos años los aldeanos le pegamos fuego a las oficinas del ayuntamiento, no sé si recordarás que quisieron aumentar los impuestos a los medianeros. Luego vino el zorro del marqués en persona, haciéndose el manso, pretendiendo con dulces palabras que le entregáramos determinadas parcelas para él plantar cochinilla en lugar de cereales. El bicho blanco para él y nosotros ¿qué comemos mientras tanto?

Desde que le dijimos que no, el marqués nos envió a Marcial Melián y, como no se fía de nadie de aquí, también ha mandado de Tenerife al secretario, al Diego Remón ese. Pues que se preparen. Por mí dejabas mañana mismo la Casa Nueva, pero como es verdad lo que dice tu madre acerca del dinero, estarás solo un par de meses para contentarla. Luego, entre los dos trabajaremos la hacienda.

III

José Jiménez empezó a percibir la siguiente semana, un cierto despego en los jóvenes de su edad, que lo miraban con descon-

fianza. No era abiertamente rechazado, pero notó una tarde con desagrado, cuando un grupo estaba en La Plaza frente a la ermita, que el corro quedó en silencio en cuanto él trató de incorporarse a la charla. Captó una sensación de soledad, de aislamiento, que nunca había sentido.

Más tarde, cuando regresaba desde La Plaza a Mederos donde estaba su casa, a poco más de un kilómetro, comprobó que uno de los integrantes del grupo -Mauricio Hernández- iba también en la misma dirección. Vivía más abajo, cerca del mar. Yo también regreso -murmuró- si quieres vamos juntos.

Te veo ceñudo y entiendo por qué. Es lógico -respondió José con la voz ligeramente alterada- a nadie le gusta que no se fíen de uno. Debes comprender que hasta cierto punto es natural. El ambiente se está haciendo muy tenso, prácticamente todo el pueblo está contra la Casa Nueva y tú trabajas para ellos. Aunque -añadió enseguida al ver la mirada de furia que le dirigió Jiménez- sabemos que tú no haces nada malo.

Continuaron un buen rato andando en silencio por la leve cuesta abajo. Mauricio era algo más joven que él, pero siempre sintió rechazo a brindarle su amistad. Tal vez sería porque quiso cortejar a Fidelia y ella lo despidió bruscamente. La joven lo comentó abiertamente a José: no puedo verlo ni en pintura, no me ha hecho nada, no sé por qué pero siempre que habla tengo la sensación de que algo esconde, es algo así como si fueran dos personas en una.

La prevención de Fidelia parecía atinada. Jiménez recordó que siendo niños, el cura quería elegir a uno de ellos para que leyera en el púlpito el anuncio de las fiestas del pueblo, en Septiembre, y Mauricio no resultó elegido. Cuando lo supo, se tiró al suelo llorando y pataleando de rabia, no soportaba no ser el primero en todo. Cuando alguien le vencía en algo enfermaba de celos, cosa que sucedía en pocas ocasiones, pues se valía de toda clase de artimañas, dimes y diretes, adulando descaradamente al cura llevándole regalos de su finca -su padre era uno de los medianeros más importantes- pero poniéndolo verde a escondidas, por detrás. Por

todo ello, los compañeros de la Doctrina le llamaban «Mauricio el veneno». Fidelia lo comentó resumiendo: ése, o llegará a alcalde, o morirá de ambición.

Cuando llegaban a Mederos, José comprobó distraído que las albercas familiares habían rebosado. Observó con naturalidad las dos casas gemelas adosadas, primero la de su novia, luego más hacia el mar, la suya. La simetría la rompían los frutales: la huerta de la familia de Fidelia estaba plantada de agrios, desde la puerta pequeña al corral colindante; en la de su padre, perales y manzanos crecían junto a la casa.

Mauricio Hernández se paró entonces y volvió a hablar, esta vez en tono humilde: Debes de sopesarlo todo bien. Recordarás que hace dos años, el marqués entabló juicio contra veinte medianeros del pueblo para que abandonaran sus casas y huertos, y entregáramos la tierra. La excusa era que habíamos incumplido contrato, porque los granos no habían sido transportados al embarcadero, según se dijo.

Claro que lo recuerdo -contestó José- mi padre dejó claro que no teníamos por qué transportarlo, ya que somos medianeros perpetuos. Sí -continuó Mauricio- un mes más tarde hubo otras demandas, por los líos con el agua de las acequias, el déspota de Melián quería controlarlo todo. Fue cuando se produjeron los incendios cerca de la Casa Nueva, en el pajar.

Recuerdo que mi padre me contó -terció Jiménez- que Melián apareció como una fiera, con un revólver en la mano, gritando que no quería que la ermita tocara las campanas pidiendo ayuda. ¡Que no avisen -aullaba el muy canalla- quiero que ardan de una vez todos los medianeros! ¡Quiero que arda hasta Dios! -blasfemaba. Por cierto que el alcalde-administrador y apoderado general, según sé yo, ha vuelto a acusar a varios medianeros en el juzgado y que parece que dentro de poco se verá la vista. ¡Otro juicio más! Menos mal que pronto dejaré el trabajo en la Casa Nueva, no sabes las ganas que tengo de perdér de vista a toda esa gente.

Desde que el marqués impuso a ese hombre de alcalde -terminaba Mauricio- esto es una batalla continua. En el ayuntamiento hace lo que le da la gana, pues como sabrás de ocho concejales, seis son compañeros tuyos de trabajo, de la Casa Nueva, que están a sus órdenes maldita sea. Además, le oí decir al viejo Jacinto en La Plaza que el nuevo Gobernador se llama Clavijo, que es amigo del marqués y que lo apoya en todo. Hay que levantarse contra ellos ...

IV

Ya anocheecía cuando Fidelia observó desde su casa que su novio y Mauricio platicaban. Salió, y sin dirigirse siquiera al acompañante le avisó: José, tu padre te está buscando, quiere hablarte. Dice que es urgente.

Efectivamente, el padre estaba en casa, trenzaba un cesto de cañas bajo la luz difusa del candil central. La madre, señá María Ventura, servía la sopa a sus dos hermanos pequeños cuando entró José.

Hay malas noticias, exclamó Juan bufando como un toro. Melián, actuando en nombre del maldito marqués, ha presentado demanda de desahucio contra 165 colonos, es decir contra toda La Aldea. ¡Yo también estoy en la lista, lo mismo que nuestro vecino, el padre de Fidelia! ¡De aquí no nos mueven! Como él no se atreve a dar la cara por muy administrador y apoderado que sea, ha enviado al secretario, al Remón ese, que está repartiendo las notificaciones de casa en casa. Desde que el marqués para quitarse de enmedio, le arrendó sus tramposos bienes a su hijo, al niñato de Don Fernando, esto está imposible, algo gordo va a pasar.

¿Sabes lo que ha sucedido esta tarde? La noticia ha corrido por La Aldea como un reguero de pólvora: cuatro encapuchados han asaltado al secretario y le han quitado los papeles que llevaba encima y que quería presentar en el juzgado de Guía. Es inútil, porque volverá a hacerlos de nuevo. Marcial Melián ha vuelto a solicitar la intervención de la fuerza pública, no me extrañaría que en cualquier momento nos invada el ejército. El muy cabrón tiene

miedo, dicen que mañana saldrá un Bando exigiendo que se entreguen en el ayuntamiento todas las armas de fuego, así como la prohibición de reuniones, festejos y cantos. ¡Quiere convertir a La Aldea en una tumba silenciosa!

Y lo peor no es eso, lo que menos me gusta es que Melián no se atreva a ir solo al juzgado de Guía a presentar allí los expedientes de los desahucios. Ha ordenado que algún empleado de la Casa Nueva le acompañe y he sabido que ¡te ha elegido a ti!

Ahora sí que estoy decidido, siguió Juan Jiménez con voz ronca, en cuanto vuelvas de Guía, dejarás el empleo. Prefiero tener que apretarme el cinturón antes que lamentarlo. Señá María, que nunca interrumpía a su marido, confirmó: la última vez que hablamos tenía mis dudas. Ahora veo que tu padre tenía razón: déjalo ya José, estoy muy asustada.

V

Aquel atardecer, estaban José y Fidelia hablando, apoyados en el tablón del gallinero junto a la puerta de la cocina, la entrada lateral a la casa. La primavera entraba prematuramente en el valle, y todo hubiera invitado al optimismo en otras circunstancias. Las albercas estaban llenas de agua y el verde de las plantas brillaba como si estuviesen recién lavadas. El ganado gordo y lustroso pastaba tranquilamente y ante tal abundancia, el cuervo había emigrado a la cumbre sin temor a que su temido competidor, el güirre, lo desplazara. Aguzando el oído, se percibía el rumor del barranco que aún traía agua. Los vecinos de Las Marciegas afirmaban, que El Charco, rodeado de nenúfares y cañaverales se había desbordado uniéndose al mar. El tiempo era luminoso, aunque persistían sobre el piñar de Inagua nubes redondas, quietas, aisladas.

Los novios estaban embelesados, amorosamente cogidos de la mano, el rabillo del ojo puesto en el portón de la cocina por si aparecía la gruñona madre de Fidelia. Señá Concha había ordenado a su hija que echara un poco de sebo en los goznes de la puerta que

chirriaba penosamente, mas Fidelia había fingido olvidarse una vez más. Era una prevención defensiva de los novios.

Siento que te vayas mañana -decía ella mimosa- precisamente el día de tu santo. Sí, confirmó él, tendré que acompañar andando al secretario hasta Guía, dice que como no es de aquí teme no encontrar el camino, aunque yo creo que lo que le pasa es que tiene miedo de ir solo. ¿Cómo?, exclamó ella sorprendida, ¿no era al Melián a quien tenías que acompañar? Eso creía yo, mas resulta que el alcalde ha desaparecido, al parecer se ha marchado a Las Palmas, será Don Diego Remón quien lleve los papeles del desahucio.

Y has de saber -siguió Jiménez nervioso, en un tono duro no habitual en él- que acabo de tener un altercado con Remón: ¿como es que la Casa Nueva me pide que colabore, cuando Vd mismo quiere llevar a Guía los papeles para desahuciar a mi propio padre y a mi futuro suegro? le he dicho. No. Me limitaré a acompañarle hasta Agaete para que no se pierda, luego vaya Vd. solo desde allí al juzgado, eso es muy fácil. Con ello ya cumplo, deseo volver a La Aldea lo más rápidamente posible. Don Diego ha tratado de mostrarse duro, pero lo he parado en seco: pues sepa que me marchó de esta maldita Casa Nueva para siempre, ya le he dicho a Don Marcial Melián que éste era mi último servicio, que me prepare lo que tiene que pagarme hasta aquí.

Sí, no hay más remedio, yo también tengo miedo José. ¿Y qué harás ahora? Ya he hablado con mi padre, trabajaremos en nuestro huerto, hay tarea de sobra para los dos, además mi madre me advierte que nota que él se cansa más cada vez, ya no es joven. Y cuando nos casemos irá a vivir a casa de mi vecina Fidelia, musitó con la voz como una mopa. Sí, balbuceó Fidelia emocionada, mi casa es como la tuya pero nosotros somos tres y ustedes cinco. Pues has de saber, dijo José susurrante tomándola por la cintura, que pronto seremos más.

Pues a pesar de todo, tengo una pena rara. Pienso, que al no tener tú de aquí en adelante unas entradas fijas, nuestra boda se alejará un poco más. Luego... en cuanto podamos, estaremos juntos para siempre.

Después de renovada la promesa, los novios se separaron. Antes de brincar por encima de la tapia hacia su propio huerto, José murmuró pensativo a guisa de despedida: mañana tendré que madrugar más de lo normal, he de llevar pan, queso, aceitunas y agua. Remón quiere llegar a Guía a primera hora de la tarde, para eso es preciso partir a la salida del sol, temprano. Tal vez encuentre en Agaete algún carruaje, allí lo dejaré, que se las entienda solo.

VI

A la siguiente madrugada, día 19 de Marzo del año de gracia de 1876, el primogénito de los Jiménez se presentó en la Casa Nueva. Allí le esperaba el secretario visiblemente nervioso, junto a un caballo. José observó que Remón portaba un gran portafolios de cuero ceñido al hombro y revólver al cinto. Menos mal que llegas, exclamó D. Diego con voz alterada, deseaba salir cuanto antes. ¿Has traído tus cosas verdad? Bien, yo iré en la montura y tú irás caminando tras mí, no más lejos de veinte pasos. Llevaré el caballo despacio para que no te quedes atrás. Y anda con ojo avizor, si notas algo raro avísame enseguida. ¿Has comprendido bien?

Y sin más preámbulos abandonaron el valle, trepando por una áspera senda en dirección al norte, por el barranco de Furel. Más allá se veía la redonda cima de Altavista, donde empezaban las primeras estribaciones del pinar y mas lejos, el despeñadero de Tirma. Seguirían por el camino real hasta culminar la degollada. Cuando ya La Aldea podía contemplarse a vuelo de pájaro, Jiménez se paró por un momento, tratando de situar con la mirada la casa de Fidelia. Se había calzado unos gruesos zapatones para no lastimarse los pies y procuraba andar rápido, llevando sobre un hombro el bolso con las vituallas. El agua no le sería necesaria, la lluvia había empapado la cumbre y todavía bajaban riachuelos de las montañas buscando el ancho valle.

Varias veces Don Diego paró el caballo, haciendo gestos de impaciencia, iba demasiado aprisa, se veía que estaba deseando culminar la diligencia. El muchacho miraba con odio su nuca, ojalá

el caballo se parta una pata, pensaba, ahí dentro de la cartera lleva el desahucio de todo el pueblo, maldito sea.

Llegados a la altura de Furel y cuando ya se atisbaba claramente el risco de Tirma, Remón parándose comentó: creo que llevamos dos horas de camino, ahora tendremos que bajar por el barranquillo de Los Negros para volver a subir otra vez. Tu eres de aquí, ¿es por allí verdad? preguntó con cierta aprensión señalando una vaguada. Sí, confirmó José, por detrás de aquellas peñas va el camino, en Tirma el aire será más fresco, ahora nos meteremos en una hondonada. Bien, pues vamos, ordenó el secretario palmeando con fuerza la grupa de la montura.

De pronto, cuando estaban metidos en el cauce del barranco e iniciaban de nuevo la subida, Jiménez percibió un fogonazo y una nubecilla de humo que salieron detrás de unos juagarzos, al tiempo que sonó un estampido. Sobresaltado, vio como el secretario se llevaba rápidamente la mano izquierda al hombro derecho, tratando de dominar el caballo, que asustado se había encabritado. ¡Habían herido de un disparo a Don Diego Remón!

Como en una pesadilla, se dio cuenta de que el secretario tiraba mano del revólver tratando de repeler la agresión, mas no tuvo tiempo de defenderse: un segundo disparo, más certero que el anterior, lo derribó de la montura, al tiempo que la bestia salía en estampida. Jiménez se tiró instintivamente al suelo, cuando notó que tres bultos salían de detrás de unos peñascos a unos cincuenta pasos, bajando resueltamente en dirección a ellos.

Luego de unos segundos de desconcierto, las figuras le resultaron conocidas: recordó a Alejandro Jorge, que portaba amenazador un grueso garrote en la mano, sí, era el mismo que había estado trabajando en la Casa Nueva, hasta que Marcial Melián dio órdenes de que lo despidieran. Los otros dos eran Frasco Segura y Crisanto Espino, ambos con sendas escopetas. El secretario, seriamente herido pero no muerto, hacía denonados esfuerzos para incorporarse, cuando Alejandro Jorge llegó junto a él con una enorme piedra en la mano. Jiménez vio horrorizado como la pedrada

caía sobre la frente de Remón y que seguidamente los tres hombres, a palos y culatazos terminaban con su vida.

José emprendió la huida, mas un disparo le pasó silvando por encima de la cabeza, al tiempo que una voz amenazadora lo inmovilizaba:

¡Quieto o la próxima bala será para ti! Los tres hombres lo derribaron brutalmente sujetándolo por la espalda. ¿Y qué haremos ahora con éste?, oyó preguntar. Habrá que liquidarlo, de lo contrario nos delatará, dijo fríamente Crisanto Espino cargando nuevamente la escopeta y apuntando al aterrorizado muchacho. ¡No deje que me maten! -gritó desesperado Jiménez dirigiéndose a Segura- ¡Usted fue padrino de mi bautizo! ¡Fidelia, Fidelia! ¿Es posible que nunca más nos veamos?

Crisanto y Alejandro Jorge discuten, mientras José, encogido en tierra como un animalillo indefenso, cree agonizar de terror. Al fin, Segura convence a sus compinches y le perdonan la vida a cambio de silenciar lo visto. ¡Como se te escape algo, te buscamos y te matamos donde te encontremos!

Después de amenazarle, los asesinos le exigen lo que tiene que declarar: tienes que decir, que el secretario te ordenó al llegar al cruce que conduce a Güi-Güillo, que él seguiría por el camino que pasa por el barranquillo de Los Negros, después a Tirma y luego a la Cruz del Taibalbal a la salida de El Risco, que allí se encontrarían otra vez, porque éste es el sendero que mejor le iría al caballo. Y que, para que no tuvieras que andar tanto, te ordenó que echaras por el atajo de Güi-Güillo y que se verían a la salida del caserío de El Risco. Dirás también que estuviste dos horas esperando en el lugar convenido y como quiera que no aparecía, seguiste a Agaete a la casa de Don Antonio de Armas, a preguntar si había llegado Don Diego.

Cuando se marchaba el muchacho, Segura y sus dos compañeros atisbaron a un pastor que sospechosamente andaba por aquellas cercanías. Lo rodean y le conminan a que diga si ha oído algún disparo. Asustado, jura no haber oído ni visto nada.

José Jiménez llegó a Guía al atardecer, pernoctando allí y cumplimentando en el juzgado las consignas dadas por los asesinos. Aquella noche no pudo conciliar el sueño, cavilaba que en solo unas horas, el destino había truncado cruelmente su vida. Hasta el día anterior, era un muchacho optimista que solo pensaba en unirse a su Fidelia para siempre. Ahora sin buscarlo, estaba injustamente envuelto en un terrible atolladero: si hablaba, Crisanto Espino o Alejandro Jorge le meterían una bala en el cráneo; si callaba, la justicia seguramente lo iba a complicar a él. Por un momento pensó que un pastor andaba por allí... ¿Dios mío, acaso me merezco esto? ¿Qué puedo hacer?

VII

¿Oyes Fidelia? -llamó Señá Concha a su hija mientras lavaba las coles y batatas que su marido había arrancado del huerto- las campanas de la ermita están tocando, es muy raro a esta hora, vete a ver qué ha pasado, algo anuncian.

Fidelia no había escuchado a su madre, estaba tensa tras un día de negros presagios y nada más sonado el primer repique, salió despavorida en dirección a La Plaza con el alma agoniada por una mala corazonada. Cuando llegó, no podía respirar de lo que había corrido. Se tropezó de bruces con Mauricio Hernández a quien preguntó agitada: ¿Qué pasa? ¿Por qué tocan? ¿Es que no lo sabes?, respondió Mauricio: un matrimonio bajaba de Barranco Hondo y ha explicado que en el barranquillo de Los Negros está el cadáver de un hombre. Han traído un caballo que estaba suelto por allí, el animal ha sido reconocido como el que montaba Don Diego al partir. O sea, que el cadáver es el secretario o es tu novio, dijo Mauricio con una mueca de hiena.

Fidelia Ramos como una sonámbula penetró en la ermita, inconscientemente buscando protección. Se fijó por casualidad en una imagen de San Nicolás que parecía sonreírse burlándose de su dolor.

¡No! -gritó desesperada- ¡no puede ser! ¿Por qué? Y sintiéndose desfallecer se abrazó a una de las vigas centrales de la ermita.

A tientas llegó a uno de los bancos donde atinó a sentarse, aturrida, anonadada, tratando de secarse con el dorso de la mano el sudor y las lágrimas que le bañaban la cara. Sintió que alguien le ponía apaciblemente una mano en el hombro, al tiempo que oía una voz emocionada que le hablaba, volviéndose reconoció en la semioscuridad al padre de José. No creas lo peor muchacha - susurró a su oído- yo hablé con el matrimonio que bajó de los altos y por lo que explican y por la ropa, el cadáver es el secretario.

Pero ¿Y dónde está su hijo? ¿Dónde está José? Ojalá yo lo supiera, pero de momento hay que esperar. Yo también estoy desesperado, exclamó Juan con el gesto descompuesto, la culpa es mía, desde hace tiempo debí obligarlo a que dejara la maldita Casa Nueva.

Aquella noche los dos matrimonios y Fidelia la pasaron sentados en la gran mesa de madera que centraba la habitación principal de la familia Jiménez. Los viejos pudieron al fin convencer a la chica de que se echara un rato, esperaban el milagro de la llegada de José o alguna noticia suya. Fidelia recostó su cabeza en la almohada donde solía dormir su amado, aún conservaba su olor. Con los ojos abiertos había apartado el visillo intentando taladrar la oscuridad exterior, si alguien se acercara a la casa, vería alguna luz... Se le bajó el pabilo a la llama del candil, al objeto de que no molestara a Alejandro y Manolín, que dormían ajenos al drama.

De vez en cuando se levantaban, bien Juan, bien Señá María y servían café amargo a la madre de Fidelia y al padre, Eustaquio, un hombre mustio y prudente, poco hablador. Parecía un velorio, las sombras de los dos matrimonios se reflejaba en la pared, mientras de vez en vez se hablaba en voz baja, con el mismo sigilo con el que se murmura cuando alguien está de cuerpo presente. Así volvió el día.

VIII

Cuando amaneció, José Jiménez partió de Guía. Afortunadamente al llegar a la cercana Gáldar encontró un carromato que lo llevó hasta Agaete. Allí se topó con un vecino de La Aldea, Antonio

Martín «el Charquilla», que también regresaba, harían el camino de vuelta juntos.

¿Qué te pasa? - notó Antonio - tienes una cara muy rara. José, aún impresionado por la tragedia vivida el día anterior y abrumado por la desgracia, no tuvo fuerzas para callar, necesitaba abrir su corazón, compartir con alguien su tremendo secreto y habló. El Charquilla, con los ojos desorbitados de asombro, no pudo articular respuesta. Al cabo de un buen rato de camino inquirió: ¿Y qué vas a hacer ahora? No lo sé, respondió José dubitativo, de momento sólo te pido una cosa: regresemos por el atajo de Güi-Güillo, quiero evitar pasar por el barranco de Los Negros, no quiero ver el cadáver de Remón. ¡Yo no tengo la culpa de nada! ¿Qué he hecho yo?

Nuevamente, al atardecer de aquel 20 de Marzo, volvieron a avisar las campanas de la ermita y otra vez los aldeanos volaron a La Plaza: ¡Un vecino había visto que desde el Furel hacia el valle de La Aldea bajaba alguien acercándose! Una tenue nubecilla de polvo delataba que se trataba de dos hombres que caminaban a paso rápido. ¿Quiénes serán?

Cuando José y Antonio Martín llegaron a La Plaza, allí estaba todo el pueblo expectante, esperándoles. Jiménez fue acorralado por los vecinos, todo el mundo preguntaba dónde estaba el secretario. José respondía a todos explicando la misma versión que había dado en Agaete y en Guía: se habían separado al llegar al cruce con el atajo de Güi-Güillo, desde entonces no lo había visto. Y rompiendo el cerco a fuerza de brazos, José se acercó a la ermita. A unos veinte pasos de la puerta vio a Fidelia, estaba sola, tenía los brazos abiertos extendidos hacia él y lágrimas en su rostro feliz.

¡Qué horror, una muchacha soltera no puede hacer eso, es una deshonra pública! José y Fidelia, olvidados del mundo, corrieron a encontrarse, fundiéndose en un abrazo clamoroso, descarado, triunfal. ¡Todas las normas del pueblo quedaron rotas en aquel instante! ¡Dos jóvenes solteros abrazándose en público, qué espanto, qué inmoralidad! Los viejos fruncieron el ceño, las viejas abrieron la boca asombradas, los jóvenes sonrieron, los niños aplaudieron

ruidosamente, el cura irritado trancó la puerta de la ermita de un sonoro golpe marchándose para adentro. Mauricio «el veneno», verde de envidia, tuvo entonces la certeza de que había perdido para siempre la más leve esperanza.

José y Fidelia miraron hacia el cielo, había luna llena sin nubes en aquel crepúsculo y les pareció que la luna les sonreía, mientras la promesa muchas veces jurada de aquel amor imperecedero volvió a renovarse en público, a los ojos del mundo.

IX

Al día siguiente trajeron el cadáver a La Aldea. Bajo una expectación jamás vista, era llevado en fúnebre procesión desde el barranquillo de Los Negros al valle.

Inmediatamente, desde el momento de conocerse el crimen, el juez de Guía -cabeza del distrito comarcal- estuvo realizando diligencias forenses en el mismo lugar del asesinato. Para ello, se había llevado consigo a un médico y a un piquete de soldados bajo el mando de un severo sargento de cara aviesa, con el rostro picado de pústulas, señales de viruela antigua. El juez había encontrado en la bolsa portátil de Remón la lista de desahuciados, así como las cantidades que cada uno debía al Ayuntamiento en concepto de tributos.

En el centro del camino en las afueras del pueblo, se erguía patética la figura de Clara, la viuda, rodeada de algunas mujeres, todas ellas esposas del personal al servicio de la Casa Nueva. Desde hacía tiempo no se la veía en la calle, vivía prácticamente enclaustrada, sin tratarse con nadie del pueblo. Marcial Melián, señalado por todos los dedos como el verdadero enemigo, seguía sin aparecer, huyendo indudablemente de aquella fogalera. Con menor culpa, fue el secretario quien pagó.

La comitiva ya entraba casi en el pueblo, cuatro soldados portaban una angarilla con un bulto cubierto. El juez ordenó tapanlo, había hallado un rostro desfigurado y la cabeza reducida a una masa sanguinolenta deshecha a golpes. Incluso hubo que espan-

tar a un grupo de guirres que ya habían picoteado el rostro de la víctima, mientras un círculo de cuervos, apostados unos metros más atrás, aguardaban su vez.

Cuando el cortejo llegó cerca de la viuda que se encontraba en medio del camino, no se pudo contener y de pronto, dando un gemido animal y zafándose de los brazos de las mujeres, se precipitó como una loca hacia la angarilla. Los soldados, no esperando la reacción, se vieron sorprendidos y no pudieron impedir la acometida. Por un momento dejaron el improvisado ataúd en el suelo y sobre el polvo, la viuda del secretario aullaba de dolor, ante un pueblo mudo e impenetrable: ¡Tienen que pagar lo que te han hecho! ¡Malditos los que te hicieron esto! resonaban los gritos en las paredes de las laderas.

A Diego Remón lo enterraron en el cementerio de La Aldea. Al sepelio solo asistieron, Clara, el cura, el juez y los soldados.

X

Fidelia madrugó aquel día, cuando se levantó aún no había clareado. Tenía que preparar el fogón y llevarle el pienso a las gallinas, así como recoger la puesta del día anterior y limpiar el gallinero. Arrebujándose friolera en un chal para cubrirse del relente de la madrugada, abrió el portón lateral saliendo a la finca. Una sombra salió de detrás de los naranjeros y abalanzándose sobre la muchacha la sujetó con fuerza, mientras le ponía un cuchillo en la garganta. ¡Si gritas te rajo! -silvó. Fidelia trató inútilmente de verle la cara, porque se cubría con una media negra, solo brillaban dos ojos malignos. Vengo de parte de Alejandro Jorge y los otros, hoy vendrá el juez, recuérdale a tu novio que si habla lo mataremos. Y diciendo esto la soltó y se perdió en la oscuridad.

Fidelia entró en la casa dando un grito, poniendo a sus padres en planta. Eustaquio salió rápidamente, retornando al rato: no, no hay nadie en la finca, ni en los alrededores de la casa. Corre, dile a José lo que acaba de pasarte. Señá Concha se lamentaba amar-

gamente como en un rezo. ¡Maldita sea, en este pueblo, entre unos y otros, no se puede vivir en paz!

A media mañana se supo que Melián había por fin retornado al pueblo, protegido por un piquete de soldados. El alcalde y el juez se encerraron en el ayuntamiento durante el resto del día. En cortos intervalos salía una pareja de soldados dirigiéndose a una casa concreta, regresando con un vecino al que llevaban a declarar. La siniestra procesión duró todo el día ante la consternación del pueblo que maldecía impotente en voz baja. Al rato el declarante marchaba para su casa. Solo tres personas no salieron, quedando allí encerradas, comunicándose a las familias que esperaban angustiadas, que quedaban detenidas a disposición del juez: fueron Antonio Moreno Ramírez, Antonio M^a del Pino González y José Jiménez Ventura. Los tres asesinos quedaron libres de sospecha, ni siquiera los llamaron a declarar.

XI

Fidelia, aún con el susto en el cuerpo, invadió como un huracán el hogar de sus vecinos. José Jimenéz y su padre ya estaban levantados, invitando a Señá María a quedarse un rato más en la cama, se quejaba blandamente de la espalda. El joven José, al enterarse de lo sucedido, palideció intensamente. La muchacha valerosa, decidió quedarse allí e intentar animar a la asustada familia. Habló Juan: no vayamos a ver el cadáver del secretario que estará supongo a punto de llegar, nos quedaremos todos tranquilamente en casa trabajando normalmente y ya veremos lo que pasa.

Pero unas horas mas tarde, sonaron en la puerta unos golpes secos y autoritarios de mal presagio. Al entreabrir lo primero que asomó fue el mostacho del sargento de la gendarmería con dos soldados más. El suboficial le comunicó brutalmente a José que estaba detenido y que lo llevaban al Ayuntamiento a declarar. En aquel momento Señá María tuvo un ataque, violentos espasmos agitaban la cama, mientras Juan trataba de calmarla. Alejandro y

Manolín muy asustados, se aferraban desesperadamente a la manta que cubría las piernas de su madre.

¡No se agobie Juan! -le animó Fidelia- usted tiene que quedarse ahora, yo acompañaré a José y esperaré a saber algo. De Mederos hacia arriba salió la comitiva con el detenido. A medida que se subía por la leve cuesta hacia La Plaza, el cortejo se iba agrandando con vecinos que se iban incorporando. En el centro iba José Jiménez, amarrado como un delincuente y abrazado a él a despecho de los gendarmes, iba Fidelia, con el rostro alto, orgulloso, sin lágrimas. Nada puede pasarte porque tú nada has hecho, murmuraba a su oído. Esperaré el tiempo que sea a que todo se aclare, una semana, o un mes, o un siglo. Esperaré por ti, primero el sol saldrá por el mar y se hundirá por Tejada, antes que olvidar nuestro amor.

Dos horas después, la joven abrumada de dolor regresaba a Mederos a comunicar a las familias la mala nueva: un soldado asomándose a la puerta del Ayuntamiento le había confirmado que José quedaba detenido y que sería enviado a la cárcel de Las Palmas. Fidelia regresó abatida de dolor, pero sin llorar y con un rictus de determinación en su cara.

A los dos días, se llevaron a los tres detenidos a la capital de la isla.

XII

A principios de Abril un barco de guerra fondeaba frente a la playa de La Aldea. Algunos pescadores que remendaban sus redes, avisaron que numerosos soldados estaban acercándose a la pedrea, navegando en chalupas que iban y regresaban al buque sin descanso.

Se sabía que Marcial Melián había reunido al Ayuntamiento y que éste había solicitado al marqués de Villanueva del Prado, amplia protección militar. Unos doscientos cincuenta soldados, marchando con paso rítmico, subieron desde Las Marciegas hasta La Plaza en amenazadora procesión. El único incidente fue una pedrada, lanzada al parecer por un niño, que dio en el tobillo a un suboficial. Al muchacho no pudieron hallarlo.

Una vez en La Plaza, buscaron a unos veinte colonos -cuya lista ya traían- y reiniciaron la marcha hacia el mar, los veinte hombres en el centro de la vereda, a ambos lados dos filas de soldados. Metidos en las chalupas, los embarcaron en dirección a Tenerife. Los colonos detenidos resultaron los más significativos medianeros del valle, algunos de ellos bien conocidos como los más levantiscos. Se trataba de una expedición punitiva en toda la regla, una rabia contenida estremecía a todo el valle.

Después de las tareas domésticas, Juan Jiménez y Eustaquio Ramos se reunieron en la casa de éste, analizando la lista de embarcados que Juan había memorizado perfectamente. ¡Qué raro que no hayan molestado ni a Rodrigo Hernández, ni a su hijo Mauricio! -murmuró Juan dubitativo rascándose el cogote- ellos son los que siempre andan sublevando a la gente contra Melián y contra el Marqués. Es una de las familias más importantes del valle, uno de los medianeros con mas tierras y además, son los más que chillan.

Los amigos de Fidelia y de tu hijo José, - apuntó Eustaquio- dicen que vieron cómo Rodrigo entraba por la noche así como escondiéndose, a hablar con el cura y que estuvieron mucho tiempo platicando. Fidelia me comentó además algo muy importante: parece que una tarde, estando bebido, al Sacristán se le escapó que el propio Mauricio había redactado una carta que luego firmó su padre y entregó al cura, para que la hiciera llegar al Marqués. Le enviaba en secreto, el dinero que Melián le reclamaba como su parte que debía por tributos...

Todo el pueblo vivió en días sucesivos bajo un terremoto. La familia Jiménez-Ventura escuchó varias veces durante la noche golpes contra las puertas, seguidos de gritos con amenazas de muerte.

El matrimonio sabía quienes eran los tres asesinos que aún estaban sueltos, indudablemente protegidos por los instigadores, estaban convencidos de que José era inocente, pero terminaron por acobardarse. Un día incluso Alejandro y Manolín llegaron llorosos de la Doctrina. Los otros niños, con la crueldad inconsciente de los neófitos, se mofaron pregonando que: dicen por ahí que a tu hermano Pepe lo matarán en cuanto salga de la cárcel.

A finales de mes los padres de José Jiménez partieron en dirección a Las Palmas con la esperanza de poder ver a su hijo y enterarse de algo. Alejandro y Manolín quedarían al cuidado de los padres de Fidelia, mientras la muchacha acompañaría al matrimonio. No hubo fuerza divina ni humana de hacer desistir del viaje a Señá María. Para la madre resultó un esfuerzo heroico llegar andando desde La Aldea hasta Agaete, dos días de un viacrucis interminable, avanzaba lentamente apoyándose en un bastón, con una tenacidad y determinación asombrosas, arrastrando su figura doliente por el polvo del camino. En los pasos difíciles era casi siempre Fidelia la que la ayudaba, dándole su brazo. Pernoctaron en Agaete, saliendo temprano hacia Gáldar en un carronato que portaba heno, y desde allí a Las Palmas.

Juan Jiménez tenía un primo suyo que vivía en el barrio de San José, pero no recordaba el sitio exacto, hacía muchos años que había emigrado del valle a la ciudad. Por fin lo localizaron: Román Jiménez resultó un individuo alegre y confiado a pesar de su dura vida de picapedrero. Tampoco su esposa Juanita, mujer de buen corazón, puso impedimentos a recoger a aquellos tres caminantes. El matrimonio y una caterva de chiquillos vivían en dos reducidas habitaciones, apretujándose aún más por poco tiempo.

Dos días más tarde pudieron al fin ver a José. Hubieron de soportar el ansia de una larga espera, había que conseguir no se sabía bien, qué papel o permiso. Llevados a los húmedos sótanos de la prisión bajo el Ayuntamiento pudieron verlo, pero no tocarlo como soñaba Fidelia, una doble reja llena de hollín lo impedía. El padre se quitó el sombrero al ver al hijo, como si estuviese frente a una autoridad; la madre rompió a llorar con desconsuelo; Fidelia tuvo que tragarse las lágrimas, el alma se le vino a los pies: estaba mucho más pálido, delgado y lo que era peor, desesperado. José no entendía por qué estaba allí. Contó que al principio lo tuvieron en celda aislada, sin ver a nadie. Pero después de haber sido interrogados por separado, estaba en la misma celda que Antonio Moreno Ramírez y Antonio Ma. del Pino González. Lo único que

les habían dicho era que el proceso continuaría con más diligencias y que iba para largo. No sabía más.

El regreso al valle fue una nueva tortura para Señá María. Y menos mal que un buhonero al que encontraron por el descampado de Guayedra y que iba para allá, compadecido al ver el estado de la madre, le cedió su lugar en el burro que llevaba. Seguramente aquel enorme esfuerzo terminó de quebrar la salud a Señá María Ventura, que nunca más pudo recuperarse.

XIII

El sol empezaba a calentar el valle, la primavera estaba en todo su apogeo. Durante las dos semanas siguientes se vivió una tensa calma, hasta que dos noticias seguidas volvieron a encender los ánimos:

La primera pareció alentadora, los medianeros denunciados por el Marqués en relación a los incendios ocurridos dos años atrás, en los pajares cercanos a la Casa Nueva, habían sido absueltos. El juez dictaminó que las pruebas aportadas por Marcial Melián, no habían sido suficientes. La vista se celebró en Guía, de donde los medianeros denunciados regresaron exultantes. Incluso se tiraron voladores delante del Ayuntamiento, que permaneció cerrado durante todo el día.

Los aldeanos empezaron a tomar bríos, a creer que podrían de nuevo levantar cabeza. Mauricio fogueteaba a los más jóvenes con un alzamiento general, mientras su padre continuaba con sus misteriosos visiteos al cura, que según algunos sospechaban, trasladaba recados y confidencias a Melián.

Días después vino el mazazo: se supo en todo el consternado valle que el marqués había cursado una nueva denuncia, exigiendo a los medianeros, como en los peores tiempos, el abandono de las tierras. Era volver a empezar.

En un ambiente de naufragio, Eustaquio Ramos de vuelta de La Plaza, encendió el candil de aceite en la habitación central, cuando ya Señá Concha y Fidelia estaban también en el hogar. Hoy - anunció- hemos acordado en el pueblo nombrar una comisión de

tres personas que debe viajar urgentemente a Las Palmas, para hablar con un buen abogado que nos defienda. Naturalmente lo pagaremos entre todos, no vamos a quedarnos cruzados de brazos esperando que nos expulsen de nuestros cultivos.

¿Y quiénes son los de la comisión? preguntó Señá Concha visiblemente inquieta. Pues Pepe Déniz, Eufemiano Araujo y yo mismo. No hay más remedio, mañana a prima hora nos marcharemos, hay prisas en localizar lo antes posible a Don Eduardo Benítez que así se llama el letrado.

De pronto Fidelia se pone en pie como si la hubiese picado una avispa. Como un relámpago pensó que aquella era su oportunidad y habló con súbita determinación, desde hacía días estaba cavilando cómo acercarse a la prisión, cómo estar mas cerca de su amado José. El encierro según decían iba para largo y ella se sentía morir. Evocó como de noche, con los ojos abiertos, creía soñar encontrarse entre los morenos brazos de Jiménez abrazados a su talle, aquella respiración fogosa después del beso furtivo, aquel olor tan especial de su cuerpo. Sí, con los ojos cerrados hubiera podido distinguir su olor del de cualquier otro hombre, su hombre.

Cuando pudo verlo, encerrado tras aquellas rejas, tan mustio que parecía lleno de ceniza, con aquella mirada que era más de desamparo que de miedo, sintió a la vez pena y amor. Ella percibió entonces que él la necesitaba. No, ella no podía vivir sin saber qué le estaba pasando, tenía que ayudarlo para que no se hundiera, tenía que avivar aquel fuego suyo interior. No podía vivir sin verlo.

Con los ojos brillantes, gritó entonces Fidelia: ¡Y yo voy contigo padre! Así al menos haremos el viaje juntos. Me quedaré en la ciudad todo el tiempo que José esté preso.

Un rato tardaron en reaccionar Eustaquio y Señá Concha. El padre, pausado y tardío como siempre, parpadeaba sin comprender bien lo que había oído. La madre pensó por un instante que Fidelia había perdido el juicio.

Pero ¿Te has vuelto loca? ¿Que vas a hacer sola en Las Palmas, dónde y de qué vas a vivir? - trató de argumentar Eustaquio. Lo he estado pensando -murmuró Fidelia como hablando consigo misma- pero así no puedo vivir. No quiero. Nuestro vecino Juan Jiménez tiene un primo que vive en San José, como saben allí estuvimos en el último viaje, cuando acompañé a los padres de José, son buena gente, ahora mismo hablaré con Juan a ver si cree posible que me quede allí, al menos durante una temporada. No seré una carga, trabajaré en lo que sea, llegaré a un acuerdo con ellos, ya lo verán, no me quedaré sola.

Señá Concha miraba perpleja a su hija tragando saliva y por vez primera la contempló como nunca la había visto, de golpe se había transformado de niña en mujer. Como en una revelación, comprendió instantáneamente que aquella determinación no era fruto de una actitud caprichosa, era la tenacidad a la que se aferran aquellos que por vez primera encuentran el verdadero amor. Fidelia había hecho ese hallazgo e iba a luchar por él, a costa de lo que fuera, para siempre... Sería inútil intentar disuadirla.

XIV

¿Sabes ordeñar acaso? - preguntó dubitativo el viejo mientras la miraba achicando los ojos. Silvestre era flaco, menudo y desaseado, lucía una enmarañada barba rojiza. No vivía sino para sus propiedades.

Claro -respondió decidida Fidelia- en La Aldea todo el mundo sabe hacerlo. Bueno, pues tu labor será ésa, por la mañana, lo primero de todo es ordeñar las veinte cabras. Y no dejes que los dos machos se le acerquen, ahora no es tiempo, además a los baifos granditos hay que separarlos y meterlos en el corral pequeño. Claro que hay que limpiar el establo y el bebedero, así como echarle la alfalfa. Y después, échale la comida a los dos perros, pero ten cuidado que tienen una buena dentadura, los suelto por la noche en la finca, para que no me roben el millo.

Del caballo no te ocupes, eso quiero hacerlo yo solo, es un gran potranco que estoy preparando para pecharlo en carreras. ¿Oíste? Y de los gallos tampoco, son de buen castío y mi hijo los dispone para las peleas como él sabe.

Cobrarás todos los sábados, según te he dicho. Y no debes robar ni beberte la leche, como hacía el último zarandajo que tuve aquí. ¿Oíste? Bueno, puedes empezar mañana mismo.

Eustaquio se había despedido de Fidelia en la portadilla de San José, casi con lágrimas en los ojos. ¡Bueno, no nos abandones! ¡Déjate ver al menos de vez en cuando! - dijo atragantándose por la emoción. Y marchó a paso rápido al despacho del abogado junto a los comisionados Déniz y Araujo.

Fidelia no tuvo que buscar mucho, recordó enseguida donde era la casa del primo de Juan Jiménez. Román no estaba, pero sí Juanita, que la aceptó de buen grado, conmovida por la decisión de la muchacha de estar cerca de su novio, encarcelado por mala fortuna. Le asignaron una raída colchoneta en el suelo, que habría de compartir con una de las niñas mayorcitas del matrimonio, no había más. En aquel cuarto dormían cuatro niñas y un niño, ahora serían seis personas, en la otra habitación se quedaba el matrimonio con un niño aún pequeño. Fidelia creyó observar que Juanita estaba nuevamente embarazada.

A poco llegó Román, y Fidelia lo abordó hablándole claro: ella no quería ser una carga, buscaría trabajo y entregaría al matrimonio una parte, de lo contrario no se quedaría. No es que no queramos - dijo Román tímidamente, como excusándose- sino que no podemos, habitación te damos, pero de comida estamos con lo justo, pero si nos das algo pues claro que te quedarás el tiempo que deseas, nos arreglaremos. ¿Cómo podríamos dejarte en la calle?

Juanita se acordó entonces que por detrás de la carretera, en la misma vega de San José, un propietario de animales y cultivos buscaba un ayudante. Vete ahora mismo, vive ahí debajo y pregunta por Silvestre, a lo mejor tienes suerte. Me he enterado de que ha echado al muchacho que trabajaba con él porque descubrió que le robaba.

Así fue como Fidelia empezó a trabajar para el viejo Silvestre, en medio de su pena, había tenido suerte. Y en agradecimiento por la hospitalidad del matrimonio, se volcó en ayudar a Juanita. Con la saludable energía de su juventud, cuando salía del trabajo, incansable, iba al cercano pilar a traer agua, colaboraba en la cocina y sobre todo, atendía a los niños pequeños. Román y Juanita empezaron a pensar que incluso habían salido ganando y quizá por ello, todos empezaron a querer a Fidelia.

XV

Después de esperas, papeleos y burocracia, la muchacha obtuvo permiso para visitar a José. Al fin Fidelia veía compensada su tenacidad, tendría la dicha de volverlo a encontrar, aunque fuera así, separados por aquellas rejas que se le antojaron, enormes, inexpugnables, hostiles.

José Jiménez que no la esperaba, se llevó una enorme sorpresa, su rostro se transfiguró como por ensalmo. En un segundo desapareció aquella mirada temerosa de perro apaleado, aquella sumisión de derrota definitiva.

¡Fidelia! ¿Cómo es que estás aquí, con quién has venido? No podía vivir sin verte, aunque sea de ésta forma, y me he venido para la ciudad. Aproveché que mi padre y dos aldeanos más venían para entrevistarse con un abogado, pues hay nuevos líos con el Marqués, con Melián y con la maldita Casa Nueva. Me estoy quedando en la casa del primo de tu padre, en San José, y has de saber que no me iré hasta que tú no salgas en libertad. Pase lo que pase, de aquí no me mueve nadie. Así que - ¡ánimate hombre!

Jiménez pareció enderezarse resuelto, la luz le brilló de nuevo en la cara, como aquel día en el que le juró su amor. He encontrado trabajo en una finca cercana, prosiguió Fidelia. El dueño se llama Silvestre, uno que tiene una barba así como colorada, cuida animales y ordeño sus cabras.

Los viejos están pasables, continuó Fidelia con cautela, exceptuando tu madre. El esfuerzo que hizo para venir a verte, la cami-

nata ida y vuelta hasta Agaete, la dejó muerta. No ha podido recuperarse, se queja de la espalda cada vez con mayor frecuencia, pasa muchas horas acostada. Pero no te amargues que ya se curará, además tus hermanos ayudan ahora mucho más, sobre todo Alejandro que está creciendo a toda prisa.

La cosecha ha sido buena. ¿Y sabes una cosa?: el naranjero que cae sobre el gallinero, en aquel sitio donde me dijiste por vez primera que me querías, fue el que dio mejor cosecha, mi padre estaba asombrado. Además, hay un nido de jilgueros en sus ramas. ¿Será por algo? ¿Tendrá algo que ver con nosotros?

Y tú. ¿Cómo estás? El rostro del amado se ensombreció de nuevo, pareció encogerse otra vez. ¿Cómo quieres que esté? Bueno -continuó intentando rectificar, al percatarse que su desánimo disgustaba a Fidelia- ahora me encuentro algo mejor, porque estoy solo, en una pequeña celda. Vino un hombre del Juzgado que volvió a interrogarme y yo aproveché para quejarme que tanto Antonio Moreno como Antonio María del Pino, estaban todo el día amenazándome de muerte. Me advierten que si nombro a aquellos tres, me matarán. ¡Era una tensión insoportable!

Bien -inquirió Fidelia bajando la voz al tiempo que echaba una mirada alarmada al guardián que dormitaba rascándose el pecho descarnado -pero ¿qué declaraste respecto al secretario? Pues lo mismo, si digo la verdad me darán un escopetazo, no me atrevo.

Pues yo -dijo Fidelia mirándole dubitativa- he estado pensando en eso y creo que es preferible que digas lo que sabes. Si tenemos que marcharnos para siempre de La Aldea, pues nos vamos los dos. Tú no puedes a lo peor, estar años en la cárcel para tapar a otros, no es justo, bastante has sufrido ya. Tú no has hecho nada malo -siguió la muchacha sin poder contener las lágrimas- y no quiero que la separación eche una sombra sobre nuestro amor, que pueda marchitarlo. Prefiero -terminó Fidelia lentamente como mascando las palabras- arriesgarme a que mueras en mis brazos de un balazo, antes de que te pudras en un presidio.

En aquel momento se acercó el carcelero interrumpiendo el diá-

logo. ¡Bueno niña ya han alegado bastante! El tiempo se me ha pasado, me he quedado dormido, tienes que irte ya.

Cuando Fidelia, la novia valerosa, se aprestaba a salir, escuchó tras ella la voz de José: Oye, compra periódicos y mira a ver lo que dicen de La Aldea. A lo mejor por la prensa nos enteramos de cómo van las cosas.

XVI

A partir de aquel día, Fidelia compraba el periódico nada más salir de la casa, en dirección al ordeño. Lo deletreaba despacio, intentando escudriñar entre líneas lo que decía. Del asesinato del secretario no había nada nuevo; repetía que tres individuos seguían detenidos y que la justicia continuaba sus indagaciones. En cambio sí que había otras noticias del valle: se hablaba de forma sobresaliente de la actuación del abogado que habían contratado su padre y los otros dos comisionados. Por lo que entendía la muchacha en medio de la jerga legal, Don Eduardo Benítez le estaba apretando con fuerza el alma al Marqués y sobre todo al Melián, a los que acusaba abiertamente de déspotas, provocadores y crueldad. Nada alegaba sobre la legalidad o no, de los terrenos que cultivaba su padre y los otros aldeanos, sino que afirmaba que eran medianeros perpetuos por el cánón que pagaban anualmente desde tiempo inmemorial.

A principios de verano la muchacha pudo leer que ¡Melián al fin había dimitido! Había sido nombrado Rafael Domínguez como nuevo alcalde y un tal Rafael Donati como secretario. En días sucesivos se añadieron más cosas de La Aldea, por lo visto todo el mundo estaba contra Domínguez, al que consideraban un continuador de Melián. Había estallado una tormenta popular contra el nuevo alcalde, por culpa de no sé qué lío por un molino de harina que no dejaba construir.

Pero súbitamente el panorama se ensombreció para Fidelia que luchaba sin desfallecer en varios frentes a la vez: combatía fieramente con su amado, sosteniéndole la moral en una situación de

desespero que se prolongaba sin solución inmediata; pensaba preocupada en la salud de Señá María Ventura, prácticamente inmovilizada en la cama; se multiplicaba en silencio, ayudando a Juanita y a su caterva de hijos; y para colmo se añadió un nuevo problema. Agobiada tuvo que dejar el trabajo e irse de sirvienta por allí por Vegueta. A su novio le ocultó el motivo real temiendo que le afectara moralmente, se limitó a comentarle con laconismo que el nuevo trabajo suponía una tarea mucho mas liviana.

La causa fue un hijo juerguista y mujeriego que tenía Silvestre. Se la echaba de bien parecido y empezó a fijarse en ella descaradamente. Gandul, farsante, botarate y sin oficio ni beneficio, vociferaba: ¡soy de profesión rico! Iba por la finca de vez en cuando, gritando siempre y dando órdenes sobre la comida que había que ponerle a los gallos. A los bichos les probaba las espuelas y los atacaba con el saquete enseñándolos a pelear. Solía ir temprano, y un día estando borracho -indudablemente de amanecida- pretendió abrazarla. Fidelia, sin pensárselo dos veces, le pegó tal bofetón que le hizo despertar de la chispa, y, sin más palabras de aquí ni de allá, tomó su hatillo y se largó.

Ahora le quedaría menos tiempo aún, tendría que andar un buen trecho hasta la casona en la que prestaría sus servicios, allá en el corazón de la señorial Vegueta. No tenía otra opción.

XVII

Volvió el invierno sobre las islas y casi terminándose el año, un domingo, apareció por San José, Juan Jiménez. Esta vez venía solo, a visitar a su desdichado hijo. Emocionado saludó a Fidelia, al primo Román y a los niños.

¡Pero qué guapa te encuentro muchacha! ¡Ahora si que se puede decir que eres toda una mujer!, exclamó sin ocultar su admiración. No obstante llegaba en mal momento, la casa estaba patas arriba. En aquella habitación se agolpaba expectante toda la familia a la espera de acontecimientos. En el cuarto contiguo, una vecina experta en tales lides, asistía a Juanita a punto de traer al mundo una nueva

criatura. Román, sentado en la mesa con cara de resignación, esperaba impaciente el final de los gemidos de su consorte.

A poco salió triunfante la vecina con algo envuelto en unos trapos: ¡Es otra niña Román -anunció al padre- y todo ha ido bien! Juan Jiménez, dándose cuenta de que estorbaba, invitó a Fidelia a salir: es preferible ir a una plaza a sentarnos a hablar, aquí estamos molestando, apenas cabemos.

Llegados a la plaza de Santo Domingo, a caballo entre Vegueta y San José, tomaron asiento. Esta tarde si quieres -empezó Juan- iremos juntos a visitarlo, estoy deseando ver al pobre muchacho. Dime: ¿cómo lo encuentras últimamente? Solo regular -respondió Fidelia dubitativa- aún duda si debe cambiar la declaración y decir la verdad. Parece absurdo -pensó Jiménez en alta voz- todo el mundo sabe en La Aldea quienes son los asesinos, menos la justicia. Cuando algún vecino es interrogado siempre se escabulle de la misma forma: ¿que han matado al secretario? Pues eso dicen...

No lo atosigues, deja que sea él quien decida cuando debe hablar claro, que tendrá que hacerlo pronto Fidelia, porque la justicia, en cuanto sospeche la verdad, no se va a contentar con rumores, sino que necesitará la declaración del testigo para poder actuar. Eso fue lo que me dijo en secreto el viejo Jacinto en La Plaza. Tendrá que hacerlo, maldita sea, aunque sé que las consecuencias pueden ser terribles para nosotros. Estamos cogidos como un ratón en la trampa, sin comerlo ni beberlo.

Y dígame señor Juan: ¿cómo marchan las cosas por allá? Pues hay muchas novedades, la primera -la peor- es que mi mujer está muy malita. Que no se te escape, no se lo cuentes a José. Está casi todo el día en la cama y yo tengo que atenderla, por eso los cultivos los tengo medio abandonados. He tenido que decirle a Alejandro que deje de ir a la Doctrina, yo no puedo con todo, si estoy escapando es gracias a que tus padres me están echando una mano.

En cuanto a noticias del pueblo, sí que las hay, para variar tenemos jaleo. No sé si sabrás que por fin Melián dimitió como alcalde. Al principio todo el mundo contento, en La Plaza los medianeros

con más teneres regalaron ron gratis al que quisiera, pero el gozo en un pozo. Los de la Casa Nueva metieron de nuevo alcalde a un tal Rafael Domínguez que ya estaba de primer concejal y que ni siquiera vivía en el valle.

Resultó el mismo perro con distinto collar, pues era otro empleado del marqués y, para completar el cuadro, ha venido de Tenerife el nuevo secretario, un tal Rafael Donati me parece que se llama. En cuanto a la viuda de Don Diego Remón, me contaron que se ha marchado a vivir a Las Palmas y que cuando llegó por allí por el Andén Verde, mandó al arriero que parase la mula y bajándose, contemplando a La Aldea a sus pies, escupió en el suelo jurando a gritos que nunca jamás quería ver a ese pueblo.

Jiménez hizo una pausa mientras se liaba un cartabuche y tras encenderlo continuó hablando: al principio todo el mundo miraba de reojo al nuevo secretario, pero resulta que terminó peleándose con el nuevo alcalde de mala manera. El lío se formó por culpa de un molino que quería construir un aldeano y que a Domínguez no le convenía, porque ambicionaba la molienda para él solo. Tal vez sea porque el nuevo secretario tiene miedo de ponerse contra el pueblo o porque es persona decente, pero el caso es que el tal Donati se ha virado y se ha puesto contra la propia Casa Nueva.

A fines del verano Domínguez se marchó del valle, regresando protegido por la tropa, enseñando desafiante un papel con un sello en el que dice que él es el alcalde. Se encerró en el Ayuntamiento como si fuera el dueño de todo.

Pero fue tanta la guerra que le hicieron que ha terminado por aburrirse. Dijeron que los periódicos lo atacaban continuamente y que tal vez por eso, la autoridad ha cogido miedo y lo ha sustituido por Juan Santana, se dice que apoyado por los hermanos León y Castillo. El caso es que también Domínguez se ha largado de La Aldea con viento fresco.

Además -terminaba el padre de su amado- el día que regresaron los veinte medianeros que estaban presos en Tenerife por enfrentarse al marqués coincidió con la fiesta del pueblo, abajo en

Las Marciegas. Cuando los muchachos golpeaban el agua de El Charco con las ramas para atraer la lluvia, según dicen, estaban allí mirando unos criados de la Casa Nueva. ¡Para qué fue aquello! Los cogieron entre todos y los tiraron vestidos al charco, casi los ahogan. Por todo ello, la única buena noticia que hay Fidelia es que tal y como está el ambiente, no pasará nada con la última denuncia del marqués contra nuestras tierras. No se atreverán a tocarnos, sería el principio de una rebelión.

o - o - o - o - o - o - o - o

Por la tarde, Juan y Fidelia se dirigieron a los calabozos de la prisión, en los bajos del Ayuntamiento. Fue una mala premonición, aquel temporal con lluvia, granizo y relámpagos, la joven agarrándose las faldas y Juan sujetándose el cachorro luchando contra la ventisca y luego, aquella espera con rabia escondida.

El carcelero comunicó malhumorado a los visitantes que al preso José Jiménez Ventura no se le podía ver. Atosigado entre la cólera del padre y el llanto silencioso de la novia, añadió que eran órdenes, que estaba enfermo. Resultó peor, se desató la angustia de Fidelia, cuyo ánimo se derrumbaba por momentos, se oía algo extraño.

A la siguiente semana pudieron visitarlo. Cuando la muchacha lo atisbó, tuvo que apoyarse en Juan Jiménez para no caerse al suelo: pálido y desmejorado, con la mirada perdida y el gesto ausente, se agarraba convulso a las sucias rejas con gesto de animal asustado. ¿Qué te pasa José? ¿Qué tienes?

Como un sonámbulo, el infeliz muchacho empezó a hablar en tono hostil, muy bajo, como si estuviera en un confesionario, un murmullo monocorde que era una letanía de pesadumbre y humillación: hace días volvió a aparecer el juez, exigiéndome que hablara o que me atuviera a las consecuencias, según dijo. Me gritó que él sabía que yo estaba ocultándole cosas.

Acordándome entonces de las amenazas recibidas, por miedo a las represalias me negué a hablar. Entonces -siguió José bajan-

do aun más la voz en un ronco gemido- recuerdo como en una pesadilla que entraron dos hombres encapuchados y me sujetaron con fuerza. Yo traté de resistirme, pero me golpearon brutalmente varias veces en la cabeza con unas porras. Debí caer conmocionado al suelo, porque a continuación me arrastraron a otro sótano aparte, aún mas profundo que éste y que, quitándome la camisa, me amarraron a una argolla de la pared y me cosieron la espalda a latigazos. Me dieron por donde me cogieron, no tuvieron compasión de mis gritos, no recuerdo más porque me desmayé.

A los dos días me desperté ardiendo por dentro, bebí agua largamente y comí un poco de pan negro. Estuve muy débil, seguramente por la sangre perdida, mi espalda aún es una yaga. Entró de nuevo el hombre del juzgado acompañado de un escribano y le dije todo lo que sabía. No pude aguantar más...

Terminada la confesión los tres lloraban: José de rabia, Juan de pena y Fidelia de amor, que es más fuerte que la rabia y que la pena.

Los viandantes atendieron a aquella joven campesina, que había caído desmayada en las escalinatas de la Plaza de Santa Ana, los dientes prietos, la cara descompuesta de dolor, inerte como si estuviera muerta. Juan Jiménez regresó al humilde barrio de San José con diez años más: abrumado por la pena, planchando el suelo con sus zapatones de lugareño. Fidelia durante dos días ni durmió ni comió, con los ojos abiertos acostada sobre la sucia colchoneta, miraba fijamente al techo mientras se preguntaba: ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué todo esto?

El viejo regresó a La Aldea, pero no pudo convencer a Fidelia para que regresara con él...

XVIII

Señá María Ventura murió sin volver a ver a su hijo mayor. Pasado aquel invierno, el nuevo año se inició con el rumor de que se iba a poner en libertad a los tres encarcelados por falta de pruebas. Los dolores en la espalda de Señá María eran peores durante los inviernos, pero aquella vez no mejoraron con la llegada de la primavera.

Una madrugada, cuando Juan maquinalmente estiró el brazo para arroparla, la encontró yerta. Dando un salto en la cama buscó frenético la lumbre para encender la vela y pudo comprobar que la muerte se había apoderado de aquel cuerpo, inmóvil desde hacía tiempo.

¡Alejandro, Manolín, levántense que la madre ha muerto! gritó Juan descompuesto. Los niños, espantados, se vestían con premura. Tú que eres el mayor Alejandro, vete a La Plaza, tráete al cura y dile que avise al vecindario. Y tú Manolín, vete corriendo y díselo a los vecinos, a ver si Eustaquio y Señá Concha nos echan una mano.

A poco el cura y algunas mujeres llegaron a Mederos. Rezó rutinariamente unas oraciones y colocó una vela encendida en la cabecera del camastro. Avanzada la tarde, cuando empezaba a lloviznar, varios hombres condujeron el cuerpo de Señá María en una parihuela a su última morada, al camposanto del lugar.

XIX

Durante el mes de Abril de 1877, el buque de guerra «Buenaventura» paró motores y echó el ancla junto a la desembocadura del barranco de La Aldea. Cuando los campesinos leyeron las grandes letras mayúsculas del nombre del barco, pensaron que era una burla.

En un suelto de un periódico de Las Palmas se anunciaba que habían sido descubiertos los asesinos del secretario, sin mencionar cómo se había logrado saberlo. Arribaban a la costa, el Fiscal Jefe de la Audiencia de Canarias, así como una compañía de soldados y suboficiales al mando de un alférez. El valle volvió a llenarse de fuerzas de ocupación, se repetía el desfile de vecinos requeridos en el Ayuntamiento para ser interrogados.

Quedaron detenidos dos vecinos más y enviados a la capital de la isla: Antonio Ojeda Rodríguez y Domingo Aguiar Pérez, éste último, el del lío del molino contra el ex-alcalde Domínguez y además, enemigo declarado del marqués y de la Casa Nueva. Los soldados, acompañados de un sargento, peinaron inútilmente todo el valle, en busca de Crisanto Espino, Alejandro Jorge y Francisco

Segura, acusados como autores de la fechoría, que desaparecieron como si se los hubiese tragado la tierra.

En aquellos momentos la vida de la novia había mejorado, aliviándose su situación. En la enorme casona de Vegueta donde trabajaba la muchacha le habían ofrecido una minúscula habitación al fondo del patio, junto al pozo y la enredadera. Llegó a un acuerdo con la Sra. de la casa: ganaría ahora algo menos, mas a ella le convenía, pues recibiría manutención y cobijo. Fidelia supo pronto que el cabeza de familia era un famoso abogado de la ciudad, y además destacado político. Se llama Don Antonio López Botas gran amante de la isla y que durante siete años fue alcalde de Las Palmas.

La despedida del primo Román y de Juanita fue muy dura, sobre todo para los niños, que trataron de disuadirla de que no se marchara. El pequeño Gabriel sobre todo, a quien Fidelia había enseñado a caminar, lloró desconsoladamente todo el día. Pero Fidelia había comprendido que allí no podía seguir, no por falta de cariño, sino por una promiscuidad inevitable.

Continúan las espaciadas visitas de la muchacha a la prisión, pero tanto ella como José siguen ignorando el fallecimiento de señá María Ventura. Fidelia sigue leyendo con avidez la prensa, intentando premiosamente comprender todo lo que dice, así ha sabido que había dos nuevos detenidos. José lo confirma, pues vio fugazmente como llegaban Ojeda y Aguiar y los encerraban aparte.

Jiménez se recupera muy lentamente, las secuelas físicas tardan en cicatrizar, persistiéndole dolores en la cabeza, espalda y bajo vientre. Pero lo peor son las psíquicas: cada vez que oye chirriar los cerrojos corre a esconderse al fondo de la celda, empavorecido, como si fuera un animal indefenso. Noche y día teme aterrorizado que de nuevo penetren aquellos dos encapuchados para conducirlo al potro de la tortura.

Por otro lado, en la gran casona de Vegueta, la lectura del periódico por parte de la aldeana, causa al principio hilaridad en Dña. Esperanza, la sra. de la casa. Es la primera vez -ha dicho en tono

de sorna- que tengo una sirvienta que sabe leer y escribir, y que además se interesa por el periódico. Pero cuando D. Antonio ha sabido que era la novia de uno de los acusados en el célebre proceso criminal, ha dado órdenes tajantes para que se le facilite la prensa a la muchacha. Y no solamente eso, sino que al final de la jornada, cuando las tareas domésticas han menguado, la llama a su despacho, aclarándole con un lenguaje sencillo, todas sus dudas sobre la jerigonza legal.

XX

Dos años después del crimen, tiene lugar la sustanciación final del proceso. Se ha llevado a cabo en la sede de la cabeza judicial, en Guía, y ha sido enormemente laborioso.

A requerimientos del juez instructor, los acusados son trasladados en carruajes, bajo gran despliegue militar. Los detenidos, privados largamente de luz solar directa, emergen como de una tumba a la vida, caminan cegados, tanteando el suelo torpemente. Por vez primera después de los terribles sucesos Fidelia puede contemplar a su adorado José a la luz del sol. Ha perdido peso, pero le vuelve a brillar de nuevo la mirada en sus ojos negros. Su gesto se ha vuelto más hosco y su piel ha perdido la tersura de aquel color quemado por el aire tórrido de los fuertes veranos aldeanos. Apparentemente parece recuperado de la tortura padecida, así como del golpe moral que recibió al conocer la muerte de su madre.

Fidelia ha dejado atrás para siempre los restos de su niñez, los golpes del destino la han obligado a madurar. Allí está, enhiesta, junto al desconocido padre de José, una sombra de sí mismo. El dolor sufrido por la muerte de su compañera y más aún, la atrocidad cometida sobre el hijo, le han llevado al borde de la tumba. Fidelia comprueba con inquietud que Juan Jiménez, equivoca nombres, personas y fechas, en una mente súbitamente embarullada y ansiosa.

Ni el padre ni la novia pueden acercarse a menos de diez pasos del detenido, lo impide un cordón de soldados que contiene a la multitud expectante que husmea a la salida de la cárcel. La joven

aldeana está empero mas optimista, desde que Don Antonio López Botas ha sabido que su novio es uno de los encartados, todas las noches en su despacho la interroga sobre lo que le ha contado José. El patricio, de carácter observador y sagaz, cree sin ninguna duda la versión de Fidelia, su relato a veces ingenuo, pero perfectamente coherente, sencillo y emocionado. Y mojando la larga pluma en el tintero, toma notas escribiendo despacio, meditando, haciendo largas pausas como interrogándose a sí mismo. Le ha prometido a la muchacha que se hará cargo de la defensa de José y añade con voz firme que está seguro de conseguir su absolución en cuanto se celebre la vista. Fidelia, emocionada al oír estas palabras, ha tomado una mano de Don Antonio por sorpresa y se la ha besado en señal de gratitud. El patricio, con gesto adusto ha rechazado el ademán.

Ella ha notado que en la casa la tratan ahora con mas cariño, y por otra parte ha empezado a ahorrar dinero. Doña Esperanza le ha subido el sueldo y además, ahora no está sola con Antonia, la vieja cocinera, sino que también ha entrado a servir Micaela, que la ha relevado de las tareas más arduas.

Cuando la comitiva se dirige a Guía, el número de presos ya no son cinco, sino ocho. Durante el verano, Frasco Segura Carvajal, padrino de bautizo de Jiménez, el que impidió que los otros dos lo mataran en el barranquillo de Los Negros, se había entregado a la justicia. También se dio por vencido a fines del año, Crisanto Espino. Su novia había podido informarle, que estuvo meses escondido entre los peñascos de Güi-Güi, un laberinto diabólico de barranquillos y hondonadas, viviendo como una alimaña, alimentándose de tunos y tabefe que diariamente le suministraba un tal Pedro Díaz, vecino solitario de aquellos lugares. Varias veces pasaron los gendarmes peinando la zona a pocos pasos del astuto fugitivo, sin sospechar que a pocos metros, escondido en una cueva disimulada con juaguarzos, los apuntaba con la escopeta.

Supo también, que Alejandro Jorge Brito, había sido detenido en La Habana, cuando desembarcaba, y devuelto preso a Cana-

rias. José Jiménez notó las miradas de odio de Alejandro Jorge y de Crisanto cuando un día se cruzaron con él en la prisión.

La comparecencia en Guía fue espectacular. Ni el padre ni Fidelia pudieron entrar en la reducida sala, atestada de jueces, abogados, soldados y los propios acusados. Las diligencias duraron dos días completos. Don Antonio, cumpliendo la promesa hecha a Fidelia, asistió a José. El joven se ciñó al consejo del patricio: que no ocultara nada, recalcando que ni pudo evitar la agresión, ni auxiliar posteriormente al secretario. Que reconociera que sus primeras declaraciones falsas fueron producto del miedo a represalias, había sido repetidamente amenazado de ser asesinado si confesaba la verdad.

De Guía a Las Palmas, solo regresaron seis de los ocho encausados. El juez instructor había sobreseído los cargos que pesaban sobre los dos detenidos inmediatamente después de Jiménez. Antonio María del Pino y Antonio Moreno Ramírez, retornaron al valle desde Guía, libres de todo cargo. Los tres asesinos, y Domingo Aguiar Pérez, Antonio Ojeda Rodríguez y José Jiménez Ventura, reingresaron en la prisión de Las Palmas.

XXI

Después de conducidos el resto de los presos a Las Palmas, Fidelia se renovó a sí misma la promesa de no salir de la ciudad hasta no hacerlo juntos, hasta que su amado José no fuese liberado.

La vida de la muchacha tomó entonces cierto ritmo rutinario: el trabajo en la casona y las visitas a la prisión eran su único horizonte. Ni siquiera los domingos los aprovechaba Fidelia para hacer algo diferente, aquellos días quietos en los que Don Antonio se marchaba a reuniones políticas y a las peleas de gallos; con la señora entretenida en sus interminables reuniones benéficas y los hijos ocupados en la azotea con el lanzamiento de vistosos cometones. Tampoco quiso aprovechar unos días de asueto que le ofreció Doña Esperanza, ahora desconocida, con una amabilidad desacostumbrada. La vida estaba colmada por el fuego de aquel

amor inextinguible, por el recuerdo casi morboso de repetir aquellas intensas caricias, de culminar aquel deseo tan cruelmente interrumpido.

No obstante se rompió la monotonía cuando recibió inesperadamente a fines de aquel año la visita de sus padres. Tanto Eustaquio Ramos como Señá Concha trataban de animar a la muchacha. Le contaron algunas novedades de poca monta, pues Fidelia ya conocía por el periódico el principal acontecimiento del momento: habían sido absueltos los medianeros acusados por el marqués y la Casa Nueva, de haber provocado los incendios que hubo años atrás en el pajar. La justicia, desesperadamente lenta como solía, acababa de dictaminar la absolución de los acusados por carencia de pruebas concretas.

Como las olas de mar que suben y bajan, los ánimos de los aldeanos se hinchaban o decaían por cualquier éxito o revés. Dándose cuenta de que estaban eufóricos por el minúsculo triunfo, Mauricio Hernández trataba de expolear a los medianeros a la rebelión, ejerciendo cierto liderazgo sobre los jóvenes, los viejos en cambio eran más precavidos y lo observaban en sombrío silencio.

Por lo demás las cosas continuaban igual. Como sucedía desde tiempo inmemorial, el marqués -a través de la Casa Nueva- suministraba la semilla. Tanto Eustaquio como su prematuramente envejecido vecino Juan Jiménez, plantaron cebada y trigo en terrenos de secano, así como millo y papas en los de regadío, éstos últimos disputando como siempre con la Casa Nueva en los momentos malos sin lluvia, las regadas a cuenta que luego habrían de pagarse en especies al término de las cosechas.

Juan Jiménez, a pesar de la ayuda inestimable de Alejandro, que ya era un espigado muchacho de doce años tan alto como el hermano ausente, había tenido que reducir su espacio sembrado.

Consternado, comprobaba impotente que no podía atenderlo todo como años atrás, sus fuerzas menguaban a ojos vista.

Y al término de las cosechas se repetía incansable el mismo ciclo de siempre, que envenenaba la existencia a unos y a otros, la lucha

de los medianeros por entregar la menor cantidad posible, escondiendo parte de la cosecha en pequeños graneros disimulados con hojarasca, y la Casa Nueva, intentando como desde tiempo inmemorial, sacar a dentelladas al campesino la mayor tajada posible.

En ocasiones y si se llegaba a buen acuerdo, se entregaban cabras o gallinas si la cabaña se había incrementado. Al menos en este punto, el nuevo secretario se mostraba más tolerante con los aldeanos, dando la impresión de que deseaba tener abierta una puerta a Dios y otra al diablo, era el miedo escondido, no reconocido, que tenía de enemistarse abiertamente con el pueblo. Sin duda el recuerdo de Diego Remón frenaba inconscientemente su actuación. A Don Ramón Donati se le había encomendado la triple tarea que realizó Remón: secretario del Juzgado local, del Ayuntamiento y de la malquerida Casa Nueva, todas las llaves del poder, el verdadero mando sobre el pueblo otorgado por los marqueses de Villanueva del Prado, que ejercía no obstante con menos ostentación que el asesinado.

Solo algunos frutales y hortalizas para consumo doméstico quedaban libres de todo control, en lucha permanente contra las bandadas de mirlos que periódicamente se abalanzaban sobre los cultivos, y que ayudaron en más de una ocasión a salvar situaciones apremiantes en la dura existencia del medianero.

Mauricio Hernández aprovechaba tales momentos para espolpear a los más jóvenes a influir sobre sus padres, para que no entregasen nada a la Casa Nueva. Contó Eustaquio a su hija como un domingo a la salida de misa en la ermita, el viejo Jacinto, como de costumbre sentado en el poyete frente a La Plaza dispuesto a aprovechar cualquier rayo de sol, arrugado como una pasa, pero al parecer tan lúcido como siempre, llamó con voz carraspeante a Mauricio, que pasaba en aquel instante junto a él.

Dime muchacho -le preguntó entrecerrando sus ojillos aviesos- ¿cuántos almudes de trigo le han sobrado a tu padre después de entregar a la Casa Nueva su parte? Cuando Mauricio respondió a la pregunta el viejo empezó a reírse con descaro, enseñando sus

descarnadas encías. Qué raro -comentó con sorna- con el gran pedazo de tierra que tiene ¿solo le ha restado esa porquería? ¿No será que tu papá y tú mismo le están entregando en demasía al marqués para adularle? Contó Eustaquio que Mauricio quedó confundido, sin responder, con la mirada huidiza. El viejo terminó malignamente de afrentarlo: se ve que tú buscas algo. ¿Y sabes lo que te digo mi niño? Que aún eres demasiado joven para que el marqués te nombre alcalde.

Durante el mes de Marzo de aquel año de 1879, acaecieron a Fidelia dos hechos de distinto signo, uno alentador, el otro en cambio echaba sobre la muchacha la sombra de una nueva preocupación. Ocurrió casualmente el día de San José, a los tres años exactos del asesinato de Don Diego Remón. ¡Tres años de cárcel sin haber hecho absolutamente nada! -se lamentaba Fidelia con desespero- ¿Es posible que exista la justicia humana? Y Dios: ¿qué hace Dios que permite esto?

La buena noticia se la dio Don Antonio aquel atardecer. Tras aclararle la interpretación correcta de un suelto aparecido en el periódico de aquel día, López Botas añadió al final que tenía noticias de que muy pronto se sabrían las conclusiones a que había llegado el juez instructor de la causa y que, aunque aún no se sabía nada definitivo, tenía buena impresión.

Pero también por vez primera, la aldeana captó algo nuevo: ella estaba absolutamente segura de que el interés del patricio por liberar a su novio era completamente altruista, el convencimiento de su inocencia. Pero por lo visto, no todo el mundo en la casona compartía móviles tan nobles. Creyó oír a Doña Esperanza en la gran sala de entrada reservada a las visitas, comentar con otra Sra. algo así como que: la absolución del muchacho daría más fama a su marido, al tratarse de un juicio tan importante que era conocido por muchos abogados en la Península. No obstante, el comentario de Don Antonio alivió de pesadumbres el ánimo de Fidelia, ensombrecido por la inquietante sensación que se había llevado aquella mañana, día festivo y por lo tanto, turno de visita a los presos: esa fue la mala noticia de aquel día.

En cuanto vio a José notó que no terminaba de recuperarse de los golpes recibidos. El muchacho confesó que de vez en vez había tenido vómitos, mareos y que la cabeza le daba vueltas. Y lo que parecía peor, a veces tenía visión doble de todas las cosas, al igual que hace años -explicó- cuando siendo aún casi un niño, se emborrachó en El Charco durante las fiestas. Le persistía un fuerte dolor en la nuca, en el mismo lugar donde había recibido los porrazos que lo dejaron atontado antes de conducirlo a rastras al martirio.

Fidelia haciendo un valiente esfuerzo le sonrió, cuando más ganas tenía de llorar a gritos para expulsar así con el llanto la agonía interna que le atenazaba la garganta. Trató de animarlo: ya verás que saldrás pronto libre. Con la luz del sol, el aire puro, una mejor alimentación y en mi compañía, enseguida te pondrás bien.

Pero cuando la joven novia regresaba a la mansión se sintió extenuada, atormentada por negros presagios que le amargaban el alma. Y sin embargo, mirando el sol que se ponía e interrogándose a sí misma, comprobó que su amor se acrecentaba ante las adversidades, el deseo se mantenía intacto mientras aumentaba la ternura.

Cuando terminara aquella pesadilla, entonces estarían juntos para siempre, para siempre. Así será, lo juro por el cielo, es la ofrenda que le hice bajo el naranjero de mis padres.

XXII

Aquel mediodía de Abril, Don Antonio López Botas entró a grandes zancadas en el zaguán de su casa, abriendo con estrépito la puerta de entrada al patio centrado por la vistosa palma real y la enredadera. Tras sonar la campanilla, no se inmutó cuando el zoque golpeó con fuerza al cerrarse, llegaba con prisas, como deseando anunciar una buena noticia. Y lo que resultó asombroso en él, uniendo las palmas de sus manos junto a la boca a guisa de bocina, llamó a Fidelia con tal plebeyo ademán.

Cuando bajaba la muchacha a toda prisa por la escalera de piedra, alertada por un buen presentimiento y se enfrentó al patriocio, adivinó por su cara que era portador de alguna noticia feliz.

Acabo de saber hace unas horas -le anunció campanudamente- cuáles son las conclusiones finales a que ha llegado el juez instructor. Como sospechaba, recomienda que tu novio debe quedar absuelto, recuerdo que dice exactamente que «no debe sufrir penalidad por sus actos involuntarios», afirmó recalcando esta última frase. Y súbitamente serio añadió: se pide pena de muerte para los tres asesinos que perpetraron la muerte del secretario y también se solicita una condena de ocho años para Antonio Ojeda Rodríguez por encubridor. Para el otro convecino tuyo, el tal Domingo Aguiar, también pide la absolución.

Y en el mismo patio seguía explicando a la aldeana: no, no podrá salir aún de la cárcel. Pero quiero que comprendas que parte del camino está ya hecho, yo diría lo más difícil. No hay mas remedio que esperar ahora a la celebración del juicio, que puede aún tardar un año o más. La justicia es desesperadamente lenta, es verdad, pero el muchacho tiene ahora todas las probabilidades a su favor, ya que el propio juez instructor así lo pide. ¿Comprendes? He sabido también que han sido designados los abogados defensores, todos gente importante, seremos seis en total, uno para cada acusado. Fidelia oía con la cara radiante de esperanza apoyándose en el tronco de la parra -¿o era el reflejo de aquel sol de primavera?- el mundo, la vida, todo volvía a recobrar su lógica.

El patricio continuaba hablando: te digo además que me he adelantado a tus deseos, el muchacho ya lo sabe, lo he notado muy contento, aunque se ha aliviado llorando. Además, he escrito a toda prisa una nota para el padre de Jiménez, que el veredero llevará a La Aldea en dos días, así todo el mundo se enterará. Y lo que es más importante, llevará también transcritas unas órdenes de la autoridad para el alcalde y secretario del juzgado, en la que se les exige una discreta protección a partir de ahora. La justicia no va a permitir ninguna clase de represalias ni contra tu novio ni contra su familia, de ninguna forma vamos a tolerarlo, afirmó enérgicamente.

XXIII

Una larga caravana de caminantes partió del valle, subiendo los repechos hacia el Furel en busca de Agaete y de Las Palmas. Familiares, amigos y conocidos de los procesados subían en grupos saliendo de la grandiosa ollá aldeana. Era Junio y el sol ya empezaba a apretar, el campo estaba espléndido de belleza. La mayoría de los caminantes tomaron el itinerario habitual en demanda de Agaete sin separarse demasiado de la costa. Solo unos pocos, los criados y simpatizantes de la Casa Nueva, eligieron otra andadura por temor a ir juntos y tomaron el camino hacia la cumbre, en dirección a Tejeda y a las sierras centrales, luego continuando a la vera del barranco Guinguada, bajarían hasta encontrarse en la ciudad.

La noticia de que el juicio se celebraría en Junio de aquel año de 1880, había levantado enorme interés en La Aldea. De todos los pueblos llegaban también curiosos a presenciar el «juicio del siglo», la expectación era enorme.

Intervendrían los mejores abogados de la ciudad. A Crisanto Espino lo defendería Don Felipe Massieu Falcón; a Alejandro Jorge Brito, Don Juan Navarro Torres; y a Francisco Segura lo auxiliaría Don Tomás García Guerra, eran quienes tendrían el trabajo mas difícil. Antonio Ojeda Rodríguez y Domingo Aguiar Pérez acusados de instigador y encubridor respectivamente, estarían defendidos por Don Isidoro Padrón y Don Domingo Guerra Rodríguez; y finalmente, Don Antonio López Botas continuaría con la defensa de José Jiménez Ventura.

Fue tanto el celo profesional de los letrados, que incluso hubo dificultades a nivel personal. López Botas había conseguido publicar en la revista profesional «Foro Canario» un relato de la causa instruida que se vio obligado a suspender, al ser acusado por los otros defensores, alegando que con ello pretendía favorecer exclusivamente a su defendido.

En el barrio de Vegueta junto al juzgado, Fidelia saludó a sus padres, así como al padre de su amado, el atribulado Juan. El viaje lo habían efectuado juntos y unidos asistieron a la vista.

La muchacha acudió con un ánimo contradictorio, por un lado le había parecido una buena señal el que a ella le hubieran permitido continuar con las visitas a José, mientras habían sido prohibidas al resto de los detenidos. Pero por otro, le atormentaba quizás más en aquel momento el inquietante estado de salud de su muchachito querido. Según le contó la última vez que lo vio, los vómitos, mareos y visión doble, «como cuando me emborraché durante la fiesta de El Charco», se le habían pasado completamente. Pero confesó que le había aparecido un extraño cosquilleo en el brazo izquierdo, «como si las hormigas me caminaran por encima». Incluso a Fidelia le pareció que Jiménez cojeaba ligeramente del pie izquierdo, pero nada le dijo temiendo que se fuera a desmoralizar de nuevo. Y lo que era peor aún, le relató que en las últimas semanas, en dos ocasiones le habían acometido tremendos temblores. Recordaba confusamente haberse despertado tirado en el suelo, el guardián le comentó asombrado que un buen rato se había quedado inerte, como muerto.

Aquella noche, Fidelia acostada boca arriba y con los ojos fijos en el techo, se planteó a sí misma el terrible dilema: ¿Y si José había enfermado seriamente por los sufrimientos padecidos, hasta donde sería ella capaz de ayudarlo? Y lo que era decisivo: ¿Tendría capacidad y fuerzas para cargar toda la vida con un ser que estuviese deteriorado seriamente? La aldeana, enfadada consigo misma por la duda, se respondió en alta voz: esté como esté, sea como fuere, será tal y como nos prometimos aquel día bajo el naranjero, allí bajo aquellas ramas donde luego anidaron los jilgueros, juntos para siempre, mis ojos mirarán los suyos y sus ojos mirarán a los míos, y si no es así, que nunca más vea la luz del sol.

Durante el juicio, José repitió la actuación que había tenido en Guía, durante la instrucción del proceso. Contó sencillamente todo lo que había presenciado, sin adornos ni retoques. Don Antonio nada comentó, mas por su cara, a Fidelia le pareció que había quedado satisfecho.

Pero paradójicamente, la novia regresó de la prisión después de la siguiente visita completamente deshecha, casi no podía creer lo que oyeron sus oídos, un mundo absurdo se le vino encima, nada tenía sentido. José le había insinuado romper las relaciones, lo dijo como un sonámbulo que repite maquinalmente una lección aprendida incapaz de reaccionar bajo una tormenta, como si quisiera dañarse a sí mismo compadeciéndose de su propio cuerpo.

La única explicación que encontró Fidelia era que seguramente se encontraba peor de lo que decía. Afirmó de pronto que él no podía pretender que ella se sacrificase de por vida, hasta el extremo de tener que cargar con un inválido para el resto de su existencia, que era preferible esperar un tiempo al menos, a ver si se mejoraba. Tú no sabes -se lamentó dando voces tras las rejas- lo que tuvo que pasar mi padre los últimos años por la enfermedad de mi madre. Fidelia se negó a escuchar sus argumentos: y para que no tengas duda alguna -le advirtió- nos casaremos el mismo día que salgas de aquí, para que lo sepas. No pienso darle al destino ninguna oportunidad, exclamó con la desesperada energía de los que se enfrentan a una suerte pavorosa. Y luego, que sea lo que sea.

El Viernes, día 11 de Junio de 1880 fue la fecha memorable, el día más importante para la pareja. Don Antonio llegó eufórico a la mansión a media mañana, anunciando que ya se había emitido la sentencia: ¡ libertad para José Jiménez! Voy a hacer las diligencias necesarias y vuelvo dentro de media hora. ¡Arréglate que iremos a la prisión enseguida!

Fidelia corrió febrilmente a su pequeña habitación, allí junto al brocal del pozo. Eligió su mejor vestido, uno con volantes de color verde oliva que guardaba celosamente y que le resaltaba el busto. Se lo había puesto hacía ya tiempo en las fiestas del pueblo, sabía que le agradaba a su José. Escogió unos zapatos de medio tacón con escaarpines y empezó a peinarse cuidadosamente.

Mientras, Don Antonio se demoraba explicando a Doña Esperanza, a sus dos hijos e incluso al resto de la servidumbre que se agolpaba tras las puertas para escuchar, que la sentencia había repetido el criterio del juez instructor en casi todas sus partes: pena de muerte para Crisanto Espino, Alejandro Jorge y Francisco Segura y libertad para José Jiménez y Domingo Aguiar. La única diferencia había sido que el letrado Don Isidoro Padrón, había conseguido la absolucón para su defendido, Antonio Ojeda, acusado de encubridor.

A mediodía José Jiménez salió a la luz. Aunque el día estaba nublado, achicaba los ojos protegiéndoselos con la mano a guisa de pantalla, había perdido el hábito de la claridad. Fue un reencuentro sin risas y sin lágrimas, una situación preñada de emoción contenida por una especie de pudor interior, como si ambos se castigaran temiendo un estallido de júbilo incontrolado, era un gozo que parecía contenido por una apariencia de seriedad. Después de larga contemplación, Fidelia comiéndole con la mirada murmuró quedamente a su oído: me he olvidado de lo que me dijiste hace unos días, ni pienses que te vas a escapar, no te dejaré.

Cuatro horas más tarde en la ermita de San José, contraían matrimonio José Jiménez Ventura y Fidelia Ramos Déniz. Actuaron de improvisados padrinos el primo Román y la prolífica Juanita, que tuvo por cierto que gritarle al bueno del picapedrero, para que se lavara restregándose bien y que se pusiera la tirijala negra si no tenía corbata, al menos había de presentarse medio decente en la parroquia. A nadie más hubo tiempo de avisar, pues tanto Juan Jiménez como los padres de Fidelia y el resto de los aldeanos, marcharon de regreso al valle una vez concluida la vista, en aquel momento no se sabía cuando se conocería la sentencia y por lo tanto era absurdo esperar no se sabía cuánto.

El cura resultó un tipo campechano y medio entrometido -¿qué prisas son esas?- decía muerto de risa. Román lo paró en seco: lo mío es partir piedras y hacer chiquillos, lo suyo decir misa y casar al personal, y lo de los muchachos casarse y eso... Así que venga ya.

Los novios marcharon de allí al risco de San Nicolás. Doña Esperanza le había dado gustosa unos días de asueto a la muchacha y Micaela, su compañera de servidumbre, pudo apalabrar el alquiler de dos habitaciones por allí, por debajo de su casa.

La primera noche juntos resultó de ensueño. Improvisándolo todo no tuvieron tiempo en demorarse, borrachos de verse libres, juntos y solos, ninguno de los dos se enteró como ocurrió todo aquello que la naturaleza tiene preparado desde milenios.

Ambos vivieron aquel cataclismo de felicidad, cumpliendo la promesa de años atrás, aquella que se juraron bajo el olor de aquel naranjero y con la luna del valle al fondo, allí, donde los jilgueros atraídos tal vez por el ejemplo de la pareja, colgaron sus nidos en las ramas del árbol.

A los pocos días, José empezó a trabajar en una carpintería de rivera en La Isleta, junto a la bahía de La Luz. No quisieron regresar a La Aldea, al menos durante una temporada estarían vigilantes, ya se irían informando de cómo iban las cosas por allá. Los familiares en el valle se enteraron por el veredero unos días después: « que dicen Fidelia y José que ellos se casaron el mismito día que él salió libre de todo, y que por ahora se quedarán a vivir en Las Palmas, en el risco de San Nicolás, y que están muy enamorados y eso...»

SEGUNDO EPISODIO

I

Durante la primera etapa, la convivencia del nuevo matrimonio fue plácida, sin alborotos, como aquellos atardeceres aldeanos de verano, sin lluvia y sin el temible siroco. La joven pareja vivía días frenéticos de amor vengándose del tiempo perdido, tan intensos a veces, que de vez en vez se oían los puñetes en la liviana pared medianera con la casa de mastro Juan Calcines, el vecino, un latonero de malas pulgas que tenía allí además su minúsculo taller de cacharrería. ¡A ver si arman menos bulla carajo! -se le oía protestar por la noche de vez en cuando. Y entonces, José y Fidelia se disponían aguantando la risa, a aquella variante en la bacanal del amor, en transformar como en un juego, el encanto furtivo del silencio, como si fueran cómplices de un amor prohibido. ¡No armes tanto ruido Fidelia, que cualquier día mastro Juan Calcines, echa la pared abajo, mira que ya tiene una grieta! - decía José entre complacido y alarmado.

Fidelia por su parte, aprovechando la generosidad de Don Antonio, había cambiado su horario de trabajo, ya no pernoctaba en la pequeña habitación en el gran patio de la casa, sino en el risco, con su marido. Nada más oía el toque de oraciones en las campanas de la cercana catedral, corría al risco de San Nicolás a preparar las cosas en su hogar y a recibir al amado.

José también trabajaba de corrido en la carpintería, no ganaba mucho porque no conocía bien el oficio, pero como era mañoso aprendía rápidamente. Iba y volvía con varios compañeros en un carro de mulas que tenía el capataz. Entre los dos sueldos salían adelante bastante bien.

Pero dentro de la modestia, al matrimonio le parecía una vida fácil, cómoda. Comentaban y pensaban en sus familiares y amigos, pero no añoraban los últimos tiempos pasados, que eran como una pesadilla que se alejaba en el horizonte. Se apercebían ahora, que el aldeano sin saberlo transmitía a su tierra, a sus sembrados, la misma ternura que siente el novio por la mujer amada. La tre-

menda dureza de la vida del campesino, atento siempre a las nubes, al viento, a la sequía y a las bandadas de mirlos. La batalla continua por esconder en graneros camuflados la mayor cantidad posible, para tener que tributar a la Casa Nueva lo menos posible. Y luego el cuidado de los animales, la recogida del estiércol, el ordeño, el sembrado, la trilla, el preparar la leña, la vigilancia de las acequias, una vida sin tregua, sin tiempo para el descanso.

Allí en cambio, cuando salía de la carpintería le esperaba su mujercita y el seguro potaje con queso, gofio y plátanos mayeros, y a veces, algún domingo, el succulento puchero canario, que como decía el orondo cura de la cercana ermita que tenía fama de tragón: «es el mejor bocado que Dios ha puesto sobre la tierra».

Ya no tenían que ordeñar las cabras, sino que eran éstas las que anunciaban su paso a los vecinos por el alegre sonar de los cencerros. Se sacaba la jarra y se pagaba al cabrero. Tampoco había que descamisar, tostar, ni moler millo, en el cercano tienducho tenían a mano el oloroso gofio de San Roque.

Ambos leían el periódico comentando las crónicas y si tenían dudas era siempre Don Antonio López Botas quien las aclaraba. Una vez divulgada la noticia de las tres penas de muerte, se escribían en los periódicos muchas cosas contrarias a la pena capital. Una noche a la luz del candil, Jiménez leyó en alta voz a Fidelia el siguiente trozo que ponía «El Noticiero»: «Es de desear y muy de corazón, que se trabaje con afán de conseguir del compasivo monarca, el que se conmute la pena de muerte a dichos desgraciados por la inmediata. Que no vea más esta población el horrendo caldoso.» Se daba cuenta muy especialmente, de los esfuerzos del abogado de Frasco Segura Carvajal y su desacuerdo porque no se habían tenido en cuenta los atenuantes para su defendido, que evitó el asesinato del testigo José Jiménez Ventura.

¿Qué es eso del recurso de casación?, preguntó una vez José a su mujer. Pues por lo que me ha dicho Don Antonio, es una petición para que no maten a los condenados a muerte, creo yo. ¿Por qué lo dices? Pues porque pone el periódico que el recurso ese,

Madrid lo ha denegado. Mala cosa para Crisanto y los otros dos. Sin embargo ¿sabes una cosa Fidelia?: yo creo que el más ruin de los tres es Alejandro Jorge. Si vieras con la saña que le daba en la cabeza al secretario con el garrote que llevaba. Luego los otros dos le ayudaron con las culatas de las escopetas, he soñado varias veces con esa pesadilla. Pues no pienses más en ello querido, musitó la muchacha pasándole la mano por la frente apartándole amorosa las guedejas, saca todo eso de tu cabeza.

Pero aunque la vida en general era mas cómoda, nubes de inquietud se cernían sobre la pareja, la salud del muchacho no iba bien. Él nada decía del endormimiento del lado izquierdo de su cuerpo, mas un día que salía a la calle, Fidelia salió tras él sin que lo advirtiera, siguiéndolo a distancia, tenía una sospecha que enseguida confirmó: cuando José se vio lejos de la vista del hogar, empezó a caminar cojeando claramente, era evidente que delante de Fidelia hacía esfuerzos enormes para no arrastrar la pierna.

Aquella noche, cuando estaban abrazados, la muchacha se lo dijo al oído con una voz leve: puedes cojear en casa todo lo que quieras, no hace falta que te esfuerzes delante de mí, yo te voy a querer lo mismo, no te agobies que ya mejorarás. Así que ¿te habías dado cuenta? José Jiménez se desahogó al fin llorando quedamente como un niño sorprendido en una falta, pero a partir de ese momento ya no tuvo reparo en mostrar la cojera a Fidelia.

De vez en vez, también le sorprendían los ataques: una vez le dio en el trabajo, dos compañeros lo trajeron hasta la casita del risco. En otra ocasión, fue Fidelia quien lo presenció en la casa: empezó a temblar hasta quedarse yerto, como muerto, lo único que pudo hacer la muchacha fue tumbarlo en la cama y esperar, mientras se mordía fuertemente los labios para no llorar. Intentó inútilmente darle de beber, los labios los tenía prietos y azulados, los ojos cerrados y la cara verdosa, como llena de ceniza. Tardó en recuperarse, mientras la valerosa Fidelia le pasaba amorosamente, como acariciándolo, trapos húmedos con hojas de nogal por la frente.

Y sin embargo, superados los malos tragos, también pasaban buenos ratos. Aquella Navidad fue distinta a las demás, había otras costumbres. En muchas casas tenían su Nacimiento en forma de risco imitando cuevas, hecho con raíces de cañas, papel pintado, corcho y musgo, y con las figuras del Niño Jesús, la Virgen, San José, los Reyes y los pastores. En algunas casas de gente rica había trabajos espléndidos, dejando entrar a todo el que quisiera contemplarlos. Muchas fueron las horas que pasaron embobados admirando aquellas obras de arte.

Micaela que vivía un poco más abajo, acompañó al matrimonio en Nochebuena a la misa del gallo, en la catedral. Era quien les informaba de los usos y costumbres distintos a los de La Aldea. Previamente les había aleccionado explicándoles lo que todo el mundo cenaba aquella noche: cazuela de gallina y pasteles de carne de cochino. Fidelia y José quisieron sumarse a la costumbre general, se pasaron algunas horas en la cocina con los preparativos, de vez en vez valía la pena. Fue Micaela la que les explicó que aquellos ranchos de cantadores que se paraban en las esquinas eran serenatas a novias y pretendientas, escandalosas para hacerse notar. Las sonajas, rascadores y panderos tapaban a menudo el ruido de tipples y guitarras. Al finalizar y como excusa, pasaban un platillo entre los oyentes pidiendo un óbolo para las ánimas del purgatorio, dinero que era de suponer que se lo embolsaban los parranderos.

Seguían informándose por el periódico, deteniéndose como de costumbre en las noticias que se escribían sobre los sucesos que acaecieron en La Aldea. Una noche leyeron con grandes letras la noticia de que gracias a la gestión personal de Don Fernando de León y Castillo acerca del Rey, éste había concedido un indulto que condonaba la pena capital que pesaba sobre los tres condenados y que estos durante el día de ayer, habían recibido la noticia con indescriptible emoción. Explicaba además que los tres reos serían en breve embarcados en dirección al penal de Santa María en Cádiz, donde cumplirían cadena perpetua. Según «El Noticie-

ro», en aquel momento Crisanto Espino contaba con 32 años, mientras que Segura Carvajal y Jorge Brito tenían 51.

Cuando José Jiménez terminó de leer, Fidelia se le acercó inesperadamente por detrás y lo abrazó efusivamente, con emoción contenida, como si lo estuviera previniendo de algo. ¿Qué te pasa, tal vez quieras decirme algo? Pues sí, murmuró Fidelia visiblemente emocionada, creo que estoy embarazada, es maravilloso que vaya a tener un hijo tuyo, un nuevo Jiménez. Él se puso en pie y murmuró: menos mal, ya me estaba temiendo que con los golpes recibidos tampoco serviría para eso. No digas tonterías, eso no tiene nada que ver, bobo. Y tendremos más, ya lo verás.

En días sucesivos, la moral del muchacho volvió a cobrar impulso, incluso a Fidelia le pareció que su cojera había decrecido. ¿Sería ilusión?

II

Fidelia dio a luz un hermoso varón un lluvioso mes de Febrero. Juanita, la curiela de San José, acudió presurosa. ¡Quédate con los niños! -le ordenó imperativa a Román- que voy a ayudar a la muchacha en el trance. Acuérdate lo bien que se portó con nosotros.

Meses atrás se había cruzado con ella en la calle, o mejor dicho en el puente de piedra, Fidelia estaba parada contemplando la barranquera que pasaba bajo el arco y la observó tan crecida de vientre que no pudo refrenar su curiosidad: ¿Para cuándo estás? Pues cuando te veas en el apuro, que tu marido me avise que iré a tiritó.

José estaba nerviosísimo y no paraba de morderse las uñas, tal vez porque tampoco había quedado bien de los nervios. Mas cuando contempló al neófito se hechó a reír jubiloso. Besó a Fidelia, le dio las gracias sin saber por qué y tomó al niño en brazos. ¡Pero si es un cacho de hombrón! Le pondremos el nombre de Rubén -¿te parece?- así se llamaba un abuelo mío que siempre me quiso mucho.

El bautizo fue espléndido. Don Antonio se empeñó en ser el padrino y no reparar en gastos. Doña Esperanza por su parte embelleció al niño, vistiéndolo con recamados naguados, faldilla y un

artístico rosario. El padrino se dignó subir al risco y tomando a la criatura, se dirigió a la parroquia, la Iglesia del Seminario en la calle del Colegio. Regaló una onza al cura que se quedó todo privado, así como dobloncillos a los monaguillos, repartiendo cigarrillos entre los invitados. Cuando reintegró el neófito a los brazos maternos, cumpliendo con la costumbre proclamó con énfasis: «Comadre, me entregaste a tu hijo pagano y yo te lo devuelvo cristiano.»

Para que atendiese debidamente a los visitantes, obsequió además al padre con dos cajas de tabaco, una de ellas de rapé, y también, botellas de vino de El Monte Lentiscal y bizcochos lustrados. La largueza de Don Antonio no paró ahí, sino que aquel día la modesta mesa del matrimonio se vio surtida por una comida espléndida, el puchero canario de las siete carnes: gallina, paloma, perdiz, conejo, cerdo, vaca y carnero, que Micaela llevó por orden de Doña Esperanza. Por cierto que fue comentado en todo el risco, el prodigioso equilibrio de Micaela, que tras enrollarse una especie de turbante encima de la cabeza, se colocó encima diversas fuentes, y sin la menor vacilación, subió por los empenicados callejones en dirección al hogar de los padres novicios.

Y como remate, José tuvo que trabajar aprisa y corriendo en la construcción de un rústico gallinero en la azotea, pues Doña Esperanza por su cuenta y riesgo, en abierta competencia con su marido -¿se estaría vengando de su propia conciencia, tal vez por la fría acogida que al principio hizo a la muchacha?- mandó que se entregase a Fidelia media docena de gallinas, así como un gallo engreído y bien plantado que podía con todas. Como era sabido, era de obligada sabiduría popular, el que la madre se repusiese a base de sustancioso caldo de gallina.

A ruego de Fidelia, Don Antonio se ocupó de que la noticia se supiera en La Aldea. Tenía a un veredero a su servicio que llevaba cartas, mensajes y recados a diferentes puntos de la isla. José le pidió: « Cuando pase por La Aldea, busque el sitio que llaman Mederos, está antes de llegar a La Plaza. Pregunte allí por Eustaquio

Ramos y Señá Concha, y dígales que Fidelia tuvo un niño, que todo fue bien y que le puso de nombre Rubén, como el abuelo. Y que se lo diga a Juan Jiménez que es mi padre y a mis dos hermanos. ¿Se acordará de todo?

Andrés el veredero que tenía cara de hurón, le miró torcidamente, con gesto ofendido. Descuida mi niña, a Andrés el mío -dijo señalándose el pecho- no se le ha olvidado nunca nadita en el mundo. Es la práctica ¿oíste? Efectivamente, Andrés el hurón tenía bien ganada fama de exacta memoria para los recados, por eso López Botas lo había tomado a su servicio.

A la siguiente semana Fidelia se reintegró a su trabajo. Temprano metía al niño en una canastilla, lo abrigaba amorosamente y lo llevaba a la casona. Nada más lo oía llorar, bajaba la escalera de piedra corriendo, al tiempo se desabrochaba la blusa para darle el pecho. Micaela la recriminaba: ¡Cualquier día te vas a matar bajando la escalera, déjalo que lllore algo de vez en cuando! Al atardecer, volvía a tomar la canastilla para volver al risco de San Nicolás. Rubén Jiménez echó los dientes y aprendió a andar en aquel patio de Vegueta.

III

Cuando tuvieron un hueco, los padres de Fidelia emprendieron viaje a Las Palmas para conocer a su nieto. Por aquel tiempo la carretera de la capital hasta Gáldar estaba terminada y de allí hasta Agaete una pista de tierra apta para carros. Pero la interminable andadura de allí hasta el valle de La Aldea seguía siendo como viajar a otra isla. Horas de camino por veredas, hondonadas y precipicios. Como era uso, los aldeanos solían viajar en grupos, pero la ruta era otra, sin ponerse de acuerdo y sin proponérselo, nadie quería pasar por el barranquillo de Los Negros de siniestro recuerdo.

En aquella ocasión, junto a Eustaquio Ramos y Señá Concha, viajaba un influyente vecino, Eufemiano Araujo, que iba a la ciudad a consultar líos de acequias y de aguas. Eran tantos los pleitos, conciliaciones, juicios y demandas que había en el valle, que decía

el viejo Jacinto sentado como siempre en el poyo junto a la ermita en La Plaza, que el día que a un aldeano se le ocurriera estudiar para abogado, se haría rico sin remedio.

Podía parecer un chiste pero era realidad, incluso se decía que el valle ya no podría vivir sin pleitos. Cada cambio político, cada nueva coyuntura económica, era aprovechada por una de las partes: por la Casa Nueva para tratar de afianzar un poder imposible, puesto que el germen de todo el mal eran unos títulos de propiedad de origen más que dudosos; y por parte de los aldeanos; con el intento imposible de hacerse reconocer unas propiedades, que aunque regadas por el sudor de sus bisabuelos y más atrás aún, su pertenencia se basaba en algo tan etéreo como podía ser la «tradición oral.»

Pero a todo esto, el espíritu del campesino seguía igual, siempre suplicándole a su amante -a aquella buena tierra abrasada por cosechas y rencores- la gracia de un buen fruto. Pero sin saberlo quizá, era más lo que unía a unos y a otros que lo que los separaba, estaban prisioneros por el amor hacia aquella tierra, por aquellos inviernos umbrosos que arrastraban el agua hacia el mar, por el polvo de aquel viento abrasador de los veranos que curtía las almas y los rostros. En los días de temporal marino, el mugido del viento subía entubado entre las dos cordilleras que lo cerraban, pasando por encima del pueblo desde La Marciega hacia la cumbre arrastrando grávidas a las gaviotas. Cuando el polvo del verano hacía disminuir la visibilidad, era entonces el cuervo y acaso el guirre quienes se dejaban llevar en dirección al mar. Desde miles de años era así, quienes vivieran en aquel valle estaban forzados a estar juntos, a compartir alegrías y pesares, porque era la geografía quien los obligaba a ello.

IV

Los padres de Fidelia seguían exactamente igual, rocosos y plenos de vitalidad sin que el tiempo hiciera mella en ellos, o al menos eso le pareció a José Jiménez, cuando al fin pudo saludar de nue-

vo a sus suegros. Tanto Eustaquio como Señá Concha, se mostraron emocionados cuando conocieron a aquel, su primer nieto. Él, con su habitual laconismo, se limitó a mirar al niño, traicionándole no obstante la emoción por el brillo de sus ojos. Señá Concha por el contrario, parlanchina y comunicativa como siempre, trató de ganarse al neófito con carantoñas. El pequeño Rubén, indiferente a los alagos de unos y otros, corría de aquí para allá con vitalidad. A los abuelos les pareció que tenía en la frente y en las cejas, el aire taciturno del padre, al tiempo la tenacidad y cuadratura de la madre, de rasgos bellos pero enérgicos, dispuesta siempre a la lucha contra la adversidad.

José preguntó ávidamente por su padre, mientras andaba por la casa tratando de atender a los visitantes, disimulando desesperadamente la cojera. No, a tal respecto no había buenas noticias, Juan Jiménez se derrumbaba por momentos en rápido declive, por tal motivo no había podido acudir. El timón de la casa había pasado a manos de Alejandro, un espigado muchachote de quince años. Manolín también se mostraba muy activo y aunque aún infantil e inmaduro, colaboraba arduamente, tanto en el huerto como en la casa, conscientes ambos de las dificultades familiares.

Pero fue su acompañante y amigo, Eufemiano Araujo, persona influyente y de mejor ilustración que sus suegros, quien sentado en la mecedora del estrecho recibidor, ofreció a José un relato coherente de los sucesos acaecidos en los últimos tiempos en el valle de La Aldea.

La Delegación de Hacienda había vuelto a exigir al Municipio que se pusiera al día en el pago de los tributos al Estado. Mas ocurría que desde 1.874 -nueve años ya- la maquinaria administrativa había quedado atascada como consecuencia del incendio provocado que hizo desaparecer los archivos municipales. Era imposible recomponer quiénes eran los morosos y quiénes habían cumplido con sus obligaciones. Y ocurría un aparente milagro: todo el mundo, unos con aparente sinceridad y otros con huidiza cazronería, afirmaban haber pagado su parte antes del incendio,

y sin embargo, las arcas municipales estaban mas vacías que zurón de pobre.

Así pues, o se partía de cero -a lo que se negaban rotundamente los representantes de la hacienda pública- o se llegaba a un acuerdo global con los vecinos. Al principio, los representantes municipales quisieron forzar la primera posibilidad, alegando extrema pobreza colectiva e incluso inventando diversas calamidades naturales. En vano, la administración respondió con el más contundente de los argumentos: oídos sordos.

Pero en cuanto se tanteó la segunda vía, se comprobó enseguida que el acuerdo sería aun más imposible. Todos amaban a aquella tierra abrasada, estaban de acuerdo siempre y cuando una determinada cuestión les afectara a todos por igual, mas a partir de ahí, la pequeña propiedad había generado al propio tiempo una barrera invisible, creado un espíritu insolidario para con los demás. Cada cual defendía su parcela como el guirre defiende su presa ante los cuervos.

Por otro lado, el argumento de los medianeros -resistentes a ofrecer cualquier tipo de colaboración- era bien claro: las rentas que se exigían favorecían descaradamente al marqués, gravando injustamente a los vecinos, no existía proporcionalidad. La Diputación Provincial remitió un ultimátum al Ayuntamiento exigiendo el pago de la deuda.

Era conocido, que estando la Diputación en Santa Cruz de Tenerife, llegaba a veces a convenios con ayuntamientos morosos de su isla, mientras actuaba implacablemente contra los de Gran Canaria. Para mayores males -por igual causa- estaba además bajo la influencia directa de los marqueses de Villanueva del Prado, acorralado por las deudas.

Nadie ignoraba que la Casa Nueva -el marqués- estaba en bancarrota por una gestión desastrosa y por sus continuos dispendios, incapaz de cumplir con sus obligaciones. Empeñado en refugiarse en una pasada grandeza y en un nivel de vida superior a sus posibilidades, parecía no darse cuenta de que después del sexenio

revolucionario todo había cambiado para siempre. La casa de Villanueva del Prado se había convertido en un parásito social anclada en un pasado imposible. Por todo ello, como consecuencia, en La Aldea se vivían días tensos.

Siguió explicando Araujo que la Casa Nueva y el marqués estaban siendo atacados simultáneamente en varios frentes. Aparte de su ancestral pelea con los medianeros del valle, se veía acosado ahora por sus acreedores más poderosos. Estos eran, Don Alfonso del Hoyo en Tenerife y sobre todo, Don Sebastián Pérez Macías en Las Palmas, administrador de todas las propiedades del marqués. Por tal motivo, los emolumentos y otras deudas al no ser satisfechas por el noble, se fueron acumulando monstruosamente a favor de éste último.

Por cierto, Don Sebastián tenía un hijo famoso, un tal Benito Pérez Galdós -el último de los hijos de Don Sebastián- que era escritor y que residía desde hacía tiempo en Madrid. El padre terminaría por aburrirse en la pretensión, que Benito le ayudase, presionando desde la Villa y Corte sobre determinados litigios que tenía contra la Casa Nueva, apoyándose en la comodidad que suponía su influyente presencia en Madrid.

Pero al parecer Benito estaba enterrado, absorto entre libros de historia, novelas y ensayos. Escribía y escribía sin parar, inmerso en el trance que solo produce la creatividad, negándose a distraerse con cualquier otra cosa. Era consciente se decía -aunque yo de eso nada entiendo- confesó Araujo como repitiendo de memoria algo que había oído, que estaba realizando una obra grandiosa de recopilación histórica.

Sea como fuere, el caso es que Don Sebastián terminó por denunciar al marqués, quien para conseguir una tregua y paralizar el pago, tuvo que reconocer que le adeudaba al matrimonio Pérez Galdós la cantidad de 120.000 escudos. Se avino judicialmente, pactando un pago fraccionado que tampoco pudo satisfacer, incrementándose en espiral los nuevos intereses. Se sabía que Don Alfonso del Hoyo por su parte -asimismo noble de Tenerife- en

lucha no solamente contra el marqués sino también contra Don Sebastián, lo denunció además en el juzgado de Guía, pretendiendo el embargo sobre las aguas de la cuenca de Tejeda en virtud de un antiguo contrato.

Paralelamente - siguió Araujo en su monólogo - había llegado a La Aldea un nuevo e interesante personaje. Un joven activo y bien preparado procedente de Málaga, al parecer afecto a los Pérez Galdós, llamado Francisco Corrales Naranjo. El recién llegado ocupó las secretarías del Ayuntamiento y del Juzgado del lugar. En el valle parecía ya tradicional que dichos puestos los ocupase una misma persona.

Por cierto -dijo dirigiéndose ahora directamente a Fidelia- tu antiguo admirador, Mauricio el veneno, se ha hecho muy amigo del tal Corrales. Araujo, dándose cuenta de la inconveniencia de su alusión al ver que José había empalidecido súbitamente cerrando el ceño en señal de cólera, trató de desdecirse. Bueno -rectificó torpemente- ese muchacho que era del grupo juvenil de Vds., ese chico es ahora el íntimo de Corrales, es todo muy extraño. El nuevo secretario, antes de tomar cualquier decisión, se reúne y habla en secretes con Mauricio como si fueran dos comadres.

Pues bien, el Mauricio que últimamente estaba muy apagado, ha vuelto a engallarse y está de nuevo invitando a la gente a levantarse y no pagar las contribuciones, ni al marqués, ni al propio Ayuntamiento. Y ¿saben lo que dijo Jacinto?: de lo que hay que enterarse, sugirió roncamente el viejo, sentado como siempre en el poyo de la ermita, es si él y su padre las pagan.

Los medianeros supieron expectantes que la finca «La Aldea» había sido sacada en pública subasta y que el juzgado había tratado de adjudicarla a los Pérez Galdós, a pesar de la oposición del marqués. Finalmente, D. Sebastián solicitó su remate por algo más de medio millón de pesetas, a lo que se opusieron los otros deudores, especialmente D. Alfonso del Hoyo, alegando que las aguas ya estaban embargadas hacía tiempo. Contra tal pretensión reclamaron los Pérez Galdós en recurso de alzada ante el Tribunal Territorial de Canarias.

Entonces -pregunto José perplejo ante el embrollo legal- ¿de quién es actualmente la finca «La Aldea»? Pues ni de unos ni de otros, la tierra es nuestra desde hace siglos. Como dice el viejo Jacinto, a la oveja le da igual que se la coma el lobo pardo o el negro, lo que quisiera la oveja es que no la devore nadie. Así pues -confirmó Araujo- que ellos se peleen que nosotros seguiremos esperando tranquilos, porque a nadie le regalaremos la propiedad, somos medianeros perpetuos, eso está claro.

Bien -insistió cautamente José- pero si somos medianeros a alguien estaremos pagando los tributos. Pues sí, en esto hemos llegado todos a un acuerdo, estamos entregando la renta al administrador designado por el Juzgado, a un tal Pedro Estévez Mederos, que es de Gáldar él, creo yo...

Ya anochecía. Señá Concha y Fidelia charlaban en un rincón agasajando al niño que por momentos lo vencía el sueño. Araujo y Eustaquio se levantaron para marcharse, al tiempo que éste apuró la última copa de ron que José les había servido y maquinalmente se limpió, pasándose el dorso de la mano por la boca.

Ya solos, José habló como si pensara en alta voz. Tiene razón Jacinto, el pleito seguirá porque a nosotros nos da igual qué dueño nos querrán imponer. A la oveja no le importa de que color sea el lobo que quiera tragársela.

V

El tiempo corría y la salud de José Jiménez empeoraba gota a gota. Sin darse cuenta, Fidelia iba elaborando interiormente la dolorosa realidad, el hecho de que su marido, su amado José, era un enfermo de por vida. Y aunque constantemente trataba de infundirle coraje, no se percataba que cuando lo animaba, en realidad trataba de alentarse a sí misma. Era más la formulación de una plegaria, que la aceptación de la realidad, una supuesta mejoría que nunca llegaba y en la que en el fondo ya no creía. Lo observaba atentamente, como escudriñándolo, y llegó a la conclusión de que aunque tal vez la cojera se le había estacionado ni mejorando

ni empeorando, lo que sí notaba con amargura era que los ataques menudeaban cada vez con mayor frecuencia.

Rubén, que ya iba siendo mayorcito, preguntó un día: dime papá ¿desde cuándo tienes la cojera? ¿de veras no puedes andar como la demás gente? Mira Rubén -salió rápida la madre al quite- allá en La Aldea, de donde es toda la familia y donde están los abuelitos, hay grandes montañas y barrancos. Pues un día hace años, papá se cayó por un risco y se quedó así. Ya irá mejorando. ¿Y cuándo me llevan a ver el valle? -insistía el niño- ¿es verdad que allí la gente está siempre peleándose? Mira hijo -terció ahora José- lo que pasa es que en La Aldea casi todo el mundo tiene sus huertas y sus cultivos, y los ricos quieren quedarse con las tierras. Eso es todo, ya lo entenderás mejor cuando seas mayor. ¿Y cuándo conoceré a Alejandro y a Manuel? ¿Es verdad que tío Alejandro es grandote y con la fuerza de un toro? ¿Es que nunca voy a conocer la casa de los abuelos?

La vida continuaba su ritmo normal, alguna que otra vez José tenía un ataque y faltaba en la carpintería, entonces aquella semana cobraba menos y repercutía en la economía familiar. El dueño y patrón fruncía el ceño, como dando a entender que hubiera preferido tener a un trabajador sano, sin contratiempos, mas quizás por compasión o porque no era demasiado avaro, aguantaba a ver... Jiménez había aprendido bien el oficio y por otra parte, los compañeros eran una piña, cada vez que alguno de ellos tenía dificultades, los demás procuraban cubrir la contingencia.

Eran seis en total. Trabajo había de sobra, pues el Puerto de La Luz estaba creciendo a ritmo de vértigo. No solo se dedicaban al calafateo y arreglo de embarcaciones averiadas por algún desperfecto menor, sino que de vez en vez, el patrón Juan Arocha, recibía el encargo de construir algún pequeño navío para la pesca, para la costa africana. En tal caso, era él solito quien se encargaba de diseñar la nave y calcular tonelaje y velamen, dependiendo de los recursos del cliente.

Arocha en sus cálculos, se las sabía todas. Decidía la eslora del navío, manga y puntal; así como el tamaño del botalón, la vela de

cangreja, los foques, el trinquete y las jarcias. Con el compañero que más intimó fue con Ignacio el pelirrojo, individuo de piel blanquizca y lleno de pecas, venido de Lanzarote y que se había afincado en el barrio de Guanarteme. Había nacido junto al Charco de San Ginés. «Desde chico -decía pestañeando con insistencia- he visto siempre el mar. Mis padres eran pescadores y creo que tengo encima una capa de salitre, como si fuera un besugo. Por lo menos eso es lo que dice mi mujer, que tengo todo el cuerpo salado, ella sabrá por qué. Ella es de tierra adentro, de San Mateo o de más arriba me parece, y hasta que no bajó a Las Palmas no sabía cómo olía el mar. Será por eso digo yo...»

Tras los extenuantes amores nocturnos, parecían solaparse las inquietudes. Ya se habían acostumbrado al encanto cómplice de aquella ternura silenciosa, sin expansiones tumultuosas. Ya mastro Juan Calcines, no pegaba puñetes en la pared reclamando silencio -eso es envidia decía Fidelia riéndose- ahora acechaban vigilantes la camita de Rubén, al que el cura de la ermita del risco de San Nicolás preparaba para la primera comunión.

Fidelia lo acariciaba hablándole al oído: dime José ¿qué sientes querido mío? Pues lo mismo -respondía evasivo- siento constantemente un hormigueo por toda la banda izquierda, sobre todo en las puntas de los dedos y en la planta del pie, como si tuviera ese lado endormido. Me recuerda a cuando de chico me sentaba mal en los bancos de la Doctrina sin darme cuenta, y luego, notaba cosquillas en la pierna al ponerme en pie. En cambio, en cuanto al problema de los temblores es diferente, sólo me encuentro mal segundos antes, entonces algo me advierte lo que me va a pasar, pero no tengo tiempo de avisar. Después no recuerdo nada. Al irme despertando me siento cansado, sin fuerzas y con un enorme dolor de cabeza. No sé explicarte más...

Un día que Fidelia estaba más abatida de lo normal, explicó a Doña Esperanza sus inquietudes por la salud de su hombre. Don Antonio López Botas, escribió una nota para Don Horacio, un médico amigo suyo que vivía muy cerca de allí, a dos pasos. Podías habérmelo dicho antes, recriminó el patricio a Fidelia.

Lleva a tu marido a que lo vea, no te cobrará nada pues me debe varios favores, precisamente acabo de sacar a un hijo suyo de un buen lío. Esas parrandas callejeras de la juventud de ahora, con sus vinos nocturnos incluidos... vaya con la moda, murmuró. El doctor examinó a Jiménez brevemente, al tiempo que le hacía algunas preguntas. Determinó que no tenía nada concreto que él pudiera curarle, y que lo único que notaba con certeza era que tenía los nervios dañados. A partir de aquel día Fidelia empezó a achicarle tila, pasote y agua de manzanilla, y a colocarle sobre la frente antes de dormir, un pañolón con hojas de nogal, sal y vinagre, sin que mostrara mejoría alguna.

Fidelia no dispuesta a dejarse vencer por el fracaso, hizo un segundo intento. Un día hablando en la cocina de la casona con Micaela que tenía en el risco fama de ser algo bruja, le recomendó que fueran a Telde y que preguntaran por un barrio que se llama Tara, junto al barranco. Allí vivía una célebre curandera a la que se conocía popularmente como la médica de Tara. Pensó que en el peor de los casos nada perderían con probar fortuna y convenció a su marido. Allí fueron, mas Fidelia tuvo el buen cuidado de que no se enterara Don Antonio, no fuera a creer que no le agradecía su interés por haberle recomendado a Don Horacio, el médico de Vegueta.

No les costó nada localizar a la endengadora de Tara, todo el mundo la conocía. Resultó ser una vieja de ojillos inquisidores y ratoneros, totalmente cerrada de negro, flaca y macilenta. Los recibió en una sala en penumbra, que no olía precisamente a flores. La habitación estaba llena de gatos de diversos pelambres y colores, que saltaban sin ninguna clase de miramientos por encima de los pacientes, ante la indiferencia de su dueña.

Imperante empezó a preguntar diversas cosas a Fidelia con aparente rutina, mas cuando le confesó que después del parto de Rubén no se había hecho sangría alguna, la vieja se lo reprochó refunfuñando agriamente, disponiéndose a sangrarlos a ambos de inmediato. Sea por lo que fuere, el caso es que Fidelia se encontró mucho más aliviada después de la ventosa.

Luego ordenó a José que tomara una silla y que se sentara frente a ella, junto a su mecedora. Tomándole las manos le examinó detenidamente las muñecas, tanteándoselas con fuerza. Luego le ordenó que se quitara la camisa y que se tendiera encima de una estera que estaba en el suelo. La curandera se sentó trabajosamente en el piso junto a él, pulsándole ahora la columna vertebral, hueso a hueso.

El mal lo tiene dentro del cuerpo, en sus centros, diagnosticó con voz segura, es preciso hacerle un santiguado. Se levantó y salió, volviendo a poco con un gajo de laurel en la mano. Este ramo de laurel -anunció- está bendito el último domingo de Ramos. Encendió pausadamente varias velas en un altarcito y después de murmurar algunas oraciones, volvió a agacharse sobre la estera en la que José Jiménez seguía acostado boca abajo y sin camisa. Tomando la bruja el ramo de laurel, se lo pasó por la espalda al paciente, al tiempo que salmodiaba en voz alta, casi gritando, como si quisiera ordenar su expulsión a los malos espíritus:

«Salga la mala
entre la buena
¡bicho maligno
sale p' fuera!
Los centros bendigo
con ésta hierba
que vuelva colorada
la tierra negra.
Y ahora, Santa María
que llueva, que llueva».

José Jiménez tampoco mejoró con tales remedios. Más bien resultó peor, porque esta vez sí que tuvieron que pagar, la curandera se quedó con un queso, una cestita de huevos y un pastel de mazapán que Fidelia le había llevado.

VI

El verano fue maldito, un calor de horno se abatió sobre toda la

isla. El valle de La Aldea, encajonado entre dos cresterías, se convirtió en un infierno. Los medianeros bregaban agobiados en la siega y en la trilla bajo aquel sol implacable, hasta los pájaros parecían haber desaparecido, sólo se dejaban ver al amanecer y al crepúsculo.

Aquel funesto domingo, a primera hora de la tarde, se produjo el incendio en el huerto de Eustaquio y Señá Concha. No se supo cómo empezó. ¿Para qué te empeñas en podar hoy los árboles frutales resecos? -había porfiado la madre de Fidelia- deberías esperar a que se meta la tardecita y refresque, ahora hace demasiado calor. No -respondió Eustaquio con determinación- pues hemos quedado varios vecinos en vernos en La Plaza en hora de oraciones, tengo que hacerlo ahora. Siempre fuiste cabezudo y ahora que vas para viejo eres peor que nunca, protestó Señá Concha resignada, así que al menos trataré de ayudarte. Voy a buscar las cestas para meter dentro los gajos secos, lleva tú la escalera.

De pronto se produjo un extraño cambio de tiempo. Se levantó un vientecillo molesto, que metía por los ojos el polvo reseco de las fincas revolviendo las hojas caídas. Cuando Eustaquio estaba en plena faena, encaramado a un naranjero, Señá Concha percibió un intenso olor a quemado. Oteando en dirección al viento, comprobó alarmada como el fuego había prendido en el extremo más lejano del huerto. El viento hacía avanzar el incendio a gran velocidad, la hierba estaba amarilla, mustia y se propagaba peligrosamente prendiendo como la yesca.

¡Baja deprisa Eustaquio que hay fuego! -gritó la mujer alarmada- ¡Vete a avisar a los vecinos, a Alejandro y Manolo Jiménez, para que vengan corriendo a ayudar! -clamó Eustaquio con voz asustada- ¡Vayan Vds. a la alberca a buscar los baldes y agua, hay que mojar la hierba! Yo iré mientras a soltar las cabras y las gallinas. Pero cuando Señá Concha se marchaba corriendo en busca de los Jiménez, el viejo por precipitación, calculó mal y la escalera se le vino al suelo, al tiempo se enredaba en una rama de un naranjero cayendo violentamente a tierra. Sintió un chasquido en una

rodilla seguido de un dolor insoportable, algo se había roto, porque varias veces intentó inútilmente ponerse en pie. Señá Concha tardó en volver más de lo previsto, regresó despavorida, venía sola, por lo visto no pudo encontrar a ninguno de los vecinos cercanos.

Cuando se apercibió de que su marido estaba en el suelo demandando auxilio y que las llamas ya llegaban al pie de los árboles, intentó arrastrarlo hacia la casa, mas en aquel momento, una rama chamuscada de un manzanero colindante lanzada por el viento, se abatió sobre la mujer golpeándola en la cabeza, derribándola al suelo dejándola sin conocimiento.

El matrimonio murió por asfixia. La casa no ardió, la hierba se terminaba en el empedrado de guijarros junto a la pila y la cocina. Los vecinos nada pudieron hacer, sólo estaba Juan Jiménez que yacía adormilado, derrotado en su antiguo catre matrimonial bajo aquellas teas, ajeno a aquel mundo hostil, preguntándose en alta voz donde estaba su muchacho preferido, su niño José, interrogándose con angustia cuándo regresaría de Guía a donde había marchado para acompañar al secretario Don Diego Remón. Con voz monocorde, como si fuera una plegaria, rogaba con fervor al hijo ausente, que tenía que dejar su empleo en la Casa Nueva, porque estaba en contra del pueblo.

Aquella tarde se encontró mal y se acostó, allí lo halló la desesperada Señá María sin conseguir que se pusiera en pie. ¿Dónde están tus hijos? -le gritó la mujer- Alejandro y Manolín se han marchado porque hoy es domingo -habló el viejo en un silvido mezclando lo actual y lo pasado- José volverá de Guía a donde ha ido a acompañar al secretario.... ¡Por favor que no lo azoten más, que él no tiene la culpa de nada, fueron Crisanto, Segura y Alejandro Jorge!- lloriqueaba desolado.

Aquel domingo funesto, una serie de casualidades se unieron en alianza maldita. Alejandro y Manolo, que hubieran podido impedir la muerte trágica de los padres de Fidelia, no estaban.

Había venido a buscarlos un nuevo amigo de los muchachos, Juan León Llarena, también vecino del pueblo. León, de familia

importante en La Aldea, sólo pasaba en el valle algunos meses cada verano, pues estaba estudiando en el seminario y pronto sería ordenado sacerdote. Habían marchado los tres a Tocomán, un caserío a algunos kilómetros de La Plaza, y desde allí hacia el pinar de Inagua, a una cacería con perros y hurones. Cuando volvieron, ya el drama se había consumado.

Cho Eustaquio y Señá Concha fueron enterrados al siguiente día, con la asistencia de todos los habitantes del valle y de aldeas vecinas, abrumados por la desgracia. A pocas fechas, el corazón de Juan Jiménez falló para siempre. En pocos días, se había extinguido una generación.

VII

Sin saber cómo, José y Fidelia empezaron a añorar como los emigrantes, a sentir magua de la tierra. Es tal el aislamiento que impone la orografía del valle, que quien sale de La Aldea termina por sentir la sensación de que ha viajado a otra isla distinta, a otro país diferente.

Rememoraban al valle y a sus gentes, y sin percatarse, a la noche ya en la cama, tomaron la costumbre de hablar en susurros para no despertar al muchacho. «Ahora es tiempo de la siembra.» «Pronto habrá que segar.» «Estará ya madurando la fruta.» «¿Habrán cogido mucha agua las albercas?» «¿Cómo estarán los viejos?» «Pronto será la fiesta del pueblo.»

¿Recuerdas -murmuró Fidelia- cuando me cogiste la mano por vez primera? Estábamos en Febrero y había un frío intenso, no recuerdo un invierno tan crudo como aquel. Y sin embargo tu sudabas de emoción como si fuera Agosto, no te atrevías. Yo sentía excitación y al mismo tiempo me daba risa tu apuro.

¿Y te has olvidado -respondió José con la mirada plena de felicidad- cuando salté la cerca por la noche y el perro de tu casa no me reconoció, mordiéndome el trasero? ¿Qué tienes en el culo que no te sientas a la mesa como es debido? -insistía la preguntona de mi madre. Pero lo que sí resultó fabuloso -remató Fidelia-

fue el día que nos abrazamos en la plaza del pueblo delante de todo el mundo. No se sabía de quién era el cadáver que apareció en el barranquillo de Los Negros: o tú o el secretario.

Mi madre comprendía mi ansiedad, pero así y todo al llegar a casa cogió el vergajo y me golpeó con furia. ¡Qué vergüenza, delante de todo el pueblo! Has de saber niña descarada, que tu padre me dio el primer abrazo en este catre que tu ves, bajo éstas teas, el mismo día que nos casamos y con la luz apagada, para que lo sepas.

Mi madre -siguió recordando Fidelia- continuó con sus rezongos un buen rato. Y al domingo siguiente tuvimos que soportar la afrenta: el párroco subido en el púlpito de la ermita habló de excomunió n y de fuego eterno para aquellos que escandalizaban a los demás. Nunca había pasado por un sonrojo tan grande, los vecinos nos miraban descaradamente, sabiendo a quien se refería el cura.

El niño por su parte, acosado por la curiosidad contribuía inconscientemente a aumentar la desazón del paisaje ausente con sus insistentes preguntas. ¿Y cómo es la casa de los abuelos? ¿Es verdad que las dos casas están juntas? ¿Me cansaré mucho andando desde Agaete?: seis horas de camino yo también puedo hacerlas, ya verás que sí papá, ya tengo diez años.

Hasta que un día Fidelia se planteó la cruda realidad. Mis viejos están aún fuertes, pero ¿qué pasará el día que mueran? Yo soy la única heredera y si seguimos aquí terminaremos por olvidarnos de la finca y de la casa, que con el tiempo serán tomadas por cualquier aventurero. Poner arrendatarios es perder el tiempo, pues desde aquí sería imposible controlarlos. En resumidas cuentas: o aquí o allá, y desde luego sería un pecado inconcebible entregar una tierra por la que tanto han luchado nuestras familias contra la Casa Nueva y el marqués.

En mi caso es diferente, meditó José en voz alta. He pensado incluso que renunciaría a mi parte de la propiedad, que se la repartan mis dos hermanos. Bastante tendría con ocuparme de tu huer to, ya que los ataques de temblores y la cojera, por lo visto me van

a durar siempre y no podré nunca trabajar a tope. Ya estoy resignado a eso y procuro no pensar en ello, es inútil, dijo en tono triste. Y gracias a tí Fidelia.

¿Gracias por qué? -preguntó ella intrigada. Pues porque te has casado conmigo aun sabiendo que soy medio inútil. La mujer dejó la costura a un lado con gesto serio, se levantó y abrazó fuertemente a Jiménez, tomándolo por detrás de la silla.

¿De forma que ahora sales con esas? Eso lo hablamos ya varias veces hace años y dejamos el asunto resuelto, que no se hable más de ello en esta casa. Mira José, hay mucha gente que tiene padecimientos y vive con ellos sin acobardarse. Yo me uní a tí para siempre, porque no podía vivir sin verte, incluso temiendo que podría haber sido peor de lo que ha resultado. Lo decidí sencillamente porque te quiero y porque me era mas difícil estar sin verte a diario, que vivir sin beber agua.

Y después de una pausa siguió con tono ahora decididamente soñador: ¿sabes? No recuerdo habértelo dicho o seguramente tú lo habrás olvidado. El día que cumplí doce años mi madre me hizo un gran pastel con dulce de calabaza blanca, vinieron a jugar algunas niñas de la Doctrina y también algunos niños, estabas tú, Mauricio el veneno y algún otro. Ustedes no me hicieron caso alguno, recuerdo que apostaron a ver quién se subía más aprisa a un árbol y Mauricio se enrabietó mucho porque tú le ganaste, siempre ha sido así de soberbio. Yo estaba deseando que se te ocurriera sentarte junto a mí, te comía con los ojos pero ni tú, ni nadie se dio cuenta. Te pusiste junto a una niña de Los Espinos, rubia y blanca, y por ello estuve toda la noche llorando. Mi madre terminó por enfurecerse: ¿por qué lloras el día de tu cumpleaños? ¿se puede saber que le pasa ahora a la niña boba ésta? Durante mucho tiempo odié con toda mi alma a Carmela, la rubia de Los Espinos. José tomó apaciblemente una mano a Fidelia y murmuró emocionado: no, no lo recordaba. Lo único que sé es que eres maravillosa.

Y meditó entonces que la vida se vive solo una vez y que en ello está el mejor don que puede ser otorgado al hombre. Y que vivir

con una dolencia era una forma mas de la existencia, que valía la pena, si se compartía con algún ideal, o lo que era lo mismo, si se tenía al lado el aliento indestructible de la fidelidad, de una persona tan fiel como su Fidelia.

VIII

Fue Andrés el veredero quien trajo la horrible noticia. José estaba en la carpintería y cuando Fidelia vio llegar al recadero se alarmó, leyendo en su rostro que era portador de malas noticias. Con la mirada baja, se quitó el sombrero como pidiéndole perdón a la mujer.

Lo siento, tengo cosas malas que comunicarte, dijo escuetamente Andrés el hurón. Pasa al menos hombre, no te quedes plantado ahí en la calle, murmuró Fidelia angustiada. Dime: ¿de qué se trata? Andrés, huidizo, acobardado, mirando al suelo, no se atrevía a hablar, no le salían las palabras, nunca había sido portavoz de tres muertes simultáneas. Al fin, habló con voz ronca y casi inaudible, de un tirón como deseando terminar de una vez: es tremendo lo que voy a decirte, pero no tengo más remedio que hacerlo pues tus padres han muerto. Los dos, sí, el mismo día, hace ya una semana. Y para colmo de maldiciones, a los pocos días también falleció tu suegro Juan, los tres ya han sido enterrados, todo el pueblo en peso fue a despedirlos al camposanto, tus dos cuñados se ocuparon de todo.

Don Antonio López Botas me dijo que lo supo por el periódico y que por eso los escondió, para que no lo leyeras. Comentó que te lo comunicara con tiento, que creía preferible que lo supieras aquí, en tu casa, y que si lo deseabas te tomaras una semana de descanso, qué menos. Doña Esperanza por su parte habló con un cura de la parroquia del Seminario y le pagó unas misas que se dirán por el alma de los tres. Lo siento muchacha, si no me lo ordena Don Antonio no hubiera aparecido, hubiera preferido dar la vuelta a la isla tres veces, maldita sea.

¿Cómo, cómo fue? murmuró Fidelia mientras lloraba en silencio. Hubo un incendio en el huerto de tus padres, hacía calor de

levante y no se sabe de que forma el fuego prendió sobre la hierba, dicen que por culpa de unos cristales rotos. Tu padre estaba subido a un árbol podándolo. Seguramente asustado y por culpa de las prisas, cayó al suelo rompiéndose una pierna. Tu madre quiso arrastrarlo hacia tu casa, pero un gajo chamuscado le cayó sobre la cabeza derribándola a su vez.

Acudieron el forense y el juez de Guía, el médico dijo que los viejos no sufrieron apenas, porque el humo los dejó sin sentido enseguida. Fidelia creyó notar en la voz sin convicción del recadero, el relato de una mentira piadosa.

Era domingo -continuó el veredero- y los vecinos estaban de cacería, el único que estaba era Juan, tu suegro, que es lo mismo que si no estuviera nadie. Por lo visto se encontraba muy mal el pobre, y no pudo ni levantarse de la cama, tan mal que a los tres días me parece, falleció. Tus cuñados se lo encontraron muerto en la cama, mientras dormía. Lo mismo que le sucedió a Señá María, tu suegra, tal vez así haya sido lo mejor para él. Ha sido terrible.

Cuando José regresó del trabajo comprobó extrañado que la casa estaba en penumbra. Fidelia abatida había cerrado las ventanas y se acostó en la cama sin fuerzas para otra cosa. El niño sin comprender la magnitud de la tragedia también lloraba, abrazado convulsivamente a su madre.

IX

Tardaron algunas semanas antes de -ni siquiera- plantearse la nueva situación. Fue tan enorme el cataclismo que tardaron en creérselo, en asimilarlo de puro anonadados. El mundo había tomado otra dimensión.

Por aquellos días decidieron regresar, aun sopesando los inconvenientes. Abandonarían dos sueldos seguros y una vida de menores incomodidades. Les esperaba una hacienda que ni siquiera era una propiedad normal, por la lucha permanente contra los marqueses o contra los que pretendían ser sus nuevos dueños, era igual. La finca habría que trabajarla, elaborar el pan de cada

día, la leña y el gofio. Cultivar, arar, sembrar, trillar y cuidar de los animales. Vigilar los frutales y el agua, todo iba a ser mucho mas duro. José recordó entonces a su madre, cuando no quería que abandonara el empleo de la Casa Nueva, por el salario seguro que significaba, iban a estar peor.

Fidelia y sobre todo José, se engañaron durante unos días, refugiándose en la falsa ilusión de que con el aire del campo se mejoraría tal vez su salud quebrantada y que por eso regresaban. Hasta que un día Fidelia lo destapó claramente. ¡No! No es por eso, estamos diciéndonos mentiras José. Volvemos porque nos atrae la tierra como si fuera un imán, es por la tierra, es por el valle, es por La Aldea, es por eso por lo que volvemos, no hay más. Es porque llevamos generaciones así y no queremos ser infieles al olor de aquel valle abrasado, al que sin saberlo amamos más que a nada en el mundo, ésa es la causa, no nos engañemos más.

Una vez decididos, parecían ambos desesperados por partir hacia la tierra prometida. Y sin embargo, el arranque de la ciudad fue muy penoso, mucho más duro de lo que ambos podían haber sospechado.

El patrón Juan Arocha, lo confesó ahora con brutal sinceridad: al principio sobre todo, si yo hubiera tenido un hombre más sano que tú, le hubiera sacado mejor provecho a tu tarea. Pero ya lo ves, no soy tan malo. Cuando me enteré de lo que te había pasado, la cárcel injusta por el crimen aquel en tu pueblo y todo lo demás, decidí ayudarte hasta donde pudiera. Al fin y al cabo, en la vida no todo ha de ser el puñetero dinero lo único que valga, debe haber algo más. Mira, es un sentimiento que no sé explicarte porque no soy hombre de letras, sino de mar. Pues bueno, al menos has aprendido un oficio que siempre te podrá ser útil.

Más duro si cabe fue la salida de la mansión de Vegueta. Quién lo diría, Doña Esperanza que al principio era la más indiferente a sus problemas, resultó al final la más afectada. Micaela lloró largamente y Don Antonio por su parte, hizo jurar a Fidelia que si un día se encontraban en dificultades, que no dejaran de acudir en demanda de auxilio a aquella casa. La promesa nunca hubiera podi-

do cumplirla el patricio, posiblemente por una mala administración de sus bienes, años después quedó en ruina. Buscando una salida, López Botas tuvo que hacer sus bártulos y emigrar a Cuba, bajo la protección de un empleo que le brindara Don Fernando de León y Castillo.

Fidelia, sin saber por qué, quiso demorarse en su salida, inspeccionando el gran patio florido con su enredadera enorme, el pozo, la oscura galería de acceso a la caballeriza, la palma real que centraba el patio y la parra del terradillo junto al enorme comedor de la casona, como si quisiera fijar todo aquello en su memoria.

Examinó la pequeña habitación donde había vivido sus primeros años de trabajo en la casa, como si se despidiera de un viejo conocido, y metiendo sus cosas en dos bolsones, entró en el despacho de Don Antonio e hizo algo que sabía que a él no le iba a gustar: tomó la mano al anciano y se la besó precipitadamente. Al día siguiente se marcharon de la ciudad.

X

El viaje resultó emocionante, pero con un significado diferente. Para el matrimonio fue una evocación, la vuelta a los orígenes. Para Rubén Jiménez que nunca había salido de la ciudad era el viaje a un extraño país, una revelación.

José Jiménez y Fidelia Ramos, rememoraban en cada vuelta del camino, cada montaña, cada paisaje, cada grupo de árboles, lo tenían marcado en sus pupilas. Se encontraron con una novedad ventajosa: antes, el carruaje tenía que hacer el tramo Arucas -Guía - Gáldar por el farragoso desfiladero de Silva, entre tabaibas, abubillas y cernícalos, temerosos por ocasionales pedruscos que se desprendían rodando con estrépito hasta el mar cercano. Aquí terminaba el recorrido normal. No sería necesario contratar a alguien que los condujera hasta Agaete, ahora la diligencia los llevaría hasta allí. Entonces, empezaría la tremenda andadura.

En Agaete el matrimonio tardó en agenciarse con un arriero que llevaría tres mulas, lo necesitaban para transportar los enseres. En la primera cabalgadura iría montado Rubén, para él aquello resultaba una fiesta, una excursión y sería conducida por el propio arriero. La segunda montura, la alternarían el renqueante José Jiménez que cojeaba penosamente y la propia Fidelia, no podían sobrecargar más al animal y por eso tendrían que alternarse. La tercera, atada a la anterior estaría totalmente cargada de enseres, no cabía nada más.

Fidelia le rogó a su marido que fuera él todo el tiempo sentado, mas José, un tanto sombrío no aceptó de ninguna forma.

Estaba segura de que tal vez él lo hubiera aceptado de no estar presentes ojos extraños. Por eso, en los tramos que le tocaba a Fidelia ir montada, el conductor iba muy lentamente para evitar que Jiménez se quedara atrás, que trincaba los dientes con desesepero tal vez para no llorar de rabia en el esfuerzo.

El niño en cambio se bebía el paisaje con avidez, preguntando a gritos a la madre que de buen grado le explicaba: estamos pasando por debajo del pinar de Tamadaba, aquí se respira muy bien, pero no mires para abajo hacia el mar, que puedes marearte. Efectivamente, una fuga imponente de vértigo de centenares de metros se deslizaba a pico hacia el océano, que rompía bravío contra la costa. Grupos de gaviotas se cruzaban jugando con el viento, precipitándose como cohetes hacia el abismo.

Poco más adelante, José Jiménez ordenó al arriero que de ninguna manera pasara por el barranquillo de Los Negros, sino que tomara por el atajo de Güi-Güillo. Fidelia en un momento determinado, le anunció emocionada al niño: mira Rubén ¿ves aquellas puntas que se meten en el mar como cuchillos? Pues allí está el barranco de La Aldea, por allí iremos camino arriba hacia nuestras tierras, es poco más.

Cuando después de pasar el Andén Verde, llegaron a lo alto de una degollada, pudieron admirar el valle en toda su grandeza. Un silencio extraño parecía abrazar aquella inmensa depresión.

Jiménez mandó parar entonces, y con voz que parecía velada dispuso: dejemos descansar a los animales cinco minutos antes de empezar a descender. No iremos por el Furel sino hasta Las Marciegas, junto a la desembocadura del barranco, y desde allí subiremos hacia el pueblo. Es algo más largo, pero es un capricho, explicó al arriero como excusándose.

¿Ves por allí Rubén? Ahí está El Charco, donde todos los años se celebra la fiesta y la pesca de la lisa, según te he explicado. Fidelia silenciosa quedó como embriagada y entonces efusivamente se abrazó a su marido, se estrecharon tan fuertes que creyeron oír el latido de sus corazones. Rubén, mira más arriba hacia allá, eso es Mederos, allí están nuestras casas. Y aquello más arriba aún, esa es La Plaza y la ermita, el centro del pueblo. ¿Lo ves querido?

Fidelia observando a José le inquirió con sorna: ¿Qué te pasa, te pican los ojos? Pues sí, respondió Jiménez francamente, pican. ¡Y de qué manera! Es la tierra.

Ya atardecía, cuando dándole la espalda al sol que se ponía, subieron del mar mugiente de Las Marciegas hacia el naciente. Era tarde y nadie de la vecindad se topó con aquellos caminantes. Llegados a sus huertas, vieron de pronto cómo dos hombres estaban ultimando algún trabajo en retirada hacia la casa. Oyendo pasos que se acercaban por el camino se volvieron, quedándose mirando con la boca abierta, incapaces de reaccionar: eran sus hermanos Alejandro y Manuel. Respuestos de la sorpresa, se abrazaron largamente en silencio.

Lo siento Fidelia, se excusó Manuel en voz baja, no pudimos evitarlo, no pudimos auxiliar a tus padres, aquel día maldito no estábamos aquí. Al fin, al fin volvemos a vernos, volvemos a estar juntos.

Entraron luego en el huerto de Fidelia, observando acongojados, sin decir palabra, los consecuencias del incendio. José oyó un crujido e involuntariamente se volvió, contemplando como los goznes de la puerta lateral a la cocina oscilaban movidos por el viento. Sonrió a su pesar, seguían sin engrasar. Los dos hermanos acompañaban a la pareja, sombrero en mano, tal vez lamentando el día

aquel que partieron para Tocodomán para una cacería. El niño inspeccionaba cada rincón con curiosidad, mientras el arriero esperaba pacientemente.

Fidelia comprobaba que la casa había quedado totalmente indemne, solo una de las alas de la techumbre estaba ligeramente chamuscada. Jiménez contempló con extrañeza el corral con las cabras. Los animales -aclaró Alejandro adivinando el pensamiento de su hermano- quedaron sin daño alguno. Según yo creo, el macho cabrío desesperado arremetió contra la empalizada, pudo abrir un hueco y por ahí salió todo el ganado espantado huyendo del humo. Con el gallinero no hubo problemas, gracias al empedrado, el fuego se paró antes.

Repentinamente habló José, con voz extrañamente autoritaria: nosotros ocuparemos la casa de mi mujer, el arriero se quedará también esta noche, mañana temprano partirá de regreso.

Vamos hermanitos, ayudarme ahora a bajar de las mulas todas nuestras cosas, es tarde y Rubén se cae de cansancio y de sueño.

Súbitamente Fidelia dio un leve grito jubiloso llamando la atención a su marido. Apretándose contra él, le habló emocionada al oído, mientras señalaba con el índice: ¡Mira el árbol José! En medio de los naranjeros chamuscados había quedado uno solo como mudo testigo del incendio, que se erguía como un desafío, como un milagro sus ramas retorcidas se recortaban contra el cielo ya casi en penumbra.

Mira José, es el árbol, es nuestro árbol. Mira mas arriba ¿acaso no lo ves? Otra vez los jilgueros han hecho su nido en el mismo lugar de siempre, es el nido del amor. Eso quiere decir -dijo ahora firmemente como recitando una oración- que sigue vivo y que nuestro amor también seguirá vivo. Lo está cantando ahora el jilguero. ¿No lo oyes José?

XI

Como sucedía en todos los hogares aldeanos, la inercia obligaba a las familias a reunirse unas vez concluidas las tareas del día.

Después de muchos años, volvían a sentarse en la misma mesa los tres hermanos, aunque ya todo era bien distinto. José meditaba que cuando él fue detenido y encarcelado por la justicia, la autoridad en su hogar la ejercía su padre, y que él era el segundo hombre de la familia, sus dos hermanos eran niños. Ahora, los viejos habían muerto en circunstancias pavorosas y sin haberse puesto de acuerdo, tal vez tratando de esconder la pena, nadie mencionaba lo ocurrido. Sus hermanos eran ya hombres y José percibía confusamente, que la casa en la que nació ya no era la suya, él era un extraño que nunca mandaría allí. Mientras, en la finca contigua, Fidelia se afanaba atendiendo a Rubén y al hogar.

En los veranos, durante los fuertes calores, era agradable sentarse en los poyetes exteriores que cerraban las albercas, bajo la parra, las higueras o el naranjero. En cambio, cuando el tiempo refrescaba, era preferible guarecerse en la habitación principal de la casa, que solía servir para oficios múltiples, utilizada habitualmente como comedor y sala.

Durante un año largo no hubo pleitos en La Aldea. Alejandro informaba a su hermano de los acontecimientos ocurridos en el valle en los últimos tiempos. Así lo resumía ante la perplejidad del primogénito: fue por culpa de las luminarias o bien gracias a ellas, según se mire. ¿Cómo has dicho? -le inquirió José- ¿gracias a qué luminarias, de qué me hablas, qué es eso?

Los dos hermanos se miraron con complicidad, como compadeciendo que su hermano José no entendiera nada. Y Alejandro, carraspeando profundamente, exactamente tal y como hacía el viejo Juan Jiménez, se aprestó a continuar.

Pues todo empezó con la llegada hace ya cerca de dos años de unos gitanos -explicó- que vinieron en un vistoso carromato pintado de colores y que se instalaron por aquí durante un tiempo. Se trataba de una pareja de viejos misteriosos y un casar de jóvenes, un muchacho y una chica. Todos vestían ropas de colorines y adornaban sus orejas con grandes anillos. El viejo hacía prodigiosos juegos de barajas y su mujer tomó enseguida fama de bruja, la

gente observaba con cierto temor aquellos ojos negros y aquella nariz ganchuda que recordaba a una lechuza. El muchacho por su parte hacía pruebas de equilibrista, sosteniéndose milagrosamente sobre unos alambres que tendieron los gitanos en los árboles que hay junto a La Plaza.

Pero fue la muchacha la que causó sensación, muchos en La Aldea perdieron el seso por ella. Era la criatura más hermosa que jamás nadie soñó, un asombroso milagro de belleza. Como contraste a los demás miembros de la familia, su cara era tan blanca que al principio muchos creyeron que se la frotaba con harina y con unos ojos que la luna parecía mirarse en ellos. Es imposible - cuchicheaban las comadres en las acequias - que la muchacha sea hija de esos viejos.

Se paseaba con garbo por el pueblo, meciendo provocativa las caderas con suave vaivén y exhibiendo una larga trenza negra. Hasta los viejos, sentados en los muretes, interrumpían sus conversaciones para verla pasar, el personal masculino estaba inquieto, como los animales cuando se sacuden con rabia los caballitos del diablo.

Era ella, cubierta por un corpiño milagrosamente pequeño, la que pasaba la bandeja en La Plaza, después de los equilibrios que hacía su hermano sobre el alambre, insinuando al agacharse levemente para tomar las monedas, unas tetas portentosas, sublimes, erectas, que dejaban sin respiración al personal. Si algún hombre se resistía a dejar la moneda en el platillo, la chica le clavaba una sonrisa como hipnotizándolo, insistiendo con insolencia hasta oír el tintineo del óbolo sobre el plato. Fueron muchos los líos que hubo entre matrimonios, incluso mayores: ¿por qué miras tanto, viejo verde? - recriminaba la esposa al tiempo que trincaba con furia un pellizco en el brazo del marido descubierto. Por su parte, los niños del pueblo rodeaban el carromato de los gitanos, luchando entre la curiosidad y el temor a las amenazas maternas. Hasta el maestro se quejó al alcalde, de que los muchachos habían dejado de asistir a la escuela.

Fueron los gitanos los que predijeron que iban a verse muchas luminarias en el firmamento, que las estrellas empezarían a moverse. Y así empezó a acudir gente a La Plaza, pues la vieja bruja parecía poseer la diabólica sabiduría de adivinar hacia qué lado había que mirar para sorprender cuando caería una estrella.

Total, que al poco tiempo todo el pueblo estuvo congregado noche tras noche, mirando como bobos el firmamento. Empezó a observarse efectivamente la caída de multitud de estrellas que dejaban tras sí un rosario de perlas, cruzándose apuestas anotando su número. En vano el cura predecía que no miraran, que era el fin del mundo y por una vez nadie hizo caso al viejo Jacinto, que aconsejaba no observar el cielo, que a los que vieran caer luminarias le saldrían verrugas en el cuerpo.

El pueblo pareció verse sacudido por un escalofrío colectivo, cuando corrió el rumor pavoroso que la bien entetada zíngara le daría sus amores al varón que anotara mayor número de estrellas caídas. Los hombres parecieron enloquecer de ansiedad y las mujeres de furia.

Entonces las tareas agrícolas se paralizaron, pues los varones, muertos de sueño se pasaban el día durmiendo, para de noche acudir a La Plaza junto a los gitanos, con la esperanza de conseguir de la bella el favor de una sonrisa, que se clavaba como una daga en aquellos corazones. Era ella la que noche tras noche, iba anotando en el haber de cada uno el número de astros captados, sin confirmar ni negar el rumor de conceder su mano al vencedor de aquella astronómica contemplación.

Así pues -terminaba Alejandro su asombroso relato- fue por culpa de las luminarias por lo que el pueblo dejó de pelearse, pues nadie tenía tiempo para ello. A lo largo de más de un año, nadie se acordó de la Casa Nueva, ni del marqués de Villanueva del Prado, ni de los arrendamientos perpetuos. Por vez primera después de cien años, los jueces y los secretarios, mataban el aburrimiento jugando al envite, mientras los legajos se cubrían de polvo.

Fue tal el descalabro que armó la gitana, dijo Alejandro con sorna

señalando a su hermano menor, que hasta éste acudió varias noches a La Plaza a contemplarla. Pero lo que tú no sabes -respondió Manolo en tono triunfante- es que yo te acechaba y te veía salir sigiloso como un gato, después de que yo me acostaba. Rieron los tres hermanos sinceramente, resumiendo Manolo el relato: creo que todos los hombres de La Aldea acudimos a ver a los gitanos, todos exceptuando tal vez a Mauricio, que sigue maquinando cómo llegar a alcalde. Hay hombres que corren tras el dinero, otros tras las mujeres, pero ése es un caso único, es un obseso del poder por el poder, es lo único que le interesa en el mundo.

Hasta que un buen día mi querido José, los vecinos comprobaron atónitos que el carromato pintado de vivos colores ya no estaba en su sitio, la familia gitana se esfumó durante una noche sin decir adiós a nadie. Por la causa que fuere, decidieron ir a hacer fortuna a otro pueblo, a seguir exhibiendo a la mujer más bella del mundo.

Al poco tiempo, empezaron de nuevo los pleitos, de eso te hablaremos mañana, ya es tarde, además mira, Fidelia te hace señas por la ventana, te espera.

o - o - o - o - o - o - o - o

En este año de 1893 han vuelto los líos a sacudir el valle, continuó Alejandro a la siguiente noche. El año pasado llegó por aquí un tal Juan Bravo, importante personaje que resultó ser incondicional a los intereses de la familia Pérez Galdós. Los medianeros, enloquecidos por la belleza de la gitana y distraídos con las luminarias del cielo, habían bajado la guardia y no prestaron atención a la noticia de que en el juzgado de Guía se había escriturado la adjudicación de la hacienda «La Aldea» a favor de los Pérez Galdós, era evidente que se preparaba el cambio de amo. En vano, el viejo Jacinto carraspeaba indignado en el poyete de la ermita: ¡mientras Vds. miran al cielo como totorotas, se marcha el lobo negro y viene el lobo pardo! ¡Ahora que se larga el maldito marqués de Villanueva del Prado, hubiera sido el momento justo de reclamar

nuestra titularidad, pero Vds. encandilados con las tetas de la gitana esa, mal rayo se la coma, no saben la que se nos viene encima!

Tampoco nadie se alarmó cuando pocas semanas después, apareció el registrador de la propiedad, acompañado de los alguaciles y por un pariente cercano de la familia Pérez Galdós -el licenciado Don Ambrosio Hurtado de Mendoza- quién tomó posesión oficial de La Aldea en nombre de la familia. A partir de ese momento, el tal Juan Bravo disponía como mandatario supremo.

Siguiendo con un plan premeditado, en los días siguientes se notificó a 183 medianeros quien era el nuevo propietario. La gente seguía entretenida con las luminarias celestiales, hasta el punto de que solo rehusamos una docena de medianeros, comentó Manolo con tono despechado. Nosotros desde luego nos negamos a firmar nada y con respecto a la propiedad de tu mujer -aclaró Alejandro- dijimos la verdad, que muertos Eustaquio y Señá Concha, Fidelia era la única heredera y que nada podíamos decidir en su ausencia.

Pues seguiremos el mismo camino -afirmó José- rehusaremos a reconocer a ningún propietario, sería tanto como retroceder en la lucha que llevaron a cabo nuestros padres y nuestros abuelos. Creo que los que han firmado no saben lo que han hecho, es como si aceptaran que no somos propietarios y eso no hará más que complicar la batalla. No hay más remedio que aguantar las presiones que vamos a sufrir ahora, es lo menos malo. Sí, ya han comenzado las amenazas e incluso Bravo se atrevió a reducirnos la toma del agua cambiando la torna, mas Corrales, el nuevo secretario peninsular enfrentado al administrador, consiguió que la volvieran a dejar otra vez como siempre había estado, veremos qué pasa ahora.

Pero era evidente que Bravo tenía la consigna de empezar a apretar el dogal, el nuevo lobo enseñaba los dientes. Ello coincidió con la desaparición de los gitanos del pueblo y la gente despertó de aquel extraño letargo. Empezó a visitar uno a uno a todos los aldeanos, tratando de imponer con sonrisas o con amenazas un nuevo contrato con los medianeros, donde se eliminaban las me-

días perpetuas, es decir los derechos reclamados desde siempre. La mayoría se negó a firmar y entonces Bravo acusó a todo el pueblo de estar aconsejado por anarquistas revoltosos y especialmente por ese joven republicano, por Mauricio Hernández, que como siempre parecía moverse a la sombra, como un conspirador.

El primer enfrentamiento serio fue el juicio que se celebró contra el maestro de escuela Juan Francisco León Martín, la mecha que encendió el dormido pleito. Bravo pretendió que el maestro le pidiera autorización a él mismo -por ser el apoderado general de la hacienda «La Aldea» según proclamara- para unas obras que el enseñante estaba realizando sin permiso de nadie en el casco del pueblo, donde vive. Las habitaciones del juzgado por cierto, fueron abiertas después de largo tiempo, se comentó con ironía que un intenso olor a moho invadió la calle, las cucarachas y los perinquenes corrían por encima de los olvidados legajos, hubo que limpiarlo todo antes de la vista. El fallo resultó contrario al demandado, pero desde entonces, el maestro rebelde se ha visto apoyado por el nuevo secretario del Ayuntamiento y del Juzgado, por el influyente Corrales Naranjo.

La Casa Nueva continúa -trató de resumir Manolo la nueva situación- pero esta vez dirigida por Bravo, que defiende los intereses de la familia Pérez Galdós. El enfrentamiento es principalmente con los medianeros de más poder, que tienen cada vez más fuerza, que no están dispuestos a ceder y que además cuentan con el apoyo de Corrales.

Así pues -suspiró José- la lucha por el poder divide otra vez al valle, de eso se trata...

XII

Paradójicamente, fue Rubén quien más rápidamente se acomodó a su nueva vida campesina, tan diferente a la vivida en Las Palmas. Aprendió a ordeñar las cabras, a rastrillar la tierra abrasada del valle, a distinguir cuándo la fruta podía o no comerse. Por vez primera, sus asombrados ojos contemplaron como paría una oveja, ese acto tan

fascinante y tan natural al propio tiempo. Aprendió a apilar las papas, a limpiar el establo, a llevar el agua para la cocina.

En La Plaza fue bien acogido por los niños de su edad. Explicaba a sus asombrados camaradas como era el Puerto de La Luz recién construido, el tamaño de las largas chimeneas de los grandes barcos que llegaban diariamente a los muelles, que bramaban como gigantes enfurecidos. Y como era la Catedral -tan grande como esa montaña- y también que al atardecer un hombre al que llamaban el sereno encendía la luz de gas en las calles principales de la ciudad para que siempre hubiera luz. Explicaba a los atónitos muchachos que se estaba construyendo una carretera sobre el camino que conducía desde la ciudad al Puerto, por donde actualmente iban los carromatos, porque dentro de poco -lo dice mi padre- se podrá ir en una máquina de hierro que camina sola, que echa humo y que no hace falta que la arrastren las mulas. Eso se llama tranvía, que tiene la fuerza de mil caballos y que es capaz de tirar por muchos carros amarrados entre sí que se llaman vagones, donde la gente podrá ir sentada.

El mejor amigo de Rubén era Miguelito Ojeda. Sonriente, negro de la brisa y con el pelo ensortijado, fue quien enseñó a Rubén a cazar pájaros, a construir cajitas donde encerrar grillos y saltamontes, cómo acechar a las lagartijas y cómo poner las trampas para capturar al ratón de campo. Hasta un día lo llevó a Las Marciegas junto al mar bravío, donde pudo contemplar a sus anchas el misterioso charco verde que era algo así como el símbolo del pueblo. Allí trataron de pescar, trabando un gusano en el anzuelo. Pero Rubén notó que su amigo le tenía miedo a El Charco, no sabía cuánta profundidad tenía y afirmaba que su color verde le recordaba a los ojos de una gitana portentosa que estuvo por aquí una vez...

XIII

Fue durante aquel invierno cuando José y Fidelia renovaron firmemente el propósito de no tener más hijos. Como por una invisi-

ble cuesta abajo, se deslizaba implacable la salud del marido. El futuro era imprevisible, como un pozo oscuro sin atisbarse el fondo.

Una franca conversación entre José y Fidelia, recién regresados a la tierra prometida, coincidió por el tiempo en el que Jiménez empezó a utilizar bastón en sus desplazamientos desde Mederos a La Plaza. Los vecinos rehuían la vista apenados cuando contemplaban a aquel joven gallardo, bien parecido y que apenas mediaba la treintena, cómo marchaba de vez en vez al centro del pueblo, apoyándose en un bastón como si se tratara de un sexagenario.

El hecho de que Rubén ya fuese mayorcito facilitaba el que Fidelia pudiera multiplicarse, auxiliando a su marido en las faenas agrícolas. Ella era cada vez más realista, era consciente de que él solo hubiera sido incapaz de sacar el hogar adelante. En tales circunstancias el cargarse de hijos hubiera sido un disparate, después de tantos años ya se había resignado a un solo descendiente.

Fidelia meditaba ahora que había sido una suerte el que Micaela, su lenguaraz compañera de trabajo en la mansión de los López Botas, la hubiese ilustrado sobre algo tan natural como son los ciclos fecundos de la mujer. Recordaba que en tales asuntos Micaela dejaba a un lado toda superchería e iba al grano sin remilgos, con una sinceridad brutal. No seas boba -se reía de Fidelia- en eso, los rezados, santiguados y novenas no tienen nada que ver. Apréndetelo bien, ya te he explicado cuáles son los días antes y después de la luna en los que no te quedarás preñada, eso es seguro. Es asunto de la naturaleza, aquí no hay brujería que valga, ni santo que lo evite.

Fidelia meditaba que en el valle nadie hubiera sido capaz de aconsejarla, intuía que la ignorancia sobre tales asuntos era casi general, y los que algo sabían preferirían callar obligados por un pudor mal entendido. Ninguna persona que se considerase decente era capaz de hablar de tales porquerías. Fidelia por su parte reconocía que hubiera muerto de vergüenza antes de preguntar a alguien en el pueblo lo que fuere conveniente para su vida íntima. Era un asunto tabú.

Aquel domingo, durante la tertulia habitual en La Plaza después de la misa, todo el pueblo pudo contemplar abatido lo que era un ataque. José Jiménez, súbitamente pálido y de color ceniza, comenzó a temblar convulsivamente, como se estremece la hoja de la parra al final del otoño antes de ser arrancada de cuajo por el ventanero, cayendo al suelo como fulminado.

Un rato estuvo retorciéndose y mientras Fidelia arrodillada trataba de sujetarle la cabeza en su seno para evitarle los golpes contra el piso, un círculo de apenados aldeanos contemplaron la escena. Muchas madres apartaron de allí a sus hijos para evitarles el penoso espectáculo. Rubén, refugiado entre los brazos de su tío Manolo, lloraba con amargura, mientras el cura rezaba en alta voz, al tiempo que movía ceremoniosamente el hisopo con agua bendita, rociándole la cara inútilmente.

Cuando cesaron las convulsiones y José pudo retirarse renqueante al hogar apoyado en el corpachón de Alejandro, el viejo Jacinto, que aunque ya medio ciego se había percatado de lo sucedido, se puso en pie trabajosamente, aullando como un poseso y con energía insospechada, inculcó a todo el valle en aquella denuncia de la que nadie hablaba, que todo el mundo sabía, pero que nadie se atrevía a reconocer:

¡Perdónanos José Jiménez Ventura, pues todo el pueblo es culpable de tu enfermedad. Sabemos que estás así porque la justicia te maltrató, creyendo que tú habías sido el asesino del secretario, de Diego Remón. Estás pagando por todos los que callamos entonces, perdona a todo el valle!

Un incómodo silencio se hizo ante la ermita, nadie contradijo la terrible acusación del anciano. Los hombres se subieron las solapas como si estuvieran en un entierro y se dispersaron sombríos, tensos, el viejo se había atrevido a desnudar las conciencias, que es siempre peor que un insulto. Las mujeres habían cesado sus conversaciones y abrumadas siguieron a sus maridos. Hasta los niños, impresionados por lo presenciado, habían interrumpido sus juegos y se retiraron silenciosos.

En aquella extraña quietud, solo se oyó el agudo graznido de un cuervo, que entubado por el aire del barranco subía sin esfuerzo del mar a la cumbre sin aletear apenas, parecería que huía ofendido de las gentes del valle, volando en derechura al monolito del Roque Nublo, a la totémica piedra negra y azul, allá arriba, a lo lejos.

XIV

Estaba claro que los antiguos propietarios habían sido derrotados, pero la Casa Nueva continuaba, lo único que había sucedido era que otros habían ocupado el puesto del marqués de Villanueva del Prado. Además, algunos que habían peleado contra el viejo régimen se estaban enriqueciendo ahora, e incluso empezaban a apretar a los pobres y a los pequeños arrendatarios.

A partir de aquí los jueces y secretarios ya no tuvieron tregua, los pleitos se encadenaron uno tras otro. Tras la demanda contra el díscolo maestro de escuela, siguió el intento de desahucio contra dos de los medianeros que se habían negado a suscribir documento alguno con Juan Bravo, rehusando así la pretensión de la familia Pérez Galdós de ser reconocidos como propietarios. Se trataba de los vecinos Francisco Ramírez y Antonio Cabrera. La defensa, hábilmente conducida por Corrales, dio lugar a que el demandante perdiera el pleito. La sentencia estimaba mala fe y coacciones en la demanda de Bravo. Era un duro revés para el administrador general por el peligroso precedente que se creaba. Esa fue la causa por la que paralizó cualquier acción contra los hermanos Jiménez y otros muchos aldeanos.

Ante el fracaso, Juan Bravo decidió cambiar de estrategia apuntando más alto, demandando esta vez al propio alcalde que era por entonces Eufemiano Araujo y contra el molinero, José García Jorge, que tampoco habían aceptado firmar ningún documento. Se trataba de una represalia en toda la regla.

Para mejor amarrar el procedimiento se valió esta vez de un presuntuoso personaje, un tal Manuel Díaz Quintana, que después de unos años en Cuba dedicándose según se decía, a negocios

nada limpios, regresó con dinero estableciéndose en Madrelagua, la parte alta de Juncalillo. De allí se marchó a Artenara, donde se afincó con carácter definitivo.

Era tal la presión aldeana contra Bravo que éste no quiso vivir en el valle, sino en Artenara, en el domicilio de Díaz Quintana, al que tenía atado con negocios comunes. Allí, sin la intimidación popular a favor de los demandados, Bravo pudo redactar de su puño y letra el acta de acusación, teniendo el descaro de conminar al alcalde y al molinero a que se presentaran en Artenara, donde el juicio se celebró el 19 de Junio de aquel año 1897, en la misma casa en la que vivía el demandante.

Araujo y el molinero, pidieron la recusación y anulación del juicio por «proceder escandaloso» de Bravo. La demanda fue sobreseída y el juicio anulado. Continuaba todo igual, el administrador pese a su empeño, no lograba imponerse a los aldeanos. Un ambiente de crispación se palpaba en el pueblo, preludio de un nuevo estallido.

XV

Cuando en cualquier comunidad acontece un cambio en sus relaciones de producción, emerge un salto cualitativo en toda la colectividad que lleva inexorablemente aparejada una mutación que afectará, no solo a los usos y costumbres de ese grupo, sino que incluso forzará un cambio en las formas de relacionarse entre los miembros del mismo. Es algo así como un torrente nuevo, que resultaría inútil el intento de cegar, porque buscaría salida por otro lado.

Pueden producirse entonces dolorosas heridas entre sus miembros, que solo se cauterizarán cuando el tiempo haya obligado al grupo a adaptarse a ese nuevo marco de relaciones económicas, en suma, cuando el torrente se haya remansado formando curso nuevo, acaso distinto.

Todo empezó a cambiar en La Aldea cuando apareció por allí un alemán de nombre Ernesto Carlos Jacks. Alto, rubicundo y con

apariencia algo estrafalaria, se tocaba con un sombrero blanco mientras tiraba con fuerza de una gran pipa fumando oloroso tabaco extranjero. Hablaba cordialmente con los aldeanos en un castellano ruidoso y enrevesado.

El administrador general Juan Bravo -con autorización de la familia Pérez Galdós- había decidido dejar las manos libres al extranjero en la conflictiva tierra abrasada del valle. Al parecer, el alemán poseía grandes recursos económicos como para reconvertir La Aldea y sobre todo, audacia e ideas claras de cómo había que acometerla.

El cabeza de la familia que pretendía ser reconocido por los aldeanos como el nuevo titular Don Sebastián Pérez Macías, militarote de antigua alcurnia, cuello duro y voz inapelable de ordeno y mando, había fallecido poco atrás. Dejó numerosa descendencia que había heredado sus bienes, entre ellos la caliente finca aldeana. Los hijos se limitaban a exigirle a Juan Bravo -que actuaba cada vez con mayor prepotencia- explicaciones sobre su administración y por supuesto resultados, es decir rentas, dinero.

El único miembro de la familia que estaba totalmente ajeno a tales asuntos era el más joven de los hermanos, el cada vez más famoso Don Benito Pérez Galdós. Afincado definitivamente en Madrid, con imperturbable tenacidad y objetividad, recopilaba incansable datos sobre la historia de España, narrándola en episodios grandiosos, sin duda un nuevo género de la literatura universal: la novela histórica. Decían los hermanos, con cierto despecho, que intentar dialogar con Benito de los asuntos de La Aldea era tan inútil como querer hablarle del planeta Júpiter.

Don Benito examinaba los hechos históricos con la misma fría objetividad con la que un cirujano observa un tumor al que quiere extirpar. Los describe cuidándose de que exista la suficiente perspectiva en el tiempo para que sean contados, sin que puedan verse enturbiados por pasiones y banderías en favor o en contra de tal o cual ideología.

Por su parte, Ernesto Carlos Jacks, pronto se rebeló como hombre tenaz, de recursos económicos y de ideas nuevas, audaces. El alemán parecía olfatear de lejos la riqueza, tal y como el perro perdiguero sigue el rastro de su presa.

Empezó por demandar abundante mano de obra al objeto de ejecutar los proyectos inmediatos que tenía en la cabeza: un pequeño muelle, un gran almacén junto al mismo, un sólido puente de madera que atravesaría el barranco evitando el periódico aislamiento del pueblo durante la época de lluvias, y asimismo, el tramo de carretera que uniría el puente con el proyectado muelle.

Las obras se realizaron rápidamente, pues Jacks hizo transportar por mar desde Las Palmas maquinaria adecuada para la fábrica, así como algunos trabajadores especializados. Finalmente, el día 6 de Marzo de 1895, todo el pueblo aldeano fue al muelle de fiesta, el extranjero exhibía especial empeño en celebrar la partida del primer barco desde el nuevo muelle. Con aplausos, cohetes y ron, se despidieron de «El Aventura», un pequeño velero que en la citada fecha se hizo a la mar cortando las olas en dirección hacia el embarcadero de Agaete.

La mano de obra que se ofreció a trabajar con más entusiasmo fueron los braceros sin tierra, los pobres de solemnidad, ya que el rubicundo alemán pagaba bien. Como consecuencia, hubo tierras abandonadas por sus servidores, algunos medianeros modestos tuvieron que apretarse el cinturón, mientras los grandes tuvieron que subir los salarios a regañadientes, pues durante un tiempo los servicios de los más humildes subieron de precio y exigencias.

A poco, Ernesto Carlos Jacks incitó a los aldeanos a plantar el tomate que se afianzó enseguida. Se hizo saber a los posibles cultivadores que la fruta podría ser entregada a la Casa Nueva, que la embarcaría enseguida para Las Palmas. El problema de la caducidad de la hortaliza se había resuelto con el muelle. Muchos medianeros entregaron en arriendo parte de sus tierras al alemán, que se enriqueció rápidamente.

Otros aldeanos más cautos prefirieron esperar, y al comprobar que aquello era negocio, se decidieron a plantar ellos el tomate por su cuenta, exigiéndoles ahora a la Casa Nueva que pagase su parte en metálico y al contado. Con el capital adquirido por muchas familias se empezó a mover el dinero, a adquirir otros bienes en Las Palmas: se vieron entonces muebles nuevos, aperos, ropas y enseres, que venían transportados en mulas o en veleros. Al mejorar las condiciones económicas retrocedió lentamente la incultura, algunos hijos del valle empezaron salir a Las Palmas a estudiar. La Aldea cobraba una dinámica diferente, empujada por un nuevo sistema de relación económica.

XVI

Pero también la discordia hizo su aparición en muchas familias, incluso en las bien avenidas desde siempre. Los Jiménez no fueron una excepción, los hermanos parecían sacudidos por ráfagas de ansiedad ante lo novedoso, de desconfianza mutua.

Lo planteó Alejandro una noche en la que estaba toda la familia reunida. Bueno ¿qué hacemos? Todo el mundo está abandonando los cultivos de costumbre, lanzándose como locos a plantar tomates.

Ni hablar de meternos otra vez con el tabaco o con la cochinilla -afirmó Manolo hablando como tanteando a su hermano- pero creo que meternos exclusivamente en el tomate puede resultar arriesgado. No pienso que sea conveniente.

Alejandro tras rascarse el cuello concienzudamente respondió con acritud: de acuerdo con lo que dices sobre el tabaco y la cochinilla, eso ya fracasó y no hay que pensar en ello, pero me parece una tontería no meternos de lleno con el tomate. A la Casa Nueva le interesa tomarlo porque con el muelle lo están vendiendo rápidamente y bien. Además ellos se están viendo obligados a pagar al contado la parte que pertenece a los medianeros.

Pues como falle la cosa, insistió Manolo con tono alterado, nos comeremos las tuneras, ya lo verán. ¿Qué sabemos lo que pue-

den maquinar el alemán o la Casa Nueva? No es la primera vez que la gente de teneres engaña al pueblo. No, no quiero el tomate.

Como cada hermano se había atrincherado en una postura, José tuvo que intervenir tratando de poner paz, buscando una salida. Parece que Vds. dos se han olvidado de que yo soy el mayor. Una tercera parte de la finca es mía y por tanto tengo mucho que decir. Se hizo un espeso silencio, por un momento solo se oyó el griterío de los grillos, que parecían saludar a aquella hermosísima luna llena que inundaba el patio.

Mira Manolo -continuó en tono conciliador- el tomate dará bastante dinero ahora y con dinero se puede comprar de todo: trigo, cebada, ropas, lo que sea. No debemos tener temor porque nada malo pasará, al contrario. Es verdad que puede haber riesgos, pero en el peor de los casos en cualquier momento podemos volvernos atrás. Lo importante es la tierra, que estará aquí a nuestra disposición, para siempre. Por lo tanto mi decisión es meternos con el tomate de lleno, será así, afirmó con voz que ahora sonó autoritaria.

Sin embargo Alejandro -díjole ahora al segundo tratando de acercar posturas- es cierto lo que dice tu hermano, sería conveniente dejar un espacio para papas, millo, cebada, y por supuesto para algunos frutales. Por ejemplo, el naranjero que tiene Fidelia junto a la entrada de nuestra cocina quiero que muera de viejo, dijo mirando con complicidad a su mujer que se ruborizó levemente. Así, que desde la higuera vieja para abajo lo reservaremos para lo de siempre, el resto tomate. En la parte de Fidelia, solo el trozo junto a la cerca y algunos naranjeros quedarán como ahora, el resto también será tomate.

Mas Fidelia, que había guardado silencio hasta el momento, planteó crudamente otra cuestión. Voy a hablar claramente porque los tres se han olvidado de lo principal: la salud de mi marido va muy mal, empeora cada vez más y, aunque él no quiere reconocerlo, es evidente que no tendremos fuerzas para explotar solos nuestra parte. Y además hay otro asunto: con Rubén no podemos contar, tenemos previsto mandarlo a Las Palmas para que estudie. Si el

valle de La Aldea ha estado a merced de los poderosos ha sido por nuestra ignorancia y esto tiene que terminar. Enviaremos a Rubén a Las Palmas, por eso necesitaremos dinero. Resumiendo, remató Fidelia con firmeza, que lo hemos sopesado y por tanto le hacemos a Vds. dos una propuesta concreta: mi marido renunciará a su tercera parte en favor de Vds. A cambio, tienen que prometernos ahora mismo que nos ayudarán a cultivar nuestra finca, de lo contrario será imposible.

El pacto familiar que se cerró aquella noche pareció contentar a todos, aunque Manolo que siempre fue obstinado, quedó dubitativo, ceñudo. Días mas tarde, mientras Fidelia y José se acariciaban frenéticamente, cumplimentando como cómplices silenciosos el rito del amor, oyeron voces airadas. Aguzando el oído resultaba evidente que Alejandro y Manolo discutían en el hogar de los Jiménez sobre lo mismo. Oyeron a Manolo alterado reclamar su parte si se plantaba tomate, le oyeron gritar que deseaba marcharse para Cuba. El dichoso tomate rompía a muchas familias.

XVII

Era inevitable que la nueva correlación de fuerzas llevaría aparejada una lucha feroz por el poder fáctico. Al soco del tomate, la figura de Bravo se difuminó y se apagó. Los Pérez Galdós lo que desean es tranquilidad y por ello cesan a Bravo, arrendando la finca al alemán. Piensan que así tendrán menos problemas confiando que Jacks sabrá resolverlos.

Por otro lado, los hermanos Pérez Galdós marchan orgullosos en tromba a Madrid. En aquel glorioso 1897 es la toma de posesión de Don Benito, su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua, hito reservado a las figuras más relevantes del país, todo un honor. Y allí acuden a celebrarlo, o al menos ésa es la causa aparente del viaje.

Pero existen otros motivos mas sórdidos, no confesados. Los hermanos pretenden que Benito con su fama y amistades mueva los hilos para conseguir que el Tribunal de Justicia de Canarias,

dictamine contra la familia Hoyos, de La Laguna, que continúa incordiando con el argumento de que las aguas del valle estaban ya embargadas por ellos mismos al antiguo marqués de Villanueva del Prado, y que por lo tanto, la toma de posesión de los Pérez Galdós de la hacienda «La Aldea», fue ilegal. Mas Benito, con sequedad inapelable, aparta a todos impasible: « no me hablen de la luna que no me interesa.»

Pero hay más cambios en el valle, acaso más importantes. Juan Bravo sufre además el embate del fulgurante ascenso de la figura de Francisco Corrales Naranjo, perteneciente al Partido Liberal. Mientras Corrales fue secretario del Ayuntamiento y del Juzgado, aconsejó personalmente la defensa de muchos aldeanos a las demandas de la Casa Nueva. Durante esa época su mejor amigo era Mauricio Hernández, un conspirador nato que maquinaba junto a Corrales contra la Casa Nueva. ¡Yo estoy con el pueblo, con los oprimidos! , exclamaba allí donde pudiera ser oído.

Mas cuando Corrales consiguió la alcaldía y asimismo la administración de la Casa Nueva, emergió su verdadera personalidad, convirtiéndose en un déspota brutal, en el dictador absoluto del valle, oprimiendo a los aldeanos precisamente en nombre de la Casa Nueva a la que tanto combatió. Era el señor absoluto, nunca en La Aldea se vio tanto poder en unas solas manos, incluso con una simple recomendación suya podía o no librar a cualquier joven de ir al servicio militar sin necesidad de pagar por ello, tal y como era uso y costumbre.

Fue comentado y sabido que un Domingo a la salida de misa reunió a todo el pueblo en La Plaza y les dijo: «Yo mando aquí y los aldeanos me tendrán que querer, por amor o por miedo.»

Fue entonces cuando Mauricio y Corrales se pelearon a muerte. Se rumoreaba que éste había engañado a su antiguo camarada, con el que había acordado previamente que él se quedaría con la secretaría del juzgado y de la Casa Nueva, pero que entregaría la alcaldía a Mauricio, por la que siempre había soñado.

Mauricio declaró públicamente con gran escándalo que él era republicano, defensor de los trabajadores y que Corrales Naranjo era un opresor del Partido Liberal al servicio de los ricos, y que el pueblo debía luchar contra su despotismo.

Corrales, ofendido por la audacia de su ex-camarada, pero con una tranquilidad que helaba la sangre en las venas, engrasó y preparó cuidadosamente su revólver y marchó por plena calle, arma en mano, en busca del deslenguado. Probablemente fue un gesto calculado, lo cierto fue que Mauricio, avisado por alguien, huyó hacia Las Palmas perdiéndose todo rastro de él en La Aldea.

El alcalde, secretario del juzgado del municipio y administrador de la Casa Nueva -todo en uno- había declarado a Mauricio fuera de la Ley por peligroso anarquista.

Ya el valle tenía un nuevo amo...

XVIII

Los últimos años del siglo fueron tiempos agitados, convulsos. Veintidós años después del asesinato del secretario, uno de sus autores, Cho Frasco Segura, retornó indultado a La Aldea. Para sus antiguos vecinos resultó irreconocible: un anciano decrepito de casi setenta años, inútil y enfermo de las articulaciones. Se fue a vivir con una hija al caserío de La Hoyilla. No quiso saludar ni hablar con nadie del pueblo, amargo, concentrado e indudablemente lleno de odio contra los instigadores que nunca dieron la cara, contra toda La Aldea. Inmovilizado en la casa, se limitaba a contemplar con ojos de rabia, insensibles a la belleza, aquellas interminables puestas de sol en el valle, el espejo plateado del mar en el firmamento iluminado allá al fondo, y más cerca las sombras que avanzaban hacia abajo desde las cresterías al caserío.

Alejandro lo comentó con su hermano mayor : ¿sabes quién ha vuelto? Pues tu padrino de bautismo, Cho Frasco Segura, el que te salvó la vida impidiendo que Crisanto Espino y Alejandro Jorge te mataran en el barranquillo de Los Negros. Pero no se te ocurra ir a verlo, te odia porque lo delataste a la justicia, eso fue lo que me dio

a entender su hija María, la de la Hoyilla. Como si tú no hubieras pagado sin tener culpa alguna, que se vayan al carajo todos ellos.

Por cierto, por ella se ha sabido que Alejandro Jorge había muerto en el penal de Santa María, en la Península. Y ha añadido que creía que Crisanto regresaría pronto, también indultado.

En el valle los ánimos volvían a encrespase. Corrales continuaba detentando el poder absoluto, no solo la alcaldía, sino controlando a su antojo las secretarías del juzgado, del propio ayuntamiento y administrando además la Casa Nueva, con lo que garantizaba a la familia Pérez Galdós rentas suculentas. Y más ahora, con la tranquilidad de que al fin, el Tribunal de Justicia de Canarias había fallado en contra de las pretensiones de la familia Hoyos de La Laguna, confirmando la propiedad a los Pérez Galdós sin traba alguna: el agua y la tierra eran la misma cosa.

Los medianeros por su parte, aunque entregaban su cuota como arrendatarios perpetuos que eran -según pregonaban-, seguían negando que la familia Pérez Galdós fuera la propietaria de la tierra, como lo hicieron desde tiempo inmemorial con los marqueses de Villanueva del Prado. El fondo del problema que generaba todos los conflictos seguía pues larvado, vivo. No eliminada la causa, tarde o temprano habría un nuevo incendio.

Después de la construcción del muelle y del almacén por parte de Jacks, el tomate se había adueñado de las tierras aldeanas. Entre Corrales y el extranjero -de acuerdo en todo- administraban el pueblo a su antojo. La exportación a mediana escala se había afianzado, estaba sembrando dinero, incluso empezaron a inmigrar al valle familias procedentes de las medianías que se empleaban como braceros. La Casa Nueva seguía pagando en efectivo y aportando la semilla, restando lo que consideraban su parte. La hacienda daba ahora ingentes beneficios.

Pero por otro lado, el tomate lo había puesto todo patas arriba, la familia Jiménez -como otras- se había roto. Un mal día, Manolo, que desde que se decidió mayoritariamente plantar tomate casi no se hablaba con sus hermanos, exigió el importe íntegro de aquella

cosecha como su parte de la herencia, manifestando tercamente que con eso quería liquidar con la familia y buscar fortuna en Cuba. José y Alejandro hubieron de solicitar a Ernesto Carlos Jacks un crédito para satisfacer a su obstinado hermano y salvar la economía familiar durante aquel invierno.

José sobre todo quedó terriblemente afectado, no pudo retener a Manolo ni siquiera con el argumento de que Cuba ya había dejado de ser española, que las cosas estaban revueltas por allí y que era preferible esperar un tiempo a ver qué ocurría. Se largó sin despedirse de nadie. Fidelia resumió una noche a su marido el pesar general que todos sentían: tus padres, Juan y María, han hecho bien en no estar ya en este mundo, hubieran muerto de pena si hubieran visto lo sucedido.

Pero hubo otras novedades en la familia: a poco, Alejandro apareció tan fresco con una chica embarazada, morenilla, pícara y graciosa. Manifestó que era su mujer, que se habían casado en secreto en Agaete, allí se habían conocido. A los cuatro meses parió un varón, al que le pusieron el nombre de Juan Alejandro, en honor al abuelo. Amalia -que así se llamaba la joven esposa- se conquistó pronto el afecto del resto de la familia Jiménez, tenía simpatía y especialmente un invariable buen humor. Fidelia congenió muy bien con la mujer de su cuñado.

La novedad al principio resultó un escándalo, pues era evidente que había sido un casorio precipitado, una boda «mano arriba» como dijera cazurronamente el viejo Jacinto, pero a Amalia le importó un pito. Mi gente son pescadores de abajo de Las Nieves y ahora que he pescado a este pez grandote -decía mostrando su blanca y parejita dentadura al reírse- cambiaré el olor a pescado, que ya me traía harta, por el olor más sano de la tierra, del tomate, del naranjero, del tomillo y del alení.

Las críticas siguieron hasta que un día, estando Alejandro echándose un ron en la tienda junto a La Plaza, oyó un comentario irónico sobre el tiempo de preñez de su mujer. Se trataba de Juanito Monzón, un labrador de Tasarte, paletudo y alegantín. Hablaba siem-

pre con la zeta, porque los dos dientes delanteros le obligaban a cecear. Alejandro que ya estaba harto, sin pensárselo dos veces cargó contra el charlatán con todo su corpachón, como un temporal imprevisto. Y sin advertencia ni consejo, le metió tal trompada al de Tasarte, que los dos dientes delanteros del lenguaraz salieron volando para siempre.

Desde entonces, cesaron los comentarios de las comadres, que llevaban tenazmente las cuentas y las fechas a todas las preñadas recién casadas. Ya no se ocuparon más de Amalia la de Agaete y hasta el cura, que había lanzado sus puyas más o menos a escondidas, se desentendió del asunto.

Sin embargo se palpaba una extraña tensión en el ambiente, un raro desasosiego. Algunos aventuraron que era por la guerra de Cuba que había perdido España contra los americanos. Pero el viejo Jacinto -que ya pasaba de los cien años- los contradujo rabioso, reclamando atención a sus palabras dando furiosos bastonazos contra el suelo: era por culpa de los grillos.

Efectivamente, durante dos años seguidos hubo una horrible plaga de grillos gritones cantarines. Invadieron primero los cercados, metiéndose luego en las casas, las alacenas, los roperos y hasta en las camas. Los aldeanos se defendían por todos los medios, tratando inútilmente de dormir entre aquella escandalera nocturna que traspasaba los oídos. Un número asombroso de mujeres quedaron preñadas en tales años, pues los maridos se aburrían noche tras noche sin poder conciliar el sueño. Tan grande fue la plaga, que el cura tenía que decir misa encerrado dentro de una especie de jaula para librarse de la acometida de los bichos, una fina tela metálica que colocaron rodeando el altar.

Afirmaba el viejo Jacinto que la falta de sueño era lo que siempre había alterado la paz en el valle. Recordaba que unos veinte años atrás, hubo otra invasión de grillos y que fue entonces cuando asesinaron a Don Diego Remón, el secretario de la Casa Nueva. La gente estaba irritada por la falta de sueño.

Alguien intentó contradecirlo: pero abuelo - le recordó- cuando estuvo aquella gitana tan hermosa como un cuento de hadas, tampoco la gente dormía y resultó la época más pacífica de La Aldea. ¡Idiota! -respondió Jacinto rabioso- entonces la gente dormía de día, ahora no duerme ni de día ni de noche. Además -vaticinó- ahora será peor porque hay más grillos que nunca. Habrá sangre otra vez.

Y en aquel ambiente conmocionado se convocaron elecciones generales en todo el país. Si se celebran las votaciones esas sin haber esperado a que termine la plaga -sentenció Jacinto- habrá nuevamente luto en La Aldea, lo aviso por segunda vez. Sucederá lo mismo que pasó hace ya más de veinte años. Nadie le hizo caso.

Súbitamente el panorama se le complicó al omnímodo Corrales Naranjo. En principio había sido una ventaja para él, la desaparición de Mauricio el veneno, el camarada traidor, que huyendo se había instalado al parecer en Las Palmas. Era un individuo peligroso, antes de ser expulsado de La Aldea, había creado en el valle el «Círculo Católico de Obreros», sociedad de la que era presidente. Pero por otra parte, Bravo -su principal apoyo- había sido alejado de La Aldea.

A los Pérez Galdós se les ocurrió pensar en la conveniencia de repartir mejor el poder aldeano. No resultaba oportuno que Corrales tuviese tanto mando, meditaban cómo maniobrar para dejarle la alcaldía y el Juzgado, pero designando otro administrador para la Casa Nueva.

Y así apareció un buen día un joven atildado, de modales educados y bien parecido, de nombre Juan Domínguez Ballester, que se instaló en una casa en Los Lomitos. Alguien había oído murmurar a Corrales que a él nadie le quitaría el sitio de administrador, y menos en vísperas electorales.

Aquel Octubre todo el valle volvió a estremecerse como lo hiciera veinte años atrás, cuando se supo que La Aldea había vuelto a teñirse de sangre. El joven Ballester fue encontrado muerto en la cama de su casa una mañana temprano. Vivía junto al barranquillo que separa La Plaza. La criada, cuando descubrió el cadáver con

una herida de bala debajo de la barbilla y un reguero de sangre en el suelo, salió a la calle dando gritos de auxilio. Entre la consternación general, pronto llegó desde Guía el juez del distrito, quién dictaminó que se trataba de un suicidio.

Nadie en La Aldea lo creyó. El vecindario había observado que el joven Ballester era clamorosamente zurdo y que el revólver lo tenía en la mano derecha, y lo que resultaba más sospechoso, con las piernas cómodamente cruzadas sobre la cama. El juzgado designó una comisión investigadora con un fiscal al frente, que estuvo un tiempo acribillando a largos interrogatorios a muchos vecinos, especialmente a los asalariados de la Casa Nueva. Otra vez la pesadilla de una ocupación militar hizo temblar el valle, excepto los jóvenes, el pueblo volvió a evocar aquella situación humillante.

Pero de pronto, el fiscal fue sustituido por otro funcionario menos meticoloso. Según se rumoreó en Las Palmas, el nuevo fiscal pertenecía al Partido Liberal en el que también militaba Corrales Naranjo. El caso fue que el asunto resultó finalmente archivado. Al igual que en el asesinato de Diego Remón, los instigadores nunca aparecieron...

El viejo Jacinto recordó entonces que Clara -la esposa de Remón- había maldecido al pueblo cuando asesinaron a su marido. Ahora, la joven viuda de Ballester, convencida de que su marido no se había suicidado, volvió a maldecir al pueblo: «Quiera Dios castigar a este valle al que nunca debí venir, ojalá nunca jamás se arregle el pleito de la tierra de esta maldita aldea.»

Y solo meses después, estaban varias personas en la tienda de La Plaza tomándose unos rones. Entre ellas se encontraban el ex-alcalde Pedro Sosa Brito y Juan Justo Segura, que encabezarían la pronta oposición electoral contra la dictadura de Corrales. Se aseguró que una mano criminal echó un veneno mortal en las copas de ambos, el caso es que llegado Pedro Sosa a su casa se encontró muy mal. Su mujer que algo raro sospechó, preparó rápidamente agua de malva con aceite, obligándole a tomarse el brevaje. Sosa vomitó repetidamente y pudo salvarse. Juan Justo no tuvo igual suerte y falleció aquella noche.

Volvió a recalar el juzgado, que, ante el asombro general, ordenó el entierro sin hacerle la autopsia, limitándose a consignar que Segura había fallecido «de enfermedad desconocida.»

Los otros dos opositores que quedaron en batalla también fueron anulados: en vísperas electorales se produjo un sospechoso incendio en la cerca que rodea la Casa Nueva, siendo caprichosamente detenidos, encarcelados y procesados por orden de Corrales bajo acusación de ser los autores del suceso. La jornada electoral la pasaron encerrados en la cárcel de Guía. Cuando se conocieron los resultados electorales que confirmaban a Corrales como alcalde, los dos detenidos fueron liberados.

Nunca la vecindad estuvo tan amedrentada ante aquel mando omnímodo, propiciado sin duda por la Restauración y el poder caciquil. Otras dos muertes violentas se añadían a la historia aldeana de un pueblo que, obligado por la geografía a convivir en aquella grandiosa depresión, buscaba la paz con desespero.

El viejo Jacinto lo había avisado en vano a su manera: primero había que haber eliminado a los grillos -los malos espíritus- y después haber celebrado las elecciones. Lo advertí a tiempo...

XIX

José Jiménez y Fidelia Ramos no pudieron ver cumplido su deseo de dar a su hijo una educación completa. Rubén estuvo un par de años en Las Palmas progresando rápidamente, pero cuando cumplió los dieciocho, regresó para siempre a La Aldea negándose a continuar estudiando.

El muchacho le confesó a su madre que se lo impedía una cuestión de conciencia, se daba cuenta por aquellas fechas de que su padre era casi un inválido y aunque Fidelia le ayudaba en todo lo que podía, se evidenciaba que en la finca era imprescindible la presencia de un hombre vigoroso que cargara sobre sus hombros las tareas más duras.

Alejandro por su parte había cumplido con la promesa de apoyar a su hermano mayor, pero su ayuda era limitada. Amalia, ocupada

con la casa y sobre todo, con el cuidado de su pequeño Juan Alejandro, tampoco tenía tiempo suficiente para auxiliar lo bastante a su marido.

José empezaba temprano a trabajar con brío. A primera hora se engañaba a sí mismo, creyendo encontrarse con fuerzas, sobre todo después de tomarse la leche recién ordeñada. Se sostenía enhiesto en el bastón, mas pronto su energía se agotaba, la pierna izquierda le pesaba como si tuviera plomo. Entonces, lleno de furia e impotencia, dejaba el cayado apoyado en un árbol y se sentaba a realizar trabajos menos duros, aquellos que podía hacerlos a horcajadas sobre la banqueta. Si era tiempo, primero descamisaba las piñas y luego las desgranaba, lentamente seleccionaba la fruta buena separándola por grupos, o bien mondaba el trigo eliminando las piedrecitas para que Alejandro lo cargase y llevase al molino. Cuando notaba alivio en la pierna, se levantaba trabajosamente e iba cojeando al gallinero o al corral de las cabras a atender a los animales. Durante las largas veladas invernales y por temor a sentirse inútil, se entretenía en su casa tejiendo sogas y cestos de piteras.

Fidelia, fingiendo ignorar los continuos fallos de su marido en las labores del campo, nada decía, desalentada había renunciado definitivamente al milagro de una mejoría cuya posibilidad se alejaba cada vez más. Como cumpliendo con un rutinario deber de esposa, se limitaba a las infusiones de tila y agua de nogal.

Por las tardes, ya con poca luz, a menudo José se sentaba un rato en su lugar favorito, bajo el naranjero del amor. Fidelia atisbaba entonces los ojos tristísimos de su amado José, que nublados de abatimiento, los posaba indiferentes en las gaviotas o los cuervos que pasaban raudos sobre Mederos, o sobre aquellos objetos y aquel paisaje tan conocido, del que se sabía incapaz de separarse.

Algunas veces -muy pocas- notaba brillar en su cara la luz del buen humor, en cierta ocasión Fidelia comprobó alarmada que su marido estaba caído junto a la cerca que separa ambas fincas, debatiéndose por levantarse, por un momento temió que le había

dado otro ataque. Pero cuando lo ayudó a incorporarse comprobó con asombro que reía. ¿Qué te pasa, de qué te ríes? ¿Por qué estabas caído ahí? Porque soy un tonto Fidelia, probé a saltar sobre la cerca recordando como lo hacía cuando éramos novios, cuando entraba a besarte de noche a escondidas de Señá Concha. Pero no pude, ya lo vez, soy incapaz de brincar como antes. Bueno, ha sido una tontería que me ha hecho feliz por un instante.

En respuesta Fidelia lo besó entonces larga y apasionadamente, comprobando primero con cautela los alrededores, tal y como solían hacer años atrás, como si fuera la primera vez: ¿Lo ves José? Lo mejor de todo es que ya no hace falta que saltes la cerca para tenerme junto a ti.

Pero en otra ocasión, Fidelia lo sorprendió llorando en silencio. Dejó entonces todos sus quehaceres domésticos y se sentó apaciblemente junto a él, arrimando la banqueta junto al naranjero. No llores José, no llores por favor te lo pido. Lo sé, dijo secándose bruscamente las lágrimas con el dorso de la mano como exigiéndose energía, sé que no debo entristecerme aunque mi brazo izquierdo me traicione y me valga cada vez menos, aunque sienta que soy solo la mitad de mí mismo. No debo llorar porque al fin y al cabo sé que tengo lo único que siempre había deseado, que eres tú. Pero siento también una desolación y una furia interior que me consume. Mi rabia no es por mi padecimiento, sino porque mi enfermedad ha hecho recaer sobre ti el peso de todo.

Y sujetando entonces con su brazo derecho el hombro de su mujer, la atrajo suavemente hacia sí. Recuerdo -confesó ahora con voz sombría- que unos días antes de salir en libertad de aquella horrible prisión, te dije que no quería casarme contigo, precisamente porque te quería y no deseaba que cargaras con un inútil. Lo presagiaba, actualmente veo peor por el ojo izquierdo, mi brazo carece de fuerza y la pierna es como si me sobrara. El último domingo me asusté mucho, porque me di cuenta de lo mal que estaba: me habías ayudado a calzarme el zapato izquierdo cuando salíamos para la ermita y apenas supe distinguir si tenía el pie cubierto o no.

Aquella vez en la prisión -siguió José mascando las sílabas- notaba un raro placer en dañarme a mí mismo, sabía el dolor que te estaban haciendo mis palabras. Y ni siquiera deseaba que aceptases mi propuesta, era más bien un deseo oculto para que me compadecieras, me encontraba desamparado por aquella infame injusticia que se cometió conmigo. Mientras te hablaba entonces, mi otro yo me advertía que era inútil lo que decía, porque sabía que en ti podría más el amor que cualquier otra cosa.

Y así fue, confirmó Fidelia. Me atrevo a jurar que aquel momento resultó el mas amargo de mi vida, me negaba a creer lo que oyeron mis oídos cuando me propusiste que me olvidara de ti. Aquella noche no dormí, pero tratando de aclarar el absurdo, encontré la explicación, comprendí entonces el misterio: que te encontrabas peor de lo que aparentabas y que no querías confesarlo. ¿Te acuerdas? Fue entonces cuando tomé la determinación de vengarme del destino y no darle ninguna oportunidad. Sin que lo supieras, preparé nuestra boda sin decirte nada para el mismo día que salieras en libertad.

En aquellos días medité -continuó Fidelia con su monólogo- lo misterioso que es eso que llaman amor. Ni yo misma nunca he sabido explicar el porqué, pero lo cierto es que cuando aun no tenía diez años, si me mirabas un momento con ternura, eso me bastaba para ser dichosa ese día, todo lo veía vestido de colores, cualquier cosa me ponía feliz. Hasta el feo graznido del cuervo sobre el valle me sonaba como las notas del órgano de la catedral de Las Palmas en las muchas Navidades que pasamos juntos allí.

En cambio si tú estabas enfadado por algo, o tal vez distraído y no me hacías caso, me moría de tristeza en un rincón de mi casa, hasta el canto del canario me molestaba. Mi madre que nada sospechaba me gritaba entonces: ¿qué le pasará a la niña esta? ¡Ya está otra vez con la melancolía esa!

No he tenido que aprender a ser feliz, porque ahora mismo sentado junto a ti, es como si me ayudaras a respirar. Sin tu compañía mi vida no tendría sentido. Para ti debe ser terrible encontrarte

limitado físicamente, mas piensa que mientras respiras me estás infundiendo vida y que lo demás para mí es secundario.

No. No me interrumpas todavía que aun hay otra cosa para concluir: Quiero terminar diciéndote que nuestro hijo se quedará aquí y que cargará con el trabajo duro de la finca. No hace falta que se lo digas, él mismo lo ha decidido y me lo confesó en las últimas Navidades, cuando mató el cabritillo Pascual porque tú no podías hacerlo: «En el verano terminaré de estudiar -me advirtió- ya sé lo suficiente para defenderme en la vida. Cuando regrese será para quedarme. No puedo permitirme que mientras estudio cómodamente en la ciudad, papá se arrastre como un penitente trabajando para nosotros, ni hablar, mi conciencia no me lo permite. Me quedaré definitivamente en La Aldea al llegar el verano.»

Ya sabes que él es tan terco como yo -se sonrió Fidelia- de forma que no intentes convencerlo de lo contrario. Además no hay otra solución, si tomamos braceros las ganancias se esfumarían, eso solo se lo pueden permitir los que tengan fincas grandes, nosotros no.

XX

A los pocos días de hacerse Rubén con el mando de la finca y estando el joven en La Plaza, contempló una escena que lo dejó intrigado. Vio venir desde lo alto del pueblo, caminando lentamente hacia la ermita, a un hombre ya mayor, casi un anciano, pero ancho de hombros y pelo acrinado que le salía por los lados de su enterrado sombrero. Llevaba una escopeta cruzada delante del pecho y andaba penosamente, apoyándose en dos bastones arrastrando los pies con esfuerzo.

La Plaza y los alrededores quedó desierta. ¡Que viene Cho Santos! Presos de miedo los niños huyeron a sus casas y hasta los adultos se esfumaron discretamente. Rubén se quedó solo en medio de la calle. El caminante se paró, le clavó una mirada como una daga y hablaron sus ojos: « no, no conozco a este joven, es la primera vez que lo veo». Luego siguió lentamente su andadura.

Rubén nunca había visto una imagen tan patética, e intrigado preguntó en la tienda de La Plaza: ¿Quién es ese hombre tan triste? ¿Por qué le tienen miedo? ¿No lo sabes? -le contestaron- es Crisanto Espino, al que llaman Cho Santos, que acaba de regresar indultado del penal. Fue uno de los que asesinó al secretario, como sabrás tu padre lo acompañaba y vio como lo mataban. Vive solo ahí arriba, en Los Cardones y ha vuelto enfermo de las piernas, no se habla con nadie. Dicen que con esa escopeta que lleva fue con la que disparó y asesinó al secretario y que se cargará al que lo moleste, por eso le tienen miedo. Cuídate de él Rubén, tu padre habló ante la justicia y por ello condenaron a los culpables. Aunque desde luego es imposible que te conozca.

XXI

En el valle se operaban de nuevo cambios importantísimos, se preparaba la sustitución del poder político. La estrella omnipotente de Corrales se apagaba, por fin le llegaba su turno. Juan Bravo regresó a La Aldea rumiando venganza: los Pérez Galdós lo habían repuesto en el cargo de administrador de la Casa Nueva, destituyendo a Corrales Naranjo, que también había dejado de controlar las secretarías del ayuntamiento y del juzgado aldeano.

Con la avidez con la que se aferran todos aquellos que han saboreado el veneno del poder político, Corrales trataba desesperadamente de conservar girones del mando, agarrándose aún a la alcaldía, pero con los flancos débiles, rodeado de enemigos por doquier como el lobo acorralado por la jauría.

Además, los Pérez Galdós habían retomado la finca en su totalidad, no renovándole el arrendamiento a Jacks. Al alemán aquello no pareció afectarle gran cosa: activo y emprendedor, tomó sus bártulos, sus ideas y el mucho dinero amasado con el sudor del pueblo aldeano y se marchó de las islas en busca de otros horizontes, de otras aventuras donde desarrollar su inventiva. La familia Pérez Galdós ya había conseguido la reconversión económica del valle de La Aldea y ya no lo necesitaba.

Ernesto Carlos Jacks legó para la memoria futura el puente de madera sobre el barranco, el muelle y el almacén. Con la desaparición de la populista figura del alemán fumador, Corrales perdió otro apoyo fundamental, quedando aún más aislado.

Por otro lado, la familia Pérez Galdós estaba cada vez más volcada buscando prestigio, amparándose bajo la gigantesca sombra del afamado Don Benito, el hermano menor. Ahora iban y venían de Madrid con más frecuencia, La Aldea quedaba muy lejos y el valle sonaba a un lejano exilio. Dejaron entonces aquel polvorín en manos de Juan Bravo, que él se las entienda como pueda.

El nuevo administrador explicó a todo el que quiso oírle -tanto en Las Palmas como hasta en La Aldea- que Don Benito había estrenado en Madrid una obra de teatro llamada «Electra», que había impactado, atravesando todas las fronteras, un éxito clamoroso. Bravo contó además que Don Benito Pérez Galdós había sido propuesto por la Academia de Suecia para el premio Nóbel de Literatura, la distinción más alta que podía recibir un escritor. Faltaba solo una condición que parecía baladí para obtener el inmenso honor: que el propio país apoyara oficialmente la propuesta.

Y a poco se conoció la increíble decepción que privó a Don Benito y a la isla de Gran Canaria de tal inigualable galardón: la parte más intransigente del clero y de la reacción, se movilizaron apadrinados por la mas sucia mezquindad, presionando al gobierno con todas sus fuerzas para que no apoyase la petición de la propia Academia de Suecia. Vileza inconcebible que amargó para siempre la vida al escritor, porque el gobierno no tuvo la gallardía necesaria para hacer oídos sordos a tan infame intimidación, sucumbiendo vergonzosamente. La Academia de Suecia pese a su insistencia, nunca obtuvo la respuesta requerida de España. Don Benito nunca se recuperaría moralmente de la estúpida afrenta recibida en su propio país.

Resultaba lógico que en tales circunstancias a la familia Pérez Galdós hablarle de La Aldea era como hablarle de la luna, pasando por otra etapa de indiferencia en el que dejarían al nuevo administrador maniobrar a su antojo.

Pero algunos miembros de la familia confiaban además en otra coyuntura: otro de los hermanos -Don Ignacio- que había continuado la tradición familiar abrazando con gran éxito la carrera de las armas, fue designado Capitán General de Canarias en los primeros años de aquel siglo.

Si ocurría que un miembro de la familia era además la máxima autoridad militar, se podía estar totalmente tranquilo de que actuaría con energía si fuese preciso contra los desobedientes.

Pero algunos miembros del clan Pérez Galdós también erraron en eso: Don Ignacio jamás quiso intervenir directamente en los asuntos aldeanos, paradójicamente al ser co-propietario el subconsciente le frenaba a cualquier actuación. Era el pudor a ser acusado de abusar de su preeminente cargo, para amparar intereses económicos propios.

Así, tanto Don Benito como Don Ignacio -por causas bien diferentes- se colocaron al margen de la problemática aldeana. El militar falleció unos años más tarde, ostentando aquel cargo.

XXII

Pero hubo aún otra circunstancia decisiva para el declive de Corrales Naranjo. Comenzó a perder visión rápidamente, marchando entonces a la Península en busca de remedio médico que no supieron hallar. Regresó un año después, casi ciego. Al perder su capacidad de trabajo y de maniobra, quedó a merced de sus muchos enemigos. Defenestrado finalmente de la alcaldía, desaparecería del pueblo para siempre.

Como en un gigantesco teatro, los actores se iban relevando apareciendo caras nuevas. Permanecía mudo el grandioso escenario de la enorme cazuela, encerrada entre las montañas y el mar: como una isla dentro de Gran Canaria.

Coincidieron tales cambios con la llegada de un hijo del pueblo medio olvidado, Juan León Llarena, que terminada la carrera sacerdotal había sido destinado a su pueblo natal. El cura León -amigo de juventud de Alejandro y Manolo Jiménez- poseía una

gran capacidad de trabajo, de organización y naturales dotes de mando.

Fresco y caradura sin par, cuando regresó vestido de sota-na era otro déspota en potencia. Nadie supo nunca cómo pudo compaginar su conciencia y su tarea sacerdotal con su vida privada. Era adicto a dos clases de cacerías: la cinegética que practicaba por allí por el pinar de Inagua cada vez que podía y la otra, la de cuantas solteras, casadas o viudas se ponían a su alcance.

El cura León tomó el púlpito como tribuna política contra los Pérez Galdós. ¡La Aldea para los aldeanos! bramaba domingo tras domingo. Se acercaban tiempos borrascosos, la burguesía aldeana surgida de la exportación del tomate cobraba cada vez más fuerza, dispuesta a medirse con los propietarios legales y con Juan Bravo, su mandatario. Su crecimiento económico se asfixiaba dentro de una administración y un sistema obsoletos.

De ahora en adelante La Aldea sería gobernada no solo desde el ayuntamiento, del juzgado y de la Casa Nueva, sino muy especialmente, desde el púlpito.

El viejo oráculo Jacinto, sentado donde siempre y que nunca se equivocaba en sus predicciones, lo anunció un domingo después de la misa: cuando los curas andan silenciosos es que no va a pasar nada, mas cuando se atreven a chillar contra el poder desde el mismo púlpito, es que va a estallar una guerra, siempre ha sido así. Veo enormes nubarrones, se acerca un nuevo y definitivo temporal sobre el valle. ¿No lo huelen ustedes?

¿Que cuando llegará la paz? -contestó. Pues cuando se solucione el lío de la propiedad del suelo, ese mismo día y no antes moriré yo, recuérdelo todos. El mal comenzó siglos atrás, cuando los marqueses de Villanueva del Prado inscribieron con trampas este valle que nunca fue de ellos. La paz no llegará hasta que la propiedad no se arregle. Ahora también los curas gritan en los sermones... la que se va a armar. Tal vez sea mejor así, acaso sea de una vez y por todas.

TERCER EPISODIO

I

Los aldeanos que vivían en los adelaños de La Plaza se despertaron alarmados una noche. ¿Por qué había sonado la campana de la ermita a las dos de la madrugada? Su lúgubre aliento corrió temblando por encima del pueblo. En un primer momento, muchos creyeron que había sido una broma pesada de Ramón el sacristán. ¡Ya se emborrachó otra vez, mañana me oirá! pensó irritado más de un vecino, removiéndose inquieto en la cama.

Mas al siguiente día, el servidor de la ermita dio una explicación asombrosa que al principio muchos no creyeron. La tarde anterior -aclaró ante un grupo de vecinos- trabajé largamente en la ermita, engalanándola para las próximas fiestas de Navidad. El cura León, cuando comprobó lo atrasado que aún estaba todo, me reprendió muy enfadado. Pensé entonces que lo mejor era no marcharme a casa a descansar, sino que me echaría un par de horitas allí mismo y luego seguiría trabajando sin agobios el tiempo que hiciera falta.

Decidido a eso -continuó Ramón- me tumbé en el cuartito de la sacristía, acostándome boca arriba sobre el banco, metiendo las manos tras la cabeza. En esa posición, veía un filo de la espadaña desde dentro y parte de la campana. Creí observar entonces una sombra rara moviéndose en el campanario que me pareció una lechuza. ¿Una lechuza allí? -me pregunté- eso es imposible, ha sido una falsa ilusión. Y vencido por el cansancio me dio pereza comprobarlo y me quedé dormido.

Pero sobre las dos de la madrugada me desperté de un brinco, con el corazón en la garganta, aterrado por el tañido de la campana, que sonó solo una vez. Atiné a mirar a lo alto y vi aleteando a una lechuza, que sin duda alarmada por el ruido provocado por algún movimiento suyo, huía sobresaltada. ¡Lárgate ave de mal agüero, vete bicho maldito y no asustes a la gente! grité moviendo los brazos como las aspas del molino.

Puedo jurarles a ustedes -aseguró a los incrédulos vecinos- que hace varios días que no pruebo bebida, estaba sereno, me reservo para la Navidad.

Al día siguiente, el viejo Jacinto sentenció: creo que lo que cuenta Ramón el sacristán es cierto, se trata de un presagio funesto. Lechuzas hay por aquí, todo el mundo las ha visto de vez en vez, mas en el campanario de la ermita, nunca. Quiere decirse que nuevamente la paz en el valle se va a quebrar, habrá sangre otra vez. Y aparecerán otras lechuzas a partir de ahora, una plaga más sobre La Aldea. Se verán dos dentro de poco, luego tres, cuatro, hasta que se vean once juntas, entonces el pleito en nuestro pueblo se solucionará para siempre y solo en ese momento, tal y como estoy avisando, moriré en paz.

o - o - o - o - o - o - o - o

El administrador Juan Bravo abrió el fuego de la discordia en la nueva etapa que conmocionaba al valle. Empezó por denunciar por venganza al vecino Pedro Ramos, al negarse éste al requerimiento del administrador para que suscribiera un documento en el que reconocía a la familia Pérez Galdós como dueña de la parcela que cultivaba desde siempre. Empezá-bamos otra vez.

Bravo volvía a recorrer la vecindad, intentando intimidar al pueblo para que aceptaran tal tipo de contratos. La excusa para la querrela era que Ramos estaba edificando en su parcela una casita sin permiso del administrador, que pretendía la derribara. Se comentó que la defensa, sospechosamente bien articulada, había sido redactada por el cura León.

II

Aquel atardecer, Alejandro Jiménez informó a su cuñada: ¿Sabes una cosa Fidelia? el administrador pretende que tu primo Pedro eche abajo la casa que está construyendo. Mañana es el juicio de conciliación e irá todo el pueblo para manifestarse a favor de Ramos. Hoy por ti y mañana por mí.

El público congregado abucheó durante la vista al representante de los Pérez Galdós, al que el juez exigió inesperadamente que mostrara su representación legal. El ladino del cura León que asesoraba al propio juez, sabía del fallecimiento de Don Ignacio Pérez Galdós y presentía que, como hermano mayor, era quien había otorgado el poder que permi-

tía actuar a Juan Bravo. Como sospechaba el cura, el documento no había sido renovado y como quiera que el administrador solo actuaba «de voz», el juez dio por suspendido el juicio entre la algaraza de los asistentes. Bravo se retiró rumiando venganza, mas de momento no se decidió a continuar el litigio.

Pero el administrador había recibido órdenes de la familia de seguir provocando un pulso contra el pueblo, de comprobar su capacidad de resistencia, y a los pocos días, denunció a Antonio Quintana, invitándolo a que se marchara de la parcela que cultivaba su familia desde tiempo inmemorial y que se conocía en el valle como la finca «El convento.»

El Indiano -sobrenombre por el que todo el mundo lo conocía- era un tío bragado, de pelo en pecho que no se asustaba de nada. En Cuba había participado a favor del pueblo en las guerrillas, llegando al grado de comandante, peleando primero contra los españoles y luego contra los nuevos amos, contra los yanquis. Fue célebre la toma de unas salinas en poder de España, a cargo de un grupo de guerrilleros dirigidos por él mismo.

La historia reciente era que una vez regresado del Caribe, se encontró con la desagradable situación de que la Casa Nueva, aprovechándose de su ausencia tras la muerte de sus padres, había ocupado la finca. Entonces Quintana, ni corto ni perezoso, entró en la casa pegando tiros al aire, expulsando así a los criados de la Casa que huyeron como alma que lleva el diablo.

Bravo no calculó bien ésta vez con quién se estaba metiendo: el Indiano cuando recibió la requisitoria del juzgado, afirmó que «El Convento» lo había heredado de sus padres y que de allí no lo sacarían ni muerto.

El pueblo indignado volvió a movilizarse, y en aquel ambiente en el que se olía a pólvora, dijeron que el propio Juez tuvo cagalera del mucho miedo que cogió a Quintana y no por una sentada de tunos calientes como afirmó, decidiendo declararse incompetente en aquel asunto. Bravo recurrió a Guía en segunda instancia y volvió a perder el pleito.

El Indiano, altivo y parsimonioso, parecía un patriarca: alto, fornido, de mirada penetrante y con una poblada barba encanecida. Solía salir a la calle vestido con un traje blanco perfectamente cortado y enorme sombrero de jipijape. Con todo descaro portaba una cananera al cinto con dos pistolas. Así, entre las risotadas del vecindario y la humillación de Bravo, volvió a ocupar la parcela que siempre había cultivado.

Pero el administrador continuó tenaz, el ambiente era cada vez más tenso. En aquel mismo mes se conoció nueva demanda contra el propio cura Juan León Larena y otros dieciocho propietarios. Bravo seguía insistiendo que los medianeros debían firmar contratos individuales, en los que se reconociera la propiedad a la familia Pérez Galdós y a sus administradores, la nefasta Casa Nueva, y que los campesinos renunciaran a su pretensión de «medianeros perpetuos», como no dejaban de pregonar.

Al mes siguiente el aire en la gigantesca cazuela aldeana era irrespirable: se anuncia nueva demanda contra otros nueve medianeros que se salda con un nuevo fracaso de Juan Bravo.

Aquella noche, cuando estaba reunida la familia Jiménez alrededor de la gran mesa central de la casa de Fidelia comentando las novedades del día, llegó entonces Rubén, que venía de La Plaza. Era el único miembro de la familia que faltaba.

Padre -dijo dirigiéndose a José- ya eres el único testigo que queda en el pueblo del asesinato del secretario Remón, pues hoy murió Cho Frasco Segura. ¿Y Cho Santos? -preguntó José. Crisanto dijo que se marchaba a vivir a Las Palmas, concretamente al risco de San Nicolás. Y, ¿quieres que te diga una cosa padre?: me da cierta pena de él, despreciado por todos y aborreciendo a todo el pueblo, enfermo e infeliz, eso no es vida. Me da la impresión de que está amargado porque se ha sentido engañado. Pues aciertas -confirmó José- los caciques de La Plaza lo utilizaron sin duda para eliminar a Remón y luego nadie dio la cara por él. Eso fue lo que pasó.

Y otra noticia más para terminar -anunció Rubén bajando la voz- dos vecinos que regresaban anoche a sus casas creyeron ver en la espadaña de la ermita a dos lechuzas, es una plaga no cabe duda.

Amalia y Fidelia se estremecieron de miedo, abrazándose una a la otra como si intentaran protegerse contra algún mal invisible. ¿Será verdad -susurró Amalia- que ello nos traerá alguna desgracia? No lo quiera Dios. Que la Santísima Virgen del Pino nos ampare.

III

El poder que le restaba a Corrales se había derrumbado casi de golpe, la ceguera lo hizo convertirse de hecho en un inválido. En el Gobierno Civil las denuncias llovían sobre el alcalde, acusado principalmente de irregularidades administrativas. En plena desintegración del Partido Liberal canario y la acentuación de su enfermedad, se convocaron nuevas elecciones que dividieron en dos al valle.

¿Por quién votan Vds. mañana? Alrededor de la gran mesa de madera de la casa de Alejandro Jiménez se agrupaba expectante toda la familia. Allí estaba su mujer, Amalia, siempre risueña y de buen humor, y como contraste su pequeño Juan Alejandro que tenía el mismo aire taciturno y montaraz del abuelo Juan.

Fidelia se encontraba en un rincón, cuchicheando con la mujer de su cuñado aguantando la risa. Amalia se las arreglaba para saber todos los chismes del pueblo, especialmente los teñidos de un verde picante, que contaba con una gracia especial. José se encontraba sentado, como presidiendo la reunión y pensaba aborto mientras sujetaba con fuerza el callado que ya nunca abandonó hasta el fin de sus días. Y de pie, detrás de su padre, Rubén se apoyaba en la silla como si quisiera infundirle la fuerza y el vigor de sus veintisiete años.

Bueno -interrumpió de pronto la risueña Amalia- a ver si nos ponemos de acuerdo que se hace tarde. Si yo fuera hombre votaría para la alcaldía al primo del cura, a José León. Sí, yo lo veo claro confirmó su marido, Corrales es un tirano insoportable, al principio nos engañó, parecía ir a favor del pueblo, mas cuando tomó

el poder se decantó poco a poco a favor de la Casa Nueva. Y no solo eso, terció Rubén con su vozarrón, sino que todo el mundo sabe que fue él, quien ordenó asesinar a Ballester para que no le quitara el puesto de administrador, nadie se creyó que aquel hombre joven y alegre se quitara la vida así como así. Y además, envenenó a Juan Justo Segura porque se atrevió a coaligarse contra él en las últimas elecciones...

Y por cierto -inquirió Rubén- ¿sabe alguien con quién está Mauricio, aparece en alguna lista? Yo me he molestado en preguntar a varios -aclaró Alejandro- y nadie sabe nada, se ha esfumado, ese intentará siempre ir con el que gane. De momento Corrales por medio de sus matones lo ha expulsado del valle, lo acusó a gritos de ser anarquista y republicano, así como de haber creado el grupo Obrero Católico, se dice apoyado desde Las Palmas por curas anarquistas. De ese no hay que fiarse.

Así pues, resumió José Jiménez, estamos de acuerdo. Votaremos los tres a favor de León, aunque adelanto que tampoco me fío demasiado del cura ni de su familia. De momento hay que echar a Corrales y a todo el que se ponga con los ricos, no hay otra posibilidad. Y ojo -avisó solemne- no se dejen amedrentar ni hablen con nadie, creo que Corrales está perdido y él lo sospecha. Y, por lo que he escuchado, la oposición está dispuesta si fuere preciso, a emplear los mismos métodos que en su día empleó el alcalde, incluida la violencia, así que ojo...

Efectivamente, se cumplió este último pronóstico. El día de las elecciones los principales enemigos de la Casa Nueva, armados de pistolas se apostaron en las puertas de las viviendas de sus principales opositores, amedrentando especialmente a los empleados de la Casa Nueva que no pudieron salir de sus casas e ir a votar...

La tortilla se había vuelto para el otro lado. Corrales perdió las elecciones y el día 1 de Enero de 1910, tomó posesión el nuevo alcalde, José León Martín, que contaba con la ayuda del púlpito. Además, la secretaría del Ayuntamiento pasó a José León Llarena,

primo del anterior y hermano del cura levantisco. La noche anterior a la toma de posesión del nuevo alcalde era el último día del año y el pueblo fue recorrido por guitarras, tamples, bandurrias y sonajas, los «ranchos de Navidad», grupo folclórico creado y alentado entre la juventud precisamente por el activo cura León.

La entrada en el nuevo año y la expulsión de Corrales del poder fueron ruidosamente celebradas en el pueblo.

IV

Tenía que saltar todo por los aires. Las formas de producción económica son el factor principal que regula las relaciones entre las personas. El detonante fue la aparición de la Cía. británica Fyffes, que ofreció a los labradores entregar el tomate directamente, pagándolo sobre muelle sin tener que pasar por el control de la Casa Nueva, que desde los tiempos inmemoriales de los funestos marqueses de Villanueva del Prado, detraían una parte importante a los aldeanos para edificarse palacios en La Laguna y La Orotava. Los agricultores mas importantes, que vieron la oportunidad de enriquecerse a su vez rápidamente, acentuaron su resistencia a entregar el tributo que pagaban a la Casa Nueva. Cundió el ejemplo y el boicot fue total.

El cura León -asimismo importante propietario- vociferaba abiertamente desde el púlpito todos los domingos: ¡No paguen la renta a la familia Pérez Galdós! ¡Dilapidar la riqueza es grave pecado! ¡Antes saldrá el sol por la noche, antes nacerá por el mar y se pondrá por la cumbre, que La Aldea deje de ser de los aldeanos! ¡No entreguen a los Pérez Galdós ni una papa podrida!

Juan Bravo por su parte, corroído por la humillación de derrotas sucesivas, maquinaba cómo vengarse. En él pesaba más el afán de desquite por el orgullo herido, que temor a que sus patronos lo tacharan de inepto y le lanzaran a la cara su fracaso. Ideó la represalia de intentar amedrentar al valle, denunciando a medianeros y pastores por la captación de las aguas. La Casa Nueva a veces había utilizado tal terrible arma en épocas de crisis, pero ahora el

chantaje no sirvió: el ayuntamiento había tomado cartas en el asunto apoyando a los revoltosos, asumiendo su control en señal de desafío.

El resultado fue que las rentas aldeanas disminuyeron de forma alarmante. La familia Pérez Galdós intentó de nuevo probar la vía madrileña, la influencia del famoso Don Benito, mas el escritor paralizó la pretensión terminantemente, fulminando a los mensajeros con la amenaza del que habita en otro mundo: al que me nombre La Aldea, lo echaré de mi casa sin contemplaciones.

¿Qué hacer? A la sombra de la restauración monárquica se asistía en toda España a una feroz represión contra los movimientos sociales revolucionarios, mas al ser precisamente un sacerdote el que al parecer los encabezara en el oeste grancanario, llenaba de confusión a las autoridades, frenándolas indecisas...

Fue entonces cuando la familia propietaria decide dar un nuevo golpe de timón después de sopesarlo mucho: anuncia la determinación sustituir al odiado Juan Bravo, por Hermenegildo Hurtado de Mendoza, accionista del consorcio y pariente de los Pérez Galdós.

Don Hermenegildo, hombre culto, suave y persuasivo, se estableció en La Aldea con su mujer e hijos. Hábil y afable, lleva la consigna de intentar una vez más un arreglo por las buenas. Hurtado de Mendoza ha puesto la condición a los Pérez Galdós, que utilizaría sus propios métodos sin interferencia alguna.

Durante aquel fin del año 1912, estuvo durante algunas semanas acompañando a los ranchos de Navidad y sus alegres parrandas, visitando familias. Botella en mano agasajaba a los vecinos con ron y vino, ofreciendo anisado a las mujeres e invitando a los labradores a asaderos de piñas. Especialmente llenaba el buche a los de la rondalla, echándose él mismo sus buenas isas o folías ante la casa de alguna niña consentida. Así estuvo casi un mes tirando de su bolsillo y ganándose a la gente con habilidad, sin permitir que nadie pagara una copa.

Hasta que llegó el día de Reyes, cuando a la salida de misa, en La Plaza frente a la ermita, llamó a voces al vecindario en demanda de silencio, tenía algo muy importante que comunicar.

Con palabras elocuentes pero sencillas, expresó su intención de vivir en paz con el pueblo, dijo que se sentía como un aldeano más. Siguió hablando sin alterar el tono, el valle llevaba sumergido siglos en un pleito que consumía las energías de todos -recalcó- había pues que encontrarle una solución de una vez por todas, argumentando que nada había más hermoso que una paz honrosa.

Así llegó Don Hermenegildo al punto crucial, se había hecho en La Plaza un silencio sepulcral, los vecinos situados más lejos tensaban el cuello hacia adelante para oír mejor. Propuso finalmente que comprasen las parcelas que cultivaban sus familias desde tiempo inmemorial. La oferta era esta vez tentadora: proponía un precio razonable que se pagaría durante diez años con toda clase de facilidades, los intereses serían también muy reducidos.

Muchos se tambalearon en medio de la duda: con lo que está dando el tomate de exportación -pensaron- la oferta la podremos pagar fácilmente. ¿Y si terminamos así con la maldición del pleito que dura siglos y que nunca va a terminar? Muchos estaban ya convencidos, cuando el cura León, saliendo por la puertecilla lateral de la sacristía para no ser advertido, se fue por detrás de los grupos de dudosos e insistiendo lo echó todo a rodar: ¡no compren, no compren!

Al dispersarse la gente de La Plaza solo quedaron dos personas: José Jiménez y el oráculo Jacinto. ¿Cómo te va José? Pues ya lo ves cada vez peor, casi no puedo andar y los ataques me continúan de vez en cuando, como siempre. Me paso todo el día sentado viendo como trabaja mi hijo Rubén, solo le ayudo en lo que puedo. ¿Y tú viejo? ¿Yo? pues esperando a que se arregle el pleito de la tierra para morirme. El cura León no quiso un arreglo con Don Hermenegildo, sabía lo que iba a suceder porque anoche fueron vistas tres lechuzas en el campanario. Mal presagio.

V

Rubén había anunciado inopinadamente a la familia que quería presentarles a su novia. El padre de la muchacha vivía en la rica

vega de Arucas, desplazándose con frecuencia a Guía y Gáldar donde tenía asuntos varios. Aprovechando uno de esos viajes, se llevaría consigo a su hija Susana para darse un salto a La Aldea, lugar donde nunca había estado. Así conocería a la familia de su futuro yerno, el pueblo y la casa a donde iría a vivir su hija menor. Tenía un rancho de hijos y Susana era la más joven, que se había plantado con determinación: me casaré con ese muchacho de La Aldea o con ninguno. Los jóvenes se habían conocido durante las fiestas del Apóstol Santiago en Gáldar y, como ocurría siempre en la familia Jiménez, el fuego prendió fulminante desde el primer día. Ante tal majadero empeño, el padre Juan Ramírez cedió a los apremios de su hija preferida.

Cuando Fidelia supo que esperaban visita, recurrió a la ayuda de Amalia y entre las dos, limpiaron y ordenaron cuidadosamente el hogar. Hasta el retrato antiguo de sus padres Eustaquio y Señá Concha colocado sobre una tarlatana verde, tiesos y envarados el día de su boda, parecían sonreír de agradecimiento tras limpiarles amorosamente el polvo. José rogó a Juanete el pastor, que cuando se diera una vuelta por la cumbre, no dejara de traerle bienmesabe de Tejeda, que quería ofrecer a los visitantes con el café.

Al parecer era gente bien colocada, de teneres. La muchacha llegó derrengada del viaje sobre la cabalgadura, pero airosa y sonriente, resultó una hembra de muy buen ver. De pelo negro azabache, contrastaba extrañamente con la mayoría de los habitantes del norte grancañario, de tez clara y ojos azules. Graciosa y desenvuelta se movía con naturalidad, como si hubiera previamente ensayado su papel. Rubén todo confuso la presentó a su padre, que sentado en la silla se apoyaba en el callado. Fidelia observaba atentamente a su marido con el rabillo del ojo, tratando de adivinar la impresión que le hacían los visitantes. Quedó desconcertada cuando la novia le tomó la mano besándosela, era la primera vez que un desconocido le mostraba tal señal de respeto y recordó entonces, sin saber por qué, que ella había hecho lo mismo en muestra de agradecimiento a Don Antonio López Botas, cuando

cumplió con la promesa de sacar de la cárcel a su amado José. El padre era un hombre alto y secarrón, bastante mayor, pero con el aspecto de un caballo sano al que aún le queda fuelle para rato.

Alejandro y Amalia cuchicheaban observando a los forasteros: tu sobrino -siseaba Amalia- se ha buscado una muchacha moderna, para mí que bastante enralada. Fíjate que tiene colorete en la cara y en los ojos, y que también se ha pintado las uñas. Veremos como se las arregla cuando se meta en un plantón a coger papas. Pero desde luego parece muy simpática, empeñada en agradar. Y su padre parece un hombre imponente, importante, acostumbrado a hablar despacio y con autoridad.

Pero cuando se iban a marchar y después de hablar solo lo suficiente para no parecer maleducados -el camino es larguísimo y el arriero nos espera impaciente- Juan Ramírez, que así se llamaba el padre de la novia, comentó con aire intrigado: durante el viaje hicimos una parada en la hondonada de un lugar que Vds. seguramente conocen, el barranquillo de Los Negros. Descansamos un rato a la sombra de unos arbustos porque allí el viento no molestaba, cuando se nos acercó un pastorcillo que andaba por allí y nos dijo que nos fuéramos, que aquel sitio estaba maldito por Dios, que exactamente en aquel lugar, asesinaron hacía ya años al secretario de La Aldea. José Jiménez palideció y nada dijo, agarrándose convulsivamente al bastón. Y que por la noche -siguió el futuro consuegro- había apariciones de muertos y aquelarres de brujas que se reían con descaro. Aseguró el zagal que la cabra que paca en aquel lugar ya no da más leche, que queda seca para siempre. Y añadió que todas las noches se reúnen en aquellos arbustos grupos de lechuzas que nunca se habían visto allí, que a medianoche levantan vuelo en dirección a La Aldea y que regresan siempre al amanecer.

Una vez partidos los forasteros, quedó un rato la familia en silencio, hasta que habló Alejandro: así pues, está claro que las lechuzas vienen de un sitio de muerte y que regresan allá otra vez. Es como si nos estuvieran avisando de que algo malo va a ocurrir.

Fidelia y Amalia especialmente quedaron impresionadas por el siniestro presagio: aterradas, durmieron aquella noche sin apagar el candil y abrazadas a sus maridos, que también se revolvían inquietos en sus camas. ¿Será verdad que el alma del secretario se aparece en el barranquillo de Los Negros? ¿Será cierto que se oyen llantos de niños cuando hay luna llena y que hay brujas danzando mientras las lechuzas ríen en los juagarzos? ¿Irá a pasar algo terrible en La Aldea?

VI

Cuando la propuesta de arreglo de Don Hermenegildo Hurtado de Mendoza fue rechazada por los colonos, su actitud cambió bruscamente. Recurrió a un personaje tortuoso, al vecino que fue primero de Madrelagua de Juncalillo y luego de Artenara, Manuel Díaz Quintana, que ya estuvo implicado en pleitos favoreciendo siempre a la Casa Nueva.

En La Aldea todavía se recordaba cuando tal individuo prestó su propia casa a Corrales para que viviera en ella, en momentos en que la presión contra él lo hizo aconsejable. Y peor aún, que el propio alcalde de entonces, Eufemiano Araujo, tuviera que desplazarse a Artenara, a la propia vivienda del demandante, para declarar en juicio promovido y amañado por Corrales Naranjo. La maniobra intimidatoria de Hurtado de Mendoza fue el arrendarle a Díaz gran parte de la tierra aldeana, denunciando éste nada menos que a 269 medianeros -prácticamente a todo el pueblo- de incumplimiento en el pago de los tributos durante varios años. Don Hermenegildo trataba así de quitarse de enmedio de momento, que fuese Díaz Quintana quien diese la cara.

Era de ver el desfile de agricultores por el juzgado local, cuyas declaraciones eran celebradas por el abundante público asistente con risas, silbidos y pitorreo contra el demandante.

La denuncia no sirvió tampoco de nada, porque el juez de La Aldea, pariente del cura León, estableció la anulación del juicio. Allí fueron citados a declarar los hermanos José y Alejandro

Jiménez, acompañados de Fidelia Ramos. José explicó que la parcela que fue de Juan Jiménez su padre, era ahora enteramente de su hermano Alejandro, puesto que su otro hermano, Manuel, había desaparecido en Cuba y que él mismo había renunciado a su tercera parte. Interrogado Alejandro declaró entre risotadas, que no se avenía a negociar ni una gallina, ni tenía por qué, que aquel terreno era de él. Fidelia se afirmó por su parte en que siendo hija única, había heredado de su padre Eustaquio Ramos la parcela completa y que esa propiedad era ahora también de su esposo José Jiménez Ventura. Añadió alzando la voz, que no se avenía y que solo aspiraban a vivir en paz. Mi marido -terminó- por culpa de unos y de otros está enfermo ¿no lo saben?

Anuladas las demandas, Díaz Quintana acudió en reclamación al juzgado de Guía, siendo desestimados los recursos. La vecina María Sosa, conocida por «la Meliana», afirmó haber visto al lado del cementerio a un grupo de cuatro lechuzas. Desaparecieron cuando la aldeana les lanzó una piedra que rebotó contra la tapia donde estaban encaramadas.

VII

Hubo novedades importantes al año siguiente. Rubén anunció a la familia su próxima boda con la morena airosa de la vega de Arucas. La ceremonia se celebraría allí, así que toda la parentela emprendió viaje invitada por Don Juan Ramírez -que sería el padrino- a quedarse por unos días.

Fidelia muy apurada en su papel de madrina, no quería quedarse atrás de ninguna manera, así que revolvió febrilmente en el baúl de los recuerdos, en busca de aquel traje de volantes color verde oliva con el que hipnotizó a su amado José. Mas cuando se miró en el espejo se llenó de desánimo, le quedaba apretado en demasía, casi no podía respirar, tendría que ensancharlo o las costuras reventarían. Además, comprobó con pena que sus pechos ya no resaltaban con la erección de antes, que parecían retozar como baifillos sobre la hierba sino más abombados y algo caídos. Jiménez

que la observaba con ironía le comentó: te veo aire de disgusto y no tienes por qué, tus tetas no las tienes desde luego tan bonitas como cuando eras soltera, pero tampoco necesitas ningún horcón, estás todavía pero que muy bien, ya quisieran muchas jóvenes parecerse a ti. Y aprovechando que Fidelia pasaba junto a la silla, la tomó fuertemente de la cintura, la sentó en sus rodillas y le confesó al oído: además ¿qué nos importa cómo te vean los demás? Te sigo viendo igual, eres la misma y continúas atrayéndome como siempre. Y además, los jilgueros repiten su nido año tras año bajo el naranjero, lo demás no me importa.

Es cierto José y ¿sabes lo que he pensado últimamente? En que nuestro amor se parece a este valle que nos rodea. Pasa el tiempo, cambian las circunstancias a nuestro alrededor, mueren unos y otros nacen, pero siempre el escenario es el mismo, todo continúa igual, las montañas, la tierra es siempre la misma, aunque pueda contemplarse de muchas formas distintas. Así es nuestro amor José.

o - o - o - o - o - o - o - o

La boda se celebró en medio de sombríos rumores de un gran cataclismo en Europa. Pero como era natural, nadie hizo hincapié en ello, eran momentos de jolgorio. El padrino se mostró espléndido, invitando tras la ceremonia a un multitudinario sancocho para un centenar de invitados. La pareja marcharía a Las Palmas por dos semanas, luego regresarían a La Aldea.

Pero a la vuelta se encontraron con noticias realmente inquietantes. La situación la resumió a la salida de la misa dominical Don Hermenegildo Hurtado de Mendoza, sin la voz melosa de meses atrás mas bien con tono amenazador que sonaba a venganza: en una ciudad del este de Europa llamada Sarajevo -explicó- habían asesinado al príncipe heredero del Imperio Austro-húngaro, país que culpó a Francia e Inglaterra como cómplices del suceso, declarándoles la guerra. La poderosa Alemania se había unido a los

austríacos, mientras la lejana Rusia de los Zares se ponía en pie de guerra dispuesta a apoyar a Francia e Inglaterra.

¡Toda Europa estaba bajo el incendio! Muchos otros países se aprestaban a intervenir a favor de uno u otro bando, era la guerra mundial.

¿Pero qué nos va a nosotros en todo eso? Gritó un vecino encolerizado desde las últimas filas de los oyentes. ¿Que qué nos va en ello? Pues pregúntenselo a la Casa Fyffes que es quien recoge el tomate de Vds. Si los mares se llenan de barcos de guerra, no podrán garantizar la exportación de la fruta...

Un sordo rumor corrió sobre La Plaza. Como un bordoneo de abejas se formaron corrillos discutiendo la situación, haciendo cábalas sobre el futuro. Por un momento Alejandro recordó las palabras de Manolín: «si pasa algo, tendremos que comernos hasta las tuneras.» Hay que ser prudentes y reducir la superficie dedicada al tomate y volver a toda prisa a plantar otras cosas, papas, batatas, millo, frutas, habremos de estar preparados para lo peor, acaso para sobrevivir. Esa era la opinión general.

Aquella noche, unos cuervos fueron vistos junto a la tapia del cementerio. María Sosa «la Meliana» juró que estaban devorando algo, una rata o un conejo, y que tenían el pico ensangrentado. Los presagios fatídicos se amontonaban.

VIII

Los ecos de la guerra europea llegaban muy débilmente a Canarias y aun más amortiguados a La Aldea, la isla dentro de Gran Canaria. Los rumores confirmaban que el ingenio humano parecía haberse agudizado cuando se trataba de descubrir nuevos sistemas para aniquilar seres humanos a la mayor rapidez posible.

El invento de la aviación había sido aplicado para bombardear desde el aire al enemigo; la navegación para cañonear desde el mar a ciudades y pueblos; el submarino para torpedear a los buques enemigos, de guerra o mercantes.

Y también llegaron noticias de que en los campos de batalla de la lejana Polonia, estaban apareciendo por centenares hombres azules que parecían dormidos, pero que ya habían pasado por la puerta que los conducía hacia el más allá, a la muerte producida por el aterrador invento de los gases asfixiantes, que exterminaba en masa a los soldados adversarios. Cualquier sentido de la ética y de la moral había desaparecido en la guerra moderna, la abstracción de pueblos y ciudades estudiados en los mapas por los estados mayores como números de un problema aritmético. Las condiciones de vida de los pueblos se habían convertido en una pesadilla, mientras las capas dirigentes de los países exigían para la paz un pedazo concreto en el mapa mundi, su trozo de tarta donde implantar su imperio.

A finales de siglo las principales potencias del mundo se habían repartido Africa aprestándose a saquear las materias primas imprescindibles para el proceso acelerado de industrialización que se estaba acometiendo. Se habían diseñado fronteras falsas, trazadas con tiralíneas que separarían a pueblos y culturas hermanas, o que por el contrario, obligaría a convivir a etnias y civilizaciones extrañas entre sí. Un rompecabezas que trasladaría a aquellas regiones, problemas de identidad que acaso tardarían siglos en resolverse.

Alemania y las potencias centrales habían sido excluidas del banquete y las contradicciones entre su potencial económico, su desarrollo industrial y sus necesidades sociales, eran un polvorín. Especialmente en Rusia, bajo la tiranía feudal de los zares, las condiciones de vida se habían hecho insufribles.

El ambiente era pre-revolucionario y la Iglesia, bajo la tiara del Pontífice Benedicto XV, daba las instrucciones precisas tratando de evitar la quiebra de las clases dirigentes y de su poder político, deseaba perpetuar la alianza que desde el emperador Constantino había sellado con los poderosos, con el poder temporal.

Enmarcado todo ello en tales directrices, un día el cura de La Aldea José León Llarena, recibió con sorpresa la orden de presen-

tarse en Las Palmas, en el Palacio del Obispo el Dr. Marquina. León se encontró allí con la insólita presencia de Don Hermenegildo Hurtado de Mendoza, que se miraron con más asombro que hostilidad. Ambos pensaron lo mismo: este encuentro no es casual, es una trampa del Obispo.

El Dr. Marquina lo aclaró de golpe, sin preámbulos, con una cortesía glacial: quería que la presente reunión tuviera lugar entre los tres, así que no he avisado a ninguno de Vds. dos, de la presencia del otro. Y además quiero advertirles con claridad que los consejos que voy a darles, provienen de las normas que estamos recibiendo de SS. Benedicto XV, es decir que para un católico son órdenes, puntualizó como tratando de amedrentar a los visitantes. Y sin más, el Sr. Obispo los exhortó ardientemente, tanto a Don Hermenegildo como representante de la familia Pérez Galdós, como al cura León como portavoz de una parte considerable de la opinión de los agricultores aldeanos, a llegar a un acuerdo que evitara que en La Aldea se generara una situación revolucionaria. La Iglesia -precisó el Dr. Marquina- ampara el sagrado respeto a la propiedad privada como norma, así que recordada ésta premisa y terminado este exordio, les brindo las habitaciones de este palacio para, ahora mismo, en secreto y sin ser molestados por nadie, inicien el diálogo y se pongan de acuerdo en cuestiones de detalle, no voy a entrar en ellas. Cumplan pues las orientaciones del Santo Padre y reciban mi bendición. Eso es todo.

Y poniéndose en pie como para resaltar su autoridad, dio sin mas la visita por concluida.

IX

Dos semanas después todo el valle quedó desconcertado sin entender que es lo que había sucedido. De pronto, el cura León decía mostrarse partidario de llegar a un acuerdo con los Pérez Galdós, es decir con su representante Don Hermenegildo Hurtado de Mendoza. Durante años, día tras día, el cura León había gritado desde el púlpito que el pueblo de La Aldea era dueño del valle y

que nadie tendría que comprar lo que era de los aldeanos desde tiempo inmemorial. Ahora -de pronto- recomendaba que lo mejor era comprar las tierras que cultivaban y que solo de esa forma se podría escriturar las parcelas a favor del pueblo. Era el mundo vuelto al revés, ¿que le había sucedido al cura ?

La propuesta que hacía León era sustancialmente la misma que había planteado Don Hermenegildo poco atrás: 635.000 ptas. por todos los terrenos, pagando cada uno la parte proporcional que cultivase. La oferta era nuevamente tentadora, máxime cuando ahora se añadía un caramelo envenenado: los que se aviniesen, quedarían exentos de pagar la renta que debían desde hacía cinco años y que se les estaba reclamando por medio del juzgado.

Pero inmediatamente, un grupo opositor a la propuesta de arreglo barrió con el cura. El enfrentamiento fue encabezado principalmente por el influyente vecino Salvador Araujo y por Antonio Quintana -el Indiano- que plantaron cara abiertamente al movedizo sacerdote. La confrontación se reflejó enseguida en el ayuntamiento, donde la familia León y sus allegados quedaron en minoría.

Y entonces, como un globo que se desinfla hasta quedar reducido a un trapo al que todo el mundo puede pisotear, el valle supo que el cura León ya había vivido su último día de gloria. Visitó casa por casa y cercado por cercado en patética peregrinación, suplicando y no exigiendo que se aceptara su propuesta. Quien hasta hace poco solo le bastaba una insinuación para tener el pueblo a sus pies, tuvo que soportar desplantes, portazos en su cara y hasta insultos. Solo pudo convencer a unos cincuenta, la mayoría familiares suyos o empleados de la Casa Nueva.

¿Cómo era posible que aquel cura levantisco se hubiera convertido en un abrir y cerrar de ojos, en el más sumiso portavoz de la Casa Nueva? El viejo Jacinto con la voz casi inaudible, que era una premonición del más allá, atinó a decir: tiene que haber existido un arreglo secreto, por dinero baila el perro.

León, barriendo con la sotana el polvo del camino, se convirtió en una figura súbitamente encorvada y decrepita, que perdida la

gallardía y el genio firme, recorría tristemente todos los hogares, finca por finca, solicitando con humildad de perro apaleado, apoyo a su propuesta de arreglo con la familia Pérez Galdós, como si tratase de convencer al mayor número posible de gente, para hacerse grato a los ojos de los poderosos.

¿Cómo era posible que en un abrir y cerrar de ojos se hubiera convertido en el defensor más adicto de la Casa Nueva? seguía preguntándose el atónito pueblo. Hasta ayer, le bastaba solo una insinuación suya para arrastrar a las masas tras de sí. Hoy, muchos lo sacaron de sus casas a empujones, otros se burlaron en su misma cara, algunos hasta le escupieron.

Cuando el cura visitó Mederos llevaba la intención de sondear a la familia Jiménez. Rubén y Alejandro se habían marchado al molino y José estaba inmovilizado en la silla, así que fue Fidelia la que se enfrentó a León con toda su furia de antaño, como si tuviera alguna cuenta pendiente: ¡Mira a mi marido cura entrometido y contempla como está! ¿Acaso ya no te acuerdas que está así por culpa de tu asquerosa Casa Nueva? ¡Vete, así el demonio te lleve, por tu culpa cura revoltoso has conseguido en unos días que el valle se haya partido en dos, maldito seas, tu también nos has traicionado! Y dándole un violento empujón, lo empujó fuera de la cerca.

X

Copiando rutinariamente las noticias que llegaban de la guerra mundial, al grupo que decidió arreglarse pagando a los Pérez Galdós, se les llamó burlescamente «los aliados».

Pero la gran mayoría del pueblo -unos 300 agricultores -se negaron a avenirse bajo ninguna condición. Los Jiménez, odiando profundamente a la Casa Nueva desde el asesinato de Diego Remón, se sumaron a la mayoría. En venganza, al cura León y sus allegados los denominaron «los alemanes».

En Las Palmas, el periódico «El Tribuno» era leído ávidamente. Día tras día lanzaba despiadados vituperios contra Juan León Llarena, al que acusaba sin tapujos de ladrón, traidor y cacique.

Un día pudo leerse la sensacional afirmación de que el cura había conseguido de la familia Pérez Galdós -a través de conversaciones con su representante Hurtado de Mendoza- un trato económico de favor. Según explicaba, ese fue el acuerdo y el precio.

En La Aldea, el domingo día 16 de Abril de 1916, en una ermita casi vacía, el cura León Llarena exclamaba en el púlpito : «yo ya no puedo ir con ustedes». Y a la otra semana, cuando logró el pacto que a el le convenía, afirmó entre dientes: «ahora que gobiernen los que quieran...»

Jamás hubo en La Aldea ninguna persona más perseguida. Todas las noches se cantaban coplas y canciones burlescas bajo las ventanas de la casa del sacerdote: cura ladrón, cura follador, cura hipócrita. El canto de cisne de Juan León Llarena, la última vez que mostró arrestos, fue al llegar las fiestas de Septiembre cuando rebotando de odio hacia el pueblo, quiso suspenderlas. «La fiesta de El Charco es pagana y no cristiana, todo eso es un grave pecado», se atrevió a afirmar en su último sermón dominical.

La fiesta ancestral sí que se celebró: un papahuevo perfectamente dibujado con la cara del cura y vestido con una sotana fue tirado entre la algaraza general al centro del charco con una piedra atada al cuello. Mientras sonaban los cohetes y el pueblo golpeaba fuertemente el agua invocando la lluvia como mil años atrás, el muñeco se hundió lentamente. A la subida hacia La Plaza, los cristales de las ventanas de la vivienda del sacerdote volaron en pedazos. Incluso su integridad física estaba en peligro.

El cura León inconsciente del riesgo, declaró que aquel era un pueblo impío, condenado por Dios. En respuesta, los vecinos dejaron de asistir a misa y se negaron a recibir los sacramentos de sus manos. Los aldeanos decidieron nombrar una comisión de mujeres que visitará al obispo, para rogarle que por su propio bien, sustituyera a León Llarena. Amalia y Fidelia Ramos fueron dos de las designadas.

XI

El grupo de mujeres elegidas emprendió la caminata hacia Agaete. Un familiar de Amalia había ofrecido su hogar a las seis mujeres viajeras, así que se quedaron una noche a descansar allí, en el puertecito de Las Nieves, donde oía siempre a salitre y a pescado. Al día siguiente la diligencia las llevaría hasta Las Palmas. Durante todo el viaje Amalia alegró los oídos de Fidelia, contando innumerables chistes picantes.

El obispo las recibió amablemente, aunque con cierto aire de conmisericordia. Fidelia, que actuaba de portavoz del pueblo, planteó directamente la situación sin pérdida de tiempo: explicó al obispo que La Aldea estaba partida en dos, odiándose como Caín a Abel y que el culpable de todo era el cura León. La guardia civil patrullaba por el valle de aquel pueblo enemistado. Inquietó al prelado la afirmación de Amalia de que nadie iba a la ermita y de que la gente se negaba a recibir los sacramentos de manos de Don Juan León Llarena, que se ocupaba de todo -puntualizó con un deje de ironía- menos de los asuntos propios de la Iglesia. Pero lo que al parecer alarmó al Dr. Marquina fue la advertencia de Fidelia de que no le extrañaría nada que mañana apareciera el cura muerto, tal era el rencor que inspiraba su persona. Así que le pedían que inmediatamente lo sustituyera.

XII

Un ansia secreta se apoderó de Fidelia, en cuanto decidió viajar a Las Palmas. Tras la visita al Obispo, le pidió a Amalia que se quedara con ella en la capital un día más, quería hacer unas visitas. Deseaba, con un anhelo inexplicable que la ahogaba, contemplar aquel escenario de tantos recuerdos, donde tanto había amado y sufrido, como si quisiera reír y llorar otra vez por aquel tiempo prescrito. Dicen que tanto los enamorados antiguos como los asesinos, desean siempre volver al lugar de los hechos.

El cambio que se había operado en Las Palmas la aturdió de pronto, casi nada era reconocible, su tamaño se había duplicado

en poco tiempo. La gente vestía con mas presunción y andaba como agujoneada por la prisa. Ahora las calles estaban perfectamente empedradas y era cómodo andar por las aceras, existían pensiones donde dos mujeres forasteras podían pernoctar, y a la noche pudieron contemplar el alumbrado eléctrico. Amalia vio por vez primera un tranvía. Todo olía a progreso, a cambio acelerado.

Cuando pasaron por delante del ayuntamiento, Fidelia se quedó mirando como hipnotizada a las rejas que se adivinaban bajando una escalerilla lateral. Ahí, murmuró al oído de Amalia, estuvo mi amado José encerrado durante cuatro años, sin haber hecho absolutamente nada, todavía me pregunto dónde está la justicia humana. De ese lugar salió enfermo para siempre y te digo una cosa en secreto: que me casé con él no solo por amor, sino también por instinto de protección o como se llame, al igual que de niña cuando intervenía con rabia en La Plaza, impidiendo que los niños apedreasen a algún perrito indefenso.

De allí doblaron hacia el mar en busca de la mansión de Don Antonio López Botas, el benefactor que liberó a José de las garras de la prisión. La desolación de la mujer fue enorme, la casa estaba habitada por gentes desconocidas, que informaron a Fidelia de que Don Antonio había fallecido hacía años y que la familia había vendido la casona. Casi sin respirar para no perder detalle de lo que recordaba, bebió con la mirada el patio florido centrado con la palma real ahora mucho más alta, la enredadera espesísima que llegaba hasta la azotea, la parra que se entrecruzaba sobre la terraza, el pozo rodeado de macetones y ahí a un lado, la habitación donde vivió, donde amamantó a Rubén, donde le había enseñado a caminar. Sí, el olor a jazmín era el mismo, y las gaviotas y las nubes redondas paradas sobre el señorial barrio de Vegueta, también.

Pero Fidelia, como poseída por una extraña melancolía que era una mezcla de dolor y gozo, arrastró a Amalia a visitar otros lugares queridos: le mostró la casita en el risco de San Nicolás, donde pasó la primera noche de amor con su amado José, allí vivieron los primeros años. Desde la ermita de San José donde se casaron,

Fidelia lo había llevado aleteando hasta la casita, vestida con aquel traje verde limón con volantes que tanto agradaba a su prometido.

Y luego, larga caminata hasta el humilde barrio de San José, primer hogar de Fidelia en la capital, donde fuera acogida por el picapedrero Román Jiménez y por Juanita su mujer, con la generosidad que solo muestran los pobres dispuestos a compartir la migaja que les sostiene de un hilo. Allí determinó por el cielo y la tierra pasar por lo que fuera, con tal de estar cerca de la prisión.

Nueva decepción: el tiempo había corrido como un soplo, tanto que ni siquiera Fidelia se había percatado de ello. Hasta aquel instante no pudo medir, que vivir era tanto como luchar mirando siempre hacia adelante y que solo el cansancio del combate obliga a mirar atrás, cuando empieza a hacerse balance del pasado. Supo que ya no era ayer, cuando era entonces una jovencita indomable que infundía ánimos a su novio desmoralizado, ahora tenía ya un nieto en puertas. Fue consciente de ello, cuando abrió la puerta una señora madura desconocida, que resultó ser una de las hijas del matrimonio que había tenido en sus brazos. Supo con pena que tanto Román como Juanita habían fallecido y que el resto de la familia se había dispersado, unos a Cuba, otros al Brasil. Ella vivía allí sola en la paz de sus recuerdos.

Amalia acompañaba a Fidelia en sus visitas con una extraña reserva, en segundo plano, como si se hubiera percatado de que con su silencio no interrumpiría los recuerdos que trataba de evocar. La única observación que hizo fue al pasar por la Plaza de Santa Ana y murmuró que bajo aquel sol luminoso era imposible que anidara ninguna lechuza. En cambio -exclamó con voz cantarina- mira Fidelia que cantidad de palomas, no se asustan de la gente, solo parecen alarmarse con el repique de las campanas de la catedral, entonces todas emprenden vuelo al mismo tiempo.

XIII

Estaba cantado que las elecciones iban a dar otro vuelco en La Aldea y que el poder que detentaba el cura León y su familia, des-

de que se expulsó del ayuntamiento a Corrales, iba a girar en otra dirección. El pueblo llano, que parecía incapaz de desalentarse a pesar de tantas ilusiones rotas, se volcó desesperado sobre las urnas, como el náufrago se agarra a la tabla salvadora, probando una y otra vez dónde estaba ese hombre invisible que no les traicionase. El cura León fue barrido del mapa municipal, no porque el pueblo creyese demasiado en el nuevo alcalde elegido -Salvador Araujo- sino porque siempre en el valle se votaba en contra de alguien y nunca a favor de alguien.

Una vez más lo vaticinó el viejo Jacinto con aquel gemido que le restaba de voz: «la familia León ganó las últimas elecciones porque los aldeanos votaron en contra de Corrales, ahora ganará quien sea con tal de echar al cura León. La guerra la ganarán los aliados, pero aquí en el pueblo vencerán los alemanes, los que no se han rendido ante los poderosos porque ellos desean también hacerse ricos.» Muchos se sintieron molestos cuando supieron las palabras del oráculo, mas resultó tal y como había anunciado. El poder de la familia León fue borrado del valle, como cuando el polvo reseco del verano barre la hojarasca de las fincas.

En aquella tierra abrasada, desde el gran propietario hasta el humilde bracero, todo el mundo contenía el aliento. Los tomates se han reducido a una mínima parte, los buques mercantes tampoco escapan a las represalias de la guerra y son tiroteados, bombardeados, torpedeados, los mares también se tiñen de sangre. Los ingleses de la Casa Fyfes no se comprometen a pagar la mercancía hasta que no haya sido colocada y el pequeño campesino no tiene la menor posibilidad de verificar las llegadas a puntos de destino. Se rumorea que los británicos se aprovechan de ello, exprimiendo sin piedad a los labradores.

Los cultivos tradicionales han vuelto a florecer como proclamando la necesidad de supervivir: se plantan papas, batatas, coles, lechugas, trigo, millo y cebada. Se vuelve a prestar especial cuidado de la cabaña, así como a los frutales, pero nadie se pregunta cuanto va a ganar, sino que tiempo va a aguantar con lo que tiene.

La guerra genera las revoluciones: se sabe que Rusia sacudida por enormes contradicciones internas desea una paz por separado. Han echado al Zar...

XIV

Dos mulas bajaron desde la cumbre hasta La Aldea, montadas por un arriero y el nuevo párroco del pueblo. Como anunciando algo diferente, el sacerdote llega al valle no por los caminos del norte que bordean el mar desde el abismo, sino cabalgando desde los altos de Tejada hacia el poniente, por la tremenda garganta del barranco, soledades que solo recorren los cazadores. El párroco Segundo Vega es un hombre afable, quizá un tanto paternalista, pero hondamente preocupado por sus semejantes y con personalidad propia. Llega precedido por cierta fama de persona independiente, a veces nada sumiso a las orientaciones de sus superiores. El Obispo, desconcertado porque sus consejos al cura León y a Hurtado de Mendoza, ha provocado una situación contraria a la deseada, ha dejado vía libre a Segundo Vega para que actúe según su conciencia.

El encuentro entre los dos sacerdotes es de una violencia inusitada. El nuevo párroco es portador de dos cartas que nada más llegar muestra a León, una con su nombramiento de nuevo pastor del pueblo, la otra con la orden irrevocable a Don Juan para que se presente en un plazo de dos días, en su nuevo destino: Moya.

El párroco defenestrado habla con ira, temblándole el quejo: yo no se porqué el Sr. Obispo me echa de La Aldea. ¿Acaso no he cumplido sus consejos de intentar que toda esta gente y los Pérez Galdós se aviniesen? Lo que nunca le dijo el Obispo -contesta Vega que no es hombre que se deje amedrentar- es que Vd. se lucrara personalmente, engañando al pueblo. León se pone en pie enfurecido: veo que Vd. es de los que se deja llevar por habladurías. Pero el nuevo párroco sin alterar la voz se pone también en pie y le espeta en su misma cara: y no solo eso, sino que sabemos que Vd. aparece en cabeza como el principal beneficiado en la lista de ave-

nidos con los terratenientes, «los aliados» como aquí se les llama impropriamente. Y también sabemos -le acusa mirándole fijamente a los ojos- que los Pérez Galdós y Hurtado de Mendoza en agradecimiento a sus servicios por haber convencido a cincuenta campesinos para que se aviniesen, le vendieron a Vd. a un precio especial, concretamente a la décima parte de lo que pagaron los demás. Cuando se sepa todo eso, que yo mismo voy a divulgar, su vida correrá grave riesgo, así que en previsión a ello, el Sr. Obispo le ordena que salga a escape hacia Moya.

León Larena está ahora lívido. Lo que Vd ignora -responde a gritos- es que éste pueblo está corrompido por comunistas y anarquistas, que actúan solo por envidia hacia los ricos. Yo soy propietario legítimo para que lo sepa, eso se lo digo a Vd., al Obispo y al Papa si fuere preciso.

Mire León -responde ahora Segundo Vega también elevando el tono- no se me ponga gallo y óigame bien, porque todavía me queda por decirle lo peor: si resulta cierta la sospecha de que también ha inscrito a su favor las propiedades del curato en La Aldea -no sabemos si de acuerdo o no con los Pérez Galdós- pues prepárese. Porque le anuncio que firmaré de mi puño y letra la correspondiente denuncia ante el Tribunal Eclesiástico. De forma que entrégeme ahora mismo las llaves de la ermita y quíteseme de delante, no quiero verlo más, es Vd. indigno de llevar la sotana. ¡Márchese de La Aldea para siempre!

Durante los próximos días el párroco Segundo Vega recorrió todo el pueblo para conocer de cada cual, no solo sus opiniones, sino también sus necesidades. Pero no lo hizo como el cura León, exigiendo se hiciera esto o lo otro, sino para informarse, oír, oír y oír a los demás. Al siguiente domingo en una ermita nuevamente rebotante de gente, advirtió que dadas las excepcionales circunstancias por las que llegaba a La Aldea, por primera y última vez aprovecharía el púlpito para hablar de cuestiones ajenas a la Iglesia. Proclamó a continuación que él defendería la postura de la mayoría, de los que eran llamados «los alemanes» y que nadie en el pueblo tenía por qué haber pagado lo que ya era de su propiedad.

Al concluir la misa, el párroco se acercó al poyo de la ermita, donde ya nadie recordaba desde cuando, el viejo Jacinto se sentaba como si fuese un fósil del pasado, como parte de aquellos muros. Dígame - le preguntó a Don Segundo - ¿el cura León cree en Dios? Porque si no tiene hijos legítimos ¿de qué le vale hacerse rico? ¿cree acaso que podrá llevarse para el otro mundo todo lo que tiene?

XV

En aquel año de 1918 hubo acontecimientos importantes dentro de la familia Jiménez. Susana, la guapa aruquense, dio a luz un niño, el neófito vino al mundo de la misma forma que todos los hijos del valle: allí mismo, bajo las mismas teas de aquellas casas, con el único auxilio de las mujeres de la familia. Al niño se le puso el nombre de Pedro, porque nació el 29 de Junio, día del apóstol.

Por tal circunstancia hubo movimiento de enseres en el hogar. José indicó a Rubén que debía ocupar la habitación central de la casa, así podrían manejar la cuna con mayor comodidad. Ellos pasaron a la habitación pequeña de al lado, mientras que el comedor fue desplazado hacia la alcoba de José y Fidelia. Aquel trastueque permitió mayor soltura al joven matrimonio, pero con el inconveniente de que ahora la proximidad era más cercana y la intimidad restringida. Era algo novedoso, porque Fidelia seguía siendo ruidosa en sus entregas amorosas.

Oye José -murmuró Fidelia aquella noche al oído del marido- después de tantos años vuelvo a mi habitación de soltera. No deja de tener su encanto, porque ¿has pensado que nunca hemos estado en intimidad en este sitio? Pues sí -puede resultar un experimento interesante- comentó Jiménez sonriendo. Eres una romántica, mira que cosas se te ocurren después de vieja. ¿Vieja yo?, pues prepárate a partir de ahora y en cuanto a lo de romántica puede que sea cierto, pero ¿es posible vivir si no le echamos a la vida algo de fantasía? Nos moriríamos de rabia como los capirotos cuando los enjaulan.

Fidelia tuvo razón en que resultó algo nuevo, mejor dicho recordaron entre risas los amores en silencio en la casita del risco, para evitar los puñetazos de envidia que propinaba en la pared el latonero avinagrado Juan Calcines.

Descubrieron que el amor verdadero no cambia, que solo se trasforma mudando de aspecto. En aquellos tiempos José Jiménez ya era un ser decrepito, de movimientos lentos y pausados, motivados por la lesión cerebral sufrida durante la tortura en la cárcel. Pero como Fidelia era una fuente inagotable de amor que siempre descubría el lado positivo de las cosas, se volcó en él como nunca. Quiso ahorrarle a su marido los dolores de sus huesos al moverse cuando deseaba entregarse al sexo, e investigando descubrieron que si ella se ponía encima resultaba igual de placentero.

Era Fidelia la que llevaba la iniciativa hasta que notaba que José se aflojaba todo. Acostumbrados desde sus tiempos juveniles a amores pasionales y primitivos, resultó algo tan nuevo que pareció como una segunda juventud. Escondidos en el rinconcito de la habitación pequeña, aguantando la risa como niños, callados, calladitos para no ser oídos de la familia, descubrieron otra vez en el silencio del espasmo, una diversión más.

¿Te acuerdas Fidelia de Juan Calcines, aquel latonero cascarabias del risco de San Nicolás? Daba puñetazos en la pared pidiendo silencio, yo creo que de envidia y así nos acostumbramos a entregarnos sin ruido como si fuese un amor amordazado. Tiene su lado entretenido.

Esto es una vergüenza Fidelia -continuó una tarde José que se sentaba cada vez con mayor frecuencia bajo el naranjero del amorya somos abuelos, es asombroso pensar cuanto tiempo ha pasado, y continuamos enralados como cuando saltaba la cerca de la finca a escondidas de tu madre.

Y ahora que vamos para viejos, dime Fidelia: ¿nunca nadie pretendió avasallarte? Pues sí, alguno quiso alguna vez propasarse: tu antiguo amigo Mauricio Hernández quiso una vez besarme y le di tal revés en la cara que tuvo el ojo negro durante un tiempo, creo

que aún no éramos novios. Estoy segura de que siempre te ha odiado porque lo rechazé. Luego en Las Palmas cuando estabas en la prisión, recordarás que mi primer trabajo fue en una granja de San José. El hijo del dueño, un niño bobo que se las daba de guapo, llegó una madrugada borracho oliendo a bebida. Le arreé en la boca a mi manera: con un revés, fue por eso por lo que me marché a trabajar a casa de Don Antonio López Botas, en medio de todo tuvimos suerte. El motivo de mi marcha de la granja te lo cuento hoy, después de cuarenta años. Tu estabas pasándolo muy mal y no era conveniente amargarte más la vida sin causa alguna. Y tampoco quise decirte nunca el único percance que tuve de casada. Un día el cura León me invitó a entrar a la sacristía, me dijo que tenía que arreglar no se qué papel, él era recién llegado, había terminado sus estudios de cura, yo era ya mayor, creo recordar que Rubén tendría casi veinte años, pero al mirarme al espejo aun me encontraba muy atractiva. Pues bien, allí trató de acorralarme y esa vez no le di un revés de mano, esa vez agarré un candelabro que tenía al lado y le hice en la frente una coneja tremenda, no sé si recordarás que se murmuró que se había caído, estuvo un tiempo con la cabeza vendada, así querido mío, que nunca nadie me ha puesto un dedo encima. ¿Acaso no lo sabes?: la mujer ofendida rara vez denuncia al ofensor, porque de una u otra forma los hombres la consideran manchada, aunque su voluntad lo haya rechazado. Es injusto que Vds. los hombres tengan ese privilegio.

Bueno dime : ¿Y tú? Pues yo lo mismo, respondió José azorado, solo una vez Carmela la de Los Espinos, siendo casi una niña me buscó y atosigó. Pero yo no podía verla ni en pintura, así que soy un totorota que nunca he conocido otra cosa que a tí, que a mi Fidelia.

¿Y sabes una cosa José? Un grupo de lechuzas se acercaron por aquí al anochecer y Juan Alejandro las auyentó con su tiradera. Mala plaga ésta. Dijo que contó hasta cinco y entonces observó cómo una bandada de cernícalos las atacaron, expulsándolas de nuestro huerto. Es una señal maravillosa mi amado José, los jilgueros llevan años anidando en éste naranjero y ningún ave

de mal agüero se atreverá a interrumpir nuestro amor. Desde hoy me gustan los cernícalos, que por lo visto hacen de guardianes de nuestros jilgueros.

XVI

Al concluir la guerra mundial los hombres volvieron a tomar el arado, regresando a fábricas y oficinas. Las mujeres lloraron con resignación a los desaparecidos y a los muertos, calculando quizá los hijos que no pudieron tener. Se repararon las ciudades y los pueblos, los hombres ahítos de sangre y de calamidades se refugiaron en la familia, en las amistades y en el deporte, hablando en voz baja de la locura colectiva que los había sacudido. Por un momento había dado la impresión, de que la implacable selección de las especies del mundo animal se había aplicado sobre el género humano, autodestruyéndose con ensañamiento una parte de sí mismo. Como si la inteligencia no fuese el elemento cualitativo diferencial, que hace que no sean necesariamente los mas aptos los que sobreviven en una confrontación entre humanos, tal y como descubriera Darwin respecto al desarrollo de las leyes de la naturaleza y su evolución. Como las olas que vienen y van, las cosas parecían amainar otra vez, al menos en la superficie. ¿O era una tregua?

En la Aldea de San Nicolás, en el oeste grancanario, las cosas se remansaban también. Volvió a reactivarse con más fuerza que nunca la exportación del tomate. La casa Fyffes otra vez confiada, sin temor a los submarinos alemanes, volvía a pagar la fruta sobre el embarcadero, antes de transportarla para Las Palmas y desde allí a Francia, Holanda y sobre todo a Inglaterra, que era donde mejor se cotizaba.

Volvió a aumentar la superficie ocupada por la roja hortaliza, eliminando como en etapas anteriores, los cultivos destinados a la supervivencia. La cuenca del valle, aquella buena tierra abrasada, resignada siempre ante cada nueva demanda de su amo el hombre, aceptó el cambio y recibió en su seno a la renacida simiente.

Atraídos por el trabajo seguro que ofrecían las casas empaquetadoras, La Aldea empezó a aumentar rápidamente de población. Por los caminos bajaron gentes de Artenara, de Tejeda, y de Tirajana, para quedarse allí. Se establecieron, se enamoraron, se casaron y tuvieron hijos que se fundieron con aquel pueblo, dándole vigor nuevo.

El valle continuaba en manos de los insumisos, de aquella mayoría que nunca quiso avenirse con los poderosos, que con igual terquedad trataban de demostrar con papeles de viejos amaños que ellos eran los propietarios. El timón del ayuntamiento lo llevaba el alcalde Salvador Araujo, apoyado desde el púlpito por el párroco Segundo Vega, que había tomado la firme determinación de sumarse al sentimiento mayoritario. Al parecer, el Obispo de la Diócesis de Canarias, temeroso de volver a equivocarse en aquel tablero de ajedrez que casi nadie comprendía fuera de La Aldea, había permitido al cura que actuase a su libre albedrío. Solo se aventuraba de vez en vez, a aconsejar con timidez que se tensase o soltasen un poco más las riendas, caso que el viento soplara demasiado contra una de las partes.

La propiedad por su parte había dejado de ejercer una presión especialmente directa sobre los medianeros. Se palpaba en el ambiente que no se trataba de la paz, era evidente que había una tregua impuesta por las circunstancias. La familia Pérez Galdós estaba conmocionada por un acontecimiento luctuoso: el fallecimiento en los primeros días del nuevo año de 1.920, del gran Don Benito, el colosal novelista laureado, había alcanzado la inmortalidad. La familia, temerosa de que aquel inmenso acervo histórico-literario cayera en manos impropias, se desplazó a la capital de España.

La tarea con la que tuvieron que enfrentarse resultó abrumadora, la clasificación de aquellos cientos y miles de hojas, escritas con trazos clamorosamente iguales, que denotaban claridad de espíritu y objetividad. Con escasos apuntes previos, allí estaba descrita en detalle la moderna Historia de España. Sin dudas ni tachaduras, allí estaba todo, como desarrollando un guión previa-

mente establecido en aquella mente tan tenaz como genial. Novelas, episodios históricos, obras de teatro... Había que verificar todo lo que estuviera ya publicado y divulgar lo que se encontrase inédito. Había que exigir que no hubiera cortes, supresiones ni menos aún rectificaciones, desoyendo las sugerencias de esta o aquella bandería. Ahora que había muerto el gigante, los libreros se peleaban por publicar sus obras. Todo el mundo las demandaba, estudiaba y discutía.

La familia, metida de lleno en esta y otras preocupaciones, se aburre de La Aldea, y decide malvender aquella propiedad desgraciada que tanto les había costado adquirir a los derrochadores marqueses de Villanueva del Prado, en lucha además con otro noble de La Laguna, enmohecido asimismo entre casacas, escudos heráldicos y telarañas: la familia Hoyos. Agotados por aquella resistencia del agricultor aldeano, de semanas, meses, años, siglos, cuya determinación parecía transmitirse de generación en generación en aquel pueblo majadero y tenaz...

Así que, aquella enorme Hacienda ha terminado por convertirse en una pesadilla para los Pérez Galdós. La tasación ha sido peritada en unos 40 millones de pesetas acaso en cálculo conservador, pero la familia decide quitársela de encima, aún malvendiendo, pues están hartos de todo aquello. Y aun así, no es sencillo encontrar comprador, el precio -poco mas de medio millón de pesetas- es evidentemente una ganga, mas el conflicto latente que entraña frena cualquier oferta. Es difícil que nadie ose comprar una tierra a la que sus habitantes ni siquiera van a concederle la titularidad. ¿Quién compra un lío?

Y en éste punto aparece nuevamente en combate el cura León Llarena. Se le había alejado del valle, pero sólo físicamente, ahora desde Moya sigue conspirando y tratando de mover los hilos de la trama. Sabe que es profundamente odiado en su pueblo natal, rencor que él devuelve con todas sus fuerzas. Casi nadie quiso seguirle cuando propuso que el pueblo comprara a la Casa Nueva y ahora rumía la venganza, elaborando una nueva tela de araña en

la que él será ahora uno de los grandes propietarios de la Hacienda y de la Casa Nueva. ¡Ahora sabrán quién soy yo!

El cura León conoce por Hurtado de Mendoza que los Pérez Galdós están hastiados de la propiedad y que se proponen deshacerse de ella malbaratándola. Y entonces pone toda su astucia, su energía y sus dotes de convencimiento para encontrar compradores... Y los encuentra.

El cura contacta al fin con un riquísimo agricultor de la zona de Arucas al que convence para que compre, se trata de Manuel Hernández Martín, más conocido como Manuel Espuela. Está dispuesto a tomar y pagar una importante participación, él sería el socio mayoritario si aparecieran otros compradores que completaran la oferta. Y cuidando que la noticia no pueda llegar hasta La Aldea, los Pérez Galdós ofrecen a los compradores tomar 130 participaciones iguales e indivisibles, pagando entre todos el costo total, 505.000 ptas., una bagatela.

Y ante notario se reparten las 130 participaciones. El grupo de compradores está formado por Manuel Hernández Martín (Manuel Espuela) que firma 85; Juan León Larena cura de Moya, que toma 18; Juan González Romero, vecino del mismo pueblo anterior que se compromete con 12; Manuel Velázquez Sarmiento, vecino de Tejeda con 10 y finalmente Manuel Díaz Quintana, vecino de Artenara, que siempre aparece pujando por el pez grande, toma las 5 participaciones restantes. A González Romero y a Velázquez Sarmiento los ha convencido León, Díaz Quintana por su parte será además, el administrador y representante de la sociedad.

En el instrumento que se firma, los Pérez Galdós subrogan a favor de la parte compradora, las rentas de seis años que adeuda el grupo de los que se negaron a avenirse, es decir de casi todo el pueblo aldeano: la discordia se transmite como un derecho, de un propietario a otro.

Y se inicia la eterna rueda, que girando siempre en la misma dirección se reencuentra una y otra vez consigo misma: se notifica el desahucio contra cuarenta y ocho medianeros, el objetivo es

apuntar contra los más fuertes en tierras e intimidar a los mas levantiscos. ¡ Ironías del destino !: el cura León Larena actúa ahora como demandante, como propietario en papeles del 13,8 por ciento del valle, que ha escriturado a su favor una vez que ha depositado el dinero de sus dieciocho participaciones.

El acto de conciliación previo se celebra en el juzgado de La Aldea. Al comparecer el retorcido Díaz Quintana como representante de los nuevos propietarios, es recibido con abucheos, burlas y silbidos. A pesar de la protección que le brindan los gendarmes que le han acompañado desde Guía, recibe una lluvia de tomates podridos y alguna que otra pedrada. Ninguno de los más de trescientos insumisos se aviene. En Las Palmas, el periódico «El Tribuno» es literalmente devorado por los lectores, se arremete con ferocidad contra el cura León, contra «ese cacique ladrón con sotana», ridiculizando su cínica metamorfosis.

Por otra parte, reina la paz en los mercados europeos y el precio del tomate de exportación sigue subiendo. Gente nueva continúa llegando a La Aldea. Las baterías para la batalla se cargan de nuevo, un grupo de seis lechuzas fueron vistas aquel atardecer sobre el camposanto. ¿Habrán volado hasta allí para clamarle a los muertos que se levanten y se preparen para la lucha que se avecina? Una vez anochecido, las aves han emprendido vuelo de regreso hasta el barranquillo de Los Negros, donde las brujas celebran sus aquelarres y donde los caminantes prefieren hacer un rodeo para no oír llantos de niños perdidos.

XVII

La familia Jiménez está reunida en la casa de Fidelia. Como en todos los hogares aldeanos, solo tienen oportunidad de estar juntos a la puesta del sol. José está sentado en el sillón con el bastón en la mano y una zamarra sobre las rodillas, a su lado como siempre Fidelia, que le mira con ojos amorosos. Rubén por su parte está serio, preocupado como los demás de la nueva tormenta que se cierne sobre La Aldea, solo que lo disimula menos. Tiene en sus

rodillas a su hijo, a Pedrito, un niño de mirada vivaz e inteligente, que se niega a dormirse porque hay visitas. La madre del niño, la bella Susana, no tiene reparos en tratar de acicalarse las uñas, estropeadas después de haber estado triturando el grano en el molinillo casero.

Los visitantes son los vecinos, la parentela. Entra Alejandro, un cacho de hombre apenado por su hermano José, al que encuentra cada vez más marchito y entregado, y junto a él Amalia, su salerosa mujer de Agaete, siempre sonriente y de buen humor, que como en otras ocasiones, busca la cercanía de Fidelia y de la guapa Susana para contarles los chismes del pueblo, especialmente los pican-tes: enseguida susurra brillándole los ojos que en Tocodomán, Jaime y María Soledad unos muchachos recién casados, llevan cuatro días encerrados sin salir para nada. El padre de él le llevó una cesta de tunos y una garrafa de tabefe para que se alimentaran y el muchacho, que entre la juventud tiene fama de desagallado, respondió al agradecimiento tirándole por la ventana un balde de agua a su propio progenitor al tiempo que gritaba: ¡ No quiero que me molesten puñeta, que estoy ocupado!

Con sus padres entra también Juan Alejandro, que es ya un formidable mozo de 20 años, igual de alto que su padre, solo que su mirada es más taciturna, menos jovial.

La nueva noticia es que ha vuelto al valle Mauricio Hernández -informa Alejandro con voz grave- es ahora el medianero de la finca, el cabeza de familia. Desde hacía tiempo que su viejo estaba acabado, el pobre tardó en morir, no se enteraba de nada, era una piltrafa humana. Me parece que Rodrigo Hernández era el hombre más viejo del pueblo, exceptuando a Jacinto, que ese no se cuenta porque ya nadie sabe calcular qué edad tiene.

Hubo una época en que esa familia parecía apoyar la postura del cura León, pero después han cambiado, ahora parece que están más cercanos al nuevo párroco, pues es evidente que Don Segundo está con el pueblo. Por cierto, que es seguro que los dos curas están peleados a muerte, pues Segundo Vega denunció a

Juan León ante el Tribunal Eclesiástico que es un ladrón, que le había quitado propiedades hasta a la propia Iglesia. ¡Vaya cura!

Estabas hablando de Mauricio -interrumpió José a su hermano- dejemos de momento al clero con sus cosas. Lo que nos interesa saber de él, es si por fin se ha avenido o no. ¿En qué grupo está? - pregunta José a su hermano.

No. No se ha avenido, y no solamente está con el pueblo sino que ahora está volcado, habla por ahí, sin recato y sin temor, de que hay que enfrentarse a la guardia civil, que no se podrá tolerar una nueva ocupación de La Aldea como si fuéramos malhechores, que hay que hacer la revolución, eso dice, y la juventud lo oye embobada. Eso lo ha comprobado Juan Alejandro que lo ha oído hablar sin esconderse. ¿Verdad Juan? El aludido bajó la cabeza confirmando: sí, así es, murmuró lacónico.

Pues yo no me fío de ése, tío Alejandro, le interrumpe Rubén. Como sabes estuvimos hace poco en Arucas para saludar a toda la familia de Susana y sobre todo a llevar a Pedrito, porque apenas conocen al niño. Allí estaba de visita un médico de Telde, el Doctor Monzón, un señor muy serio amigo de Juan Ramírez, mi suegro. Y me quedé con la boca abierta de lo que nos contó.

Nos explicó que Mauricio estuvo poco tiempo viviendo en Las Palmas, que donde realmente se asentó durante una purriada de años fue en Telde, concretamente en Los Llanos, que es ahora la zona más populosa de allí.

Nosotros los viejos recordamos -intervino Fidelia con su misma voz de siempre llena de dulzura- que Mauricio fue expulsado de aquí por matones contratados por el que fue alcalde, por aquel Corrales. ¿Desde cuándo te has vuelto vieja? se rió Amalia interrumpiéndola. Bueno, dijo Fidelia rectificando con una sonrisa: los algo viejos recordamos como Mauricio, siendo aún joven gritó: ¡Viva la república y muera la monarquía! Y que por eso se tuvo que marchar.

Pues a lo que iba -continuó Rubén con el relato- según el médico, en Telde se contaban extraños rumores sobre Mauricio. Se hizo amigo de una familia muy rica y religiosa de Telde, gente además

muy rara. El cabeza de familia se llama Don Cayo Aurelio Van de Valle, creo recordar, caballero de abuelos holandeses o de por ahí. Se casó con una Sra. también rica de Telde, doña Josefa Calderín. Extrañó al principio que Mauricio, que nunca va a misa, se hiciera amigo de esos meapilas.

Lo curioso es que logró penetrar en la intimidad de los Van de Valle, gracias a un tal Juan Camacho, un individuo de mala catadura que estuvo muchos años en Cuba y que había contraído malas enfermedades en camas de negras y mulatas que le velaron la cabeza de mala manera. Juan Camacho estuvo sobre todo aprendiendo maleficios y malas artes de brujas, espiritistas y curanderos. Un mal bicho, que se compinchó con Mauricio.

Este sujeto le comió el seso al señorito de la casa, a Jacinto que es el hijo mayor, un muchacho endeble de muy poca salud, guapo y blanco como un argángel que se está muriendo sin remedio de tuberculosis. Dicen que es muy religioso, tanto, que habla con almas del más allá quedándose como muerto y que practica una cosa que se llama hipnotismo, que es dormir a los demás para tenerlos a su merced, fue Juan Camacho quien se lo enseñó, así como hacer mejunjes de hierbas que valen para conseguir alucinaciones del personal. Total, que hacen de todo menos trabajar, se comen sus propiedades, como dijo mi suegro Juan Ramírez todo envenenado: ¡seguro que si tuvieran que jalar por la azada para vivir, no perderían el tiempo en tales mariconadas!

Pues bien, esta extravagante familia vive en una casa grande y antigua que llaman La Vega, donde -según cuentan las criadas que una tras otra huyen aterrorizadas de aquel lugar embrujado- que de noche organizan procesiones, donde el señorito lleva la hostia en alto, siguiéndoles sus cuatro hermanas llevando velas, cruces e incienso, cosa más de hechicería que de religión según se cree, pues para hacerse perdonar sus pecados las hermanas se azotan unas a otras. El médico, que por ir a visitar al muchacho que padece continuos ataques de tos y de ahogos, los conoce bien a todos, recalcó que muy especialmente le llama la atención la

hermana mayor, que es la criatura más fea que jamás han visto sus ojos: la cabeza chica como un pepino, los brazos y las piernas largas y mal hechas, unos ojos hundidos y huidizos, una mirada de víbora ruin. Qué contraste con la siguiente, con Ariadna, rubia y guapísima, odiada por su hermana mayor, eso es más que evidente. Y luego las otras dos, que son niñas pequeñas, esclavizadas por la hermana deforme.

Las intenciones de Mauricio iban al principio por otro lado, calculaba cómo conseguir apoyo del riquísimo Don Cayo, ayuda económica para presentarse a elecciones para la alcaldía de Telde, de La Aldea o de donde fuese. Y digo que no me fío -siguió contando Rubén a su asustado auditorio por el inesperado relato- porque da que pensar que ante Don Cayo, Mauricio no le hablaba de revoluciones ni de repúblicas, sino jurando su apoyo a Don Cayo, a los monárquicos y a los ricos de Telde.

Pero un buen día, empezó a darse cuenta de que todas aquellas sesiones de hipnotismo, de apariciones, de alucinaciones y de trucos, aquellas habladurías con el más allá, encerraban enormes posibilidades que podía explotar. Podía servirle de mucho en futuras elecciones para poder ser alcalde, que ya llevaba casi cuarenta años detrás de lo mismo y ya iba para viejo.

Juró el doctor que Mauricio aprendió de Juan Camacho las malas artes y del señorito Jacinto Van de Valle -que en el fondo no es sino un comediante- una serie de gestos y de poses, de qué forma hay que colocarse para llamar la atención, cómo se debe hablar para ganarse al auditorio, sea un grupo grande o pequeño, cuando se debe alzar, apagar o engolar la voz, cuándo debe el orador mostrarse emocionado o contrito. Todo eso le podría servir de mucho en las próximas elecciones.

Mauricio -aseguró el médico de Telde- más que ambicionar el deseo de enriquecerse a costa del erario público como tantos otros, era en suma un enfermo del poder por el poder. Necesitaba apremiantemente representar a alguien, ser el primero en algo, en lo que fuese, era lo mismo, lo importante era eso: ser el primero.

Como cuando en la parroquia enfermaba de rabia -pensó José- si no era el niño elegido para hablar en público anunciando las fiestas de El Charco.

Para él -concluía Rubén- el tiempo corría y sabía adaptarse a ello, sólo que no se percataba que al cambiar el escenario y persistir en las mismas ambiciones que siempre había tenido, su figura al final sería mas patética que intrépida, mas ridícula que edificante. Al final nadie creería en él, pobre hombre.

o - o - o - o - o - o - o - o

Fidelia pensaba convencida que lo que contaba su hijo Rubén de Mauricio era cierto. Cambiaban las circunstancias y los escenarios, pero persistía en las ambiciones, inmutable al tiempo.

Lo creyó porque un día recibió una carta sin firma de un admirador anónimo. Ella, una mujer madura, intuyó que la nota era lo suficientemente significativa como para que la destinataria comprendiera quién se la dirigía, mas al propio tiempo sin que se pudiese demostrar quién era el autor. Había sido meditada cuidadosamente. Se delató además por la doblez del lenguaje, añadía en la nota la villanía de que su marido era un inválido y que ella se merecía algo mejor, que le hacía falta otro hombre. La misiva se la entregó un domingo el sacristán de la ermita, que dijo haberla encontrado dentro del confesionario con su nombre y dirección. No, no tenía ni idea de quien la había dejado allí, aseguró el acólito.

Con furia indescriptible Fidelia rompió la carta en mil pedazos y no dijo ni una palabra a nadie. Su amadísimo José no merecía que se le molestase con infamias, bastante tenía con arrastrar la cruz de su salud, destrozada en una mazmorra de Las Palmas. Paradójicamente, aquella sucia carta hizo que Fidelia amara un poco más, si cabía, a su querido José.

Y pensando llegó a la conclusión de que por parte de Mauricio Hernández constituía un desatinado intento de revancha porque un día lejano fue rechazado, y no el loco deseo de obtener un triun-

fo ahora más imposible que nunca. Ella no podía encender ninguna pasión a aquellas alturas, era pues la rabieta por una derrota que jamás asumió.

Fidelia había sido olvidada en realidad por Mauricio desde hacía mucho tiempo, lo que él no había olvidado era su propio fracaso. Pensó que era así como los que ambicionan el poder por el poder nunca olvidan sus reveses y así deforman su mente para adaptarla a las nuevas circunstancias, terminando por creerse sus propias mentiras.

EPISODIO CUARTO

I

En aquel año 1923, un ambiente tenebroso se apoderó de La Aldea. La gente hablaba con reservas, con miedo, porque nadie estaba seguro de lo que pensaban los demás, no solo entre vecinos o amigos de toda la vida, sino entre familiares e, incluso, entre padres e hijos o entre hermanos. Aquella pelea de siglos cobraba sus secuelas en el colectivo, en las relaciones humanas.

La gente cambiaba impresiones con cautela, trancando las puertas de sus hogares por temor a oídos indiscretos. En aquel ambiente de desconfianza y asechanzas era imposible una verdadera convivencia colectiva.

El país estaba inundado de huelgas, manifestaciones y sabotajes, las clases oprimidas tomaban conciencia de que su situación no era irremediable y exigían los derechos mínimos, el ambiente que se respiraba por doquier era de abierta subversión y desobediencia. En esta situación llegó la noticia de que el Capitán General de Cataluña, Primo de Rivera, había dado un golpe de Estado, se decía que con el visto bueno de la dinastía reinante.

En tales circunstancias el acontecimiento alentó al nuevo grupo de propietarios: se proclamaba que había que restaurar el orden y el sagrado derecho a la propiedad. A poco llegó al valle un destacamento de la guardia civil, que ocupó el ayuntamiento y el juzgado con una actitud pasiva pero descaradamente intimidatoria.

«Si derrotamos a los principales, a los más poderosos y a los levantiscos, los demás se rendirán, tendrán que claudicar». Así habló el cura León a sus demás consocios, que asesorados por el resentido sacerdote -que conocía como nadie al pueblo aldeano- confeccionaron una lista punitiva como si se tratara de una operación militar contra unos delincuentes comunes.

Por ejemplo, hay que poner sin falta en la relación a María Sosa Aguiar, a esa que se conoce como «La Meliana.» Algunos de los reunidos evocaron, que, según era fama, se decía que de joven María Sosa no temía fajarse a la trompada con un hombre y derro-

tarlo, habría pues que enfrentarse a una mujer toda bravura. Y por supuesto -continuó el cura- a Antonio Quintana, a ese que llaman «El Indiano», que es un soberbio además, pues ha desobedecido las órdenes que se han dado que prohíben salir a la calle con pistolas, pero él como si oyera llover. Y a la familia de los Calixtos, y a los Zamoras desde luego también.

Bien -preguntó dubitativo Hernández Espuela- ¿pero y al alcalde? Es un enemigo de la Casa Nueva muy importante. Y tanto -aclaró León - ya he estado pensando en ése. Lo más apropiado es empezar a atacar a su hijo, a Eufemiano, veremos la reacción de Salvador. Y hay otro muy influyente entre los rebeldes que no podemos olvidar -terció Díaz Quintana- que es Antonio Rodríguez Viera uno de los principales apoyos a los Araujo en el ayuntamiento. De acuerdo -terció León- pero para ello es preciso desahuciar a Da. Severa Montesdeoca, puesto que él se encarga de cultivar la parcela de la que su suegra aparece como medianera.

De momento basta con esos, dejemos a los pequeños a ver si se asustan y se avienen a comprarnos -afirmó Hernández Espuela con la voz autoritaria que utilizan los accionistas mayoritarios- a los Jiménez, los Ramos y a otros, no vale la pena tocarlos por ahora. ¿Y a Mauricio Hernández? inquirió dubitativo Díaz Quintana, ese tiene un buen pedazo, uno de los mayores. De momento no nos conviene -informó el cura León- el otro día estuvo en Moya, en la parroquia, vino a verme en visita de tapadillo y puedo asegurarles a Vds. que se encuentra entre Pinto y Valdemoro, como dicen en la Península. Probablemente dentro de poco conseguiré que se avenga, de momento es mejor dejarlo. Y cuando entre por el aro con vendría hacerle un trato de favor, tengan en cuenta que, con seguridad, será el próximo alcalde aldeano y que estará con nosotros sin duda.

La vida en el valle daba la impresión de que daba siempre la vuelta en redondo y que se generaban las mismas situaciones una y otra vez como si el tiempo fuese inmutable. Lo único inamovible parecían ser los riscos que lo encerraban, la montaña arisca que

bajaba desde el pinar de Inagua y de Tasarte y por el norte el barranco del Furel que conducía a Tirma, al rumoroso Tamadaba y mas allá.

Por eso, cuando cincuenta números de la guardia civil montados a caballo, ocuparon el pueblo bajo el mando de un oficial, todo el mundo recordando la historia que se repetía invariable, tuvo la seguridad de que se preparaban otra vez los desahucios. E indudablemente la certeza por parte de los gendarmes, que los demandados se iban a negar a abandonar sus huertos, que iban a utilizar también la violencia.

El alcalde Araujo, por su parte, niega a la tropa cualquier clase de colaboración: acampen sobre las piedras de Las Marciegas si quieren -les dijo-, así a lo mejor con la marisma se les ablanda el alma, aquí en el pueblo desde luego no. Y tomando los candados del ayuntamiento y del juzgado, los cerró a cal y canto llevándose las llaves para su casa. Tuvo que ser la malquerida Casa Nueva quien cargó con el costo del alojamiento, exigiendo ayuda a sus empleados, que refunfuñando maldiciones por lo bajo, tuvieron que acoger a determinados números en sus casas y atender a sus cabalgaduras. El grueso de la tropa se alojó en el propio edificio de la Casa Nueva, desoyendo al alcalde.

El aislamiento entre el pueblo y sus ocupantes fue total, una barrera infranqueable por la incomprensión y el desprecio. Un día a media mañana, un sargento se acercó a la tienda donde varios campesinos tomaban en silencio unas copas de ron. Los hombres se dispersaron para sus casas sin ni siquiera responder al saludo del militar. Horas después un número preguntó una dirección a un niño que jugaba en la calle. El muchacho echó a correr asustado para su casa sin contestar a la pregunta.

A los pocos días, en un buque de guerra desembarca el general Monteverde, la noticia produce confusión, así como división de opiniones. ¿A qué vendrá aquí ese personaje? ¿Qué querrá proponer? Casi a empujones, los gendarmes conminan al pueblo a que se reúnan en La Plaza, se trata nada menos que del general

Monteverde que desea hablarles, es el gobernador de Las Palmas y viene representando al gobierno de Madrid, según se dice.

Bajo un silencio sepulcral, su voz resuena afónica y casi inaudible en La Plaza. Propone un laudo al que las partes habrán de someterse, pero ni unos ni otros aceptan la propuesta. A los nuevos propietarios les asusta el incendio del comunismo y temen que el gobierno traiga la consigna de hacer concesiones; los campesinos por su parte adelantan que de ninguna forma comprarían lo que ya es de ellos. Fue Mauricio Hernández quien boicoteó la asamblea, gritando desde una de las últimas filas: ¡No hagan caso a ese gallo empenachado!

Al día siguiente, el general, visiblemente despechado, embarca nuevamente en dirección a Las Palmas. Monteverde se marcha, mas la guardia civil se queda ocupando La Aldea.

Nunca habían sido vistas lechuzas en Las Marciegas. Fueron ojeadas por un pescador que trataba de capturar lisas en el charco sagrado, que tras contarlas aseguró que eran siete. Los incrédulos alegaron que por incumplir con aquel precepto no escrito, que nadie podía pescar allí hasta la fiesta de Septiembre, Dios lo castigó con aquella visión siniestra...

II

Los nuevos accionistas de la Casa Nueva se la tienen jurada al vecino Antonio Rodríguez Viera. Especialmente el cura León Larena y el administrador Díaz Quintana tienen muy presente que es hijo del que fuera sacristán de la ermita Antonio Rodríguez Molina, individuo que se asegura que fue uno de los organizadores del asesinato del secretario Diego Remón y que, al igual que otros instigadores principales, quedó inmune.

Rodríguez Viera continúa la línea familiar, es uno de los principales activistas contra la Casa Nueva y por si fuera poco, concejal incondicional del alcalde Salvador Araujo en el ayuntamiento. Así, que calculan matar dos pájaros de un tiro.

Pero el problema es que, para poder actuar contra Antonio Rodríguez, tendrán que proceder contra su suegra Da. Severa Montesdeoca, vieja rabiosa e irreductible que vive cerca de Las Marciegas. Ella es la medianera titular.

Bueno: ¿por quién empezamos? -pregunta impaciente Hernández Espuela- elijan ustedes, pues conocen el paño mejor que yo. Pues empezaremos por Severa y luego continuaremos con los otros, determinó el cura León con voz agria. Si hay resistencia a los desahucios, la guardia civil entrará a culatazos, hay que respetar la ley, el orden y los papeles escritos. Pues no faltaría mas, rezongó. El cura León no se percató de la mirada de ironía, envuelta en sutil desprecio, que le lanzó Hernández Espuela. Hacía algunos años había gritado en el púlpito exactamente lo contrario.

III

Cuando se va a llevar a cabo el desahucio contra la casa y la finca de Da. Severa Montesdeoca, unas dos mil personas invaden la finca y la casa de los terrenos cultivados desde generaciones por aquella familia. Tratan desesperadamente de protegerla, de impedir el lanzamiento: hoy por ti y tal vez mañana por mí, piensan los convecinos.

Al fin llega la comitiva fatídica, al frente marcha el juez de Guía acompañado de Díaz Quintana que representa a la propiedad. Aparecen escoltados por algunos gendarmes que los protegen desde Guía, la guardia civil a caballo les presta cobertura.

El que está ausente es el párroco Segundo Vega: esta vez el obispo ha salido de titubeos y ha prohibido expresamente al sacerdote marchar a Las Marciegas, no debe mezclarse en el tumulto bajo ninguna excusa, ésa es la orden. Como si se sumara a la indignación popular, el mar ha amanecido gris y tempestuoso, las gaviotas parecen huir de los tricornios, volando hacia el horizonte...

La guardia civil se abre en abanico, pataleando sus fogosos caballos sobre el polvo de aquella tierra fértil. Y después de corta espera, recibe la orden del oficial de la tropa de desenvainar los

sables, avanzando en formación hacia la modesta vivienda de la desahuciada. La multitud se mantiene de momento firme, conteniendo el aliento, se dice que la anciana continúa encerrada allí, acompañada de un misterioso visitante. La milicia dispersa a los manifestantes repartiendo sablazos y culatazos, a quien agarran sin ningún miramiento, mientras recibe insultos y pedradas.

Los impotentes espectadores ven cómo la guardia civil derriba a patadas la puerta de la casita, acompañados a prudente distancia por Díaz Quintana, el juez y los gendarmes del juzgado de Guía.

Tardan algún tiempo en salir ¿que estará sucediendo dentro del hogar? Finalmente se oyen gritos y la vieja es sacada a rastras. Un grupo de exaltados aldeanos se acerca a la guardia portando palos y azadas, pero son dispersados por descargas de fusilería al aire.

Cuando al día siguiente el juez titular de Guía, tomó declaraciones al teniente de la guardia civil, a Don Gaspar de Sandoval y Ruifernández, para completar el atestado de la ocupación de la finca cultivada por la medianera Da. Severa Montesdeoca Melo, nadie, ni siquiera el propio juez quiso creer lo que contó.

Aseguró el militar que, tras comprobar que la puerta estaba trancada y que se negaban a abrirla, se vieron forzados a derribarla. Al entrar -explicó- percibimos a la terca anciana sentada tranquilamente en una silla delante de una especie de altar, la habitación estaba cerrada, medio a oscuras, por lo que tardamos tiempo en distinguir qué es lo que había allí dentro. Oía además de una forma extrañísima, algo así como a hierbas quemadas, sentí un leve mareo al aspirar aquel aire fétido. Delante del altarcito estaba un vecino de La Aldea, un tal Mauricio Hernández, aparentemente tranquilo. Unas velas pequeñas le iluminaban fantásticamente de abajo hacia arriba, se asemejaba a un cadáver. Observamos también que a cada lado del altar estaban colocados dos cuervos disecados. Mauricio se mostraba en actitud meditativa y, en cuanto nos vio, extendió teatralmente sus brazos hacia adelante, moviendo las manos como si pretendiera hacer algún pase magnético.

Entonces comprobamos asombrados cómo Mauricio empezó a levantarse del suelo unos centímetros, flotando en el aire. Había dado órdenes de que solo penetrara en la casa junto a mí, un número de la tropa, un tal Eduardo Sánchez, hombre tuerto y con la cara cortada en una antigua pelea. Eduardo que es un bruto, que se jacta siempre de que él no va a misa y que no cree en milagrerías ni en trucos, le pegó un culatazo a Mauricio sin miramientos de ninguna clase, dejándolo despatarrado en el suelo como si fuera una rana. Acto seguido tomé a Da. Severa de un brazo y ella se revolvió furiosa, mordiéndome con rabia en una mano. Entonces, ya harto, la saqué a rastras de la casa y me la traje aquí a Guía, a la prisión.

Vine por mar según me aconsejaron, me recomendaron que no pasara por el barranquillo de Los Negros por si acaso los más exaltados del pueblo hubieran preparado una emboscada. Eso es todo señor juez.

IV

Dispuestos a terminar de una vez por todas, los nuevos propietarios preparan seguir atacando a los peces gordos y a los líderes más significativos, a los que durante la guerra europea llamaron «los alemanes», probando el temple de los demás con la esperanza de que capitulen.

Así, en aquella funesta primavera de 1924, la expulsión de Da. Severa de sus tierras, que tuvo que acogerse a la caridad de unos parientes, pareció una premonición amenazadora de que se acercaban tiempos terribles.

Ahora le toca el turno a Eufemiano, hijo del alcalde Salvador Araujo, familia enemiga de la Casa Nueva sea quien fuere, quien esté al frente : el marqués de Villanueva del Prado, o Marcial Melián, o Corrales, o los Pérez Galdós, o el cura León, o Hernández Espuela. Su estirpe nunca se ha sometido a ninguno.

La familia Araujo cultiva amorosamente una huerta extensa junto al barrio conocido como El Hoyo. Esta vez son unos mil qui-

nientos vecinos los que invaden la finca amenazada de desahucio. Muchos hombres recibieron golpes brutales por su solidaridad con Da. Severa y sus mujeres gritando con furia, los han encerrado bajo llave en sus casas. ¡Cómo te atrevas a salir -amenazaron- los palos míos te van a doler más que los de los civiles!

Como una copia de lo ocurrido cerca de Las Marciegas, comparece el juez de Guía, acompañado de sus gendarmes y del despreciado Díaz Quintana. Otra vez la guardia civil, montada en caballos de raza y comandada por Don Gaspar de Sandoval y Ruifernández, ejecuta la operación militar de cerco contra los manifestantes.

Mauricio, el líder de los pobres, subido a un montículo lanza un ardoroso discurso a los congregados, incitando a la multitud a no abandonar el lugar y a atacar a los guardias con guadañas, palos y piedras. Pero se repite la historia: cuando los gendarmes entran repartiendo con furia golpes bestiales, la gente se dispersa desparorida, maldiciendo con rabia su mala fortuna contra el cielo y la tierra. En medio de la confusión de la refriega, Mauricio pareció volatizarse misteriosamente, nadie lo vio durante la pelea.

¡De aquí no me saca nadie! Grita dramáticamente Eufemiano, que se ha plantado delante de su casa con los brazos en jarras. Mas un grupo de civiles con los sables desenvainados, lo rodean y lo golpean con furia en la cabeza, derribándolo a tierra. Allí se queda inmóvil, como si estuviera muerto.

Cuando unos y otros abandonan la finca, aquella buena tierra abrasada pareció asemejarse a un campo de batalla. Esparcidos como si fueran los malos frutos de la guerra, allí quedan ropas, enseres, trozos de palos, cañizos para los tomates, ceretos destrozados, fruta pisoteada. Eufemiano Araujo sangra abundantemente por la cabeza, lentamente recupera el conocimiento y es ayudado por algunos vecinos inmunes al temor.

La cancela de la puerta está astillada por los golpes y allá al fondo, junto a un grupo de arbustos, queda en el suelo un tricornio roto, junto a un cuajarón de sangre.

A la noche, un miembro del retén de gendarmes juró que vio como una lechuza parecía montar guardia sobre el tricornio partido y que a su lado, le acompañaba un grupo de esas aves de mal agüero. Tuvo la serenidad de contarlas y juró que eran ocho. Espantadas a pedradas, volaron en dirección hacia el barranquillo de Los Negros.

V

Bien metida la tarde, José Jiménez Ventura y Fidelia Ramos Déniz están sentados juntos en la parte de la huerta más amada por ellos, la que colinda con la puerta que sale de la cocina. Su mutuo amor parece tan inmutable como los roquedos que aprisionan el cauce del barranco aldeano y que al anochecer se dibujan contra el cielo.

Allí está el abuelo prematuro, el inválido sentado en silencio bajo la luz de la luna. A su lado Fidelia aún entera, está también pensativa. A cualquier espectador invisible podría darle la impresión de que el cordón umbilical que ata a José Jiménez a la vida, es el amor, que es el sentimiento más universal en todas las razas y pueblos, quizás el más subjetivo y hasta cursi, si se quiere, pero al mismo tiempo grandioso. ¿Habría sido eso siempre así?

Dime Fidelia -rompe el silencio el marido- en toda pareja debe existir mas allá del deseo, la necesidad de perpetuar la extirpe a través de la procreación, que en cierto modo es un intento secreto de prolongarse uno mismo. Pero ¿por qué has sido tú y no otra? ¿En que ha consistido el que ambos nos hayamos sentido irremisiblemente atraídos?

No sé decírtelo José, pero quisiera explicarte que ahora mismo te veo de dos formas distintas en uno solo. Te miro como eres ahora, con tus canas y tus manos arrugadas, pero también te recuerdo como eras cuando saltabas la cerca de noche para decirme que me querías ¿Y sabes por qué me acuerdo especialmente en éste momento? Porque cuando me besaste por vez primera era un atardecer como en este instante, exactamente igual, la luna llena estaba subiendo hacia lo alto; en el huerto se olía el alhelí y

porque al igual que ahora -¿lo recuerdas?- la puerta de entrada desde la cocina al huerto chirriaba movida por el viento, la dejaba sin engrasar, para estar prevenidos de sorpresas inoportunas.

o - o - o - o - o - o - o - o

Pero llegó entonces una visita inesperada que rompió el encanto de aquel instante. Era ya bastante tarde y se trataba del párroco Don Segundo Vega: ¿qué? ¿paseando a estas horas? -saludó con tono cordial Jiménez- no esté de pie ahí, pase y siéntese un rato, hay tiempo, la luna acaba de salir y durará toda la noche. Pues venía a verlos a Vds dos -dice el sacerdote- para hablarles del pequeño Pedrito, de su nieto.

¿De Pedrito? Pues sí -afirmó el cura con tono un tanto misterioso- es un niño listísimo, con solo cinco años llama la atención la memoria que tiene. Es asombrosa la facilidad que tiene para aprender.

¡Espérese Don Segundo! -terció Fidelia- porque si vamos a hablar de Pedrito, es mejor que vaya a avisar a sus padres, ahora los llamo, la madre debe de estar ya acostándolo.

A poco compareció Rubén, que recordaba extraordinariamente a Fidelia, con Susana su mujer, que se mantenía hermosa y lozana, sus pechos eran prominentes y con un tipo aún perfectamente contorneado. Se había adaptado bien al duro ambiente aldeano de clima mucho menos amable que su Arucas natal y había sabido sacrificar los pequeños lujos que tuvo en su juventud, integrándose plenamente en la familia de su marido. Sin embargo, madre e hijo mantenían un poco una unidad aparte, se sentaban en un rincón durante largos ratos, secreteándose y riéndose como dos niños que se cuentan sus confidencias, divirtiéndose a hurtadillas, como cuando juegan y se relatan sus travesuras.

¡Es mejor sacar los bancos al huerto, aquí fuera! -propuso José- el tiempo es hermoso, se ven multitud de estrellas, aquí estaremos bien. Una vez acomodados, el párroco confirmó que estaba asombrado del talento del muchacho. El maestro le había comentado

que en solo unos meses había aprendido a leer y a escribir correctamente, que nunca había tenido un alumno que aprendiera tan aprisa, pero lo que a él personalmente le había pasmado era la memoria de Pedrito. Y lo bien que se expresaba cuando lo hacía hablar para toda la clase, como si se dirigiera a un gran público invisible. La visita la resumió el párroco, pidiéndoles a sus padres el mayor esfuerzo posible para que el niño continuara estudiando.

¿Y cómo andan las cosas entre el obispo y el cura León? preguntó Rubén desviando la conversación. Don Segundo torció el gesto y se tomó una pausa como pensando qué debía contestar.

El obispo me ha ordenado que me aleje de cualquier enfrentamiento, que no apoye a los que traten de evitar los desahucios por medio de la violencia. Que solo apoye a los desahuciados desde el púlpito, desde el punto de vista cristiano si así me lo dicta la conciencia, pero que nada más. Tengo la obligación de obedecerle.

En cuanto a León Larena prefiero no saber nada y que no me pregunten nada de él. Como habrán oído, lo denuncié al Tribunal Eclesiástico cuando pude comprobar, en el registro de la propiedad de Guía, que había anotado a su favor -no sé como- una serie de tierras pertenecientes a la Iglesia en La Aldea. Furioso tuvo que devolver los bienes que había robado, porque de lo contrario se arriesgaba a ir a prisión, el señor obispo se lo advirtió con toda claridad.

Y eso que no puedo quebrantar el secreto de confesión de algunas mujeres de este pueblo -siguió Vega ahora en tono alterado tras persignarse- ¡Dios mío lo que he tenido que escuchar! Lo que no acierto a comprender es cómo el cura León puede conciliar su conciencia con la moral que dice defender. No sé, debe tener la mente dividida, no lo entiendo.

Pero vine andando a Mederos no solo para hablarles de Pedrito, sino también para avisarles de otras noticias que no son nada agradables. Después de los desahucios contra Da. Severa Montesdeoca y la familia Araujo, la guerra se traslada ahora hacia aquí, hasta Mederos. El próximo desahucio será contra los casi vecinos de

Vds., contra la familia de los Zamoras.

¿Dios mío, quiénes serán los próximos? - clama Fidelia alarmada poniéndose en pie. Nosotros tampoco nos hemos avenido con esos malditos caciques. Y temo sobre todo por mi cuñado Alejandro, por tu hermano mi querido José, tengo miedo porque es un hombre bueno, pero por momentos tremendamente violento, le he oído gritar fuera de sí que matará a alguien si intentan echarlo de aquí, que se llevará por delante a quien sea.

Tranquilízate Fidelia -trató de apaciguar los ánimos el sacerdote- no lo creo, a los propietarios no les interesa provocar a los pequeños por ahora, eso es evidente. Y además hay otra cosa, la salud de tu marido actúa como freno para la Casa Nueva, lo sé con seguridad. Saben que José era empleado de la empresa y por esa circunstancia se quebró su salud para siempre, porque le ordenaron acompañar al secretario Diego Remón. Si queda algo de conciencia en este mundo, eso tiene que pesárles...

Pero a nivel político también se huelen cambios. Hablé con el juez de Guía, lo conozco desde hace bastante tiempo y me he quedado asombrado de lo que me contó. El oficial de la guardia civil que entró a la fuerza en la vivienda de Da. Severa declaró bajo juramento que, cuando fue a sacarla, estaba dentro Mauricio, solo, como un valiente, protegiendo con su cuerpo a la anciana. Hizo entonces un prodigio como para advertir a la guardia civil que estaban cometiendo un acto injusto: empezó a elevarse del suelo y se quedó en el aire. El número que acompañaba al oficial, un individuo tuerto y siniestro lo derribó de un culatazo, llevándose luego detenida a Da. Severa, a pesar del prodigio presenciado. La han condenado a siete meses de prisión, que debe cumplir en la cárcel de Guía, acusada de delito de resistencia a las fuerzas del orden y a la justicia.

Luego, días después, Mauricio arengó al pueblo a atacar a los guardias civiles para que no echasen de allí a los Araujo.

Como consecuencia de todo ello, cuando vine hacia abajo hace una hora, unos gendarmes estaban pegando avisos en las pare-

des y en los árboles del camino, declarando a Mauricio prófugo ante la ley. Está en busca y captura.

Según rumores está escondido en Güi-Güi y ha proclamado que está preparando la revolución social, que en su momento aparecerá con un ejército de campesinos desde la cumbre y que bajará al llano para derrotar a la guardia civil e implantar el comunismo total. Él será entonces el comisario político de toda la isla de Gran Canaria, una especie de capitán general.

Está en Güi-Güi -pensó Jiménez en alta voz- donde también se escondió Crisanto Espino, Cho Santos, cuando se supo que había sido uno de los asesinos del secretario. Es un buen sitio para esconderse, aquello es un laberinto donde es fácil entrar y muy difícil salir.

Pues ahora que lo dices -informó el cura- Crisanto fue visto hace poco en Las Palmas por Clara, la viuda de Remón. Iba sobre un carro y Clara presa de histerismo lo denunció porque estaba suelto, mas en el juzgado, tras examinar el expediente, el juez la convenció: «ese hombre ya pagó lo que hizo, váyase tranquila que a Vd no le pasará nada.»

Y personalmente les voy a dar mi opinión sobre Crisanto: más que de un perverso se trata de un pobre desgraciado, un analfabeto al que engañaron los caciques de La Plaza con falsas promesas y al que luego dejaron solo. Tan malo no debe ser, cuando ha pedido a un sobrino suyo que el único deseo que le queda es que cuando muera, su cadáver sea llevado a La Aldea y enterrado aquí, en la tierra que le vio nacer. Quien ama así a su tierra no puede ser tan perverso.

Un espeso silencio se hizo en los reunidos, mientras degustaban el café que Fidelia les había servido. Pero al minuto, Don Segundo volvió a tomar la palabra, centrándose de nuevo en el tema político, por lo visto tenía mucho que contar.

Pues como les estaba diciendo -continuó- Mauricio se presentará para alcalde en las próximas elecciones, y por lo que he captado en la calle, esta vez ganará, se ha comentado por todos sitios

lo de la levitación, hasta el obispo se enteró y me escribió, preguntándome si había habido un milagro aquí en La Aldea o algo por el estilo.

Yo le expliqué que ese hombre de santo no tiene nada, sino que tiene un magnetismo especial para atraer y embaucar a la gente. Alguien sin duda le ha enseñado cómo moverse, cómo decir las cosas y cómo hablar. Pero lo cierto es que tiene con él a la juventud, como embobada.

Pues yo no creo en nada de eso -le interrumpió furiosa Fidelia con la voz tan alterada que sorprendió hasta a su marido- sepa Vd. que todos esos trucos y milagrerías los aprendió cuando estuvo viviendo en Los Llanos de Telde, en una casa de espiritistas y de alucinados, unos locos que hablan con los muertos, que se azotan unos a otros para perdonarse los pecados y que practican ritos satánicos. Nos han asegurado que todo eso se lo enseñó un hombre del sur de la isla, un tal Juan Camacho, que emigró a Cuba y que es un santiguador y un brujo, una mala persona que practica también el mal de ojo.

Yo no creo que Mauricio gane las elecciones -termina Fidelia en un puro grito- porque es un farsante y aquí en La Aldea todo el mundo lo sabe, aunque tal vez de momento los más jóvenes no sepan de sus brincos y de sus balanceos de siempre. Y si por casualidad gana, tomaré los bártulos y me iré a vivir a otro lado. Es un canalla y yo lo sé.

Que sigan los Araujos o el que sea, menos ese. Si le votas a un blanco sabrás que es blanco y si le votas a un negro sabrás que es negro, pero si le votas a Mauricio, no sabrás a quién has votado, ni con quién pactará después.

VI

Alentados los nuevos propietarios por la ocupación «manu militari» de las huertas de los medianeros Severa Montesdeoca Melo, de la familia Araujo y sobre todo, por la seguridad que ofrece la presencia de la guardia civil en el pueblo, ya planean el tercer asalto: el lanzamiento del vecino Dionisio González Segura. Pero

quizá no se percatan, de que al tensar tanto la cuerda se puede romper por el lado que menos suponen.

En toda la prensa de Canarias, con mayor o menor virulencia, se apunta la necesidad de encontrar otras soluciones, negociar algún tipo de arreglo que evite los hechos violentos que se suceden una y otra vez. Se advierte que se está traumatizando a toda una comarca, que sufre una peligrosa psicosis de acorralamiento y de guerra.

Algunos periódicos se atreven incluso a censurar la falta de humanidad, la brutalidad de las fuerzas armadas, y además, el despotismo, la crueldad y hasta la desvergüenza de algunos de los miembros del consorcio propietario, a los que irónicamente se les recuerda su pasado.

A la familia de Dionisio González Segura se la conoce desde hace generaciones bajo el apelativo de «los Zamora», aunque nadie en el pueblo recuerda el motivo. Cultivan tres fanegadas de tierras de regadío de primera calidad, con algunos vistosos palmerales que parecen adornarlas, es sin duda un exquisito bocado que el grupo propietario, capitaneado por el altanero Hernández Espuela y el vengativo cura León, desean explotar en su provecho.

Ninguno de los recientes miembros de la Casa Nueva se atreve a vivir en La Aldea, ni siquiera a circular por sus calles si no es bajo la protección de la gendarmería. Hernández Espuela -como se le conoce- alterna su domicilio entre Las Palmas y Arucas; el cura León Llarena y Juan González Romero residen en Moya; Manuel Velázquez Sarmiento en Tejeda; mientras que Manuel Díaz Quintana ha delegado en un hijo suyo que asimismo es vecino de Artenara, aunque estudia en Las Palmas.

Incluso los principales empleados de la Casa, temerosos del desprecio manifiesto que le muestran sus propios convecinos, han preferido seguir el consejo de las fuerzas represivas, marchándose a vivir a comarcas limítrofes.

El oráculo del pueblo, el viejo Jacinto, que ya es solo un pellejo

inmóvil al que sus tataranietos llevan a tomar el sol amoroso de aquellas tardes encajonadas y retirándolo con la fresca, aún tiene no obstante relámpagos de lucidez.

Si esto sigue así -ha sentenciado- dentro de poco la mitad de los aldeanos estará viviendo fuera del valle, odiando a la otra mitad que se quedará a pelear por este pueblo de locos. Algo habrá que inventar maldita sea, porque son las montañas las que nos han encerrado en ésta olla que nos obliga a vivir juntos, eso es lo que sucede.

El día 8 de Junio de 1926, la tropa está acuartelada en el casco del pueblo, comiendo y hartándose de beber en ruidosa francache-la. Es mejor así -comenta con una risotada uno de los oficiales de la tropa a un sargento que está a su lado- pues con la bebida se pierde la compasión, no quiero que luego nadie tenga remordimientos de conciencia, no somos una compañía de monjas de clausura. Y lanzando un sonoro eructo, se pone en pie y grita: ¡Dentro de quince minutos salimos para la fiesta, preparen los caballos, abróchense el correaje y revisen el armamento!

Mientras el vecindario acecha a la tropa, en cada hogar aldeano tiene lugar idéntica lucha entre el miedo y la rabia. La balanza se inclina mayoritariamente a favor del rencor y así, el pueblo se ha ido desplazando poco a poco en dirección al mar, hacia Mederos, para intentar evitar por tercera vez, la ocupación y el lanzamiento de una familia, de los Zamora, compuesta por Dionisio González Segura, de su mujer María Godoy y de sus tres hijas, aún niñas.

Nadie ignora la brutalidad que van a emplear los gendarmes si hay resistencia, y a pesar de todo acuden en defensa de aquella familia, acaso con la secreta esperanza de que tal vez llegue el momento en que la compasión pueda hacer mella en aquellas corazas -de plomo las calaveras- que a lo mejor también tienen corazón.

A las tres de la tarde se pone en marcha la comitiva en dirección a Mederos, los caballos con más ganas que los gendarmes, que flatulean groseramente por el vino y la copiosa comida. Los oficiales permiten cierto relajamiento a la tropa, permitiéndoles contar y

reír chistes como si fueran de jarana.

Cuando llegan a la finca se encuentran que está ocupada por unos mil quinientos vecinos. Dentro de la casita está encerrada la aterrorizada familia, el matrimonio, las tres hijas, así como los suegros y hermanos de los esposos, que se preparan para una defensa desesperada.

Esta vez Mauricio no se encuentra entre la multitud, se ha encargado de divulgar la excusa de que por esos días tendría que trasladarse a Las Palmas para asuntos urgentes de familia. «Gato escaldado -ha comentado Jacinto en La Plaza al enterarse- huye de los culatazos. Una cosa es hablar bonito y otra aguantar palos.»

Como siguiendo una consigna, la represión contra los aldeanos es aún más salvaje en esta ocasión que en anteriores lanzamientos. Tras rodear la huerta y situar a la caballería en forma de abanico, el comandante en jefe grita: ¡Arrastren por todo lo que encuentren! ¡Marchen! A culatazos dispersan a la multitud enfurecida, que envía en respuesta una lluvia de piedras que hiere levemente a algunos guardias. Responden éstos disparando al aire y repartiendo sablazos con saña sin igual.

Al penetrar en el hogar de los Zamora, se abalanzan contra sus ocupantes sin ningún aviso, son tantos los golpes que dan a los familiares, que varios caen al suelo como muertos. Las tres niñas lloran y gritan de espanto arrimadas a la pared, el resto de la desvanecida familia es sacada de la casa arrastrada por los pelos de la cabeza. Quedan sin conocimiento sobre el polvo de aquella tierra fértil, que es regada con la sangre que mana de los cuerpos de quienes durante años, la mimaron y la obligaron a dar fruto.

En el exterior, el castigo es igualmente inmisericorde, otras cinco personas quedan tendidas en el suelo, sin conocimiento.

Y tras la batalla, hace entonces su aparición el cura Vicente Bautista Alamo, un hijo de La Aldea, que es el nuevo sacerdote designado por el obispo. Segundo Vega ha sido bruscamente trasladado a otro lugar, se dice que se ha enfrentado al prelado, al que ha comunicado su determinación de participar con el pueblo y tra-

tar de impedir el lanzamiento de los vecinos demandados.

El nuevo párroco también es un ardiente defensor de los intereses de los medianeros, pero obedece al obispo y no interviene directamente, se mueve mejor entre despachos y salones de abogados y autoridades, desde donde con mejor utilidad defiende con fuerza la causa aldeana.

En el pueblo goza de gran autoridad. Se sabe que ha rehusado cualquier contacto con el cura León Llarena, que continúa en Moya planeando operaciones de venganza contra aquel pueblo atormentado. El cura Vicente llega portando los santos óleos, pues se ignora si los apaleados están graves, moribundos o incluso muertos.

Con la ayuda de familiares y amigos, atiende a los heridos que se recuperan lentamente. Pero hay desgracias irreparables: una mujer pariente de la familia de los Zamora, aborta allí mismo. Se encontraba en avanzado estado de gestación y ha recibido una patada de un gendarme.

Son detenidas nueve personas, entre ellas cuatro mujeres, que se han mostrado aún más combativas que los hombres. Acusadas de promover los disturbios así como de resistencia a la autoridad, los nueve detenidos son conducidos presos a la cárcel de Las Palmas.

En el telegrama que es enviado por el Presidente de la Audiencia Territorial de Canarias al Ministro de Gracia y Justicia, tras detallar el número de detenidos, añade que: «quedaron tendidas sobre la tierra varias personas que fingían estar desvanecidas».

Dicen que ese día no se observó ninguna lechuza en el valle. Jacinto aseguró que huyeron asustadas de aquel escenario tenebroso y cruel. Llegada la noche nadie durmió en el pueblo, los niños gemían tragándose las lágrimas acurrucados en sus camas, mientras los hombres y las mujeres silenciosos, sentados a la mesa en sus casas, interrogaban abatidos a la llama del quinqué situado frente a ellos, intentando comprender si aquella maldición de siglos era un castigo por alguna fechoría colectiva, o era por el contrario la purificación de sus vidas por medio del martirio.

Como respuesta, un trueno estalló en la cabecera del valle al-

deano, rodando hacia el mar anunciando una tormenta de verano. El rumor, repetido entre las paredes rocosas que lo encierra, parecía insistir con el eco el interrogante del por qué de aquella vida absurda y sin sentido: ¿hasta cuándo? ¿hasta cuándo? - preguntaba...

o - o - o - o - o - o - o - o

Días más tarde unos pasajeros se embarcan furtivamente en el «Adán», un barquito de pesca de velas remendadas que parte navegando en bolina con rumbo a Tenerife. Viaja una comisión de atribulados aldeanos, que marchan para quejarse al Gobernador Militar de la brutalidad de la represión. Han embarcado silenciosamente, de noche, por la punta de La Aldea, un kilómetro al sur del embarcadero. El pequeño muelle no se puede utilizar porque la guardia civil impide la entrada. En el puente de madera sobre el barranco que construyó hace años un alemán ambicioso, hay apostados también una pareja de civiles, lo mismo que en otros accesos a los caminos hacia otras comarcas, se trata de un pueblo cautivo, sitiado, como si hubiera sido declarado en cuarentena al estar contaminado por la peste.

La comisión regresa aún más desalentada que a la partida. Después de humillante espera, el Gobernador regaña a gritos a los aldeanos, intimidándolos encima con la amenaza de «enviar más guardias civiles si fuere preciso.» Le echa la culpa al pueblo de la violencia ejercida contra él mismo. ¿Estará el mundo entero contra la pobre Aldea? ...

Y en aquel ambiente de desamparo se convocan las nuevas elecciones municipales. ¿A quién volverse pidiendo ayuda? Tal vez lo mejor sea votar a Mauricio, que nos promete desde la clandestinidad un motín desesperado que nos conduzca hacia la victoria, hacia la liberación de aquel oprobio.

Se pensaba que el otro candidato iba a ser el propio alcalde, Salvador Araujo, más visiblemente desalentado manifiesta que se encuentra muy cansado y aunque solo sea por respeto a la memo-

ria de sus antepasados, necesitará ahora tiempo para luchar en los despachos de abogados, afirma que está moralmente obligado a tratar de recuperar la parcela que durante siglos ha cultivado su familia. Insiste en que alguien más joven que él debe sustituirle, propone al grupo municipal en el poder, la candidatura de Simeón Ramos. La gente madura, se olfatea en el aire una rara desconfianza hacia Hernández, lo mejor será proponer a otro candidato, a alguien nuevo. La juventud menos precavida o acaso más generosa en el olvido, parece seguir a Mauricio.

Simeón Ramos acepta de mala gana, convencido de que solo podrá vencer si se produce un milagro. Al frente tendrá nada menos que a Mauricio Hernández, al ídolo de la juventud, que ha prometido a los aldeanos la batalla total hasta la ruptura de las cadenas.

VII

El día 6 de Octubre de 1926, el cura Vicente está dando clases de Doctrina cristiana en la ermita. Y al terminar la lección llama a su alumno más aventajado, al vivaracho Pedrito Jiménez y le anuncia:

Llévale ésta carta a tu abuelo, la ha traído el veredero desde Las Palmas, no te olvides. Y no te vayas a jugar por ahí que la puedes perder, vete enseguida a Mederos. ¿Oíste? Sí padre Vicente, descuide, que voy a tiritito. Y poniéndose en pie de un salto, parte a correr carretera abajo.

Cuando llega el nieto con la misiva, Fidelia está encendiendo la bujía de la habitación central. José Jiménez se encuentra sentado en el sillón y rompe el sobre que -cosa extraña- está cuidadosamente lacrado. Carraspeando se apresta a leerla en alta voz.

Las faenas en el huerto han terminado, en Octubre los días son bastante cortos y cae una ligera llovizna. Por eso también están presentes, Rubén, la bella Susana y el pequeño Pedrito, aun con la respiración agitada por la carrera. Como le explica a gritos a José: «abuelo, he venido al galope a traerte la carta». ¿De quién diablos será? La familia intrigada guarda un silencio expectante, cuando José Jiménez empieza a leer solemnemente:

Las Palmas de Gran Canaria, a 22 de Septiembre de 1926

Sr. Don José Jiménez Ventura. La Aldea.

Estimado Sr.:

Indudablemente Vd. no puede conocerme, así que lo primero que debo hacer es presentarme. Me llamo Gabriel Jiménez Santana y soy hijo de un primo de su padre que se llamaba Román. Mi madre se llamaba Juanita y también falleció hace ya mucho tiempo.

Como recordará, mi padre era un pobre picapedrero que emigró desde La Aldea siendo muy joven. Mi madre era lavandera, aquí en la capital, en el barrio de San José.

Su mujer, Da. Fidelia, estuvo viviendo un tiempo en nuestra casita, junto a la ladera. Era entonces novia suya y había marchado a la ciudad porque Vd. estaba preso acusado de un crimen muy nombrado que se cometió en ese pueblo. Por eso le dimos cobijo, recuerdo oírle decir a mis padres que se emocionaron al comprobar su determinación de procurar estar junto a Vd. cuando era solo una jovencita, casi una niña ... ¡Qué valor!

Mis padres fueron padrinos en la boda de Vds. que se casaron el mismo día que lo pusieron a Vd. en libertad, al declararlo inocente el juez del crimen del secretario. En toda Las Palmas se comentó el coraje de la novia, que preparó la boda en la ermita de San José, el mismo día que Don Antonio López Botas corrió con los papeles del juzgado en la mano a sacarlo de la mazmorra.

Mis viejos vivieron siempre agobiados, pues eran muy pobres y tuvieron muchos hijos. Da. Fidelia se volcó en nosotros, la queríamos como a una hermana mayor y recuerdo que lloré mucho cuando se marchó a vivir a casa del abogado y alcalde que fue de esta ciudad, Don Antonio López Botas. Seguramente fueron muchas las veces que su esposa me cambió de pañales, me dio de comer con la cuchara y me cosió mis remendados calzones. Que Dios la bendiga y le de mucha felicidad.

Pues a pesar de nuestra pobreza de solemnidad, tuve la suerte de poder estudiar a base de voluntad y sacrificios, gracias al apoyo del maestro del barrio y del cura, que se empeñaron en ello porque

por lo visto me vieron con facilidades para aprender y progresar en la vida.

Y así ha sido, de forma que después de una temporada en Cuba, trabajo de empleado en una notaría de Las Palmas y me va bien. Vivo en el Puerto de La Luz, tengo mujer e hijos.

Pero voy ahora a lo importante Don José: como me considero medio aldeano, procuro enterarme de todo lo que sucede y leo por curiosidad lo que se publica concerniente a ese pueblo.

Pues bien, hace días me llamó la atención que se presentaran en la notaría un grupo de personas para realizar una compraventa, yo mismo preparé en limpio el documento, así que me enteré de todo al detalle.

Por el lado vendedor, compareció un grupo de co-propietarios capitaneados por un tal Manuel Hernández de Arucas él, que le dicen Espuela y que se asegura que es muy rico. Le acompañaba uno que fue cura de La Aldea y que ahora lo es de Moya y tres personas más. Ellos cinco son propietarios ante la Ley de todo el valle aldeano, o por lo menos de la finca denominada «Hacienda de La Aldea» que hace años la compraron a los Sres. Pérez Galdós. No me molestó en detallar sus lindes porque seguro que Vds. los conocen mejor que yo.

Y como comprador, se personó un tal Mauricio Hernández, vecino de La Aldea y que según me he enterado se presenta para la alcaldía del pueblo en las inminentes elecciones que se celebrarán. Dicen por cierto que hasta sueña con ello y que morirá de rabia si tampoco esta vez lo consigue.

Pues bien, en el documento que firmaron ante el Sr. Notario, los cinco primeros venden un trozo de la finca matriz a Mauricio, es decir, la parcela que él mismo cultiva como medianero, lo mismo que hicieron su padre y su abuelo. He escrito venta, pero mucho ojo Don José porque quiero explicarle que no lo es, en realidad se trata de un regalo, pues el precio es simbólico: cinco pesetas, que los vendedores dan por recibidas en este acto. De tal forma Mauricio adquiriere la finca, pudiendo cuando lo desee escriturarla a su fa-

vor, y librándose consecuentemente de las amenazas de desahucio que están martirizando a muchos habitantes de ese sufrido pueblo.

Está claro que es un regalo a cambio de algo, pues también existe un documento anexo a la compraventa -no pude hacerme con una copia por ser éste un escrito privado y no público- pero les oí hablar entre ellos, y los cinco principales co-propietarios se comprometen a ayudar a Mauricio para que salga por fin elegido alcalde y que una vez en el poder, hará y gobernará de forma que ejecutará todo lo que le dicte el actual consorcio, y de lo contrario, pondrán en circulación una serie de letras de cambio que Mauricio aceptó con las fechas en blanco.

Les cuento todo lo anterior porque sé que Vd. y Da. Fidelia están amenazados de embargo, por lo que si Mauricio sale elegido alcalde, actuará vengativamente contra toda su familia y lo que es peor, será además la ruina del pueblo, porque entrará a formar parte del grupo de caciques y terratenientes que ahogan el valle. A la espera de haberlos servido como Vds. se merecen, no quiero terminar sin confesarle Don José, que he estado dándole vueltas a la conciencia mucho tiempo, porque es la primera vez que me atrevo a quebrantar un secreto profesional, soy consciente de lo que estoy arriesgando. Pero en mí ha pesado más lo mucho que le debo a Da. Fidelia.

Sin más, saludos a toda la familia y a Da. Fidelia como queda escrito, que Dios la bendiga, le de salud y muchos años de larga vida.

Fdo. Gabriel Jiménez Santana

VIII

Quedan dos días para las elecciones municipales. Fidelia llega acalorada a La Plaza, el rostro sofocado, agitado, parece que va a explotar. Se dirige con prisas a la ermita y le dice al sacristán que busque urgentemente al cura Vicente. Precisa hablar con el párroco.

Instantes antes, al pasar por La Plaza ha sucedido algo insólito. La mujer se ha topado de bruces con un Mauricio Hernández risueño, optimista, que seguro de su próxima victoria se hace propaganda ante un grupo de aldeanos impenetrables. Pero lo asombro-

so es que Fidelia se ha dirigido al presunto próximo alcalde y delante de un gran número de personas, se ha atrevido a insultarlo en alta voz: ¡Eres un cerdo, siempre fuiste un cerdo traidor!

¡Hace poco -continúa a gritos- me mandaste una carta anónima. A tu edad viejo resentido, no tuviste el valor de firmarla ni de darte a conocer, como hubiera hecho un hombre!

¡Pues mira ahora -le increpa sacándose del corpiño un sobre que lo agita en el aire, pasándoselo con furia por delante de la cara- aquí hay otra carta que te la devuelvo, mi marido acaba de recibirla de la capital. Cuando La Aldea se entere lo que dice, puedes despedirte para siempre de la alcaldía!

¡Y esto otro te lo tenía guardado desde hace años! -concluye proclamando con fiereza separando mucho los brazos como si declamara en un teatro- y acercándose a Mauricio Hernández le escupe en el rostro. Nadie ha intervenido, todo el grupo se ha quedado paralizado.

El candidato se ha quedado lívido de la sorpresa, pero al igual que todos los enfermos de ambición, le duele menos la afrenta pública que la alarma que le produce la amenaza del contenido de la misiva. Y cavila atormentado por las dudas: ¿De quién será? ¿Se habrán enterado de algo?

Hecho esto, Fidelia penetra en la ermita con la mirada brillante y se entrevista con el cura Vicente, que se ha comprometido a ayudar en lo que pueda al candidato propuesto por Araujo, a Simeón Ramos.

Al sacerdote parece que se ilumina el rostro a medida que avanza en la lectura de la carta. Ve los cielos abiertos y al terminar exclama exultante de gozo: ¡Esto es enormemente importante, hay que divulgarlo sin falta! ¡Llega como agua de Mayo, lo contrario hubiera sido una catástrofe para el valle!

Y el cura párroco idea lo siguiente: lo pondrá inmediatamente en el tablón de anuncios que hay en la puerta de la ermita, que solo se utiliza para casos extraordinarios, importantes. Lo colocará tras el cristal, puede servir de freno por si alguien tiene la tentación de quitarlo.

Y otra cosa Fidelia -le explica- no pondremos el original, quédatelo tú por si acaso, guárdalo como oro en paño. Ahora mismo voy a la sacristía, haremos en seguida una copia. Y para que la gente comprenda que el texto es auténtico, expondremos también el sobre con el sello lacrado de la notaría.

Una hora más tarde, el cura Vicente ordena al sacristán que toque las campanas a rebato, como cuando se hacía antaño, cada vez que se avisaba de un incendio, de un hecho luctuoso o de una catástrofe importante.

La gente acude alarmada, agolpándose ansiosa delante del tablón. Los que saben leer -jóvenes la mayoría- proclaman su contenido en alta voz. En La Plaza se forma tremenda algarabía, los hombres abandonan sus sembrados, las mujeres las tareas domésticas y hasta los niños se escapan de la escuela acudiendo como moscas a ver que ocurre.

El rumor aumenta por momentos hasta convertirse en un grito colectivo de indignación: ¡Mauricio ha estado a punto de engañarnos a todos! ¡Traidor, farsante, chaquetero! ¡Es un canalla, vamos a por él! Miren la que nos tenía preparada -se comenta en La Plaza- a los demás que nos den palos y a él le regalan las escrituras en secreto. Es un Judas.

Mauricio Hernández siempre ha tenido un olfato especial y se ha oído que el contenido de la carta no puede ser nada bueno para él, puede resultar una catástrofe. Por un momento calculó que podía ser una maniobra de Fidelia contra él, algo así como lo que los jugadores de baraja llaman un «cañazo», un ardid para atemorizar al contrario, pero ahora sospecha lo peor.

Al fin se asoma nervioso a la ventana de su casa, cree oír un rumor raro que crece como cuando el temporal arrastra las piedras redondas de Las Marciegas. El instinto le avisa y prepara febrilmente una cabalgadura.

No. Desgraciadamente no se ha equivocado, percibe ahora claramente a una multitud que se acerca amenazadora a su propiedad, vienen en tromba con clarines de guerra. El casi alcalde, monta

precipitadamente en la yegua y puede escapar de sus perseguidores por un pelo, la multitud lo apedrea y lo insulta. ¡La alianza secreta con la Casa Nueva ha sido descubierta, maldita sea!

Blasfemando de su poca fortuna, expolea al animal hacia el barranco de Furel, la montura es de raza y gracias a eso puede burlar la ira popular. Más adelante hace un pequeño alto, el jinete parece meditar y entonces tuerce el rumbo hacia el naciente subiendo barranco de Tejeda arriba, por una cuesta pedregosa y difícil. Desde allí piensa dirigirse hacia Artenara, ahora recuerda que allí vive su enemigo hasta ayer y desde ahora aliado, Manuel Díaz Quintana, al que pedirá cobijo.

Es así como Mauricio abandona La Aldea para siempre. Juraron unos pastorcillos que apacentaban un ható de ovejas en la cabecera del barranco, ya cerca de los roquedos de Tejeda, que tras el polvo que dejaba la yegua en el camino, volaba una enorme bandada de murciélagos que también se alejaba de la costa. Dijeron que sintieron algo así, como si el aire se estuviera purificando con la huida.

Dos días después, se celebraron las elecciones municipales y el alcalde Salvador Araujo, guardó y selló en un cajón las papeletas verdes favorables al candidato Simeón Ramos y las blancas que eligieron los partidarios de Mauricio.

Al tercer día llegó a La Aldea el nuevo juez de Guía, que resultó ser un señor alto, bigotudo y parsimonioso. Venía acompañado del secretario del juzgado que portaba una cartera negra con unos sellos, de dos empleados y de tres gendarmes vestidos con su uniforme azul claro y botones dorados.

El señor juez hizo el recuento de las papeletas y levantó el acta con el resultado. Luego firmó con un largo trazo enrevesado y estampó encima los sellos del juzgado de la cabecera del distrito.

Aquella tarde se oyeron cohetes en La Plaza y en la tienda el ron se despachó con largueza. Se había hecho público el escrutinio, que había arrojado el siguiente resultado :

Simeón Ramos	813 votos
Mauricio Hernández	3 votos.

La alcaldía se le había vuelto a escapar a Mauricio, ahora tendría que meditar en otra cosa, en algo más importante, aquello no podía quedar así.

IX

Pero los caciques no están dispuestos a retroceder. Ciertamente ha sido un contratiempo el no haber podido colocar en la alcaldía aldeana a un hombre de paja, mas seguían teniendo a la ley de su parte: los títulos de la propiedad en el registro. Así pues, aquello no había sido otra cosa que una pírrica victoria de los rebeldes de aquella tierra quemada y maldita.

Por otro lado, las principales fincas ya habían sido ocupadas por la Casa Nueva, que había impuesto nuevos medianeros, traídos de otros pueblos. Ahora había que preparar los desahucios contra otros más pequeños.

Las herencias orales o en documentos privados de padres a hijos, habían fraccionado la tierra conflictiva de aquel valle, convirtiéndola en un intrincado laberinto. Por lo tanto, el trabajo que esperaba a los nuevos propietarios de la Casa Nueva era agotador: finca por finca, huerto por huerto, había que ejecutar unos trescientos cincuenta desahucios.

La historia se repite una y otra vez: primero los medianeros reciben notificación del juzgado, exigiéndoles que abandonen las parcelas que cultivan. Luego, Manuel Díaz hijo, como representante de la Casa, con el alguacil y una pareja de guardias civiles, se presentan en cada cercado a tomar posesión.

Los medianeros que se resisten son considerados revoltosos y conducidos presos a Guía o a Las Palmas. Días mas tarde se les libera o se les retiene, depende del grado de resistencia que hayan mostrado, según hubiese sido física o verbal. Luego penetran los asalariados de la Casa Nueva o los nuevos arrendatarios, que aran el terreno con yuntas, destrozando lo que hay plantado. A menudo, ovejas, cabras y gallinas huyen despavoridas por las montañas, durante días y semanas los aldeanos persiguen y recuperan a

las primeras. En cambio, muchas gallinas han perecido bajo las garras de las aves de presa o se han extraviado. Los tomates pisoteados van a parar al estercolero, nunca los cerdos estuvieron tan rollizos como durante el tiempo de las aradas, como se conoció a aquella época de catástrofes.

Pero el problema para la Casa Nueva es que no pueden impedir que los lanzados sigan viviendo en sus casas, que están dentro de las fincas. La propiedad es a su vez denunciada por los aldeanos, acusada de intento de allanamiento de morada. De noche se levantan hombres, mujeres, ancianos y niños, que sabotean a conciencia las siembras que han plantado los nuevos arrendatarios. Lo que por el día plantan unos, es destruido por otros durante la noche. Ni yo, ni tú.

Se redactan entonces cientos de atestados, de denuncias y de contradenuncias. Los jueces no tienen descanso, el trabajo se amontona y los empleados amenazan con marcharse, se quejan de tales agobios. Los legajos desbordan mesas, sillas, cajones y estanterías, hasta el retrete es ocupado como archivo, jueces y empleados se ven obligados a salir a la interperie para hacer sus necesidades. En la pequeña ciudad de Guía fue muy comentado, el que más de un ilustrísimo señor juez, fuese sorprendido por la alborozada chiquillería, cagando tras una tapia con los calzones bajos.

Tampoco se libran los guardias civiles, que son también denunciados acusados de intimidación y de represión contra los colonos. Algunos gendarmes cometen el error de amenazar a punta de fusil a los notarios requeridos por los colonos durante los lanzamientos, que indignados se querellan a su vez contra los jueces y la guardia civil, acusándolos de amenazas, intimidación y de sabotear su trabajo.

Nadie cree al viejo Jacinto, que relata en La Plaza que hace muchos años, hubo un tiempo en que los juzgados estuvieron cerrados, los archivos llenos de polvo, mientras los empleados se aburrían y mataban el tiempo jugando al envite y a los boliches.

Fue en una época lejana, cuando llegó al valle un carromato pintado de colores con una cuadrilla de gitanos. La hija del viejo matrimonio de nigromantes era de una portentosa belleza, la criatura más hermosa que nunca vieron mis ojos -jura Jacinto suspirando- sus ojos eran como un sueño azul.

Recuerda que los hombres hasta tenían miedo de contemplar de cerca su cara, nadie pudo aguantarle la mirada más de unos instantes porque temían enloquecer, como cuando se bebe en demasía. En aquel tiempo La Aldea fue feliz, cuando la gitana invitaba a los hombres a ir a La Plaza durante las horas de la noche, para enseñarles como caían las estrellas del cielo...

Ahora es al revés -ha dicho Jacinto- todo el mundo mira al suelo en lugar de contemplar el cielo. Aquí nadie come ni deja comer, en esta batalla final ganará el que tarde más tiempo en aburrirse.

X

El cura Vicente se ha tomado muy en serio la causa aldeana. Ha jurado ante los evangelios, en presencia de un grupo de vecinos, que no se tomará descanso hasta elaborar de su puño y letra un extenso documento en el que se narre al detalle un relato de la represión contra aquel pueblo de hierro.

Asesorado por algunos vecinos ilustrados, escribe los orígenes de aquella situación de infierno, añadiendo todo lo que ha vivido personalmente allí. Carga las tintas contra la violencia ejercida contra los arrendatarios. El nuevo alcalde Simeón Ramos, ha colaborado sin desmayo.

Eligen con cautela a un vecino de confianza, pues La Aldea se ha llenado de chivatos de la Casa Nueva y de la guardia civil que continúa patrullando por el pueblo. « Estamos reunidos en secreto como si fuéramos un grupo de malhechores que preparamos un atraco», comenta el cura Vicente en tono irritado.

El vecino designado se llama Marcelino Hernández Ramos, que es hombre de bien. El párroco ha estado prácticamente encerrado en la pequeña sacristía de la ermita, trabajando sin parar. A la se-

mana llama a Marcelino y le entrega un portafolios cargado con un fajo de papeles, cuidadosamente pasados a limpio con una letra grande y amanerada, escritos en tinta negra con un largo plumín.

Tienes que ir a Las Palmas y entregarle esto al abogado don Juan Bautista Melo, él ya está avisado y espera el documento. El sacerdote pone en sus manos además, un revólver cargado y un peine de balas. Llévate también esto otro -le dice en tono misterioso- y no me preguntes quién me lo ha prestado porque no te lo voy a decir. Lo que sí te advierto es que no debes dejarte arrebatar los papeles por nada del mundo. Si tienes que disparar, dispara y si tienes que matar, pues mata. Es probable que te vayas al infierno por ello, mas no te preocupes que allí no vas a estar solo, te vas a encontrar con muchas caras conocidas, eso es seguro.

Marcelino Hernández hace el camino de ida y vuelta sin novedad, ha marchado por la vía habitual, lindando los precipicios hasta Agaete y desde allí a Las Palmas, por la costa norte de la isla, con el relente del alisio que tanto alivia al viajero. El abogado lo recibió enseguida y estuvo largo tiempo hablando con el portavoz, reconociendo incluso que ignoraba muchas de las cosas que el cura Vicente contaba, especialmente las relativas a las brutalidades y falta de humanidad de la gendarmería.

Pero el servicio de espionaje de la Casa Nueva pudo por lo visto detectar el viaje, porque pasadas algunas fechas, una pareja de civiles fueron a buscar a Marcelino Hernández a su casa, llevándose lo detenido. Por el pequeño muelle lo embarcaron en el «Esperanto» -¿será una premonición esperanzadora? pensó Marcelino cuando leyó el nombre del barquito- llevándose lo hasta Agaete y desde allí a la cárcel de Guía. Lo llevaron suelto, sin amarrarlo y el personal del barco pretendió incluso cobrarle el pasaje.

¿Encima que pague? -exclamó con un deje de humor- los que viajen por gusto que paguen. Cóbrenle a estos si quieren, terminó señalando a la pareja de guardias que lo escoltaba.

En Guía el juez ordenó que fuese encarcelado. Pero Marcelino se tenía la lección bien aprendida, Don Juan Bautista Melo lo ha-

bía aleccionado debidamente: fui a la ciudad porque quería que me mirase un doctor y nadita más. Ni había visto a nadie más, ni había hablado con nadie. Se cerró en banda: él no sabía nada de nada y no iba a responder a más preguntas.

A los tres días, el juez aburrido de su mutismo, lo llamó y le dijo: ¡Lárgate si quieres. Pajarito a volar, vuélvete a La Aldea! Y a continuación lo recrimina en tono amenazador: ¡Cuidadito con lo que vas a hacer ahora!

Marcelino volvió a La Aldea andando, pasando por el barranquillo de Los Negros. Se paró un rato allí por curiosidad, atisbando bien por sus alrededores sin saber porqué. No vio nada raro, pero le pareció que el viento ululaba de forma extraña y creyó percibir cómo de lejos venían llantos de niños.

o - o - o - o - o - o - o - o

Lo que había predicho el oráculo en La Plaza resultó cierto: en éste pueblo de locos, nadie come ni deja comer. Como ésto siga así nos tragaremos las tuneras para sobrevivir, había advertido. La situación en efecto es insostenible y el hambre aprieta muy en serio en toda la comarca.

Pero en el valle aún quedaban ráfagas de humor, así se comentó entre risas lo que le pasó al nuevo medianero que la Casa Nueva había colocado en la finca de Teófilo Segura. Fue un botón de muestra y un ejemplo a seguir.

El tal Teófilo cultivaba un buen trozo por allí por el Roque, muy cerca del mar, junto a la costa. En los días malos, cuando el viento soplaba con fuerza desde el poniente-sur, se oía desde su finca el fragor de los cantos de la marea, arrastrados en una canción interminable, continua. El laborioso aldeano completaba su negocio trajinando con carbón que embarcaba para el Puerto de la Luz. Como a tantos otros, de allí lo sacó la guardia civil y la Casa Nueva metió a un nuevo medianero con vacas.

Pero Teófilo no se desanimó y de momento se marchó a vivir a una choza que se construyó con cuatro cañizos, cerca de aquellos contornos. A los varios días cogió una pistola, marchó tranquilamente a la finca y poniéndole al arma en el cuello, le gritó al nuevo medianero: ¡lárgate de aquí enseguida o te mato, esto es mío! El hombre asustado tomó las vacas y se largó. Después Teófilo eligió una peña cubierta por maleza y juagarzos, y envolviendo la pistola en una chaqueta vieja la escondió.

A los varios días apareció una pareja de civiles, que volvió a echar al cabezudo de Teófilo. ¿Que yo lo amenacé con un revolver? Seguramente estaba soñando señor guardia, porque yo nunca he tenido ni tengo revólver. Teófilo reflejaba en su cara la más absoluta inocencia. Pero la pareja duda aún, no está segura. Dime -pregunta un agente- ¿donde estabas viviendo antes de volver aquí? Pues ahí al ladito, en un chamizo que me he construido. Pues vamos allá. Los civiles registran la covacha, naturalmente no encuentran revólver alguno y se largan.

A la noche, vuelve Teófilo a la peña, saca el arma y se la pone en la boca al medianero: ¡Te he dicho que te largues -le grita aparentando cólera, cuando en el fondo se estaba meando de risa- a la próxima te liquido como si fueras una rata! El hombre amedrentado vuelve a marcharse corriendo.

Vuelve de nuevo la guardia civil y otra vez Teófilo pone cara de manso: yo creo que ese hombre está loco, volví a meterme aquí porque el cercado lo encontré nuevamente abandonado. Otra vez la mentira de la pistola. Lo que yo creo que le pasa, es que ese hombre es miedoso de por sí, es persona de tierra adentro, de Ayacata o de por ahí y le asusta el bramido de la marea, y las lechuzas y brujas que se acercan de noche por aquí.

Total, que la guardia civil llegó y volvió varias veces más, cada vez más furiosa, hasta que un día el nuevo medianero desapareció con sus vacas en dirección a Mogán y Teófilo tranquilamente volvió a ocupar su finca de siempre. Desde entonces, la Casa Nueva no volvió a enviar a nadie, lo dejaron en paz.

XI

Pero estaba claro que el hambre se estaba enseñoreando del valle. Los continuos destrozos de los cultivos: represalias por el día y venganzas por la noche habían llevado el desastre a la comarca.

La zafra, que los últimos años había sido generosa, muestra una ruina total en aquel aciago año de 1926. Las casas exportadoras nada tienen que embarcar, el almacén de empaquetado ha cerrado sus puertas despidiendo a empleados y jornaleros, el muellito queda desierto de barcos.

Como en los tiempos de la guerra, se siembran batatas y coles con premura, la gente se lanza desesperada a pescar, a robarle al mar lo que fuere, parte del ganado es sacrificado para poder subsistir.

Los insumisos se han hecho fuertes en el ayuntamiento, donde han colocado a un hombre digno, a Simeón Ramos, fieramente apoyado por el cura Vicente, que desde el púlpito insulta y fulmina a la Casa Nueva. El municipio controla además la distribución del agua a albercas y acequias, imprescindibles para el riego del tomate. ¡A los enemigos ni una gota de agua! Así, los pocos agricultores afectos a la Casa Nueva no pueden regar. A veces los civiles obligan a «virar la torna», desviando el curso de las aguas, pero en cuanto trasponen, se vuelve a colocar como estaba antes. De noche se organizan patrullas armadas con estacas, para impedir que los «aliados» cambien la dirección del agua de riego y sacien la sed de sus tierras.

Por otro lado, continúan las «aradas» con yuntas, que son en realidad el arrasamiento de todo lo que encuentran plantado en el huerto confiscado. Y por si fuera poco se suman las detenciones, coacciones, amenazas, denuncias, contradenuncias y juicios de conciliación. Aumentan los sabotajes contra los nuevos ocupantes, es tan enorme el papeleo que no hay personal suficiente para tramitarlo. Tanto en el juzgado local como en el de cabeza de distrito, los folios agotan a las estanterías, que se agolpan en la cocina o en el retrete. La matanza de ganado, tal vez por venganza o

acaso por hambruna, hacen de La Aldea un horno en peligro de explosión.

Es un milagro, pero lo cierto es que no hay muertos. Se trata efectivamente de un prodigio, porque todos los signos predicen una catástrofe, todo el mundo espera que todo saltará por los aires. En el tejado de la Casa Nueva, donde acuartela el destacamento de la guardia civil, fueron vistas perfectamente alineadas nueve lechuzas.

A fines de aquel año de 1926, el ayuntamiento se ve obligado a despedir al médico del pueblo, así como a los empleados municipales. No hay dinero, las arcas están absolutamente vacías, nadie puede pagar los tributos municipales porque por doquier reina la ruina, la maquinaria administrativa queda atascada como en tiempos pretéritos. Tales decisiones son comunicadas a Las Palmas donde causan consternación.

La situación se hace tan evidente, que un buen día, el gobernador civil envía un telegrama angustioso al Consejo de Ministros:

«Miseria y ruina total en el pueblo de La Aldea, en Gran Canaria. Necesidad urgente de nombrar un delegado regio que solucione el problema».

Se había abierto una brecha, las lágrimas acumuladas durante generaciones habían hecho rebosar el río, que buscando una salida habían roto el dique, escapando hacia la libertad. Por fin se vislumbraba lo que en el fondo y acaso sin saberlo, los aldeanos habían buscado durante tres siglos : la intervención del Estado en el conflicto de aquella buena tierra abrasada, envenenada por el odio.

Aquella noche lo pregonó el agorero Jacinto con un hilito de voz: ¿Qué habrá movido al señor gobernador a enviar el telegrama a Madrid? ¿Será que le da pena el hambre de los aldeanos, o más bien el temor a una revolución sangrienta?

El pueblo supo por instinto que, aunque el motivo real había sido el último, los efectos serían los mismos. ¿Cuando amanecerá en el valle?

XII

En la ciudad norteña de Arucas, en la amplia mansión señorial que posee la familia de Manuel Hernández Martín, conocida vulgarmente como los Espuela, están reunidos la totalidad de los socios propietarios de la hacienda «La Aldea.»

Alrededor de una gran mesa de roble presidida por el anfitrión, se sientan el cura Juan León Llarena, Manuel Velázquez Sarmiento, Juan González Romero y Manuel Díaz Quintana, este último acompañado de su hijo Manuel Díaz Hernández que es el representante oficial de la sociedad en los procesos de desahucio que se encadenan uno tras otro contra los aldeanos.

Todo el procedimiento se está convirtiendo en algo duro y trabajoso -afirma Hernández Espuela con voz enérgica- pero esto ya se sabía que iba a ser así, hay que continuar.

En mi opinión -le apoya el cura León Llarena- lo más difícil ya ha pasado, hemos ocupado las fincas principales y muchas de las de regular tamaño, colocando medianeros adictos, aunque el hecho de que los lanzados sigan viviendo dentro de las huertas lo complica todo. Este asunto es muy grave y veremos cómo se puede resolver, porque están boicoteando descaradamente la producción. En la comandancia de la guardia civil en Las Palmas me han dicho que ellos en adelante deben abstenerse de desalojar de sus viviendas a los desahucios.

Es cierto lo que Vd. dice -le interrumpe Díaz Quintana- esa última circunstancia la están estudiando nuestros abogados, y a su vez estamos contactando con personas de influencia para que, llegado el momento oportuno, presionen a los jueces para su lanzamiento total, así que de momento dejemos eso, habrá que esperar.

Sí, -vuelve a terciar el cura León- seguiremos con los medianos y luego con los pequeños. Pero advierto que hay que procurar ir más aprisa, hay rumores de que el Gobierno quiere intervenir, no nos conviene que los políticos metan la nariz en La Aldea, primero hay que culminar el proceso, y mientras antes mejor.

Después de un tenso silencio, toma de nuevo la palabra el socio mayoritario y presidente del consejo de administración, Hernández Espuela. De acuerdo con todo lo dicho -asiente- pero sepan que no les he convocado solo para ese tema, hay otro asunto que considero de gran importancia y que ahora paso a exponer:

Ultimamente he recibido la visita de Mauricio Hernández, hemos conversado largo y tendido. Está muy amargado por su último fracaso electoral, dice que en Gran Canaria nadie lo comprende y que se ha marchado a vivir a La Laguna, se ha establecido allí. Me ha pedido retrotraer la operación, ahora quiere que le compremos la finca que le escrituramos a su favor. En un primer momento le dije que no, tuve ganas de mandarlo al carajo y darle un puñete en la boca por caradura, pretende que le pagemos ahora lo que hace poco le regalamos.

Pero luego lo he estado pensando fríamente y puede que nos convenga. Lo que nos pide en principio no es excesivo y le he dicho que sí, aunque naturalmente quería saber la opinión de Vds. El dinero lo necesita para comprar una huerta en La Laguna a la que le ha echado el ojo, el terreno en esa parte es muy fértil. Y como no me fío de él, pues es sabido que es un conspirador nato, soy partidario de pagarle lo que dice, tendremos la ventaja de tenerlo fuera de la isla entretenido en otras cosas, mientras más lejos esté, mejor.

¿Y qué hacemos con las letras que nos firmó? pregunta dubitativo Díaz Quintana. Eso está claro -responde Hernández Espuela- le he prometido que si llegamos a un acuerdo, las romperemos delante de él. Al no haber ganado la alcaldía de La Aldea, no nos serán de ninguna utilidad.

Bien, todos conformes -apunta León- pero dígame por curiosidad Sr. Hernández: ¿sabe si trama algo en La Laguna? Pues no, tengo la impresión de que está comiéndose el dinero que tiene de su patrimonio familiar y como ya he dicho, desea rentabilizarlo en tierras de labor. No sé más. Si no quiere vivir en Gran Canaria, pues mejor para todos nosotros, ojos que te vieron ir...

Efectivamente, Mauricio Hernández se ha establecido en La Laguna y, nada más llegar, ha procurado entablar amistad con la gente principal de la localidad.

En varias ocasiones asiste a reuniones de intelectuales y poetas que se reúnen regularmente en el Ateneo, frente a la Catedral. La primera vez que acudió estaba recitando un joven poeta gome-ro que le dejó deslumbrado. Pedro García Cabrera -que así se llama el muchacho- había compuesto unos versos que hablaban de los almendros en flor de su isla y del mar azul.

Hasta que interviene por vez primera. La ocasión se le presentó durante una tertulia política, en la que algunos tuvieron el atrevimiento de criticar abiertamente al general Primo de Rivera y a la pasividad de la Casa reinante, que -afirmaban- era prisionera de aquel.

Mauricio pide la venia para intervenir y lanza un indignado discurso en defensa del general, del orden y del sagrado derecho a la propiedad privada. Terminó su perorata con un: ¡Muera la república y viva la monarquía! Fue muy aplaudido.

Cuando salía de la reunión, sintió como alguien le tocaba levemente por la espalda. Se volvió y vio a un anciano muy pulcro y atildado que se dirigió a él con voz tenue, como pidiéndole excusas por su atrevimiento: le ruego que vaya Vd. a mi casa, me gustaría hablar con Vd. más a fondo, conocer mejor sus ideas. Y dicho esto, le puso en las manos una tarjeta. Mauricio Hernández leyó: Jaime de Nava. X Marqués de Villanueva del Prado.

A los pocos días, Mauricio acude al palacio del noble. Tras breve espera, es conducido por un criado empolvado, vestido con una librea que huele a naftalina. Lo lleva a través de un largo pasillo que despide un leve tufo a moho y a madera antigua. Como en una revista, pasa frente a enormes retratos donde predominan los fondos negros, en los que destacan rostros mustios y apergaminados, sin duda los antepasados del marqués. Cuando se sienta frente a

Don Jaime de Nava, a Mauricio le da la sensación de que es un cuadro más, y que aquel hombre pálido y enfermo ya hace tiempo que ha muerto.

Escuché su brillante intervención en el Ateneo -empieza el marqués- y comprendí enseguida que Vd. es un intelectual, que tiene las ideas claras, a favor de la disciplina social y de la propiedad. Desgraciadamente no son muchos los intelectuales que piensan como Vd. aquí mismo en La Laguna, esto está infectado de republicanos, anarquistas y de enemigos de la monarquía.

Pero para mayor desgracia, muchos de nosotros estamos desunidos, incluso enemistados por asuntos pasados. Por eso le voy a confiar una tarea importantísima a favor de nuestra causa, vaya a La Orotava a entrevistarse con el marqués de Los Hoyos, irá en mi nombre, en representación de la Casa de Nava, ya le detallaré cómo debe plantear la entrevista. Vuelva Vd. otra vez.

A continuación D. Jaime de Nava toma un bastón con el puño de plata y se levanta trabajosamente. Y mientras andan por el corredor en dirección a la salida, como por casualidad, comenta el marqués: he sabido por cierto que Vd. ha comprado unos terrenos por aquí cerca, en dirección a Mesa de Mota. ¿No? Si tiene algún problema con las aguas de riego, no tiene sino que decírmelo...

XIII

A los dos meses, Mauricio acude al valle de La Orotava, a entrevistarse con el marqués de Los Hoyos. La misión encomendada es delicada, pues las familias de Villanueva del Prado y de Los Hoyos, están distanciadas, incluso cuando se tropiezan por casualidad fingen ignorarse.

El origen de la discordia es un viejo pleito, cuando ambas Casas colisionaron en Gran Canaria, concretamente en La Aldea. Allí, el marqués de Los Hoyos embargó las aguas de la cuenca del barranco de Tejeda, cuya propiedad estaba registrada a favor de la Casa de Nava. Allí se llama la Casa Nueva.

Los de Villanueva del Prado dilapidaron de forma insensata su patrimonio y recurrieron a préstamos que nunca pudieron pagar.

Los acreedores principales eran dos: el propio marqués de Los Hoyos por un lado y la familia Pérez Galdós de Las Palmas, por otro. Al final, fueron los últimos los que adquirieron la hacienda «La Aldea» inscribiéndola a su favor, después de que el Tribunal Supremo de Justicia de Canarias dictaminase que las aguas embargadas eran inseparables del valle aldeano, es decir que el agua era de quien poseyese la tierra. Esta sentencia era inapelable.

El éxito que consigue Mauricio en su misión es total, logra reconciliar a dos familias de abolengo. Habla de que lo fundamental es unirse, que el peligro es serio, que las algaradas y motines se suceden en Madrid, Barcelona y otras ciudades. Hay en la calle un fermento revolucionario que todo lo corroe. Es evidente que el régimen del general Primo de Rivera se desgasta y que aumenta la presión de los partidarios de instaurar en España una república. El porvenir es incierto y la desunión de los partidarios del orden podría ser catastrófica.

Don Tomás de Hoyos capta enseguida el mensaje del enviado y acepta la propuesta de una reunión a tres: los dos nobles con él de mediador, con Mauricio de árbitro.

Después de tanta frustración, al fin su estrella parece ascender vertiginosamente. A la reunión que tiene lugar en la mansión de la Casa de Nava en La Laguna, no solamente acude don Tomás de Hoyos, sino que aparecen también otros ricos terratenientes. El ardoroso discurso de Mauricio es espléndido, los pone a todos de acuerdo, habla de «meter en cintura a esa chusma de campesinos ignorantes, a esos desalmados republicanos.» Al final, toda la concurrencia se ha emocionado hasta las lágrimas, pues Don Jaime y Don Tomás se han abrazado, olvidando antiguas rivalidades...

Pero de allí sale un acuerdo mucho más importante: hay que unir las fuerzas de los terratenientes agrícolas en toda Canarias, empezaremos por Tenerife, hay que crear un nuevo Partido Político que trate de frenar la descomposición e implante la disciplina social. Así, aparece en la escena política el PAT, el Partido Agrícola Tinerfeño, que en cuanto sea oportuno, invitará a las fuerzas agrí-

colas de las demás islas a incorporarse a su programa político...

Al concluir la reunión, don Tomás de Hoyos, da un amistoso y ligero golpecito a Mauricio Hernández en el hombro: bueno, vaya pensándolo, pronto habrá elecciones. ¿Le gustaría la alcaldía de Adeje, aquí en el sur? ¿O tal vez prefiera ir en la lista al Parlamento Nacional?

A Mauricio la propuesta no le coge de sorpresa, incluso la esperaba y tiene la respuesta preparada: no, a él no le interesa ninguna alcaldía, eso ya no es nada para él. Su frustración interior acumulada de años le exige a gritos algo más grande, y prefiere la posibilidad de ser elegido para el Parlamento español. En la isla de Tenerife ha sido al fin comprendido.

Esta vez sí que sale. El ingente apoyo económico de sus mentores y altas esferas de influencia lo deciden. Y no solamente será su portavoz, sino que será el abogado del PAT en Madrid. Allí defenderá sus intereses.

En La Laguna, en el propio palacio de la Casa de Nava, tiene lugar una bulliciosa reunión a la que acude lo más distinguido de la ciudad. En realidad, es una fiesta de despedida a los representantes de la isla de Tenerife al Parlamento.

Allí Mauricio se destapa, es tanto lo que ha evolucionado que es más papista que el Papa y se atreve a sermonear a sus padrinos:

Teníamos en Gran Canaria un señorío, La Aldea, que hemos perdido por culpa de la desunión entre las familias de mejor abolengo de aquí. Me permito recordarles -continúa- que el Jardín Botánico de La Orotava y estos palacios de La Laguna, se pudieron construir porque Vds. eran los señores. Hay que intentar recuperar aquel feudo, con la ayuda de Dios y de la mía propia. Y debemos de darnos prisa, como ya saben se prepara la división de la provincia y si eso sucede nuestro señorío de La Aldea será irrecuperable para siempre.

XIV

Aquel invierno 1926-27 fue frío y brumoso, uno de los más borascosos que se recordaban, como si la naturaleza quisiera vestirse con el mismo traje de tristeza y de consternación que se palpa-

ba en el pueblo. El agua mansa empapaba la buena tierra aldeana, pero nadie parecía alegrarse por ello.

Hasta los contados ranchos de Navidad que pasaban de largo por La Plaza parecían incapaces de alegrar aquel ambiente de indiferencia por todo lo que no fuera el gran drama, la desdicha de siempre, que contenida durante siglos parecía estallar aquel fin de año. Las guitarras, bandurrias y tipples parecían sonar desafinados, con estridencia, y las sonajas o panderos a molesta cacharrería vieja. Lo que nunca había sucedido en La Aldea: hasta algunos vecinos protestaron contra aquellos ruidos molestos, no porque interrumpieran su descanso, sino porque por el contrario, imponía una tregua no deseada en la tensión que suponía el tratar de adivinar qué acontecimientos le traería cada nuevo amanecer. Las pocas manifestaciones de alegría parecían forzadas, una especie de rutina por olvidar la pesadumbre que acechaba sobre el valle.

El mal humor y la desconfianza agrian las relaciones humanas. En la trastienda del establecimiento junto a La Plaza, estaba colocada como siempre una cortinilla rameada pintada con flores ajadas, que separaba el comercio propiamente dicho con un largo tablón de pinzapó, donde se despachaba vino y especialmente ron, entreverado con manises y chochos.

Durante aquel invierno el tienducho fue testigo de muchas peleas, la más mínima chispa prendía fácilmente provocando un incendio, y entonces había que separar a los hombres, que se retiraban a sus casas con los sombreros más enterrados que de costumbre, cejijuntos y con ganas de morder al primero que encontrasen.

Una de las más sonadas tuvo lugar entre Alejandro Jiménez con un insignificante empleado de la Casa Nueva, un inmigrante que había entrado a trabajar a su servicio. Cipriano el peninsular -como se le conocía- debió quedarse tranquilo en su casa, pues a los empleados de la Casa Nueva se les miraba con hostilidad y él lo sabía.

Tuvo la osadía de tomarse unos vinos -el ron es para los canarios, declaró en voz alta con un cierto deje de provocación- siendo mirado atravesadamente por algunos parroquianos. Al cabo de un

rato y tal vez por el vino, se le desató peligrosamente la lengua, tratando de pegar la hebra con el dueño del tienducho, un tal Juan Brito, sin que éste se dignara comentar sus opiniones. Por el contrario, Brito lo paró en seco: me duele la cabeza -¿oyó?- así que no tengo ganas de hablar con nadie.

¡Hay que cumplir con la ley! -decía el peninsular hablando consigo mismo, contemplando con la mirada turbia su vaso medio vacío- ¡quien no pague los atrasos a la Casa, a la puñetera calle! Fue entonces cuando llegó Alejandro Jiménez, que se colocó en el único sitio libre que había en el mostrador, junto al charlatán.

Jiménez venía envenenado, se murmuraba que se estaba confectionando una nueva relación de desahucios y temía estar en la lista. Apretaban el dogal contra el resto de los pequeños y medianos agricultores. El rumor pareció confirmarlo Cipriano, jactándose de ello en alta voz.

La tarde anterior se habían reunido los dos hermanos con sus mujeres e hijos, para acordar qué actitud tomarían en caso de que se presentara el juzgado y la guardia civil, y entonces Alejandro se quedó solo. José, Rubén e incluso Juan Alejandro, opinaban que había que hacer lo que había aconsejado insistentemente el abogado don Juan Bautista Melo: que tuvieran en cuenta que el cura Vicente estaba en la Corte, en Madrid y que esta vez había conseguido ser acompañado por el obispo de Tenerife, Fray Albino Menéndez al que conocía de mucho tiempo atrás. Le acompañaba asimismo el ex-alcalde Salvador Araujo. Entre todos luchaban desesperadamente para paralizar los desahucios que podían terminar en sangre, y obligar al gobierno a asumir el problema. En el último viaje que hicieron a Las Palmas, el abogado había asegurado a Rubén y a su primo Juan Alejandro, que el problema tendría que resolverse pronto, afirmó que había miembros del Consejo de Ministros que estaban convencidos de que el Estado tendría que mediar, imponer una solución. El propio gobierno tenía miedo a la situación actual, que podía escapársele de las manos.

Don Juan Bautista Melo insistía una y otra vez en que cualquier

resistencia violenta sería contraproducente. Si ocurre lo peor, no abandonen sus casas de ninguna manera, y si uno tiene que salir, que se quede otro dentro, nunca dejen la vivienda sola. Aguanten un tiempo, de ahí no podrán echarlos, la guardia civil ha sido denunciada por allanamiento de morada.

Pero Alejandro era un tozudo y se negó en redondo a escuchar. Si vienen -gritó fuera de sí - atravesaré con el bielgo al primer civil que se me ponga delante, las tres púas se las meto por la barriga y se las saco por la espalda. Luego que me maten si quieren. De ahí no hubo forma de sacarlo.

Por primera vez en su vida, Amalia, -la salerosa y escachada mujer de Agaete dejó de sonreír. Ya no llamaba a Fidelia y a Susana la bella para contarles chistes verdes, se metió por los rincones a llorar asustada de la tormenta que se venía encima. Rogó y suplicó a su marido, que enfurruñado se encerró en sí mismo negándose a escucharla. Incluso sus relaciones matrimoniales sufrieron un serio deterioro. En la casa, sobre la cómoda, estaba el retrato de Juan y de Señá María Ventura colocado sobre tarlatana verde, que parecían mirar entristecidos.

Para evitar discutir con su mujer, Alejandro tomó irritado la zamarra forrada con piel de oveja para guarecerse de la llovizna y del viento, y marchó a paso rápido desde Mederos a La Plaza con la intención de echarse un par de rones. Llevaba dentro un volcán de rabia contenida que tenía que explotar por algún lado. Y allí se encontró a Cipriano el peninsular con tres o cuatro campesinos más.

Cuando el inmigrante pareció confirmar que habría pronto nuevos desahucios, Alejandro lo increpó: Y tú, enano de mierda seguro que te alegras. Ni lloro ni me alegro -respondió el peninsular como un quíquere- digo que todo el mundo tiene que cumplir la Ley, hasta los grandes como tú. ¿O te crees acaso que porque tengas dos metros la guardia civil te tiene miedo?

Jiménez explotó y levantando a Cipriano por el pescuezo como una pluma con solo la mano izquierda, le metió con la derecha una terrible trompada que lo dejó maltrecho en el suelo, con la boca

partida y echando sangre. Nadie tuvo tiempo de intervenir.

Indiferente a los gritos de la mujer del peninsular que apareció para retirarlo de allí, Jiménez continuó bebiendo silencioso y sombrío. Oye tú Brito -gruñía de vez en vez- despáchame otra.

Fue una suerte, en medio de todo, que no advirtiera que cuatro civiles se le acercaran por la espalda y lo encañonaran dispuestos a hacer fuego, sabían con quién tenían que vérselas. Así se lo llevaron al cuartel, precisamente a la Casa Nueva. Por fortuna no tuvo oportunidad de defenderse porque hubiera ocurrido una catástrofe.

Exceptuando los agricultores insignificantes, en La Aldea casi no quedaban sino dos familias indemnes: los Jiménez y Antonio Quintana «El Indiano.» Preferían por lo visto dejar al viejo guerrillero cubano para el final, sabían que estaba armado hasta los dientes. Calculaban jugar con la posibilidad de que cuando se viera absolutamente solo cedería.

Y en cuanto a la familia Jiménez, estaban equivocados los que opinaban que no los tocarían porque a la Casa Nueva le quedaba un rescoldo de conciencia motivado por el origen de la enfermedad de José. Aquello estaba ya muy lejos y además, cuando la conciencia es borrada por la memoria y su fuego se apaga, hasta su ceniza vuela esparcida por el viento sin dejar rastro alguno.

o - o - o - o - o - o - o - o

Cuando Amalia supo que su marido había sido detenido, salió corriendo como una loca para la Casa Nueva hecha un mar de lágrimas. Cuando llegó al cuartel, se tropezó con Alejandro, que salía en libertad tan tranquilo, como si nada hubiera pasado. Sus cuerpos chocaron en la puerta.

¿Por qué lloras? le preguntó con la lengua estropajosa por las copas. No me ha pasado nada, tonta. Y echándole la manaza sobre los hombros regresaron a casa apaciblemente, andando despacio por el borde del camino de tierra en dirección a Mederos,

mientras aspiraban aliviados el olor de la hierba húmeda por la llovizna.

¿Qué te han dicho? ¿qué ha pasado? insistió Amalia.

Nada, un sargento con cara de tristeza escribió despacio con una pluma muy larga lo que yo le iba contando. Le dije que había discutido con Cipriano el andaluz, pero que no recordaba el motivo. Reconocí que le había dado un guantazo, solo uno, le recalqué. Añadí que yo no tenía la culpa de que el peninsular fuese tan blando. El guardia me advirtió que tendría que ir a Guía cuando me citara el juzgado, pero que habría que esperar a que Cipriano se repusiera de la paliza. Que me fuera tranquilito a casa y que me dejara de más líos, que bastantes había ya.

Pero por lo que oí cuchichear por los rincones, pronto nos tocará a nosotros. El Espuela y el cura León quieren continuar adelante, pues que sigan, ya verán lo que es bueno...

XV

En Madrid el gobierno constataba con inquietud cómo día a día se engrosaba el expediente aldeano con informes y contrainformes, telegramas y contratelegramas, un embrolllo impresionante, una enorme suma de noticias contradictorias, que hacían imposible desenredar aquella madeja y clarificar qué era en realidad lo que estaba sucediendo.

Salvador Araujo -«el aldeano» como se le llama en la Cortelucha incansable recorriendo pasillos y despachos. Con la paciencia del santo Job, aguantaba esperas interminables a la puerta de las secretarías. Se hospedó en una modesta pensión atestada de estudiantes de Las Palmas, pasando hambre y frío. Cuando los jóvenes paisanos supieron la causa de su estancia en Madrid, lo ayudaron generosamente.

Y fruto de aquella tenacidad inquebrantable, al fin fue recibido por el Ministro de Gracia y Justicia, Galo Ponte y Escartín, acompañado del párroco Vicente Bautista y del Obispo de Tenerife Fray Albino Menéndez.

Días después se enteran, con inmenso alivio, de que el Consejo

de Ministros celebrado el día 27 de Enero de 1927, acordó enviar una comisión a Las Palmas presidida por el propio Galo Ponte, para visitar La Aldea e «in situ» resolver definitivamente la situación. Salvador Araujo confesaría mas tarde que aquella noche durmió doce horas seguidas de un tirón, lo que nunca en su vida había hecho.

o - o - o - o - o - o - o - o - o

Pero precisamente un día, a finales de Enero de aquel año, un secretario del juzgado de Guía comparecía en La Aldea, recorriendo algunas fincas de medianeros anunciándoles la infausta noticia que el día siguiente serían desahuciados.

El fantasma tantas veces temido se hacía al fin realidad: allí estaba. En aquella ocasión tocaba, entre otros, a los dos huertos colindantes: «el que fue cultivado por Juan Jiménez y María Ventura, actualmente explotado por Alejandro Jiménez Ventura como titular, esposa e hijo, por renuncia expresa de su hermano José Jiménez Ventura y desaparición del otro hermano Manuel Jiménez Ventura; y el huerto colindante, que fue cultivado por Eustaquio Ramos y su esposa Concepción Déniz y que actualmente explota su hija única Fidelia Ramos Déniz, su esposo José Jiménez Ventura, el hijo de ambos Rubén Jiménez Ramos y la esposa de éste Susana Ramírez. Ambas fincas deben las rentas de seis años, habiéndose negado sus arrendatarios a cualquier tipo de negociación alegando que eran terrenos heredados de sus padres y abuelos.»

Aquella noche nadie pudo dormir en las dos viviendas gemelas, ante la situación terrible que se venía encima. Frente a la bujía central de la mesa familiar, acodados como interrogando al quinqué, sin hablar palabra como cuando se está velando un cadáver. Y para colmo, la premonición de aquella tarde: Juan Alejandro cuando salió a atender a las cabras quedó petrificado. Junto a la higuera grande vio sobre la rama pelada del almendro seco a un grupo de lechuzas: ¡nada menos que diez!

En vano José, Rubén y hasta su propio hijo, volvieron a rogar a

Alejandro que reconsiderase su actitud, que no opusiera resistencia, que habría muertes y cárceles.

En aquella noche infinita, a José Jiménez le vino a la memoria, sin saber por qué, la entrada de aquellos encapuchados a su celda en la mazmorra de Las Palmas, para conducirlo al potro de la tortura. La única variante inexplicable de aquella visión horrenda fue que ahora imaginaba tricornios sobre la negra capucha de cada uno de los sayones y una lechuza en cada uno de sus hombros que se carcajeaban con desfachatez...

Alejandro, sordo al llanto de las mujeres, pasó la noche en el huerto bajo la mortecina luz de la luna, afilando las púas del bielgo y la guadaña hasta dejarlas como navajas. Engrasó también la vieja escopeta de caza y le probó un peine de cartuchos que encontró.

A la salida del sol hizo las comprobaciones: lanzó la guadaña sobre una rama del peral, que desgajó limpiamente de un solo tajo. Luego, asustó terriblemente a la familia, cuando derribó de un disparo de escopeta a una gaviota madrugadora que se aventuraba a pasar sobre la finca.

XVI

¡Ya vienen , ya vienen! El grito de angustia lo lanza Pedrito, que encaramado en la cerca escuadríña la senda que baja desde el pueblo hacia Mederos. El aviso del niño suena como una petición de auxilio.

Rubén y Juan Alejandro corren desde los huertos hasta la puertecita de entrada, efectivamente, a unos doscientos metros se percibe a la guardia civil, que en orden de combate baja desde el naciente en perfecta formación. Incluso creen percibir las tenues pisadas de los cascos de los caballos.

Rubén deja la cabra a medio ordeñar, gritando al niño con voz rota que vuelva a casa. Juan Alejandro abandona los surcos de papas abrumado por la realidad, mirando con desesperación a su padre, que con terquedad suicida espera desafiante a la gendarmería.

Las dos familias se encierran en sus casas, las mujeres con los ojos desorbitados por el pánico lloran. Ya se oyen claramente las

herraduras de los caballos que se acercan. Fuera ha quedado solo Alejandro, en pie junto a la cerca, preparando la escopeta, el bielgo y la guadaña.

Observa cómo la comitiva viene presidida por el oficial de la guardia civil, Don Gaspar de Sandoval y Ruifernández, que cabalga al paso, charlando tranquilamente con el hijo de Manuel Díaz Quintana que actúa como representante legal de la Casa Nueva. Díaz camina a paso rápido para no quedarse atrás, agarrando con una mano la silla de la montura. A unos metros de distancia, también anda rápido un oficial del juzgado de Guía y un poco más lejos, otros cuatro guardias asimismo a caballo con los sables desenvainados. Alejandro, como en un sueño, nota que la cara de uno de ellos le es levemente familiar, con una antigua cicatriz desde la ceja hasta la barbilla y la mirada patibularia.

Y en el momento justo en que se está rozando la catástrofe, cuando Díaz Hernández ayuda obsequiosamente al oficial a bajar de su caballo sujetándolo por la brida, se quedan todos parados mirando hacia el poniente, para abajo donde están Las Marciegas, donde el sol está bajando, parece que algo raro les llama la atención.

Efectivamente, un hombre corre camino arriba como un loco, dando gritos. Ya más cerca es reconocido, se trata de un empleado de la Casa Nueva, que agita un papel en la mano, llamando al oficial de la tropa. Cuando llega junto a la comitiva, no puede hablar del sofoco. Después de algunos segundos tartajea agitado: un telegrama para usted señor oficial, llegó hace unas horas a Las Palmas y en un remolcador se lo remiten, tanto a usted como al juzgado de Guía. Me han dicho que es muy urgente.

Don Gaspar de Sandoval y Ruifernández, entrega la brida del caballo a Díaz, rasga el sobre azulado y lee:

«Del Gobierno Militar de Las Palmas de Gran Canaria.
Al Comandante en Jefe de la Guardia Civil en la Aldea»

Día 29-01-27

Durante el día de ayer, hemos recibido telegrama del Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia, por el que ordena tanto a este

Gobierno Militar como a la Audiencia Territorial de Canarias, que se comunique por la vía de urgencia al Sr. Juez comarcal de Guía y al Sr. Juez local del municipio de La Aldea, sean paralizados los desahucios en este último término municipal.

En consecuencia con lo anterior, transmitimos la presente orden a esa Comandancia de la Guardia Civil destacada en La Aldea, para su conocimiento y efectos inmediatos.

El Gobernador Militar de Las Palmas de Gran Canaria.

Acútese recibo.

Pedrito, desobedeciendo a su madre, se ha encaramado a la ventana de la sala y apartando el visillo rameado observa lo que sucede. Y entonces, anuncia a gritos la increíble noticia:

¡Abuelo, los civiles se marchan, han dado la vuelta y cabalgan en dirección al pueblo! ¿Qué ha pasado? Nadie atina a entenderlo. El eco de los herrajes de los caballos se apaga poco a poco, en las dos casas gemelas nadie se atreve a respirar todavía, los Jiménez aún no creen en aquel milagro.

Entonces sale el sol con fuerza, los pájaros empiezan a trinar en los huertos, se aleja la bruma que cubre las crestas de las montañas y aparece allí abajo, por el mar, un enorme arco iris. Toda la familia se abraza, riendo, cantando y llorando, hasta Alejandro sonríe mientras guarda el bielgo y la guadaña. Luego, cogiendo la escopeta se dirige hacia las piedras de la acequia y agarrando el arma por el caño, toma impulso y de un golpe terrible, acaso descargando el ansia acumulada, destroza la culata que salta hecha astillas por los aires.

En la comitiva que regresa a los cuarteles, solo hay un rostro contrariado, el de Manuel Díaz Hernández. ¿Cómo es eso señor oficial? -pregunta al Comandante- ¿es que acaso no va a efectuar el desahucio? Pues si usted no colabora, regresaré con el representante del juzgado y lo practicaré yo solo.

Son órdenes superiores -le corta lacónico Sandoval- y le advierto que si intenta algo por su cuenta, los sables que trae la tropa se los partiré en sus espaldas. ¡Y quite ya la mano del arzón, que me molestan los adulones!

Media hora después el mensajero entregaría otra carta dirigida al alcalde de La Aldea, que con manos trémulas abre Simeón Ramos. En ella, el Gobernador Militar de Las Palmas, ratifica al ayuntamiento que quedan suspendidos todos los procedimientos de desahucio, anunciando además que en fechas próximas, el propio Ministro de Justicia Galo Ponte y Escartín, visitará el valle de aquella tierra abrasada, acompañado de una delegación. Se buscaría una solución definitiva a aquel pleito encanallado que dura ya trescientos años.

o - o - o - o - o - o - o - o

De pronto, las campanas de la ermita tocan a rebato, los tañidos se antojan jubilosos, prolongados. Fidelia recuerda entonces con emoción, como ella siendo una jovencita corrió agobiada hasta el centro del pueblo, cuando se supo que un cadáver había aparecido en el barranquillo de Los Negros.

¡Vayan los hombres al pueblo, a ver qué sucede! - grita Fidelia. Y como en los viejos tiempos, Juan Alejandro y Rubén salen corriendo en dirección a La Plaza.

En el ayuntamiento al saberse la buena nueva, Simeón Ramos corre a la ermita y en ausencia del cura Vicente -que probablemente ya viene de regreso desde Madrid junto a Salvador Araujo- le hace saber al sacristán que en La Aldea estaba saliendo el sol. El servidor de la ermita se ha colgado de las sogas de la campana, cuyos ecos son oídos hasta por los pescadores que faenan junto al charco umbrío que está al lado del mar. Allí en La Plaza está sentado como siempre el símbolo de La Aldea, el viejo Jacinto. Alguien le ha hecho saber, que cuando las campanas han empezado a tocar, un grupo de once lechuzas han salido huyendo asustadas, volando -dicen- en dirección al barranquillo de Los Negros.

Y entonces Jacinto murmura con una voz tan tenue que suena como un quejido de alivio: ¡Al fin voy a morir, al fin podré descansar en paz! El pleito maldito ha llegado a su término, siento que la tierra del valle me llama con insistencia. Quiero unirme a ella para

siempre, porque en La Aldea, la tierra y los hombres han llegado a ser la misma cosa. Ahora estoy tranquilo.

XVII

El lunes, día 14 de Febrero de 1927, amanece en la playa de La Aldea, el correillo «La Palma». Está engalanado como para una fiesta, con gallardetes y banderolas. El pequeño buque pintado de negro, tan conocido en las islas, exhibe en medio de la chimenea su característica anilla, que parece la de un gran cigarro habano, como el de un señor que regresa de un convite.

Viaja a bordo desde Las Palmas el Ministro de Gracia y Justicia. El tiempo ha dado un cambio brusco, amanece luminoso, el dulce sol de Febrero parece contribuir a aquel día grandioso. Galo Ponte y su séquito llegan escoltados por el cañonero «Almirante Bonifaz».

La prensa ha dado enorme realce a la visita, recalcando que la situación de La Aldea es indefendible y que el pleito debe solucionarse de una vez y por todas.

Nunca aquel pueblo había vivido una fiesta con tanta intensidad. Pancartas, palmas, banderas, cohetes. Una banda de música enfervoriza a unas tres mil personas -todo el censo aldeano- que se han desplazado a la playa.

La familia Jiménez marcha también en dirección al mar. Solo se quedan José y su nieto Pedrito. El abuelo inválido ha pedido ser conducido hasta La Plaza y colocado allí, junto al oráculo del valle, acompañando al viejo Jacinto. Desde su silla verá y oirá al Ministro Galo Ponte cuando suba hasta el casco.

Pedrito se queda por otra causa. Allí, dentro de la ermita, el maestro Juan Bautista Artilles y el cura Vicente que ya ha regresado de Madrid, hacen repasar al niño el discurso de bienvenida a Galo Ponte, que ha sido escrito por el abogado Juan Bautista Melo. Los temores del maestro y del sacerdote enseguida se disipan, Pedrito Jiménez durante varios días lo ha repetido y machacado, y ahora lo reproduce fielmente, con claridad y sin vacilaciones. El

sacristán prácticamente colgado de las campanas de la ermita, alborozado a todo el valle con el repique.

José por su parte acompaña a Jacinto, que ya ciego, ofrece a todos el asombroso milagro de su longevidad, parece tenazmente agarrado a la vida como una lapa al marisco, como un fósil que es ya parte del paisaje.

Y a pesar de todo, Jacinto aún habla con una voz que parece de ultratumba. ¿Sabes José? Te voy a confesar algo: he contemplado tres siglos, pues nací en 1799, ya sobro, he vivido demasiado tiempo.

Hace una pausa larguísima como denotando el esfuerzo que le cuesta el hablar. Pero sigue comentando: dicen que cuando llegó el mensajero con la buena nueva, huyeron lechuzas del campanario, sé que eran once, ese fue el número que había anunciado, por eso sé que me voy a morir. Ahora me voy con esta tierra mía abrazada, siento cómo me llama.

Y dicho ésto, Jacinto se llevó la mano derecha al pecho, dio una leve sacudida y se quedó yerto contra el muro. La Plaza está desierta, no están sino José y el que fue símbolo del valle. Jiménez, que ha notado el estremecimiento y la posterior inmovilidad de su acompañante, le grita angustiado sacudiéndolo suavemente por el hombro: ¿Qué te pasa viejo? ¿Qué te sucede que no me oyes? ¡Habla, habla por Dios!

¡Por favor, no te mueras! ¿Es que no oyes la música y los cohetes del cortejo que se acerca? ¡Ya vienen, ya están aquí, el pleito se acaba! ¡No te mueras antes de que llegue el Ministro, viejo, aguanta un poco! ¡Por favor no te mueras!

Pero Jacinto ya no oye, está dormido para siempre, una sonrisa de felicidad se le ha quedado en la boca. José llora...

A los gritos de auxilio de Jiménez, acuden el cura Vicente, el sacristán, el maestro y Pedrito. No pueden hacer nada. El sacerdote le da la extrema unción, el cadáver es conducido dentro de la ermita y colocado en un féretro, delante del altar. Allí es amortajado.

En ese momento hacen su aparición en La Plaza los camellos que encabezan la comitiva. El ministro Galo Ponte y junto a él, el alcalde Simeón Ramos. El júbilo es enorme, la música y los cohetes atronan el ambiente, los niños agitan banderillas.

Pero de pronto todo se paraliza. El cura Vicente colocado junto a la puerta de la ermita, levanta teatralmente los brazos al cielo para anunciar con voz rota que Jacinto ya no existe, que hace instantes ha pasado a mejor vida.

El pueblo queda partido, indeciso, compartiendo el júbilo y la congoja. ¿Es una alegría contenida por el dolor que ha producido la muerte del vidente? ¿O significa tal vez un duelo reprimido por la alegría del fin de una pesadilla? Los niños corren espontáneamente a los setos, arrancando amapolas rojas, con el que cubren el cadáver.

Y en aquel ambiente de terrible discordancia, cuando parece que el Ministro va a tomar la palabra, alguien lo interrumpe. Es la voz de un niño, sonora y hermosa como un clarín, que lo saluda en nombre de todo el pueblo. Resuena brillante la voz de Pedrito, que parece recitar, en lugar de contar, el drama de aquel valle desde sus orígenes, la historia de aquel pueblo, de sus sufrimientos, de su trabajo, de sus deseos, de su amor a aquella tierra abrasada por las disputas. Sin ninguna vacilación, desgrana con voz cantarina aquella odisea que dura ya trescientos años.

El pueblo está mudo, con un nudo en la garganta. Galo Ponte visiblemente sorprendido, se baja del camello, mientras sigue atentamente aquella voz infantil que resuena como un canto de esperanza. ¿De dónde sale aquella voz de cristal? Y guiándose por el sonido, se abre paso por entre el gentío buscando a su autor. Camina desde el centro de La Plaza hasta la puerta de la ermita y halla al fin al muchacho, sentado en una mesita, acompañando a su abuelo José.

El ministro, sin poder contener la emoción que lo embarga, da un beso en la frente a Pedrito, que no por ello interrumpe el discurso de bienvenida, que suena como las estrofas de los versos de

Rubén Darío estallando de luz. Es el clarín que anuncia la victoria sobre la injusticia.

XVIII

Cualquier ser humano puede cambiar de opinión en un momento de su vida. Pero la posibilidad de permuta ideológica se va alejando a medida que el individuo envejece, el hombre es como el árbol, que su configuración va a depender de sus primeros años de juventud.

Por eso no es difícil ni menos aún imposible, que un joven cambie de opinión. Pero cuando un hombre adulto cambia de pronto de ideología, la mutación es solo explicable desde la perspectiva de una enorme miseria interior.

Entonces se desarrolla en su cerebro una lucha entre «lo que he sido» y lo que «ahora me conviene ser.» Y en lugar de soportar las circunstancias exteriores a su propio yo, trata de transformar la realidad externa para adaptarla a su nueva forma de pensar, porque es lo que ahora me conviene ser. El autoconvencimiento solo es posible partiendo desde el desamparo de una colosal pobreza espiritual.

Mauricio Hernández, tuvo la habilidad dialéctica de poner de acuerdo a los grandes terratenientes de Tenerife para defender sus intereses. La frialdad de su actuación fue lógica porque ahora defendía una tendencia en la que en el subconsciente, ni siquiera él mismo creía y por eso, estaba inmune a la emotividad.

Luego, ocupando un puesto destacado dentro del PAT, le ofrecieron como precio de su venta, la alcaldía de un pueblo sureño de la isla, donde es seguro que por fin saldrá elegido. El PAT con su enorme poder económico, prometió apoyarlo en las próximas elecciones en pago a sus servicios.

La ambición había hecho imposible que a estas alturas, Mauricio se conformara con eso. Se da cuenta que por su edad está al final de sus posibilidades públicas. ¡Han sido tantos los años de frustraciones corriendo tras una alcaldía! Ha perdido toda su vida tratan-

do de atrapar a ese fantasma que siempre se le escapaba a última hora, mientras que ahora se le ofrece la oportunidad única de ser parlamentario en Madrid. Y no solo eso, sino que además será portavoz ante el mundo. Un sueño dorado con el que se resarcirá de todos sus reveses.

Eso es lo importante. Ya no es primordial qué idea vaya a defender en Madrid, lo trascendente es el poder, agarrarlo, sujetarlo, tenerlo para sí como un botín, que no se escape. Así calmará el apetito de su resentimiento acumulado.

Lo importante es representar algo, a alguien, lo que sea, a quien sea, con tal de aparecer el primero. Es la venganza contra sí mismo, que fue elaborando desde la infancia, y que se inició cuando el cura del pueblo no lo designó como el niño elegido, el pregonero que debería leer el inicio de la fiesta ancestral de El Charco. El mundo entonces se le vino encima, no sabía disimular su amargura ante sus frustraciones y por eso desde muy joven, sus compañeros de juegos le apodaron «el veneno.»

Fue entonces cuando Hernández tiene la noticia, que el Ministro de Gracia y Justicia viaja a Gran Canaria a dar el carpetazo final a un pleito que se pudre de viejo. Personalmente él no tiene ningún perjuicio en ello, ha sido el último en arreglar la parcela que su familia había trabajado desde generaciones atrás. La amarró y escrituró a su favor, a cambio de una promesa incumplida, una traición deseada y fallida en grado de tentativa, por culpa de un muchacho romántico, de un estúpido que aún cree en la honradez y que trabaja en una notaría de Las Palmas.

Pero ahora Mauricio Hernández quiere aprovechar el acontecimiento, para declararse más papista que el Papa, para meter miedo en el cuerpo a los grandes propietarios rurales. Piensa transmitirles desde la tribuna pública, que el desenlace aldeano es un peligroso aliciente para revoltosos y revolucionarios a los que hay que combatir.

Un día, aún cercano, cuando pensaba que eran los cambios materiales los que creaban nuevas condiciones culturales y espiri-

tuales, y no al revés. Él siempre creyó en ello mientras era perseguido, ahora ni siquiera se atreve a recordarlo.

Y en tal coyuntura llega a Madrid, cuando en su bolsillo tiene la carta de portavoz de los terratenientes del PAT. Aquella es una oportunidad única y la aprovecha: en los cuatro días que el buque tarda en llevarle desde Canarias a Cádiz y luego durante el viaje hasta Madrid, prepara su intervención con un fervor febril. Con un misticismo fanático, durante una semana, ni come, ni duerme, ni vive, pensando en su intervención en la Corte suprema. Memoriza su discurso, tachando, añadiendo y puliendo su alocución una y otra vez.

El día de su presentación a escena se maquilla el rostro con polvo de arroz para parecer mas místico que nunca, quiere mover a los oyentes a la espiritualidad. Cuando sube a la tribuna de oradores, se coloca levemente de lado, tal y como un día aprendiera de un medio brujo de las llanadas del sur de Gran Canaria, de un tal Juan Camacho y empieza a rezar públicamente la letanía en la que no cree, con la misma entonación con la que hablaba un niño tísico, histérico y fanático, cuando se comunicaba con las almas de los muertos, en la mansión de las espiritistas de Telde.

Habla pausadamente sin denotar la profunda emoción que lo embarga: la barbilla ligeramente levantada, perfectamente peinado, almidonado y barnizado, los ojos semicerrados, la voz ligeramente afónica. Aquel hombre pálido, frío y marmóreo causa admiración cuando los espectadores de aquel teatro se percatan de que habla de memoria sin ningún apunte auxiliar.

El nuevo profeta de la reacción interpreta su papel a la perfección, como si fuera un pequeño pontífice. Y entonces ocurrió el milagro: los parlamentarios que estaban más cercanos a la tribuna fueron los primeros en darse cuenta del prodigio. Fue tanto el fervor místico que puso en su intervención, fue tal el énfasis del converso, que en un momento determinado se percataron que su figura se agrandaba y que se levantaba lentamente del suelo desafiando hierático a las leyes de la gravedad. Por unos segundos quedó en trance, como muerto, mientras levitaba en el hemicírculo

flotando envuelto en la nube del fanatismo de su vieja religión de siempre: su culto al ego, que siempre recubrió a su propia conciencia. ¡Que triunfo!

La discusión que siguió luego traspasó las barreras del tiempo, eternizándose en los siglos venideros. Aquellos parlamentarios que dormían mientras se produjo la magia del prodigio -que como casi siempre eran la mayoría- acusaron a los testigos del portento de visionarios, de haber sido cautivados por la charlatanería del embaucador.

Previamente, Mauricio Hernández había pedido se le facilitase el texto del decreto que ha llevado Galo Ponte a La Aldea y ataca duramente al general Primo de Rivera y a su ministro de Gracia y Justicia. «Ha dado peligroso aliento -afirma- a la plebe revoltosa. El arreglo de La Aldea es un atentado directo de maligno propósito contra la propiedad privada, consagrada desde siempre como un derecho natural.»

No solamente se ha aliado con la reacción, sino que se ha convertido en su agente. Las palabras del pequeño pontífice son repetidas y aireadas por toda la prensa ultramontana del país...

XIX

Aquella noche de gloria, Mauricio Hernández llegó tarde a su casa. Estuvo con algunos representantes del PAT celebrando su intervención. Y cuando entraba en la vivienda, su mente, superpuesta por su otro ego, se autoconvencía murmurando: ¡qué alto he llegado!

Pero fue entonces cuando todo se derrumbó. Se acercó al espejo para mirarse y se llevó un susto de muerte: ¡No había nadie, no estaba, había desaparecido para siempre! ¿Acaso ya no existía? Angustiado, frotó enérgicamente el cristal con un trapo, creyendo que en aquel invierno madrileño, era el vaho de la estufa quien lo había empañado.

Después de una gran tensión, la niebla empezó a disiparse y Mauricio empezó al fin a ver algo. Si, allí había un hombre mirándole. Pero ¿acaso aquel era él? Vio a un individuo pálido y bien acicalado, que maquillado con polvo de arroz ejercitaba el papel

de payaso. Y mirándolo fijamente como hipnotizado, se percató con pavor que la imagen del espejo estaba cambiando, hasta aparecer el Mauricio de los años mozos. Mostraba un semblante enérgico, tenía en la solapa una insignia con la hoz y el martillo, mientras agitaba con violencia una banderilla roja.

Y aquella aparición pavorosa le gritó colérico: dime ¿donde está la revolución prometida en favor de los pobres de la tierra? ¿Que has hecho de tí mismo? ¿A donde fueron a parar tus ideales de cuando eras una persona entera y no un hombre alquilado a otros hombres?

Han sido las circunstancias -musitó lloriqueando el envejecido Mauricio- no seas tan severo yo sólo quería vivir, quería ser el primero, ser famoso. Entonces, tuvo que apartarse precipitadamente a un lado para esquivar el salivazo de desprecio del joven Mauricio.

Fue entonces cuando ocurrió el milagro de reconocer por un momento que había sido tanta su ambición, que hasta su propia persona se había transmutado, ya no existía aquel luchador de antaño. Se contempló a sí mismo como un hombre inmensamente solitario, que siempre había tenido aliados pero nunca un amigo desinteresado. Recordó con patetismo, sin saber por qué, que cuando era joven, jamás había salido con los muchachos de su edad a festejar un fin de año. Nunca se había alegrado como los demás, celebrando algo ruidosamente, ni una sola vez se había atrevido a emborracharse porque desde entonces ya se estaba programando cara a la galería de la vida para triunfar, cuidándose del «que dirán.»

Siempre calculando su buena imagen, se encontraba ya en vísperas de la vejez y se percataba espantado por vez primera de que no había tenido tiempo de saber quién era él mismo. Era la soledad horrible que padecen aquellos que por culpa de la ambición, representan un papel en el que no creen.

Al fin, frotando frenético el cristal, pudo percibir a unos duendecillos a su espalda, que lo despreciaban burlándose de él mientras le aplaudían, y que finalmente le tiraron a la cara doce monedas de plata.

Mauricio Hernández se dio cuenta entonces de que desde hacía tiempo estaba muerto.

XX

El Decreto-Ley ya está publicado por el ministerio de Gracia y Justicia, pero queda ponerlo en marcha. La labor previa es ímproba, de enorme complejidad y para colmo, las partes presionan cada una por un lado, como si el pasado se resistiera a desaparecer.

El ministro reúne a la comisión que han elegido los aldeanos, que estará formada por el cura Vicente, Antonio Bautista Roque, Teófilo Segura Ramírez y José Sosa Montesdeoca. Por la propiedad comparecen Manuel Díaz Quintana y Manuel Díaz Hernández, padre e hijo. El cura León Llarena ha pretendido participar, pero Hernández Espuela se lo ha prohibido terminantemente, podría dar lugar a una situación muy desagradable que no beneficiaría a nadie.

El gobierno por su parte designa para la presidencia de la comisión ejecutiva al magistrado Don Mariano Cáceres Martín, auxiliado por el Abogado del Estado en funciones de Las Palmas de Gran Canaria, así como por el ingeniero jefe de la Sección Económica, quien a su vez nombrará los peritos agrimensores necesarios.

El escollo que surge por parte de los aldeanos es que pretenden en un principio que se incluya como terrenos comunales las antiguas fincas de la Casa Nueva.

Pero por parte de la propiedad, el problema sí que es gravísimo: el precio que el Estado está dispuesto a pagar. Hay un sordo descontento, los co-propietarios pensaban que estarían en condiciones de exigir unos 40 millones de pesetas y se enteran con consternación de que solo cobrarán poco más de medio millón, concretamente, 505.000 Ptas. La noticia cae como una bomba, sobre todo en la familia de Hernández Espuela, por ser el socio mayoritario.

El pueblo siempre generoso cede y se conforma con las parcelas que desde siempre han cultivado como arrendatarios perpetuos. No es conveniente en aquellos momentos tensar una cuerda que puede romperse, cuando el fin de la tragedia ya puede tocarse con las manos, son días de olvido y de mirar hacia el horizonte, hacia adelante. En medio de la alegría general, los Zamoras, los

Araujos, Da. Severa Montesdeoca y otros muchos regresan a sus huertas. Algunos se han arrodillado y han besado la tierra con la misma ternura que se besa a un hijo perdido.

En general, el Decreto contenta a los aldeanos y produce sorda cólera entre los propietarios, que inician un movimiento de resistencia. ¡Ese maldito Galo Ponte es un comunista disfrazado! -grita con rabia el cura León Llarena- ¡Yo no vendo a ese precio! ¡Es un robo, lo que nos quieren dar es una limosna! , brama el sacerdote rojo de ira.

Mas la rebelión de los propietarios queda rápidamente abortada. El presidente de la Audiencia Territorial de Canarias, ha convocado a Hernández Espuela y le ha hablado claro: El artículo tercero del Decreto dice que: «Si por parte de la propiedad no se cumpliera o hiciera resistencia, el gobierno impondrá las acciones correspondientes.» O dicho de forma coloquial -le advierte el alto magistrado en un tono glacial- piensen que hasta ahora los palos de la guardia civil han caído sobre las espaldas de los aldeanos, pero que a partir de este momento puede que los reciban ustedes. Así de claro, de forma que cuidado.

Se pudo saber que Hernández Espuela intentó sublevarse protestando por el precio, mas el presidente lo corta en seco: el precio es inamovible, le recuerdo que está firmado por el Consejo de Ministros, oponerse sería una niñería.

Hernández Espuela pierde el control de sí mismo: ¡El precio es un chantaje, no es una compra, es una usurpación!

Si vuelve Vd. a decir eso -responde el presidente elevando la voz por vez primera- lo encierro inmediatamente. ¡Bastante han sacado Vds. de La Aldea, ya está bien! ¡Fuera de aquí! Y poniéndose en pie llama a un bedel para que acompañe al visitante hasta la puerta.

La prensa destaca la contradicción de que haya sido un gobierno conservador el que se haya atrevido a resolver aquel embrollo con una mentalidad progresista. ¿O fue acaso temor a una situación que amenazaba desbordarse hacia un estallido revolucionario?

Lo cierto es que la burguesía emergente del valle gana un pleito, quizás porque su corsé exterior era medieval y tenía que saltar en pedazos. Con el decreto se termina la opresión que se inició con los marqueses de Villanueva del Prado de Tenerife, contra los campesinos. El motor que lo hizo saltar todo por los aires fue la comercialización del tomate.

El Estado va a comprar una gran finca rústica, que a su vez la venderá a los agricultores de forma inmediata, en tiempo récord. El precio es muy bajo, casi simbólico, con la ventaja de que será pagadero en diez años, con un interés reducido, el cinco por ciento. Y por añadidura se otorgará sin cargas ni gravámenes, todos los gastos correrán por cuenta del Estado.

Los trabajos de sustanciación del Decreto son titánicos: para empezar los peritos agrimensores han de hacer un deslinde y censo de los colonos, en muchos casos las divisorias son un verdadero quebradero de cabeza. Luego la comisión debe clasificar y valorar las tierras en terrenos de secano o de regadío, y estos últimos a su vez en tres categorías según su calidad: de primera, segunda o tercera.

Como resultado de las mediciones, el Estado compra mil ochocientas cincuenta y cuatro hectáreas, de las que mil setenta y dos pasan a ser de los campesinos, quedando las setecientas ochenta y dos restantes para uso del municipio como tierras comunales. Se registran unas dos mil fincas.

Pero hay además otra ventaja que es la conquista suprema: el Estado compra el agua junto con la tierra, que a su vez la vende a los aldeanos. El artículo décimo del Decreto indica que se regulará un régimen de aguas corrientes utilizadas para el riego de La Aldea. El sindicato de regantes de los aldeanos será pues obligatorio.

Se especifica que se trata del agua de la cuenca del barranco de La Aldea. Es la misma que un siglo atrás, pretendió embargar el marqués de los Hoyos de Tenerife, pero que el Tribunal Supremo dictaminó que el agua era de quien poseyera la tierra.

Un cuerpo sin sangre no es nada, ya la tierra y su savia son una misma cosa.

XXI

El Miércoles día 19 de Marzo de 1927, grupos de aldeanos charlan como siempre en La Plaza del pueblo una vez concluida la misa. Persiste a través de los años la costumbre, es una especie de ágora donde se intercambian todas las pequeñas novedades. Allí se comentan los nacimientos, las muertes, los noviazgos y las bodas, las enfermedades, la siembra, el estado de la cabaña, las simientes, la trilla, las plagas sobre los frutales ...

La función religiosa ha sido un acto emotivo, dedicada a la memoria del viejo Jacinto. El pueblo acude masivamente, nadie lo puede olvidar.

El cura Vicente informa en la homilía que hubo de buscar y rebuscar entre los papeles del archivo de la parroquia carcomidos por las hormigas, la polilla y una horrible plaga de grillos que hubo una vez, hasta encontrar la partida de nacimiento y de bautismo de Jacinto. Nadie había transmitido que Jacinto se había bautizado el mismo día en que nació, y si se difundió, el tiempo había borrado aquella tradición oral.

Según explicó el párroco, ambos documentos estaban juntos, y había una nota casi ilegible en la que se explica que el neófito fue llevado aprisa y corriendo a bautizar porque nació muy malito y las comadres predijeron que no viviría sino unos días. El cura Vicente hizo el cómputo final: nació el 11 de Diciembre de 1799 y murió el 14 del pasado mes. Había vivido pues, ciento veintisiete años, dos meses y tres días.

El mismo día que el ministro Galo Ponte llegó a La Aldea, Jacinto le había confesado a José Jiménez Ventura en su última chispa de lucidez momentos antes de morir que él había visto tres siglos. Nadie entonces lo creyó.

El pueblo de La Aldea estaba convencido de que fue el pleito ancestral lo que lo mantuvo vivo. Se había negado a cerrar los ojos hasta que no llegara la paz.

Desde la ermita, la familia Jiménez baja hacia Mederos. Han preparado una comida especial para celebrar el día del abuelo José.

Están todos juntos: allí está la abnegada Fidelia, que es todo ojos para su marido. Se encuentra Alejandro con Amalia su mujer, que ha recobrado el buen humor y relata muerta de risa el caso de Josefa la de Tasartico, que parió un niño cuando el padre hacía más de un año que estaba en Cuba. Juan Alejandro también está de buen humor y anuncia que tiene novia, pero que de momento no dirá quién es. Está Rubén pensando en su niñez vivida en Las Palmas, cree soñar con un patio enorme que tiene una enredadera que sube hasta el cielo, en donde aprendió a caminar. La bella Susana, se ha acicalado de forma llamativa porque son tiempos de fiesta. Y Pedrito, que salta de alegría de un sitio para otro sin que nadie lo refrene.

Después del abundante puchero, José y Fidelia prefieren sentarse en el huerto, bajo el naranjero de los nidos del jilguero, junto a la puertecita de salida de la cocina. Y sin saber el motivo, José recuerda aquel otro 19 de Marzo, hace ya casi medio siglo, el disgusto de su novia Fidelia porque ese día tuvo que acompañar hasta Guía al secretario Diego Remón.

Se acordaba, como ayer de cómo los tres asesinos después de balearlo, terminaron de rematarlo a palos y culatazos entre los juagarzos del barranquillo de Los Negros. Jiménez al evocarlo, se estremece levemente: ¿tienes frío José?

Pero no. Hoy es día de alegría y no quiere transmitir aquel funesto recuerdo.

XXII

Ya bien entrada la madrugada, un sordo trueno estalló encima del valle de La Aldea. El gruñido, rebotado repetidamente en sus paredes, se repitió fantásticamente varias veces, cada vez con mayor intensidad, hasta perderse allá abajo en La Marciega, don-

de las olas baten contra la costa. El valle de La Aldea de San Nicolás en el oeste grancaario, es como una inmensa cazuela aislada del resto del mundo: al norte los riscos de Tamadaba y del Andén Verde, al sur un intrincado laberinto de montañas bajo el pinar de Inagua, al naciente la enorme desgarradura del barranco que baja desde la cumbre, y al poniente el mar. Una isla dentro de otra isla.

El nieto de la familia Jiménez aun dormía perezosamente, aunque en la vivienda se oía desde hacía rato el ajeteo del padre preparando el ordeño de las cabras. Alzó la mano sin ganas, descorriendo un trapo que hacía las veces de visillo en la pequeña ventana, justo junto a su almohada. Seguía lloviendo, pero con escasa intensidad. Miró las ramas inmóviles del naranjero, en el huerto, comprobando que no soplaba el viento. Aquella primavera era propicia para los aldeanos, desde hacía tres días el cielo empapaba la tierra con una lluvia menuda y terca, el agua serena sin ventoleras que desean los agricultores. Por las ranuras del ventanillo se colaba el agradable olor inconfundible de la tierra húmeda.

El cielo seguía gris y oscuro, pero ya aleteaban en el huerto los pájaros que en primavera alegran los amaneceres, en aquel momento, un cuervo solitario graznando con descaro, aleteaba ingrátido en dirección a la cumbre. El niño Pedrito observaba fijamente las gruesas vigas del techo, mientras sonreía levemente.

Meditaba el enorme contraste entre aquella mañana fría y oscura con la fiesta, con la inmensa alegría que le bullía en el pecho. Pensaba en los acontecimientos de los últimos días: semanas atrás, el discurso que le había preparado el maestro para declamarlo en La Plaza, cuando llegase el ministro, le había salido perfecto. Y sobre todo, ese dichoso lío de la tierra, que tanto había amargado a sus padres y abuelos, se había solucionado para siempre.

¡Qué contraste entre este día lluvioso con los de hace unas fechas! ¡Que primavera cambiante! Recordaba intrigado, que estaban una tarde los abuelos tomando el sol blando que viene del mar. Estaban donde ellos siempre se ponen, bajo el naranjero que está junto a la casa.

Pero: ¿Por qué se habían reído de él? Había un airecito que hacía mecer la puertecita de entrada lateral a la cocina, que chillaba escandalosamente. ¿Quieres que le ponga grasa en los goznes abuelo? No Pedrito, déjalo, eso lleva ya chillando desde hace ya medio siglo. Y a continuación, los abuelos rompieron en carcajadas, sobre todo Fidelia. ¿De qué se ríen, qué he dicho que les hace tanta gracia? No quisieron explicarme nada, seguramente será algún secreto de los viejos.

Pedrito sin pensarlo más, saltó de la cama y salió en dirección a la cocina. Abriendo mecánicamente la puertecilla lateral, salió al huerto aspirando profundamente. Y entonces vio un enorme arco iris que atravesaba el barranco de lado a lado, nunca lo había visto tan grande. Oteó el cielo y no estaban las habituales gaviotas, ni los cuervos. En cambio, una enorme invasión de palomas blancas cruzaba en aquel momento sobre el valle, al aletear parecían parpadear contra el cielo.

¡Abuelo ven enseguida, mira que cantidad de palomas! ¿Anunciarán algo? José, apoyándose penosamente en Fidelia, salió renqueante de la cocina mirando hacia el cielo. Efectivamente, el cielo brillaba como un presagio de paz al paso de las aves y la tierra cubierta de florecillas amarillas embriagaba con su olor.

José tomando la mano de su mujer, le susurró al oído: ¿sabes? En realidad, hasta en mis peores momentos siempre he sido feliz, porque sabía que tenía lo único que en realidad he amado, que eres tú. Y además, mira la tierra, ya es de nuestros descendientes.

Y sin proponérselo, miraron a lo alto del naranjero comprobando que los nidos de los jilgueros continuaban allí. Contemplaron entonces las montañas que cerraban el valle, que ofrecía en aquel instante un raro contraluz: brillante en las crestas y umbrío en el fondo del barranco. Nunca les había parecido tan bello.

F I N

En las páginas siguientes, véase relación de personajes y de citas.

INDICE DE PERSONAJES Y DE CITAS:

H = Personaje histórico

F = Personaje ficticio

JOSÉ JIMÉNEZ VENTURA	Protagonista	H
FIDELIA RAMOS DÉNIZ	Novia y esposa del anterior	F
Juan Jiménez	Padre de José Jiménez Ventura	F
María Ventura	Madre de José Jiménez Ventura	F
Eustaquio Ramos	Padre de Fidelity Ramos Déniz	F
Concha Déniz	Madre de Fidelity Ramos Déniz	F
Rubén Jiménez Ramos	Hijo de José Jiménez Ventura	F
Susana Ramírez (la bella)	Esposa del anterior	F
Pedrito Jiménez Ramírez	Hijo de los anteriores	F
Manuel Jiménez Ventura	Hermano de José Jiménez Ventura	F
Alejandro Jiménez Ventura	Hermano de José Jiménez Ventura	F
Amalia (la de Agaete)	Esposa del anterior	F
Juan Alejandro Jiménez	Hijo de los anteriores	F
Alfonso de Nava	VI Marqués de Villanueva del Prado	H
Tomás de Nava	VII " " "	H
Alfonso de Nava	VIII " " "	H
Fernando de Nava	IX " " "	H
Jaime de Nava	X " " "	F
Alfonso de Hoyos	Noble de Tenerife	H
Tomás de Hoyos	" "	F
Clavijo	Gobernador de Canarias	H
General Monteverde	Gobernador de Las Palmas	H
Fernando de León y Castillo	Patriota grancanario	H
ANTONIO LÓPEZ BOTAS	Abogado y Alcalde de Las Palmas	H
Da. Esperanza	Esposa del anterior	F
Eduardo Benítez González	Abogado de Las Palmas	H

Felipe Massieu Falcón	Abogado y Alcalde de Las Palmas	H
Juan Navarro Torres	Abogado de Las Palmas	H
Tomás García Guerra	Abogado de Las Palmas	H
Isidoro Padrón	Abogado de Las Palmas	H
Domingo Guerra Rodríguez	Abogado de Las Palmas	H
Juan Bautista Melo	Abogado de Las Palmas	H
Mariano Cáceres Martínez	Magistrado de Las Palmas	H
Obispo Marquina	Obispo de Canarias	H
Obispo Fray Albino	Obispo de Tenerife	H

Alfonso XII	Rey de España	H
Primo de Rivera	Dictador	H
Galo Ponte y Escartín	Ministro	H
Archiduque Fco. Fernando	Herederó del Imperio Austro-húngaro	H
Benedicto XV	Papa	H
Nicolás II	Zar de Rusia	H
Carlos Darwin	Científico	H
Rubén Darío	Poeta nicaraguense	H
Pedro García Cabrera	Poeta de la isla de la Gomera	H

BENITO PÉREZ GALDÓS	Escritor	H
Sebastián Pérez Macías	Padre del anterior	H
Ignacio Pérez Galdós	Hermano de Don Benito	H
Ambrosio Hurtado de Mendoza	Familiar de los Pérez Galdós	H
Hermenegildo Hurtado de Mendoza	Familiar de los Pérez Galdós	H

Otros ciudadanos de Las Palmas:

Román Jiménez	Primo de Juan Jiménez, picapedrero	F
Juanita Santana	Esposa del anterior	F
Gabriel Jiménez Santana	Empleado, hijo de los anteriores	F
Juan Calcines	Latonero	F
Silvestre	Agricultor	F
Un joven	Hijo del anterior	F
Juan Arocha	Constructor de veleros	F

Ignacio	Obrero del anterior	F
Andrés «el hurón»	Caminante	F
Antonia	Cocinera de D. Antonio López Botas	F
Micaela	Sirvienta de " " "	F
Don Horacio	Médico de Las Palmas	F

Personajes de otras localidades de la isla:

Cayo Aurelio van de Valle	Afincado en Telde	H
Josefa Calderín	Esposa del anterior	H
Jacinto van de Valle	Hijo de los anteriores	H
Ariadna van de Valle	Hermana del anterior	H
Francisca van de Valle	Hermana de la anterior	H
Médica de Tara	Curandera de Telde	H
Juan Camacho	Brujo afincado en Telde	H
Dr. Monzón	Médico de Telde	F
Antonio de Armas	Residente en Agaete	H
Pedro Estévez Mederos	Residente en Gáldar	H
Juan Ramirez	Residente en Arucas	F
Manuel Hernández Martín	Residente en Arucas (Espuela)	H
Juan González Romero	Residente en Moya	H
Manuel Velázquez Sarmiento	Residente en Tejeda	H
Juanete	Pastor de Tejeda	F
Manuel Díaz Quintana	Residente en Artenara	H
Manuel Díaz Hernández	Residente en Artenara	H
Un gitano anciano		F
Una gitana anciana		F
Un joven gitano		F
Una Joven gitana	La mujer más bella del mundo	F

Personajes residentes en La Aldea:

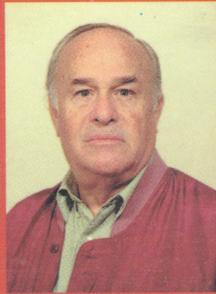
MAURICIO HERNÁNDEZ	Agricultor y político	F
Rodrigo Hernández	Padre del anterior	F
Crisanto Espino	Condenado a muerte e indultado	H
Alejandro Jorge Brito	" " "	H

Francisco Segura Carvajal	" " "	H
María Segura	Hija del anterior	H
Antonio Moreno Ramírez	Aldeano procesado	H
Antonio Ma.del Pino Glez.	" "	H
Domingo Aguiar Pérez	Molinero. Procesado	H
Antonio Ojeda Rodriguez	Procesado	H
Antonio Martín (El Charquilla)	Vecino	H
Pedro Díaz	Vecino de Güi-Güi	H
Fulgencio Melo	Administrador Casa Nueva	H
Marcial Melián	Alcalde de La Aldea	H
DIEGO REMÓN	Secretario. Asesinado	H
Clara	Esposa del anterior	H
Rafael Domínguez	Alcalde de La Aldea	H
Ramón Donati	Secretario Ayuntamiento	H
José Déniz Vega	Comisionado por los aldeanos	H
Juan Santana	Alcalde de La Aldea	H
FRANCISCO CORRALES NARANJO	Secretario y luego Alcalde	H
Juan Domínguez Ballester	Administrador. Asesinado	H
Una mujer	Esposa del anterior	H
Pedro Sosa Brito	Alcalde de La Aldea	H
Juan Justo Segura	Aldeano de la oposición. Envenenado	H
Una mujer	Esposa del anterior	H
Juan Bravo	Administrador Casa Nueva	H
Francisco Ramírez	Aldeano denunciado por Bravo	H
Antonio Cabrera	" "	H
José García Jorge	Molinero "	H
Pedro Ramos	Aldeano denunciado por Bravo	H
Antonio Quintana «Indiano»	" guerrillero en Cuba	H
Ernesto Carlos Jacks	Alemán residente en La Aldea	H
JUAN LEÓN LLARENA	Cura de La Aldea y de Moya	H
José León Martín	Alcalde. Primo del anterior	H

Juan Fco. León Martín	Maestro. Hermano del anterior	H
Párroco Segundo Vega	Cura de La Aldea	H
Vicente Bautista Alamo	Cura de La Aldea	H
Salvador Araujo	Alcalde de La Aldea	H
Eufemiano Araujo	Hijo del anterior. Deshauciado	H
María Sosa «La Meliana»	Agricultora	H
Simeón Ramos	Alcalde de La Aldea	H
Marcelino Hernández Ramos	Comisionado por los aldeanos	H
Antonio Rodríguez Molina	Sacristán de La Aldea	H
Antonio Rodríguez Viera	Hijo del anterior. Deshauciado	H
Severa Montesdeoca Melo	Suegra del anterior. Deshauciada	H
Dionisio González Segura	Agricultor. Deshauciado	H
María Godoy	Esposa del anterior	H
Tres niñas (Las Zamoras)	Hijas de los anteriores	H
Antonio Bautista Roque	Comisionado por los aldeanos	H
Teófilo Segura Ramírez	" Deshauciado	H
José Sosa Montesdeoca	" "	H
José Bautista Artilles	Maestro de La Aldea	H
Gaspar de Sandoval	Oficial de la guardia civil	F
Eduardo Sánchez	Número de la guardia civil	F

Otros personajes aldeanos ficticios:

Miguel Ojeda	Niño. Amigo de Rubén Jiménez	F
Carmela	Niña del barrio de «Los Espinos»	F
Ramón	Sacristán de La Aldea	F
Juanito Monzón	Labrador de Tasarte	F
Jaime y Ma. Soledad	Jóvenes de Tocodomán	F
Juan Brito	Cantinero de La Aldea	F
Cipriano «el peninsular»	Empleado de la Casa Nueva	F
Josefa	Mujer de Tasartico	F
JACINTO (Anciano)	PERSONAJE SIMBÓLICO	



Arturo Cantero Sarmiento nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1931. Vivió desde niño en un ambiente familiar de elevado nivel cultural y decidido compromiso antifranquista.

Ha desempeñado una intensa labor periodística especialmente en defensa de Gran Canaria, así como escrito los siguientes libros: «Las Palmas 1950: vida, hechos y milagros de la famosa Iglesia Cubana», una lúcida crítica a la represión sexual del franquismo bajo el prisma del humor; «La sombra del Aguiro» obra finalista en 1995 del Premio de Novela de Prensa Canaria; «Mujeres canarias contra la represión» que es un homenaje a las esposas de los presos políticos canarios, y finalmente su cuarto libro, la novela «TIERRA ABRASADA».

Obra ambientada en la Aldea de San Nicolás en lucha por la propiedad de la tierra, entre 1876 y 1927. Junto a un centenar de personajes históricos, desfilan asimismo una serie de personajes ficticios, entrelazándose de forma admirable un sutil engranaje entre la historia real, con un conmovedor canto de amor y de fidelidad.



C/ NAVARRA, 13 - TELDE
GRAN CANARIA
TLFS.: 928 69 24 83 - 928 69 42 89

CLÍNICA DENTAL



3 POINTS IMPLANT
C/ LEPANTO, 25 - LAS PALMAS
TLFS.: 928 22 06 97 - 928 22 47 88

BIG
860-3
CAN
tie

